

Te quiero en mi vida

SABINA ROGADO



TE QUIERO EN MI VIDA

Sabina Rogado

*A Luz Mary, a Mary Carmen y a Loly... por hacerme creer que este libro era posible.
Gracias chicas.*

Y por supuesto a mi marido.

©Autora: Sabina Rogado

©Autor de la portada: Javi

©Noviembre de 2016

Correo electrónico: sabinarogado@gmail.com

La novela TE QUIERO EN MI VIDA es una historia inventada. Cualquier parecido con los personajes o el contenido es fruto de la casualidad.

CONTENIDOS

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 1

Alexia miraba a través de la ventana sin ver nada en concreto, mientras que su mirada vagaba hacia ninguna parte perdida entre la gente que corría a toda prisa por la avenida. Gente normal que iba y venía en un incesante goteo que no paraba nunca... gente que corría para no perder el metro o el autobús... gente que paseaba con sus perros como un día más... gente que corrían agarrados a sus hijos para no llegar tarde al colegio. En cambio ella...

¿Qué hacía ella, una licenciada en económicas con un futuro prometedor en una exclusiva y prestigiosa empresa, un lunes por la mañana asomada a la ventana y en pijama? La respuesta era muy sencilla. Nada, absolutamente nada. Suspirando nuevamente igual que tantas veces había hecho en el transcurso de los dos últimos días, y sin apenas darse cuenta en un intento de mitigar el dolor que le producía todo lo sucedido. Siendo completamente imposible a medida que veía horrorizada cómo su vida parecía destinada a un estrepitoso y absoluto fracaso después de la traición sufrida por la persona en la que confiaba ciegamente, su novio.

Volvió sobre sus pasos arrastrando las zapatillas en forma de oso que tanto le gustaban, y que tantas críticas habían levantado entre su amiga y ella, y entonces, al acordarse, un amago de sonrisa pareció querer salir de su cara, recordando la mirada de espanto de su amiga Sofía cuando comprobó que lo de llevárselas lo decía en serio. Ahora, en cambio, hasta sus zapatillas favoritas le resultaban del todo ridículas en aquellas horas amargas en las que estaba envuelta...

Todo a su alrededor le parecía ridículo, ¿cómo era posible que no se hubiese dado cuenta? Una cosa así no podía pasar desapercibida, pero entonces, ¿por qué a ella sí? Aunque claro, quizás la ridícula fuese ella. Sí, eso debía ser. Ridícula por no llegar a comprender la situación a la que había llegado sin tener siquiera una mínima duda.

“¿Cómo pudo ser tan estúpida? Desde luego que lo de que el amor era ciego le venía al pelo... —seguía pensando a la vez que continuaba arrastrando los pies, consiguiendo llegar hasta el frigorífico de manera mecánica puesto que su cuerpo iba y venía sin ninguna orden clara proveniente de su cerebro, saturado por las circunstancias”.

Abrió la puerta del electrodoméstico desanimada y miró el contenido de una forma un tanto despreocupada, escuchando sus tripas rugir debido a la escasez de alimentos desde que todo sucediera. Sabiendo que debería comer cualquier cosa. Pero al ver las bandejas casi vacías hizo que volviera a cerrarla dirigiéndose nuevamente hasta el bote de café. Lo único que había conseguido beber con un poco de agrado.

Llenó el depósito del agua y a continuación hizo lo mismo con el filtro, echando cucharadas de café. Una, otra, otra...

—Mierda.

Cuando quiso darse cuenta el filtro estaba lleno, y todo el café sobrante caía sobre la encimera manchándolo todo.

Cogió una bayeta procurando limpiar aquel desastre, y antes de que hubiese terminado

sonó el teléfono, lo que hizo que se paralizara en el momento ocasionando que de pronto un sudor frío empezara a recorrerla de arriba abajo, haciendo que sus pulsaciones subieran frenéticamente igual que el ritmo del corazón que parecía querer salirse por la boca, a medida que seguía escuchando el tono insistente. ¿Quién sería? ¿Otra vez él?

No tuvo que tardar mucho en averiguarlo, en ese mismo instante saltaba el contestador automático.

“Hola —decía Alexia con una voz divertida y risueña— no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiiiiiiiiiii...”

—Alex —dijo alguien en tono preocupado al otro lado de la línea—. Alex, ¿estás ahí?

Fue escuchar su voz y encontrarse irremediadamente ante el deseo de correr hacia el teléfono y hablar con él. Lo deseaba, lo deseaba con todas sus fuerzas, e incluso de una manera casi sobrehumana dando lugar a que, por un segundo, diera un paso decidida acercándose e intentando agarrarse a un clavo ardiendo. Necesitaba hablar con él para rogarle, o incluso suplicarle, que le dijera lo que necesitaba escuchar de sus labios y le negara lo obvio haciéndola ver que nada de lo que vio había sucedido realmente... Ella tan solo deseaba escucharle decir que todo había sido una pesadilla y que él estaría a su lado igual que siempre. ¡Oh sí! Lo que daría por escuchar dichas palabras.

—Alex por favor, sé que estás ahí. He llamado a la oficina y me han dicho que estás enferma. Por lo que más quieras habla conmigo, creo que te hará bien, nos hará bien...

Y al oír las últimas palabras cambió de actitud parándose en seco antes de descolgar intentando analizar lo que acababa de escuchar. Intentando dar sentido a lo que no tenía. ¿Que nos haría bien? ¿Qué coño quería decir con que nos haría bien? Y en un segundo pasó de querer hablarle con la intención de que la consolara aunque para ello le negara lo obvio y la engañara, a de repente querer tenerlo allí mismo, frente a ella, y poder agarrarle del cuello y decirle un par de cosas. La indignación que la empezaba a consumir creció hasta el punto de que la expresión en su cara cambió de forma inmediata mostrando claramente un rostro enrojecido debido a la furia que la corroía por dentro.

Y cogió el aparato de una forma bastante brusca.

—Hablar, ¿ahora quieres hablar? —escupió llena de un auténtico odio en cada una de las palabras que le decía—. ¿No crees que sea demasiado tarde?

—Alex, por favor, sé que he hecho mal pero te pido...

—Vete a la mierda. ¡Cabrón!

Y colgó tan fuerte que la mesa en la que estaba apoyado el teléfono cayó escuchándose un golpe seco.

—Que nos haría bien —gritó fuera de sí aunque los vecinos pudieran escuchar sus lamentos—, ¡menudo cabrón!

El teléfono volvió a sonar dejándola asombrada y escuchando nuevamente la voz de ella que volvía a escucharse de fondo...

—No me cuelgues cariño. Déjame decirte todo lo que lo siento, y sobre todo déjame decirte lo que me odio por el daño que te he hecho. Por favor, por favor...

Alexia lo escuchaba teniendo la certeza que su corazón estaba roto de dolor.

—Déjame hablar contigo te lo suplico. No podemos terminar así, no después de lo mucho que nos queremos...

El silencio que se hizo a continuación fue demasiado largo, y como ella no estaba dispuesta a hablar, entonces Jack continuó.

—Alex, lo siento. Te quiero, te quiero tanto. Déjame compensarte por todo el daño que te he hecho, has de saber que solamente ha sido un error, no sé cómo pudo llegar a pasar, te lo juro.

El sentido común de Alexia le decía que no le siguiese escuchando, ni siquiera se merecía eso. No después de la terrible y sórdida escena a la que tuvo que enfrentarse cuando el viernes por la noche entró en aquel maldito local de copas. Una escena incomprensible y que intentaba borrar de su mente a cada instante. Maldiciendo la hora en la que se le ocurrió dejarse llevar a aquel antro de mala muerte de la mano de su amiga Sofía.

¡Qué diferente hubiese sido todo si se hubiese marchado a casa después de estar toda la noche de fiesta!

“Un momento —pensó enfadada—, ¿qué es lo que me está pasando? No me puedo creer que piense en volver hacia atrás para no encontrarme la humillación con la que me encontré, ¿cuánto hubiese tardado en descubrirle? Aquello era algo que más tarde o más temprano debía de saber, así que, ¿por qué me empeño en querer olvidar y seguir a su lado como si nada hubiese ocurrido? Desde luego que debo de estar loca dejando que incluso esto se me pase por la cabeza”.

—Tenemos que quedar —seguía diciendo aquella voz de auténtica súplica—, si quieres me puedo pasar por allí cuando acabe de trabajar y podremos hablar, ¿qué te parece? Cariño, por favor déjame verte, déjame decirte lo mucho que te quiero.

Era tan fácil oírle decir todo lo que necesitaba en esos duros instantes...

Su estado de ánimo se estaba convirtiendo en una montaña rusa llena de subidas y bajadas. Y aunque ella sabía muy bien que debería mandarle a la mierda, después de escucharle no pudo hacerlo. Siendo consciente de lo mucho que lo quería y de lo mucho que lo iba a echar de menos. Porque, ¿cómo perdonar aquello? Su dignidad de mujer dejaba a las claras que la verdadera humillación sería precisamente esa, perdonar lo imperdonable, aunque para ello tuviese que bajar al mismo infierno.

Las lágrimas volvieron a empapar sus mejillas y el nudo que sentía en el estómago seguía creciendo. Envolviéndola en una espiral de la que cada vez le parecía más difícil salir.

¿Es que nada le iba a salir bien? Ahora que por fin parecía empezar a tomar las riendas de su vida le pasaba esto.

—Coge el teléfono Alex, habla conmigo por favor, por favor —el tono insistente se repetía una y otra vez—, sé que podrás perdonarme, y sé que no te arrepentirás.

¿Perdonarle? ¿Cómo sabía él que podría perdonarle? Parecía muy seguro de sí mismo,

ella en cambio cada vez estaba más confundida.

—Iré a verte después del trabajo, ¿vale? Te quiero. —Dicho esto, para que no tuviese tiempo a darle una negativa, colgó pensando que quizás tuviera una oportunidad de arreglar el desastre en el que se había envuelto.

Alexia se limpió las amargas lágrimas y volvió a la cocina para continuar con la difícil tarea de lograr prepararse un café sin contratiempos, ante el estado de ánimo en el que se encontraba. Una vez que pulsó el botón dejó que su mirada quedase hipnotizada en cada gota de agua que salía. Procurando no pensar en nada. Sobre todo en la horrible imagen que le quedaría gravada de por vida en cuanto entró en aquel local de mala muerte...

Un sobresalto la hizo apartar sus pensamientos mirando nuevamente el teléfono, el cual nuevamente sonaba de manera insistente.

“Hola no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiii...”

La voz, esta vez de una mujer, se escuchó de fondo.

—¿Alex?

¡Oh no! ¡Lo que faltaba!

—¿Alex? ¿Estás ahí? —preguntaba una Sofía preocupada.

Alexia sintió la necesidad de agarrarse a la encimera desesperadamente al oír la voz de su amiga. No sabía si tendría las suficientes fuerzas para entablar aquella conversación. Todavía era demasiado pronto de enfrentarse a nada, no estaba preparada. Echando la vista atrás recordando que una vez que sucedió todo, había sido Sofía la que la había acompañado a su casa.

—Sé que estás ahí —pronunció dolida.

Nada.

—Cariño, entiendo que no quieras saber nada de nadie pero, ¿ni siquiera de mí? Debes de hablar conmigo, desahógate. Dime lo que sientes.

Nada.

Y como no recibió respuesta la voz de Sofía cambió de inmediato pensando que si para ayudar a su amiga debía hacer daño lo haría, ¡vaya si lo haría! Por nada del mundo iba a consentir que se quedase recluida en casa por el hijo de puta de su novio.

—Alex, ¡haz el favor de coger el puto teléfono o te juro que me presento en tu casa ahora mismo!

El clic al descolgar no tardó en escucharse.

—Alex, ¿estás bien?

No obtuvo respuesta.

—Cariño, no sé nada de ti desde que te llevé a casa y me dijiste que preferías estar sola,

¿sabes cuánto me arrepiento de haberlo hecho? No has contestado a ninguna de mis llamadas. Debes de tener el móvil saturado.

—Estoy bien —logró decir a duras penas.

—¿Que estás bien? —preguntó indignada a voz en grito—. ¿Qué coño significa que estás bien? No me mientas y dime lo que se te pasa por la cabeza.

—Créeme si te digo que no vas a querer escucharlo.

—¡Dímelo! —insistió levantando la voz.

Y lo hizo, vaya si lo hizo. Logrando despertar del letargo impuesto a la fuerza perdiendo el poco control que le quedaba, comenzando a chillar pareciendo como si hubiese perdido el juicio y estuviese completamente loca. Justo lo que parecía con aquel pelo todo enmarañado, las ojeras marcadas, y envuelta en aquella horrible bata tres tallas más grandes de lo necesario.

¡Hecha un verdadero desastre!

—¡Te odio! —gritó—, ¿no quieres saber qué es lo que se me pasa por la cabeza? Pues aquí lo tienes, lo que pienso es que si no hubiese sido por ti nunca habría entrado en aquel maldito bar, ¿me oyes? ¡Tú tienes la culpa de todo!

Y rompió a llorar después de decir lo que pensaba, quedándose tan ancha y consiguiendo que en cierta manera lograra consolarse después del odio que empleó en cada una de las palabras que acababan de salir por su boca.

—No me lo puedo creer, —fue la contestación de una Sofía aturdida debido a la inesperada confesión—. Sé que estás dolida, sé que te sientes traicionada, y sé que estás rabiosa además de indignada y no te culpo por ello. Tienes toda la razón, pero de ahí a culparme a mí por lo que viste... No sé Alex, es lo último que me esperaba de ti.

El tono en sus palabras dejaba ver claramente lo herida que estaba.

—Alex...—A continuación un largo silencio atravesó la línea, un silencio necesario y en el que pensó bastante lo que decir una vez que la escuchó. Tardando en encontrar las palabras adecuadas puesto que no las había... hasta dejar escapar un sonoro suspiro afrontando la realidad en un intento de darse fuerzas—. Si tú crees que la culpa de que vieses a tu novio besándose con otro hombre es mía, entonces es que tienes un gran problema.

—¡¿Por qué me tuviste que llevar allí?! —volvió a gritar fuera de sí. Dándose cuenta de que su vida se derrumbaba de una forma estrepitosa —. ¡¿Por qué?!

—¡Yo no lo sabía! —Se defendió—, cuando dije lo de tomar la última copa nunca imaginé que nos encontraríamos a ese capullo como lo encontramos. Y te voy a decir una cosa, como amiga tuya que soy ojalá lo hubiese sabido antes porque te puedo jurar que entonces no hubiese sido una casualidad, ¿me oyes? Y si para abrirte los ojos hubiese tenido que renunciar a tu amistad lo hubiese hecho, ¿sabes por qué? Porque te quiero, y porque sé que tú hubieses hecho lo mismo por mí en la misma situación.

Aquel arranque de sinceridad hizo que el silencio las envolviera nuevamente.

—Sofía... —susurró temblándole la voz.

—¿Sí?

—Me ha hecho tanto daño, ¿cómo ha podido?

—¿Sabes lo que pienso? No te mereces estar ni un minuto de tu vida encerrada en casa compadeciéndote de ti misma, el que debería estar compadeciéndose es él, ¿y sabes por qué? Por perder a una mujer tan maravillosa como tú.

Ni siquiera escuchar aquellas palabras lograron reconfortarla un poco.

—Me ha llamado —susurró confesando tímidamente.

—¿Qué? —preguntó indignada.

—Unas cuantas veces.

—Me imagino que no te habrás dignado a hablar con él, ¿verdad?

—Sí, para llamarle cabrón.

—Así me gusta —Rió—, olvídate de ese pedazo de hijo de puta, verás que a la vuelta de la esquina hay un hombre de verdad esperándote.

—Sofía.

—¿Sí?

—Yo le quiero.

—No, no puedes quererle después de lo que te ha hecho, ¿me oyes?

—Me ha dicho que después del trabajo vendría a verme, quiere que le perdone —confesó en voz baja.

—¿Qué? —volvió a decir horrorizada por lo que acababa de oír—, pero..., ¿es que te has vuelto loca? ¿Hablar de qué? ¿Perdonar qué? Lo has visto liado con un hombre, ¿qué más quieres saber aparte de que es un tipo sin escrúpulos que ha jugado con tus sentimientos?

La crudeza de aquello que acababa de escuchar le resultó incluso demasiado insoportable, sintiéndose atacada y pareciendo que le acabaran de asestar una puñalada en el corazón. Una puñalada que dolía demasiado. Además, nadie tenía derecho a hablar así de su novio, ni siquiera Sofía. Y sabiendo que no iban a llegar a ninguna parte decidió poner fin a la conversación.

—Creo que voy a colgar.

—¡No, no vas a colgar! —dijo Sofía furiosa—. Vas a escucharme, y vas a hacer lo que yo te diga, ¿acaso no tienes ningún tipo de dignidad para dejar que vaya a tu casa a hablar contigo? Déjalo en mis manos, yo hablaré con él.

—Pero...

—Debes olvidarte de él por mucho que te cueste, ¿o crees que lo quieres tanto para ver normal encontrártelo en brazos de otro hombre?

Y como no recibió respuesta Sofía exclamó enfadada:

—¡Por el amor de Dios Alexia! Pon un poco de cordura a la situación. Aprende y pasa

página, es así de sencillo.

—Yo no soy como tú —le dijo a la defensiva.

—¿Y por eso vas a dejar que te mangonee? No y no. No voy a consentir que os veáis. En el estado de confusión en el que estás eres capaz de perdonarlo y desde luego que no lo voy a consentir, ¿me oyes? Tienes veinticuatro años y un futuro profesional prometedor con toda la vida por delante, y ese cabrón no se la va a cargar.

—Como muy bien dices no soy una niña pequeña —intentó protestar sin mucha convicción.

Sofía volvió al ataque.

—¿Pero es que no lo ves? Vas directa contra un muro de piedra y vas a estrellarte. Recuerda lo que viste, no hay mucho más que decir.

Debía reconocer que tenía toda la razón, además, ¿podría volver a ser capaz de confiar en él después de lo que vio? Probablemente, y por mucho que le doliera pensar en ello, no sería la primera vez que aquello sucedía. ¿Cómo pudo ser tan ingenua? El que fuese el primer chico en su vida, y con el que tuvo su primera relación sexual, no era excusa para no darse cuenta de que quizás la relación que llevaban no era precisamente muy normal.

¿O sí?

Un gran silencio volvió a producirse, queriendo encontrar las palabras adecuadas que decir a continuación y guiándose por su instinto, cediéndole a su mejor amiga la oportunidad de ayudarla, que era lo que necesitaba.

—¿Qué se supone que debo hacer? —dijo dándose por vencida.

—¿Me estás hablando en serio?

—Es que... —Y nuevamente rompió a llorar sin ser capaz de continuar hablando, dejándose caer sobre el sillón con los hombros hundidos y en posición de auténtica derrota.

—Está bien Alex, tranquila, sé lo que vamos a hacer, ¿vale? —le decía intentando tranquilizarla, hablando de forma segura para que entendiera que no estaba sola—. Vas a recoger algo de ropa y te vas a venir a mi casa.

—Pero él...

—¡Pero él nada!

Debía zanjar aquel asunto y de manera inmediata además, reconociendo que la mejor solución sería hacerla ver el error que podría llegar a cometer si le permitía entrar en casa y por lo tanto le dejaba que se explicara. Actuando debidamente y tomando las riendas de la peculiar situación a la que se enfrentaban gracias a la indecisión que tenía, terminando cortándola:

—No estás en condiciones de hablar con Jack hasta que realmente sepas lo que quieres. Y como te conozco créeme si te digo que ahora de lo único de lo que te creo capaz es de hacer una tontería de la que no tardarás en arrepentirte. Y no lo voy a consentir, no si puedo evitarlo.

—Pero... —trató de insistir nuevamente.

—¡Pero nada! —volvió a cortarla antes incluso de que pudiera decir otra palabra que no convenía—. ¡Te recogeré a las tres!

Dicho esto, y antes de que ella pudiese protestar, colgó el teléfono dejando a una Alexia completamente desprevenida. Dando lugar a que se quedase inmóvil en el sofá durante un tiempo indeterminado con el teléfono todavía cogido tratando de hacerse a la idea de que iría a buscarla después de trabajar... Y sin darse cuenta del ruido que provenía de la cafetera indicándole que el café estaba listo para servir.

¡El telefonillo volvió a sonar de manera reiterada e insistente...! Y a medida que lo escuchaba Alexia seguía intentando poner un poco de orden al caos en el que se estaba hundiendo sin remedio.

Llevaba toda la mañana indecisa preguntándose si estaba segura de querer hacer todo lo que Sofía le había dicho que hiciera, pero sobre todo preguntándose si lo que realmente quería era ver a Jack y poder escuchar todo lo que tuviese que decir.

¿Qué hacer?

Se estaba volviendo loca. Cada minuto que pasaba solamente le servía de tormento, y eso le provocaba estar más y más indecisa.

Miró nuevamente la pequeña maleta que descansaba sobre el suelo, y que estaba llena de las cosas más imprescindibles para pasar un par de días en casa de su amiga (el cepillo de dientes, unas mudas de ropa interior, un par de camisetas, un pantalón vaquero, el pijama y sus zapatillas era todo cuanto necesitaba), y no fue hasta que escuchó nuevamente el sonido proveniente del telefonillo cuando finalmente supo lo que debía hacer. Comprendiendo que en esos difíciles momentos lo mejor sería poner un poco de tierra de por medio para pensar con un poco de claridad. ¡Sí, es lo que haría! Le había costado mucho tomar una decisión pero ahora tenía algo claro. Y antes de que el corazón le hiciera pasar una mala pasada fue hasta la maleta, cogiendo el asa fuertemente y comenzando a arrastrarla con paso firme.

Una vez hecho salió del apartamento y se dirigió a los ascensores.

Sofía seguía abajo pulsando el telefonillo de forma reiterada e insistente una y otra vez, dejando ver la cara de pocos amigos que tenía, hasta que logró verla a través del cristal de la puerta. Sonriendo de oreja a oreja y suspirando aliviada después de creer que no sería capaz de hacerla bajar. Alejándola así de la tentación que probablemente le ofrecería el malnacido de Jack, haciéndola ver lo que no era, para no tardando mucho volver a dársela...

En cuanto la puerta se abrió vio a Alex que soltaba apresuradamente la maleta y corría hacia ella queriendo refugiarse entre los brazos amigos buscando consuelo. A lo que Sofía actuó de buena gana, y durante un largo espacio de tiempo dejando que se desahogara, a medida que los sollozos iban poco a poco remitiendo siendo observadas por la gente que pasaba.

Solamente cuando comenzó a escuchar la respiración de su amiga de forma calmada y pausada, fue cuando tuvo la delicadeza de mirarla a los ojos preguntando:

—¿Cómo estás?

—Ahora mejor —confesó con una sonrisa tímida—, gracias.

—¿Te ha vuelto a llamar?

—No.

—Bien.

La respuesta la tranquilizó de forma inmediata. Apartándole cariñosamente el pelo que le caía sobre la cara, y dándole un beso en la mejilla.

—Sabes que tienes un aspecto horrible, ¿verdad? Anda, vayámonos de aquí sin perder tiempo, ya verás lo rápido que empiezas a ver las cosas de manera diferente.

Y con una prisa inusitada por si Jack aparecía, cogió el asa de la maleta tirando de ella firmemente dirigiéndose al borde de la acera, intentando parar un taxi libre.

Alexia simplemente se limitó a seguir sus pasos.

—Joder, vaya mierda de tráfico.

La avenida estaba convertida en un auténtico caos circulatorio. Entre taxis y vehículos particulares no se veía ni un atisbo del asfalto de los carriles debido en gran medida a la hora en la que estaban, la hora de comer. Una hora que sin duda iba a dificultar mucho el poder encontrar un taxi libre.

Pero la casualidad quiso que uno de ellos parara a unos metros del lugar en el que ellas estaban, sin creerse la suerte que se les ofrecía, viendo bajar a una pareja de ancianos. Y antes de que nadie se les adelantase, Sofía comenzó a correr desesperada a la vez que gritaba:

—¡Corre, corre!

Solamente una vez que estuvieron sentadas dentro del vehículo Sofía fue verdaderamente consciente de la suerte que acababan de tener, y es que al mirar a través de la ventana, pudo ver a Jack pagando la carrera del taxista que acababa de parar justo enfrente de la acera en la que habían estado unos segundos antes. Suspirando verdaderamente aliviada al comprender que un minuto más, y el encuentro entre ellos se hubiese producido. Un hecho que muy probablemente hubiese beneficiado a aquel hijo de puta persuadiendo a la infeliz de su amiga. ¡Sí, menuda suerte que habían tenido! ¡Justo a tiempo!

—¿A qué dirección las llevo? —preguntó el taxista mostrándose de lo más simpático viendo a dos chicas tan guapas.

La pregunta del taxista la hizo volver a la realidad, girando la vista al frente para darle rápidamente la dirección de su apartamento. Unas manzanas más adelante.

—A la 43 esquina con la 60.

—Muy bien.

Puso el taxímetro a cero y con una maniobra un tanto brusca se incorporó al tráfico lento e insufrible de New York, haciendo que lo que debería ser una carrera corta se convirtiera por momentos en todo lo contrario. Viendo horrorizada el taxímetro que no paraba de correr, a la vez que la maraña de coches se hacía alarmantemente insufrible.

Al rato, y sin poder soportarlo después de llevar casi quince minutos parados sin avanzar ni un metro, Sofía se incorporó en el asiento presa de una absoluta impaciencia para ordenar a aquel hombre que parara allí mismo.

El taxista ni protestó, dándose cuenta de la cara de mala leche que le dedicaba en exclusiva por lo que, en aquel preciso instante, y haciendo acopio de una indiferencia inusitada debido a las muchas horas que llevaba, pulsó el botón deteniendo el taxímetro y diciendo:

—Son 35 dólares.

—¡Joder! —protestó malhumorada abriendo el bolso y sacando la cartera—, pero si ni siquiera hemos llegado.

—Sí señorita pero yo no tengo la culpa del tráfico.

Alexia mientras se limitaba a permanecer callada.

El taxista extendió la mano cogiendo los billetes y los guardó en la caja que llevaba debajo del asiento, maldiciendo a las dos chicas que bajaban del vehículo y que no le habían dado nada de propina. A continuación volvió a internarse bruscamente en el interior de las abarrotadas calles en busca de nuevos clientes mejor dispuestos, pensando en la siguiente carrera y olvidando a aquellas chicas en el mismo instante.

—Vamos Alex, andemos un poco.

—Vale —se limitó a decir sin ganas.

Sofía volvió a coger el asa de la maleta siendo ella la que seguía controlando la situación, y comenzó a andar en silencio camino de su apartamento observando a Alexia siguiéndole los pasos.

No tardaron en llegar a la calle exacta.

—Vayamos a la tienda antes, ¿te parece?

Y en lugar de entrar en el edificio en el que vivía se desviaron del camino hacia la tienda de la esquina para poder comprar algo de comida, recordando que tenía la nevera casi vacía.

No fue hasta que entraban por la puerta de su apartamento, cuando Sofía se percataba de lo realmente cansada que estaba. Dejó la maleta a un lado y la bolsa del supermercado sobre la encimera, mientras que se quitaba los zapatos dejándolos allí tirados en cualquier sitio. Un detalle que no desentonaba mucho, ya que el apartamento estaba hecho un verdadero desastre, tal y como sucedía siempre. Algo curioso teniendo en cuenta el minúsculo espacio del que disponía limitándose a treinta metros en total dividido en un baño, una habitación, y un pequeño salón que hacía a la vez de cocina. Todo a la vista menos el baño que tenía la puerta cerrada, por lo demás, mirases donde mirases no veías

más que ropa tirada encima de cualquier mueble, la pila llena de cacharros sucios, la cama sin hacer... todo patas arriba.

Alexia nunca se acostumbraría a aquel desastre.

—¿Qué te apetece comer?

—No tengo hambre.

—¿Desde cuándo no comes?

No quiso contestar.

—Ya veo.

Dejó de mirarla y dio media vuelta llegando a la encimera con el propósito firme de preparar algo rico en un santiamén, sacando de la bolsa las verduras que acababa de comprar junto a una bandeja de carne dispuesta a cortarlo todo en trozos. Después llenó una cazuela de agua y la puso sobre el fuego trajinando rápidamente y diciendo:

—Dormirás conmigo en mi cuarto y te quedarás todo el tiempo que quieras, ¿estamos? Nos apañaremos bien. Ya lo verás.

—Sofía.

—¿Sí?

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí pero creo que sabes muy bien que esto no servirá de nada. Tarde o temprano tendremos que hablar y entonces...

—Y entonces le dirás lo que piensas de él y se lo mandarás de vuelta a su madre, sí, eso es lo que harás —aclaró mirándola con expresión divertida intentando parecer desenfadada a pesar de ver la tristeza y desesperación en cada uno de sus gestos—, debes pensar tranquilamente en todo lo que ha pasado, después hablarás con él no antes. ¿Y sabes por qué? Porque eres débil y él muy bien lo sabe. Te contará lo que quieres escuchar y tú le perdonarás.

—Sofía no sigas...

—Está bien —dijo sin más—, comamos primero.

—Vale.

Echó los espaguetis dentro de la cazuela y se dispuso a preparar la salsa, esperando a que la pasta se cociera. Una vez hecho y viendo el desánimo de su amiga, que se limitaba a permanecer junto a la ventana observando, le dio los platos para que pusiera la mesa y dejara de lamentarse. No tardando en estar una frente a la otra una vez que todo estuvo listo con dos platos humeantes llenos de pasta sobre la mesa, y dos copas de buen vino recién comprado. Limitándose a saborear la rica pasta y alegrándose de que su amiga se llevase algo de comida a la boca de buen agrado.

—Me voy a poner el pijama —dijo una vez que terminó, levantándose de la silla y cogiendo su plato vacío llevándolo a la pila llena de cacharros.

—¿Qué? —protestó Sofía—. De eso nada, son las cinco y fuera hace una tarde maravillosa, podríamos salir a dar una vuelta.

—No me apetece.

—¿Y qué es lo que te apetece? —Y se levantó igual que ella dejando el plato en la cocina, mirándola con cara de pocos amigos antes de seguir—: ¿Quedarte encerrada el resto de tu vida lamentándote por lo que te ha pasado? ¿Realmente es lo que quieres?

—Creo que no ha sido una buena idea —susurró dando media vuelta y dirigiéndose a la maleta intentando huir de lo que podría llegar a decirle.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó acercándose.

—Necesito mi tiempo y mi espacio. No puedo actuar creyendo que nada ha pasado y empezar a salir olvidándome de todo. ¿Es que es tan difícil de entender? Jack es una persona muy importante en mi vida.

Sofía se acercó y la cogió de las manos.

—Alex, solo intento hacer lo que creo que es lo mejor para ti.

—Lo sé, pero lo que pretendes no es tan fácil. Dos años no se pueden borrar de un día para otro. Yo no puedo.

—¿Quieres que hablemos de lo sucedido? Creo que cuanto antes te enfrentes a ello antes sabrás qué debes hacer.

Alexia se apartó un poco avergonzada y se sentó en el sillón que había frente a la televisión.

—¿Hablar de qué? ¿De lo humillante que es encontrar a tu novio morreándose con otro hombre? ¿De lo ridícula que he sido por no sospechar nada? —Las lágrimas tan amargas que hubo de tragarse tras ver la sórdida escena, empezaron a correr sin control por su rostro inocente. Consiguiendo reunir el valor y el coraje suficiente que le faltaban, y logrando desahogarse por fin—. Pero lo peor de todo, ¿sabes qué es?

Sofía no contestó. Sabía que la mejor manera que tenía de ayudarla aquí y ahora, era dejarla hablar. Limitándose a escuchar todo lo que tuviese que decir y pudiese así sacar todo el odio que llevaba dentro desde hacía varios días.

—Lo más patético de todo es que estoy dispuesta a perdonarle, ¿me oyes? Mi vida no ha sido un camino de rosas precisamente, y quizás por ello me agarré a él de una forma un tanto desesperada. Ahora las consecuencias son más graves de lo que nunca imaginé, no puedo vivir sin él.

¡Declaración tan sórdida hizo que por un momento Sofía quisiera contradecirla!

Pero no lo hizo, todavía no... Permaneciendo callada y mirándose entre ellas largamente envueltas en un gran silencio.

—Estoy tan confundida Sofía. Jamás pensé que un día tendría que enfrentarme a un problema así. ¿Te lo puedes creer? Pero después de lo sucedido, y en vez de pensar en mí, en lo único que puedo pensar es en las veces que lo habré hecho. Eso es lo que me duele. ¿Cómo ha tenido el valor de jugar conmigo de esta manera? Todo cambiaría y hasta lo vería normal si se hubiese liado con una tía.

—¿Qué?! —terminó preguntando enfadada por lo que acababa de escuchar—. ¿Por

qué se te ocurre decir que lo verías normal?

—No sé, quizás...

—Ni siquiera el hecho de que te pusiera los cuernos con una tía sería normal Alexia, ¿cómo puedes llegar a insinuarlo siquiera? —le preguntaba su amiga muy enfadada sin llegar a creerse lo que le estaba contando.

—Es que...

La conversación que se estaba produciendo entre aquellas cuatro paredes, de repente, y sin previo aviso, se vio interrumpida por el sonido cercano del timbre seguido de unos golpes en la puerta. Unos golpes que parecían tratarse de alguien conocido y que llamaban a la puerta con una familiaridad que no gustó a ninguna de las dos.

CAPÍTULO 2

—¡Por todos los santos, no puede ser cierto! —exclamó Sofía mirando a través de la mirilla.

—¿Qué sucede? —preguntó desde el sillón en el que seguía sentada.

—No te lo vas a creer, pero el que está detrás de la puerta no es ni más ni menos que nuestro querido Jack.

—¿Qué? —preguntó horrorizada. Quedándose clavada en el sitio y notando que de repente le costaba respirar—, ¿qué vamos a hacer ahora?

El timbre volvió a sonar acompañado de nuevos golpes en la puerta.

—Por ahora quedarte tranquila, no voy a hacer nada que tú no quieras. Ahora bien —dijo con un brillo en los ojos debido a la furia que sentía por dentro ante la desfachatez y el descaro de presentarse delante de su puerta—. Nada me gustaría más que me dejaras hablar con él. Necesito decirle un par de cosas.

—No, ni hablar. Somos adultos y he de saber enfrentarme a mis propios problemas, ¿no crees?

—Si tú lo dices...

Sus palabras se vieron interrumpidas escuchando la voz de él a través de la puerta.

—Sé que estáis ahí, abríme la puerta.

Las dos chicas se miraron atentamente pensando cada cual en lo que sería mejor dadas las circunstancias, y al ver la súplica en sus ojos la primera en hablar fue Sofía.

—Respetaré lo que digas tanto si decides que abra la puerta como si no. Y si quieres que te sea sincera quizás lo mejor es que acabes de una vez.

—¿Qué quieres decir?

El saber que estaba detrás de la puerta la estaba poniendo histérica, tanto que ya ni siquiera era capaz de pensar con claridad.

—Pues que según tú muy bien dices antes o después tendréis que hablar, y creo que la mejor forma de hacerlo es ahora.

—No logro entenderte.

—Es muy fácil —y añadió...—, no estaréis solos, que seguramente es lo que él querría. Yo estaré aquí y eso te dará fuerzas en caso de que necesites ayuda, y así podrás ponerle en su sitio. Algo que no estoy segura que sucedería si os encontraseis a solas los dos.

—¿Entonces?

—Tú decides, ¿quieres que abra la puerta?

Alexia desvió la mirada intentando hacer acopio de valor para enfrentarse a ella misma. La que a todas luces parecía querer ser su propia enemiga.

—Ni siquiera lo sé —confesó amargamente.

Más golpes a la puerta, y más gritos para hacerse escuchar.

—Alex, ábreme por favor.

¿Hasta cuándo iba a durar aquel juego?

—Está bien, abre la puerta.

—¿Estás segura?

—No pero, ¿y qué importa? Terminemos de una puta vez.

Sofía la miró asombrada porque era muy raro que llegara a decir tacos, alegrándose de poder ver la determinación que mostraba. Viendo la decisión en sus ojos llegando incluso a pensar que quizás no todo iba a resultar tan desastroso como ella creía.

“Quién sabe, quizás aquello le serviría, logrando plantarse de una vez ante el daño hecho”.

Y con aquella sensación de pequeño triunfo abrió la puerta enfrentándose ella misma al cabrón que tenía delante, pero sin que le sirviera de nada en absoluto ya que éste, al ver el acceso libre, ni se molestó en saludarla. Pasando a su lado de forma apresurada e ignorando por completo la mirada asesina que le dedicaba en esos precisos instantes. Intentando únicamente acercarse hasta el lugar en el que Alex estaba aprovechando para observarla detenidamente, a medida que se percataba realmente del mal estado en el que se encontraba. Sintiendo todavía más culpable.

El dolor que debía llevar dentro era tan palpable a simple vista, que lo único que él consideró oportuno entonces fue acercarse. Extendiendo los brazos para estrecharla entre ellos. Necesitando consolarla y poder borrar en parte un poco de la culpa que lo llevaba atormentando todo el fin de semana...

Pero con lo que Jack no contaba era con la reacción que la otra parte iba a tener, puesto que al verle entrar en el apartamento dirigiéndose a ella, el propio instinto hizo que diese un paso atrás en un reflejo voluntario de auténtica protección. Alejándose todo lo que el diminuto habitáculo le permitía, y sin que fuese suficiente. Terminando refugiándose detrás del sofá.

Ni que decir tiene que el hombre que acababa de ver dañado su ego, se mostró un tanto perplejo por la situación. Mostrando su disgusto tras verse rechazado.

—Sólo quería darte un abrazo —dijo dolido quedándose quieto.

—Creo que sobran los abrazos, tú mejor que nadie debería saberlo —le cortó.

El tono empleado fue suficiente, haciendo que Sofía diese media vuelta dejando que se enfrentara a él ella solita, porque sí que parecía que iba a conseguirlo. Y sin decir nada se internó dentro de su habitación dejando la puerta medio abierta por si consideraba oportuno tener que salir al rescate de su amiga.

—Alex —susurró Jack en voz baja—. ¿Estás bien? Ahora es lo único que me preocupa, llevo todo el fin de semana pensando en ti, preocupándome por ti.

—¿Ah sí? Pues tienes una forma un tanto peculiar de hacerlo.

—Alexia...

Escuchar su nombre completo a través de aquellos labios hacía que se sintiera vulnerable, y él muy bien lo sabía. ¡Vaya si lo sabía!

—Te he echado tanto de menos. Me ponía completamente loco cada vez que te llamaba y no me cogías el móvil.

—¿De veras me has echado de menos? El viernes por la noche no lo parecía. —Le respondió recordando aquella noche y bajando la mirada dolida.

—Cariño. —Y dio un paso para acercarse un poco—. El viernes por la noche bebí tanto que ni siquiera me acuerdo de lo que hice.

—¡Mientes! —exclamó levantando la mirada ante lo absurdo del comentario—. ¿Es que ahora me vas a decir que estabas borracho?

—Lo estaba Alex.

—¿Entonces por qué me has dejado todos esos mensajes en el móvil y en el contestador? ¿Por qué en cada uno de ellos me pides perdón sin explicarte cómo has podido caer tan bajo si verdaderamente estabas borracho, y por lo tanto no te acuerdas de nada? Vamos, contéstame si puedes.

Antes de hacerlo se tomó su tiempo.

—Un amigo me dijo lo que pasó a la mañana siguiente. Debes creerme, nunca me había sucedido algo así, nunca. Por eso tengo que hacer que entres en razón, no quiero perderte. Me importas demasiado.

—¿Sabes el principal problema? Que no te creo.

—Te quiero —dijo con énfasis, seguidamente se acercó, situándose en frente y aprovechó la oportunidad que le ofrecía el efecto sorpresa, cogiéndola de las manos—, te quiero Alexia, y quiero que me perdones. Lo eres todo para mí y si es necesario no volveré a beber.

Unos simples comentarios y las dudas comenzaron a aparecer. Justo lo que él creyó ver, ya que siguió por ahí creyendo que podría tener una oportunidad.

—Haré todo lo que me digas, lo único que me importa es que seas capaz de perdonarme, te lo juro.

“¡Oh Dios! qué bien sonaban aquellas palabras. Convirtiéndose cada una de ellas en lo que deseaba escuchar cuando más lo necesitaba”. ¿Y si era cierto lo que decía? Si realmente estaba borracho todo era posible... ¿no? Hasta el hecho de besar a un tío pensando que era una tía.

—Jamás sabrás el daño que me hiciste cuando te vi, jamás.

—Déjame compensarte —repetía una y otra vez deseando poder convencerla—, no sabía lo que hacía pero soy consciente del daño hecho y no me cansaré de pedirte perdón. Me crees, ¿verdad?

—Ya no lo sé. —Y estaba en lo cierto, pero lo que sí era seguro era que seguían cogidos de la mano y que ella no había hecho nada para impedirlo. Dejando la puerta

abierta a cualquier acercamiento.

—Te entiendo cariño pero has de confiar en mí. ¿Quién va a querer lo mejor para ti?

¡Qué fácil era dejarse llevar por todo lo que le decía, demasiado fácil si se ponía en una balanza!

—No sé Jack, si lo mejor para mi va a ser que a partir de ahora cada vez que salgamos por separado me tenga que echar a temblar por si haces algo que luego se te va a olvidar... no sé. ¿Podré confiar en ti de la misma forma que antes de lo sucedido? Esa es la pregunta que me da miedo contestar.

—Ya te he dicho que haré lo que me digas —añadió suplicante acariciando sus manos antes de añadir—: Si te quedas más tranquila saliendo siempre juntos, por mí no hay problema.

—Sí, claro que lo hay. Si llegamos a ese punto es que no hay confianza entre nosotros. Y si no hay confianza entonces es que no hay nada.

El sonido del teléfono móvil de Jack se escuchó entonces dentro del bolsillo trasero del pantalón vaquero interrumpiendo la conversación, produciendo un tenso silencio entre ellos. Y Jack, sin dejar de mirarla en ningún momento, lo sacó de atrás soltando sus manos para poder abrirlo. Actuando despreocupadamente y llevándoselo a la oreja. Una acción que no hubiese hecho de haber mirado la pantalla para averiguar quién era exactamente el que lo estaba llamando.

¡El color de su cara cambió en cuanto supo la persona que era!

—Lo siento se ha confundido —dijo intentando mostrarse todo lo natural que pudo dadas las circunstancias, antes de cerrarlo de prisa.

No hizo otra cosa que hacer el intento de volver a metérselo en el bolsillo trasero, cuando volvió a sonar de forma insistente. Produciendo que de repente una idea descabellada cruzase por la mente atormentada de Alex.

—¿No lo vas a coger?

—Hablar contigo es ahora mi única prioridad.

No supo muy bien el por qué, pero lo cierto era que la poca cordura que le quedaba hizo que analizara en profundidad el hecho de verle un tanto indeciso a raíz de la llamada. Tomando una decisión arriesgada.

—Entonces apágalo —sugirió como si nada.

—Buena idea.

A continuación todo sucedió demasiado rápido... Y lo que sucedió fue, que antes de que Jack se diera cuenta de lo que su novia estaba dispuesta a hacer, sacó el móvil del bolsillo con la intención de apagarlo y así seguir manteniendo la conversación transcendental que estaban teniendo cuando, sin percatarse de nada, Alex se lo terminaba arrebatando de las manos. Acto seguido, y sin mediar palabra, echó a correr hacia el lado opuesto y se encerró dentro del baño antes de que pudiera impedirselo. Echando el cerrojo. Entonces, ante la seguridad que le proporcionaban las cuatro paredes en las que estaba envuelta, lo abrió y se lo llevó a la oreja rezando porque su corazónada no fuese

cierta.

—¿Sí?

—¿Está Jack?

La voz de un hombre desconocido la dejó desconcertada en un primer momento, logrando serenarse ante el simple hecho de intentar saber qué hacer a continuación. Un detalle primordial si quería aprovechar la situación que se acababa de producir para tratar de averiguar quién era aquel desconocido.

Y haciendo acopio de valor se sentó sobre la taza del váter templando los nervios, y sobre todo escuchando la voz de Jack desde fuera aporreando la puerta nervioso.

—¿Quién eres?

—Quiero hablar con Jack.

—Soy su hermana, ¿quién eres tú?

—Un amigo —se limitó a decir.

“No, por ahí no iba bien, y debía de esforzarse si lo que quería era que no colgase”.

—Si quieres puedo darle el recado. No tardará en llegar.

Pareció pensarlo pues hubo un corto silencio antes de que contestara.

—No, gracias. Ya le volveré a llamar.

—¡No! ¡Espera...! —El ansia que transmitió pareció bastar. Produciéndole un gran alivio porque la corazonada que tenía se agrandaba cada vez. Y ella necesitaba saber—. Mi hermano me contó que quizás alguien le llamaría —mintió sobre la marcha.

Haría todo cuanto fuese necesario para lograr llegar hasta el final de toda aquella historia, y aunque aquello significase hacer un ridículo absoluto si resultaba que era un cliente que simplemente requería consejo informático.

—¿Ah sí?

—Sí. Me contó que conoció a un chico el viernes por la noche y que con toda probabilidad le llamaría.

¡Ala! ¡Ya estaba! La pelota la acababa de lanzar y ahora estaba en el tejado de la otra persona. Esperando a saber si estaba en lo cierto o no.

Lo que nunca imaginó fue la respuesta que iban a darle.

—Pues ese debo de ser yo. ¿Y has dicho que no tardaría en llegar?

¡El mundo entero se desplomó a sus pies hiriéndola de muerte! Recordando la visión de la escena de los dos hombres comiéndose a besos sobre la mente trastornada de la joven.

—Oye, ¿estás ahí?

¡Pero Alexia no era capaz de oír ni de sentir nada!

Tiró el móvil lejos evitando el mínimo contacto con aquel objeto, y se llevó las manos a la cabeza a medida que todo su cuerpo empezaba a temblar debido a la cruda realidad.

Preguntándose cómo había podido caer tan bajo creyéndose todo lo que le acababa de decir.

¿Podría alguien llegar a ser tan estúpida cuando después de ver lo que vio se dejaba convencer acerca de que lo hizo porque estaba borracho?

Y lo que era peor.

¿Tanto miedo le daba la soledad en su vida que prefería estar ciega? Porque es lo que estaba desde el mismo instante en que empezó a buscar excusas donde no las había después de lo que vio.

Los golpes en la puerta fueron aumentando, escuchándose las voces ahora de los dos, y que la llamaban preocupados por lo que pudiese estar sucediendo dentro.

—¡Alex, Alex, abre la puerta!

—Por favor —decía Sofía—, déjame entrar. Quita el cerrojo ahora mismo o echaré la puerta abajo. Terminemos de una vez.

El ruido del cerrojo no tardó en oírse, mirando impacientes y observando que la puerta no tardaba en abrirse, viendo salir del baño a una chica un tanto aturdida debido a las circunstancias sin parecer llegar a creerse todavía lo evidente de la situación...

El primero en actuar entonces fue Jack, dando un paso adelante lleno de preocupación y dolor a la vez. Y al hacerlo Alex lo miró necesitando comprender el porqué de tanto daño innecesario, manteniendo una calma incluso demasiado fría después de lo que acababa de suceder.

El silencio reinante envolvió el apartamento durante un tiempo. Siendo interrumpido a continuación y en el momento en que Jack se decidió a intentar explicarse nuevamente:

—Alexia —decía despacio—, escucha lo que tengo que decirte, puedo explicarlo todo...

Pero ya era tarde, demasiado tarde, y ella no quería seguir luchando por alguien que desde luego no merecía la pena. Reconociendo que si había una cosa que no soportaba era precisamente la mentira, además, no era necesario ser muy listo para saber que el problema en el que estaban inmersos no era algo superficial. ¿De qué le servía disculparse por su conducta estando completamente borracho si sabía que era mentira? Un borracho no intercambiaba el teléfono con un desconocido, mucho menos del mismo sexo. Y desde luego que alguien incluso bebido no se besaba con otro hombre si verdaderamente era heterosexual. Aquello era una evidencia así que... ¿Por qué seguir escuchando lo que tuviese que decir? No, no lo iba a consentir. Su dignidad no estaba dispuesta a pasar por alto ni una mentira más, mucho menos si lo que estaba de por medio eran sus dudas acerca de lo que le gustaba sexualmente. Para Alexia sus argumentos habían dejado de servir, y era plenamente consciente de lo que debía hacer a continuación. Terminar la pesadilla que la envolvía de una vez...

¡Ya tendría tiempo de levantarse y seguir hacia adelante!

—Alex, yo...

Las palabras que salieron de la boca de Alex las pronunció llena de una calma tan

grande que los dejó perplejos a ambos.

—Quiero que te marches de aquí y que no vuelvas a verme. Lo nuestro se ha acabado.

—Pero...

—¡Fuera!

La determinación en decirlo no daba lugar a ningún tipo de duda. Enfrentándose a la mirada de aquel cerdo con una claridad pasmosa, y transmitiéndole sin palabras lo que pensaba acerca de él.

—¿No la has oído? —interfirió la amiga que hasta ese momento no vio oportuno meterse de por medio—, no queremos volver a verte hijo de puta. ¿Tan difícil es de entender? ¡Lárgate de aquí!

No tuvo otra opción. Dándose por vencido ante la invitación a que se fuera, y entrando en el baño para recuperar el móvil. Después, sin mirar atrás, terminó marchándose por el mismo lugar por el que había venido. Diciendo así adiós a dos años de la peor de las maneras.

Entonces, y sólo entonces, todo se vino abajo. Oyéndose un gemido mezcla de dolor y rabia escapando inevitablemente de la garganta de una Alexia superada por las circunstancias. Dejándose oír tal cual animal herido de muerte y con la clara convicción de no querer seguir adelante. Sentándose sobre el suelo en una actitud de auténtica derrota.

¡Ya nada importaba!

Y Sofía, percatándose de la situación, cerró la puerta a toda prisa y corrió a su encuentro arrodillándose junto a ella y envolviéndola entre sus brazos en un intento desesperado de querer protegerla de todo y de todos. Desde luego una tarea un tanto ardua ante el estado en el que se encontraba.

¡Fueron unas horas duras las que se vivieron en aquel pequeño apartamento...!

Mientras, la gente abajo seguía con sus vidas ajenas a todo el dolor que se respiraba en cada rincón de la pequeña casa situada en la vigésimo quinta planta, a medida que el reloj seguía avanzando minuto a minuto...

Cuando logró quedarse dormida la claridad en el horizonte anunciaba un nuevo amanecer. Entonces, una Sofía agotada, aprovechaba y se internaba dentro del baño, plantándose frente al espejo y maquillándose con bastante más esmero de lo habitual, tratando de ocultar las ojeras y la fatiga de la noche pasada. Una vez conseguido se vistió envuelta en un silencio sepulcral empleando todo el cuidado debido al empeño de no querer despertarla. A continuación cogió el bolso, y se marchó convencida de que sería una jornada dura de trabajo, después de la horrible noche que habían pasado.

CAPÍTULO 3

Una semana después...

Eran las tres de la tarde cuando Sofía entraba por la puerta del apartamento con un humor de perros, y haciendo auténticos malabares para que no se le cayese nada de lo que llevaba entre las manos.

En una llevaba la bolsa llena de comestibles que acababa de comprar en la tienda y el paraguas cerrado, en la otra, las cartas que acababa de coger del buzón y las llaves de casa. Había sido una dura jornada de trabajo y lo único que le apetecía en esos momentos era quitarse las botas de tacón y dejarse arrastrar hasta el sillón. Si además era con una cerveza fría mejor que mejor.

Dejó sobre el mueble de la entrada todo lo que llevaba y se quitó la gabardina completamente mojada. Colgándola sobre la percha. A continuación metió el paraguas en el paragüero y dejó un rastro de agua que ni se molestó en limpiar, pensando en la tromba de agua que le acababa de caer de vuelta a casa, poniéndola furiosa debido al aire que hacía, y gracias al cual, había hecho que terminase calada sin que el paraguas le sirviese de mucho...

La verdad era que no estaba siendo un buen día precisamente pero total, después de los días pasados, ¿por qué iba a mejorar ahora? Admitiendo que entre el trabajo, la falta de sueño, y sobre todo la impotencia de ver a su amiga que no ponía nada de su parte para sobrellevar lo que le había sucedido, hacía, que todo ello sumado, le hiciese sentir la necesidad de cortar con todo antes de que sus nervios terminasen explotando, sintiéndose una olla a presión.

¡Lo que sucedería no tardando mucho!

—Hola, ya estoy en casa —anunció cansada cogiendo las llaves de entre todo lo que acababa de dejar y cerrando la puerta. Después echó la llave y se volvió distraída para averiguar cómo se la encontraría en lo que era su séptimo día de duelo...

Levantó la mirada y los ojos se le abrieron como platos ante la escena que tenía enfrente de sus propias narices, llegando incluso a creer que se había equivocado de casa... Y es que la sorpresa no pudo ser mayor, encontrándosela trajinando en la cocina haciendo un guiso que olía divinamente. Escuchando a su estómago quejarse gracias a lo hambrienta que estaba.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó alegre acercándose a la cocina para ver lo que tenía en el fuego—. Por cierto, la sudadera te sienta muy bien.

—Te la he cogido prestada del armario —respondió moviendo la sopa de marisco—, tenía hambre y he salido a comprar unas cosas. ¡Ah! y los pantalones también.

—Ya veo ya, y no solo has hecho eso, ¿verdad?

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todo estaba limpio y en su sitio, descubriendo que el olor a productos de limpieza se impregnaba en todos y cada uno de

los rincones... Y aunque no le gustaba que le tocasen sus cosas, todo había que decirlo, debía reconocer que en esta ocasión no se había quedado igual que los días anteriores en el sillón tirada hasta que ella llegase, y aquello debía de ser bueno. ¡Seguro!

¡Por fin algo de luz al final del túnel!

—Me he levantado con ganas de hacer algo, y la mejor forma ha sido poniendo orden a todo el caos en el que te gusta vivir. —Y viendo la cara que ponía, y antes de que pudiera protestar, la advirtió señalándola con la cuchara de madera todavía húmeda por la sopa, evitando que pudiera decir ni media palabra—. Después me ha entrado hambre y pensé en darte una sorpresa —continuó—. Algún día tenía que pisar la calle otra vez, ¿no crees?

Sofía la miraba un tanto confusa mientras llevaba la bolsa que acababa de comprar a la encimera. Comenzando a colocarlo a medida que pensaba que, verla hasta anoche mismo en el estado de completa dejadez con lo que era ella, hacía que no se creyera del todo lo que veían sus ojos. Admitiendo que verla trajinar le daba fuerzas después de la mañana tan horrenda que llevaba...

Sacó de la bolsa el resto del pescado junto a las hortalizas, y lo guardó todo en el frigorífico.

“Ya habría tiempo de prepararlo esa noche —se dijo antes de cerrar y ver una botella de su vino blanco favorito”.

—¿Y esto?

—He comprado el vino que tango te gusta. ¿Quieres una copa?

—¡Claro! —exclamó encantada por el detalle.

—Pues ábrelo tú misma. Tengo que echar un ojo al horno.

—¿También has encendido el horno? —preguntaba animada echando un vistazo.

—Pues claro, ¿qué es de una buena comida sin un buen postre?

—Se me está haciendo la boca agua Alexia. Cuando me ha caído esa tormenta encima pensé que no habría nada capaz de mejorar el día, pero ya veo lo equivocada que estaba.

Sirvió el rico vino en dos copas y le dio una a su amiga, la cual seguía supervisándolo todo hasta que estuviese listo. Miró el pastel a través del cristal del horno saboreando el buen vino, y pulsó el botón de apagado una vez que comprobó que también estaba hecho.

—La comida ya está, ve a lavarte las manos o a ponerte cómoda.

—¿Me estás echando? —preguntó mostrando una gran sonrisa.

—Sí.

Ambas se miraron divertidas recobrando la complicidad que habían añorado desde hacía varios días.

—¿No necesitas ayuda?

—No, esta comida es para agradecerte lo que has hecho por mí y no voy a dejar que me ayudes.

—Está bien. —Rió ante lo raro de la situación después de depender de ella para todo, llegando a ser incapaz de prepararse otra cosa que no fuese café y más café. Dando media vuelta pensando en el maravilloso paréntesis que se le brindaba.

La verdad es que después del infierno pasado durante la semana, lo que necesitaba era un poco de descanso. Y precisamente el que ese día no tuviese que encargarse de preparar la comida era desde luego una de las primeras cosas que tendría en su lista de prioridades. Haciendo que el día que tan mal comenzó no fuese tan desastroso como ella había pensado.

La comida resultó exquisita. Entre el hambre que tenían, y el buen aspecto de cada plato cuidado con mimo hizo que, durante media hora, no hiciesen otra cosa que degustar la rica comida que tan entusiasmadamente había preparado en el transcurso de la mañana.

De primero comieron la sopa caliente de marisco, después un jugoso filete a la plancha acompañado de verduras asadas, y de postre un rico pastel de manzana. Todo ello acompañado de la botella de vino blanco, apurando hasta la última gota en lo que se convirtió en una clara celebración por el logro de los acontecimientos.

—No comía tan bien desde... ni siquiera me acuerdo.

—Exagerada —Rió Alex levantándose la primera.

—Espero que todo esto signifique que has entrado en razón —dijo levantándose y dejando los platos sucios en el fregadero, dispuesta a llenar el depósito de la cafetera.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy fácil.

Sofía terminó de llenar el depósito de agua y continuó:

—Llevas días de la cama hasta el sofá y hoy me encuentro con la maravillosa sorpresa de que has sido capaz, ya no de limpiar, sino que además has sido capaz de salir a la calle a comprar.

—¿Y?

—Pues eso, que quizás signifique que estás preparada para continuar tu día a día, ¿no?

La contestación inicial de Alexia consistió en pulsar el botón de encendido de la cafetera tranquilamente, después se remangó la sudadera.

—Todavía no sé si estoy preparada para ello —dijo dubitativa y hundió las manos en el agua caliente, cogiendo el estropajo y ocupando su mente en cualquier cosa que no fuera su vida. Cambiando deliberadamente de tema—. ¿Qué tal el trabajo? ¿Algún famoso a la vista?

—¿Crees que no me doy cuenta de lo que haces? —preguntó abriendo uno de los armarios y sacando dos tazas.

—¿Y qué es lo que hago?

—Cambiar de conversación y no hablar de lo que deberíamos —le dijo cabreada—,

¿desde cuándo te importa si algún famoso ha ido hasta la consulta a arreglarse algún diente? Porque he de recordarte que un montón de veces me has llamado pesada por contarte los entresijos de las intervenciones.

—Porque lo eres. Siempre que va alguno de ellos te pasas una semana hablando de lo mismo.

—¿Y qué otra cosa voy a hacer? Soy la envidia de todas mis amigas —contestó cogiendo el azúcar y echándose una cucharada pequeña antes de regañarla—. Y tú deberías ser una de ellas.

—Y lo soy, pero cuando lo que dices tiene sentido para mí. Los detalles por los que van no me interesan gran cosa, la verdad.

—Entonces hablemos de los que sí que importan —dijo seria enfrentándose a ella—, y podríamos empezar por el pequeño detalle de qué día vas a regresar a tu trabajo, ¿quizás cuando sea demasiado tarde y tengas que ir a recoger tus cosas? Sí, creo que este podría llegar a ser interesante, ¿no crees? Así tendrías la excusa perfecta para dejar de pagar el apartamento que tanto te gusta y volver a casa de uno de tus padres. ¿Un buen plan verdad? A cualquiera de ellos le encantaría la idea.

Alex terminó de fregar y de enjuagar los cacharros haciendo oídos sordos y dando la sensación de que no había escuchado nada. Limpiándose las manos en el trapo de cocina.

—¿No tienes nada que decir?

—Sí, ¿cómo quieres el café?

Se arrepintió de sus palabras nada más decirlas ya que a Sofía solamente le faltó echar humo a través de las orejas de lo furiosa que se puso. Asiendo la jarra de la cafetera fuertemente sin que esta hubiese terminado de verter todo el depósito del agua, y sirviéndose una buena cantidad de café amargo. Justo lo que necesitaba para despejarse.

—Eres muy graciosa Alex, de veras que sí. —Dejó la jarra en su sitio y lo hizo demasiado fuerte, provocando que unas gotas de café hirviendo cayeran sobre su mano, soltándola apresuradamente y escupiendo todo tipo de tacos—. ¡Joder! ¡Hostia puta!

—¿Estás bien?

Ni se molestó en contestar de lo cabreada que estaba, entonces dio media vuelta y se alejó de ella todo lo que le fue posible, terminando sentada frente a la televisión.

¡Simplemente ignorándola!

—Sofía.

Pero su amiga la seguía ignorando completamente, removiendo el café con demasiada fuerza y mirando un canal que según parecía le interesaba mucho.

Entonces explotó:

—¡Está bien, hablemos! —anunció bruscamente despertando de un gran letargo, apagando la tele y plantándose delante con las manos sobre las caderas—, ¿empiezas tú?

“¡Oh Dios!, por fin parecía entrar en razón”.

—Vale —dijo suspirando por dentro teniéndola en el lugar que quería. Cambiando el tono de la voz para que la joven la obedeciese y mostrándose un poco más tranquila—, anda siéntate.

Alex se dejó caer sobre el sillón y se sentó junto a ella estirando la mano hasta coger la manta que había sobre el revistero. La tarde era un poco desapacible después de la tormenta caída, hecho que hizo que bajara la temperatura unos grados sintiendo la necesidad de taparse.

—Llevas cuatro días sin pasarte por la oficina —comenzó Sofía pacientemente.

—Estoy enferma —dijo a la defensiva.

—No, no lo estás, y cuando te pidan el justificante del médico, ¿qué les vas a dar? No me puedo creer que te importe todo una mierda. Tanto como para dejar que tu puesto de trabajo pueda correr peligro.

—Estefany me ayudará —contestó todo lo tranquila que pudo recordando que ni siquiera se había puesto en contacto con ella.

—¿Tú crees? Yo no lo haría si estuviese en juego mi propio puesto de trabajo, y menos por comportarte como una inconsciente pensando en todo menos en lo que de verdad importa.

—¿Me estás diciendo que dos años no son lo suficientemente importantes?

—Sí. Justo eso —afirmó de manera rotunda, llevándose la taza a su boca y dando un gran trago antes de continuar—, ¿y sabes por qué?

Alex susurró en voz baja:

—No estoy segura de querer escucharlo.

—¡Pues lo harás! —exclamó alzando la voz para que se quedase quieta ante la amenaza de que saliese huyendo—, creo que lo mejor que te ha podido pasar es esto y no tardando mucho te darás cuenta. Sólo depende de las ganas que tengas de dejar de lamentarte y pasar página. ¿Acaso te has parado a pensar que de seguir con él sin saber nada te hubieses seguido creyendo una chica feliz al lado del cabrón ése? Intenta contestarme a esa pregunta si puedes.

—No hace falta que seas tan cruel.

—¿Cruel yo? Seguimos teniendo un problema si es lo que piensas. Lo que estoy haciendo es simplemente hacerte ver lo que de verdad importa, y no me equivoco cuando te digo que Jack no vale una mierda después de lo visto.

—¿Y qué es según tú? —preguntó de malas maneras un poco harta de que siempre tuviera la solución a todos y cada uno de sus problemas.

¡Qué fácil era hablar de los de los demás...!

—Seguir con tu vida porque tú no eres la que tiene que esconderse, lo has dado todo por él, ¿y qué has recibido a cambio? La peor de las traiciones. Entiendo que tengas dolor y rabia, pero lo que no entiendo es que lleves una semana entera encerrada en mi apartamento pareciendo que el mundo hubiese acabado para ti.

—Es que es así como me siento —susurró a punto de echarse a llorar.

—¿Hasta cuándo? ¿Qué es lo que hace falta para que te des cuenta que perder el trabajo que tanto te gusta será un hecho que no te podrás perdonar en la vida? No me hagas ver que todo ha terminado para ti cuando tuviste el coraje de sobrellevar la muerte de tu hermana, incluso la separación de tus padres. Eso sí que hubiese podido ser el fin del mundo, pero por suerte para ti no estuviste sola y pudiste salir adelante, ¿me vas a decir a estas alturas que con veinticuatro años y todo lo que has pasado, vas a rendirte ahora por el hijo de puta de Jack? Si es lo que quieres, ¡vamos, dímelo! Y te juro por lo más sagrado que te dejaré tranquila el resto de tu miserable vida... Y ahora, si me disculpas, creo que necesito una copa.

Alexia la miraba sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, limpiándose las lágrimas que no pudo seguir reprimiendo.

De todas las personas que conocía, nadie, ni en un millón de años podría llegar a ser tan clara y directa como su amiga lo era. Reconociendo que la mayoría de las veces llevaba razón en lo que decía y por mucho que doliera.

—Que sean dos, por favor.

No supo exactamente cuál de ellas, pero las palabras tan duras que acababa de escuchar hicieron que tomase una decisión. Una decisión dura ante la vergüenza que pasaría convirtiéndose en prioritario, y teniendo la seguridad de querer abrirse por primera vez ante lo ocurrido con su amiga del alma. Admitiendo que en cada una de las frases que le dijo hizo que necesitase sincerarse para así librarse de la gran carga que llevaba a la espalda como si fuese una losa desde hacía varios meses, y que nunca se había atrevido a confesar. Ni siquiera a ella. Contando con la ventaja de que tener una copa entre las manos la ayudaría a conseguirlo... Pasando el resto de la tarde hablando claramente y sin tapujos de lo ocurrido. Haciéndole partícipe de todas las confidencias íntimas, y de las que nunca quiso hablar. Comprendiendo que el problema de no sentirse deseada la mayoría de las veces no era normal, sintiendo por primera vez el bien que le hacía sentirse escuchada y comprendida. Sobre todo comprendida. Observando a su amiga horrorizarse cada vez que le revelaba un nuevo detalle o escena vivida con el que creía el hombre de su vida. ¡Que ciega había estado! Ahora lo veía claramente, lo que hacía que doliese un poquito menos.

Habló, habló y siguió hablando...

Solamente cuando no tuvo nada más que decir, y después de haber terminado una caja llena de clínex, fue cuando una experta Sofía tomó la palabra para que supiera que la vida continuaba y que allí fuera habría un montón de hombres dispuestos a hacérselo ver. Esta vez de verdad. Después, y de manera calmada, pasó a explicarle el procedimiento por el que estaba pasando y que tenía varios pasos a seguir. Unos pasos que sabía con precisión, y que le pasó a enumerar a continuación.

Primero la perplejidad de no creer lo que se ve.

Segundo dar paso a la rabia, dolor y humillación.

Tercero hacerse a la idea para superar la pérdida, aunque para su amiga fuese a base de encerrarse revelándose contra el mundo.

Pero después estaba el cuarto paso y el que de verdad importaba. Y no era otro que volver a levantarse para volver a disfrutar sin mirar atrás, con el añadido de aprender de lo sucedido aunque fuese en la peor de las experiencias vividas.

Sofía sabía mucho de todo aquello. Quizás por ello la chica que era había cambiado tanto después de todas las desilusiones que sufrió en todos los ámbitos de su vida. Reconociendo que la Sofía de ahora no iba a permitir que la chulearan así como así a menos que ella pudiera evitarlo. Eligiendo en todo momento el cómo y el cuándo sin dejarse llevar por nada ni por nadie. Era lo que había aprendido después de tantos y tantos disgustos. Por ello, si de algo estaba segura, era precisamente de que Alexia aprendería de todo aquel dolor provocado. Viendo a su amiga igual que era ella misma hacía varios años pero con una gran diferencia. Ella siempre estaría allí aconsejándola y consolándola. Pensando en que ojalá hubiese tenido tanta suerte. Suerte de no encontrarse sola en cada uno de los momentos que más necesitó sentirse querida y sobre todo escuchada...

Y así, entre copa y copa se les hizo de noche sin casi darse cuenta, llenando la mesa de agua debido a los hielos que iban derritiéndose, mientras que la botella de whisky bajaba y bajaba. Estaban tan a gusto además de bebidas que ni se molestaron en irse a la cama. Quedándose allí tiradas sobre el sofá, y siendo Sofía la primera en quedarse profundamente dormida.

Entonces, sin preocuparse ni en quitarse los zapatos, se estiró en el lado opuesto de su acompañante. A continuación se echó la manta vieja de cuadros encima y sonrió creyendo estar en el mismo cielo. Siendo como se sentía tras soltar lo que llevaba dentro desde hacía mucho tiempo. Notando que la sensación de paz y tranquilidad era tan inmensa que casi no sentía dolor en el alma. Si era debido a las confesiones hechas, o a todo el alcohol ingerido, ya era otro tema que ahora no importaba nada, la verdad... Permitiéndose cerrar los ojos agotada por el trabajo hecho durante el día después de estar una semana sin hacer absolutamente nada que no fuese compadecerse de sí misma. Quedándose dormida con una rapidez asombrosa y consiguiendo dormir del tirón sin ningún tipo de preocupación ni contratiempo, olvidándose de las pesadillas que la atormentaban y que la perseguían en sueños noche tras noche.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando el silencio las engulló en el pequeño apartamento...

Se despertó sobresaltada escuchando aquel sonido tan terrible, pero no fue hasta que hizo el intento de moverse que se percató del terrible dolor que la atravesaba por dentro.

—¡Dios! La cabeza me va a estallar —se lamentaba escuchando el teléfono móvil que seguía sonando con aquel timbre que la molestaba tanto y que la acababa de despertar. Haciendo que el dolor que tenía se extendiera por toda su dolorida cabeza.

Alargó la mano sin abrir los ojos hasta que encontró lo que estaba buscando. Un cojín. Cogiéndolo y echándose encima afanada en taparse los oídos para no volverse loca.

¿Qué hora sería? Ahora que se acababa de despertar también le molestaba mucho la claridad que entraba en el apartamento. Haciéndole imposible el simple hecho de abrir los ojos.

Viendo que taparse no le iba a solucionar nada, porque el móvil seguía y seguía, intentó levantarse. Una vez que lo consiguió se sintió morir debido a las náuseas que le entraron en cuanto se incorporó. ¿Qué demonios había hecho para estar en aquel estado?

Y a medida que abría los ojos poco a poco iba siendo consciente del lugar en el que estaba. Además, la pista que le faltaba para entender el por qué se encontraba tan mal la halló en la botella y los vasos encima de la mesa, recuperando un poco de control sobre sí misma.

¡Recordando lo sucedido la noche anterior!

—¡Oh Dios! —habló escuchando el móvil que no paraba de sonar y sonar.

“Pobre Sofía, ¿cómo habría logrado despertarse después de la moña que llevaban encima?”

Miró la hora del reloj y comprobó atónita que eran las doce del mediodía.

“¿Tanto había dormido? Aunque no le iba a servir de mucho debido al estado en el que se encontraba, —pensaba buscando el móvil siguiendo el tono del timbre—. ¿Dónde estaba el maldito teléfono que no paraba de sonar?”

Cuando lo encontró habían pasado varios segundos.

—¿Sí? —logró decir con voz pastosa.

—Vamos dormilona que son las doce —escuchó a su amiga alegre y hasta podría decirse que un poco eufórica.

—¿Cómo estás? —logró decir tan bajito que por un momento creyó que ni la habría escuchado de tanto que le dolía la maldita cabeza.

—Me he acordado de ti y de tu familia esta mañana, y he estado a punto de despertarte para que me acompañaras a trabajar.

—No sabes lo que te agradezco que no lo hayas hecho, —decía retirando un tanto el teléfono de la oreja porque el tono le molestaba bastante—. ¿Podrías bajar un poco la voz? Estoy hecha una mierda.

—¿Y qué esperabas después de una botella de vino y ni me acuerdo ya de cuántos whiskeys? —le dijo alzando más la voz y terminando con una sonora carcajada para atormentarla un poco.

—¿Y para qué me llamas? ¿Acaso intentas torturarme?

—Pues me gustaría sí.

—Pero...

—Pero no es el caso —seguía diciendo con demasiado entusiasmo a pesar de lo cansada y malhumorada que debía de estar después de la juerga de anoche.

—¡Un momento! ¿Qué te has tomado para estar de tan buen humor cuando deberías estar contando los minutos para volver a casa y tirarte sobre la cama?

—Nunca lo adivinarías.

—¿Café doble? —bromeó.

—Unos pocos, pero no han sido suficientes para levantarme el ánimo así.

—¿Entonces?

—No te vas a creer quién se ha pasado por aquí hace unos minutos preguntando por un blanqueamiento de dientes.

—Al grano Sofía que no estoy para escuchar según qué tipo de cosas —la cortó entrando en el baño sujetando el móvil en la oreja y abriendo la pasta de dientes. Echándola sobre el cepillo con el deseo de quitarse el mal sabor de boca y esperando la contestación que sabía le terminaría dando.

—Bueno chica, si no estás interesada colgaré ahora mismo. Tengo que correr la voz y ser la envidia de todas.

—¡Ya será menos fantasma!

—Adiós.

—No. Espera.

Escupió la pasta en el lavabo sorprendida sin poder creerse que la hubiese colgado sin más.

¡Qué raro!

¿Quién habría sido el que tanta expectación había logrado levantar en una Sofía acostumbrada a ver a personas famosas en su día a día?

Y debido a la curiosidad buscó en el registro de llamadas el último número de móvil y pulsó la tecla correspondiente.

—¡Lo sabía! —dijo triunfal.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que me llamarías de inmediato.

—¿Y?

—He de decirte que el peor día de mi vida en el trabajo por la resaca que tengo se ha visto recompensada con creces hace solamente media hora.

—¿Y? —volvió a repetir un tanto cansada de aquel jueguecito que se traía. Poniendo los ojos en blanco.

—¿Acaso estás impaciente? —rió divertida—, porque es lo que parece. No me puedo creer que la que pasa de todo el fámoseo y de todo lo que tengo que contar acerca de ellos esté de repente impaciente.

—Te estás pasando —la avisó saliendo del baño y dirigiéndose a la cocina para prepararse una taza de café y lograr espabilarse.

—¿Tú crees?

—¡Sofía!

—Vale, vale, solamente quería poner un poco de suspense. Hace media hora ha llamado a la consulta. Imagínate la cara de idiota que he puesto cuando he abierto la puerta y he visto de quién se trataba...

—¡Sofía! ¿Quieres ir al grano de una vez? —dijo sin poder evitar alzar la voz, lo que le provocó un pinchazo de dolor en mitad de la sien. Arrepintiéndose demasiado tarde.

—¿No decías que hablara bajo? —Sonrió de forma mordaz disfrutando del momento —, si no te conociera diría que estás impaciente.

—Adiós.

—¡No, no cuelgues! —Miró el reloj comprobando que el tiempo que tenía para descansar se estaba acabando y terminó diciendo completamente feliz—: el actor del momento y del que no paran de hablar en la tele, el chico guapo y sexy por el que cualquier mujer daría lo que fuese por cruzar una palabra con él. ¡Y yo lo he hecho Alex...! —decía con una risita nerviosa—. ¡He hablado con él!

—¡Vete al cuerno! —protestó con un enfado de mil demonios— ¿Acaso crees que soy tan experta para saber con tus escasas palabras de quién se trata? Que estás hablando conmigo... —le recordó malhumorada por todo aquel jueguecito que ya la estaba hartando —, con la persona más despistada en cuanto a tema de prensa rosa o como quiera que lo llaméis. Mira guapa, ya no tengo ningún interés en que me lo cuentes, me está esperando el café y es mi única prioridad por ahora. Adiós.

No hizo otra cosa que colgar cuando una imagen le vino a la mente, la imagen del actor del momento tal y como ella lo acababa de llamar. No, no se podía tratar de él, ¿o sí?

“¡Mierda!, ahora no puedo quitármelo de la cabeza. Hasta que no sepa quién es no podré hacer otra cosa —pensaba mientras que volvía a darle al botón de llamada”.

—¿Ya sabes de quién se trata? —seguía bromeando.

—No puede ser cierto...

—¡Lo es! —confirmó gritando tal cual quinceañera.

—Pues tendrás que contarme hasta el último detalle, ¿es tan guapo como en la tele o hay truco? —empezó a preguntar sin acordarse del dolor que tenía hace un segundo.

—¿No decías que te aburría? —preguntó bromeando—, acabas de decirme que ya no querías saber nada asique quizás no debería contártelo.

—Eso era antes de saber de quién estabas hablando —respondió arrepentida—. Ninguna mujer en sus santos cabales despreciaría la oportunidad de que le contaran algo acerca de Robert Brownn. Menos si la que lo cuenta es tu mejor amiga que ha tenido la gran suerte de hablar con él. No sabes la envidia que me das.

—Lo sé encanto, lo sé. Después te veo y decidiré si contarte algo o no. ¡Ah! y de truco nada, está como para comérselo de un bocado.

—Qué suerte tienen algunas...

—¿Envidia?

—Me refiero a la lista interminable de mujeres que han de estar impacientes por

comérselo como tú dices. —Le dijo a su amiga entre risas. Disfrutando de la conversación y olvidándose de todo lo demás.

—Quién sabe... ¿Te imaginas tú en la lista? Sería un paréntesis perfecto para pasar página, ¿no crees?

—Tan perfecto como que tú te convirtieras en monógama —bromeó ante lo ridículo del comentario—. Ni siendo yo, ¡cómo decirlo... la actriz del momento!, un hombre así se fijaría en mí.

—Deberías tener las expectativas un poco más altas, no eres ningún bicho raro por mucho que lo intentes.

—¿Ah no? Me tranquiliza lo que dices.

—Déjate de bromas que tengo que volver a la faena, luego te veo. —Y colgó para seguir trabajando en la consulta número cuatro en la que esperaba una mujer que tenía un problema de implante.

Y con una energía renovada, después de la conversación mantenida, Sofía abrió la puerta sonriendo. Actuando profesionalmente y sin que le pareciera importar la resaca que llevaba encima. Disimulándola a la perfección tras ingerir varias aspirinas en el transcurso de la mañana.

A Alexia le costó bastante arrancar después de que su amiga la llamara debido a su estado. Se terminó el café que se acababa de preparar, y que tan bien le había sentado, llenándose la taza de nuevo. Una vez hecho se levantó de la silla comprendiendo que tenía el ánimo suficiente de querer salir del hoyo en el que había estado metida, andando hasta la habitación y dejando la maleta encima de la cama con la intención de recoger sus escasas pertenencias, para regresar a su apartamento.

Era curioso, en el peor momento anímico en cuanto al estado en el que se encontraba tras todo el alcohol ingerido por la noche, era cuando por fin era capaz de tomar la decisión de volver a coger las riendas de su vida. Regresando a su casa y a su trabajo. Lo demás vendría solo. Y todo era a consecuencia de la larga conversación que tuvo lugar en aquel mismo sitio en el que se encontraba. Sofía finalmente había conseguido abrirle los ojos, y gracias a ella sabía el paso que dar a continuación. Pensando en lo afortunada que era por tenerla siempre que la necesitaba.

Cuando acabó de recoger sus cosas cerró la maleta y la bajó apoyándola en el suelo, una vez allí, y ayudada por las ruedas, la dejó junto a la puerta de entrada. Entonces, debido al dolor insistente de la cabeza, decidió tomarse un respiro. ¡Se lo había ganado!

Se sentó en el sofá llevándose una aspirina a la boca y tragándola con un sorbo del segundo café. Esperando medio adormilada a que Sofía llegase para poder despedirse y hacerle saber que la dejaría vivir tal y como a ella le gustaba. Envuelta en un absoluto caos.

Encendió la tele y bajó el volumen tratando de encontrar un canal que le gustara, y como nada le interesaba no tardó en cerrar los ojos deseando que el dolor de cabeza desapareciera. Quiriendo mantener la mente en blanco para facilitar las cosas,

consiguiendo quedarse completamente dormida estirada encima del sofá y con la manta encima, manteniéndola caliente a pesar del viento frío que hacía fuera en aquella mañana de otoño.

Si alguien hubiese tenido la oportunidad de observarla dormir, no habría tardado en darse cuenta de que estaba soñando. La cara distendida y la sonrisa traviesa que dejaba ver es lo que parecía querer decir. Intuyendo que debía de ser un sueño un tanto agradable. ¿El motivo? Muy fácil. Por muy incomprensible que resultara, el guapo y sexy Robert Brownn acababa de aparecer en su sueño. Haciéndola la mujer más afortunada del mundo a medida que soñaba que entraba en una fiesta de Hollywood del brazo del guapísimo actor del que todo el mundo hablaba... Disfrutando por segunda vez en siete días, en su inconsciencia profunda, gracias al hecho de no tener la misma pesadilla que la estuvo persiguiendo desde el viernes pasado. Cuando empezó todo su calvario.

Recibiendo un soplo de aire fresco aunque solamente fuese en sueños...

(Iba del brazo del atractivo actor, dándose cuenta del revuelo que iban provocando, y de las miradas curiosas de todos a su alrededor despertando un sinfín de envidias entre todas las mujeres allí presentes, y que intentaban acercarse descaradamente.

Los flas de las cámaras no daban abasto fotografiando a Robert (el actor de moda) acompañado de aquella mujer desconocida. Siendo preguntados por los reporteros de la prensa rosa una y otra vez, de manera incansable, quién era ella. Y Robert, sin hacer ningún tipo de declaración, la condujo suavemente hacia el interior del majestuoso edificio en el que se produciría la esperada gala... y de repente supo que no iban a verla, sintiendo un vuelco en el estómago en el instante en que la cogía de la mano rápidamente, y la llevaba hasta un cuarto oscuro al que tenía acceso con una llave que se acababa de sacar del bolsillo. Una vez que estuvieron dentro, le observó nerviosa mientras que miraba todo a su alrededor, descubriendo lo que parecía ser una habitación de hotel y sin que le importara nada en absoluto. Lo único que ella quería era estar encerrada en esa maravillosa habitación dispuesta a todo lo que el guapo actor quisiera hacerle a ella, y a su cuerpo terriblemente descontrolado.

“Oh sí, vaya si se dejaría hacer...”

Y Robert la miró dibujando una sonrisa burlona en la cara leyéndole el pensamiento, a medida que comenzaba a desatarse el nudo de su corbata de forma completamente provocadora hasta terminar tirándola sobre el suelo sin prisa. Acercándose peligrosamente.

—¿Y bien? —le preguntó en un tono sensual que la hizo debilitarse—. ¿No vas a preguntarme dónde estamos?

La boca la tenía seca de sólo mirarle, el hombre que tenía frente a sí era tan bello que no se podía creer que fuese la afortunada de poder pasar unos minutos con él. Y encima para recibir todos y cada uno de sus encantos...

Un glorioso escalofrío recorrió toda su espalda viéndole acercarse hasta tenerlo pegado a su cuerpo. Un cuerpo completamente atontado y que no era capaz de reaccionar, limitándose a intentar respirar sin quitarle los ojos de encima.

—Aunque si quieres todavía podemos llegar a la gala. ¿Es lo que quieres? —susurró sobre sus labios claramente intentando provocarla.

—No —logró susurrar humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Y qué es lo que quieres? —volvía a preguntar deleitándola con una voz sumamente sensual y echando mano a uno de los botones de su blusa, comenzando a desabrocharlos poco a poco—, debes decírmelo pequeña si todavía quieres escapar de mí.

—¿Y quién quiere escapar? —titubeó con una turbación interior inimaginable, bajando la mirada y viendo cómo sus manos abrían la blusa poco a poco para, una vez que terminó de desabrochar todos los botones, desprenderse de ella.

La prenda de vestir no tardó en caer sobre el suelo dejando a la vista un sencillo sujetador de color blanco, provocando en Alexia un suspiro incontrolable tras verle la cara de placer. Comprobando la atención que le daba al tamaño de los pechos y no a la sencilla prenda que los envolvía.

—Son perfectos —dijo extasiado metiendo las manos por debajo.

—¡Oh Robert! —exclamó a través de un gemido que se le terminó escapando de la boca. Sintiendo las yemas de los dedos rozando sus pezones erguidos.

—¿He de suponer que te gusta? —susurró arrastrando las palabras—. Pues nena todavía no he comenzado. —Y desabrochó el sujetador manteniendo la calma hasta quitárselo. Haciendo a parar junto con el resto de las ropas tiradas sobre el suelo de cualquier manera.

Pero la calma de Robert se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, quedando completamente en un segundo lugar en el preciso instante en que la tuvo desnuda de cintura hacia arriba. Deleitándose ante las maravillosas vistas que le ofrecía, actuando con una precisión y una rapidez que dejó a Alexia totalmente vulnerable. Tanto fue así que no pudo evitar soltar un grito mezcla entre sorpresa y excitación al sentirle deslizar su lengua lamiendo los pechos con verdadera urgencia. Pareciendo necesitarlos. Una acción irresistiblemente provocadora, y que hizo que al mismo tiempo ella tuviese la necesidad de agarrarse a los hombros masculinos en un intento de sujetarse. Deseando que el contacto de aquella húmeda y cálida lengua no acabara nunca, mientras que irremediablemente empezaba a sentir la humedad entre sus piernas sin poder creerse todavía lo que aquel hombre la hacía sentir...

—Vamos despierta.

Una voz de fondo casi la hizo despertar... pero estaba tan enfrascada en el sueño tan erótico y espléndido que seguía teniendo, que no le costó nada retomarlo en el lugar en el que lo habían dejado. Recreándose sin pudor en lo que él le seguía haciendo a sus pechos. Descubriendo embriagada cómo ahora, y con ambas manos, le subía la falda hasta la cintura. Dejando a la vista las sencillas bragas que llevaba a juego junto a la parte de arriba.

—Creo que por el momento no van a hacerte falta —volvió a susurrar derritiéndola entera.

Y como dejó de besarla donde más le gustaba gruñó enfadada... un enfado que se le pasó a una velocidad sorprendente al darse cuenta de que se arrodillaba frente a ella para quitarle la ropa interior. Deslizándose la prenda dolorosamente despacio por sus piernas hasta dejarla situada en los tobillos para terminar levantándole un pie y después el otro, tirando de las braguitas hasta liberarla completamente...

El corazón de Alexia no tardó en desbocarse, siendo seguidas por cada una de las partes de su cuerpo, y observando henchida de placer a un Robert ayudándola a abrir las piernas en un intento de explorar a fondo su intimidad absoluta.

Escapándosele un gemido de placer en cuanto sintió la lengua de él sobre ella.

—Robert... —gritó sin importarle nada que no fuera seguir sintiendo, agarrándolo del pelo, y tirando suavemente creyendo que se volvería loca degustando aquel beso tan sumamente íntimo que le estaba dando—. ¡Oh Robert!

Él simplemente miró hacia arriba después de escucharla, susurrando:

—Que bien sabes Alexia...)

Cuando Sofía entró por la puerta y se la encontró durmiendo pensó en dejarla un rato más, pero al ver la maleta no pudo esperar a satisfacer su curiosidad. ¿Quizás aquello significaba lo que ella creía?

Se acercó observándola mejor, y como no se despertaba le dio unos golpecitos en el brazo suavemente, pero tampoco así lo hizo así que pasó a hacer las dos cosas a la vez. Gritando su nombre, y golpeándola fuertemente sin ningún tipo de delicadeza.

A lo que ella respondió:

—¿Qué? —preguntaba una sobresaltada Alexia siendo arrancada de un sueño tan fascinante y erótico—, ¿qué pasa?

—No sé el tiempo que llevarás durmiendo pero seguro que es suficiente, anda, apiádate de mí y déjame un sitio.

Alex la miró con cara de pocos amigos, encogiendo las piernas antes de que se las aplastara, ya que sin más, se había plantado sobre el sillón.

—Estoy muerta, ha sido un día horrible —se quejaba poniendo los pies sobre la mesa acomodándose.

—Pues no lo parecía cuando llamaste.

—Es que ha sido un día horrible hasta que he abierto la puerta y me he encontrado cara a cara con él. No sé, debe de haber pensado que era tonta o algo así porque me he quedado babeando cuando lo he visto.

Alexia rió.

—¿Tú babeando? —preguntaba encantada siendo consciente de que el dolor de cabeza

se había esfumado, recordando el sueño que acababa de tener y odiando un poco a su querida amiga por despertarla en el peor instante posible... ¡Qué mala suerte! añadiendo —: Eso sí que no me lo creo.

—Mira bonita —le contestaba de un modo un tanto vacilón—, no soy una mujer que se deje embaucar fácilmente. ¿Sabes?

—Pero...

—Pero he de reconocer que con toda probabilidad he hecho un ridículo absoluto. —Terminó reconociendo—. Me ha mirado y casi me derrito. No deberían existir hombres así, que te miran y ya estás en sus manos.

—¿Volverás a verlo? —preguntó de golpe.

—Cualquiera que te escuche pensaría que es mi novio.

—Ya quisieras...

—Si lo que pretendes es que le pida un autógrafo si se vuelve a pasar por la consulta vas lista.

—Pero...

—Después del ridículo que he hecho no pienso degradarme nuevamente para pedirle que me estampe su firma en un mísero papel. Además, ni siquiera sé si volverá.

—Qué pena.

—Oye —dijo cambiando a un tema que le interesaba bastante—, ¿qué significa la maleta en la puerta?

—Lo que ya sabes.

—Después de una semana de pesadilla créeme si te digo que necesito oírtelo decir —dijo sinceramente.

—Me voy —contestó con voz pausada y tranquila.

—Me gusta escucharlo.

Se miraron largamente, y lo que vio Sofía a través de sus ojos fue a una chica que tenía la certeza de querer seguir adelante. Sin dudas ni miradas atrás. Plenamente consciente de poner punto y final a todo el tormento que había pasado durante toda la semana.

—Sé que me va a costar habituarme a la rutina del día a día sin él, pero precisamente por eso es necesario que empiece para poder darle carpetazo. Necesito hacer cosas diferentes. Quizás es el momento de empezar a tener nuevas perspectivas.

—¿Ah sí?

Escuchándola hablar parecía que se había transformado. La chica que se encontró cuando fue en su busca desde luego que nunca hubiese sido capaz de afrontar los hechos por sí sola. En cambio fue pasar una semana en una absoluta miseria, y cambiar radicalmente en la forma de pensar.

—Sí, he estado pensando y la mejor manera de olvidarle es haciendo que mi mente esté

distraída. Seguramente que es el momento adecuado de apuntarme a un gimnasio.

—Me gusta la idea, ¿sabes la cantidad de ligues que salen de ahí? —decía animada ante la idea que ya se empezaba a fraguar en su mente—, podríamos apuntarnos juntas.

—Para, para. De ligues nada. No quiero saber absolutamente nada de hombres durante un tiempo.

—¡Puf! Te tomaré la palabra, pero que sepas que en cuanto empieces a salir te vas a tener que quitar los moscones de encima.

—Pero, ¿qué dices? Te debes de haber quedado trastornada desde el instante en que has visto a Robert Brown. ¿Acaso he de recordarte que siempre paso desapercibida allá donde voy?

Sofía no tardó en contestar.

—Porque tú lo has querido siempre así, ¿no es cierto? —dijo acusándola y echando un vistazo a todo su cuerpo—. ¡Mírate! Siempre que no estás en la oficina estás con chándal o con las estúpidas zapatillas que tanto odio.

—A mí me gustan.

—Es uno de los problemas que tendremos que cambiar —la cortó.

—¿Qué tratas de decir?

—Pues que ya está bien de ser tan mojigata. Es hora de tener nuevas perspectivas como muy bien has dicho, y yo te voy a ofrecer alguna que te va a cambiar la vida. Sí, eso es lo que voy a hacer.

Ni siquiera fue capaz de contestar de tan asombrada que la acababa de dejar. Además de no entender en qué dirección les podría llevar aquella conversación.

—Debes de tener confianza en ti misma y voy a ayudarte a hacerlo, lo primero que haremos es echar un vistazo a tu armario y lo segundo, por supuesto, tirar esas zapatillas tan horrendas.

—¿Qué? —intentó protestar dejándola completamente perpleja.

—Lo que oyes.

Y continuó:

—Hasta ahora te creías feliz queriendo pasar desapercibida pero se acabó. Eres una chica preciosa con un gran atractivo que te empeñas en ocultar debido a tus inseguridades, y es lo primero que tenemos que cortar.

—Te has vuelto loca, ¿verdad?

—No, nada de eso. El cabrón de Jack te ha hecho el peor de los favores y tú lo has creído.

—¿De qué estás hablando?

—De lo fácil que te ha resultado dejarte llevar, porque es lo que has hecho durante todo este tiempo pensando que la relación era normal.

—Sofía...

—No, déjame terminar —dijo levantando la voz con autoridad.

Alexia cedió al no tener las suficientes fuerzas de querer protestar.

—Está bien. Termina.

Y su amiga simplemente se limitó a hacerlo.

—Sé que te aferraste a él pensando que era una tabla de salvación después de todo por lo que tuviste que pasar, pero te equivocaste. Elegiste la opción fácil, y aunque no lo compartí en su día, sí que intenté comprenderte. Pero eso se acabó.

—Yo le quiero, ¿sabes?

—No —negó levantando la voz—. Querrás decir le querías. Además, después de lo que me dijiste ayer me imagino que el amor que le tenías era el que le tendrías a un amigo. Porque ese de novio tiene lo mismo que yo de virgen.

—No te pases —la advirtió.

—No lo estoy haciendo. Llevas demasiado tiempo pensando en que quizás el problema por el que no quería follar contigo era por culpa tuya, y has de saber que es mentira. El problema lo tenía él y no tú.

—Yo no follo, hago otras cosas.

—¿Lo ves? Ese precisamente es el problema. No sabes nada de sexo. Anda no seas panolis, cualquiera que te escuche pensará que está hablando con una señorita de la edad media.

—No te rías de mí, ¿quieres? —dijo ofendida por el comentario tan desafortunado que no le gustó nada.

—Solo te estoy diciendo la verdad —le dijo con demasiada franqueza—. No te has sentido mujer, no te has sentido sexy, y desde luego nunca has podido disfrutar con ese cabrón en la cama.

—¡Basta!

¿Qué era todo aquello?

¿Por qué le decía palabras que tanto dolían?

Era incapaz de averiguar el motivo, pero lo que si era cierto es que la estaba hiriendo en lo más profundo del alma.

—Lo siento, es lo que pienso, ¡y si no lo digo reviento!

La conversación que en un principio parecía apacible se acababa de convertir en todo lo contrario, tomando un cariz del todo inesperado y preocupante.

—¡Pues revienta! —Terminó gritando—. ¡Pero déjame en paz! Bastante me han humillado ya para que tú también lo hagas.

Se levantó del sillón apresurada y se dirigió a la maleta después de lo que le acababa de decir, y es que no iba a consentir ni un comentario más acerca de su mísera vida.

Arrepintiéndose de haberle contado sus intimidades secretas y sabiendo que allí ya no tenía nada que hacer. Deseando, por encima de todo, volver a la tranquilidad de su apartamento para que nadie pudiera meterse con ella y con la vida de mierda que le esperaba.

¡Era su problema!

—Alex, perdona.

“Joder, ¿cómo podía ser tan bruta a veces?”

Fue tras ella arrepentida interponiéndose entre la puerta y su amiga. Jamás dejaría que se marchara así. Jamás. Siendo realista y sabiendo que si ocurría quizás no quisiera volver a verla.

—No te vayas por favor, todavía no. Ya sabes el carácter que tengo y debes saber que solamente pienso en lo mejor para ti —decía a modo de disculpa queriendo aclarar las palabras tan duras.

—Pues menos mal porque la sensación que me da es justo lo contrario, ¡apártate!

—No voy a hacerlo, no hasta que sepas que lo siento, que me he pasado mucho y que lo único que sigo haciendo es preocuparme por ti. Aunque a veces no lo parezca.

—Eres tan burra a veces...

—Lo sé y lo siento. Por favor deja que termine para poder explicarme antes de que te vayas cabreada conmigo, ¿vale? Entiendo que quizás me he expresado mal y no me has entendido...

Pero Alexia no atendía a razones.

—No, ese es el problema, que te has expresado de maravilla como tú siempre haces —dijo alzando la mirada y enfrentándose a ella—, pero nunca eres consciente del daño que puedes llegar a causar. Y esta vez te has pasado.

—Déjame intentarlo otra vez, te juro que intentaré morderme la lengua, y te juro que lo haré suavemente.

—Ya está todo dicho —la cortó tajante sin querer escuchar nada. Bastante lo había hecho ya.

—No, no lo está, y si de verdad me consideras tú amiga te quedarás y me escucharás.

Lo dijo con el corazón en la mano, siendo consciente del daño hecho.

Pasaron unos segundos, los suficientes como para dudar dando paso a la inseguridad, y gracias a la cual terminó cediendo. Mejor que nadie la conocía y sabía lo franca que podía llegar a ser a veces. Apartando por un momento todo lo que le acababa de decir, diciendo sin mucha convicción:

—Está bien. —Soltó el asa de la maleta y se quedó cruzada de brazos, dejando bien claro que le concedía unos minutos pero allí donde estaban. No iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—Anda ven, pidamos una pizza y hablemos, ¿qué te parece?

—Pues que estás desperdiciando unos minutos de oro.

Sofía suspiró pesadamente ante aquel ultimátum, sabiendo que no lo tendría fácil. Pensando minuciosamente las palabras exactas que quería decir a su amiga sin que llegara a molestarse.

—A ver... Lo que estoy intentando es abrirte los ojos. —Y se acercó un poco antes de respirar en un intento de calmarse, tratando de no meter nuevamente la pata continuando —: Sé que en cuanto llegues a casa vas a hacer lo contrario de lo que me acabas de decir. Lo de perspectivas nuevas y todo eso está muy bien, pero sé cómo te sientes, y sé por tu forma de ser que no te va a resultar nada fácil.

—Que lista eres, ¿no te has parado a pensar en que quizás te has equivocado de profesión? Creo que Psicóloga te hubiese quedado como anillo al dedo —bromeó sin ningún remordimiento.

—¿Acaso te estás burlando de mí?

—¿Acaso no te lo mereces?

—¡Bufffff! Desde luego que yo puedo ser muy burra pero a ti a terca no te gana nadie.

—Permíteme que lo dude.

—¡Vale! ¡Se acabó! —Terminó gritando tirando por la borda toda la calma, antes de acercarse nuevamente señalándola con el dedo de forma amenazante—. Vas a escuchar lo que tengo que decirte aunque sea lo último que haga en la vida, ¿de acuerdo?

—Pues empieza que tengo cosas que hacer.

Si seguía con ese aire de indiferencia la agarraría por el cuello, ¡oh sí, vaya si lo haría!

—He pasado antes que tú por todo esto y aun siendo fuerte casi pudo conmigo.

—¿Y?

—Pues que quiero que cuentes conmigo siempre.

—¿Y? —volvió a decir dando la impresión que no le importaba nada de lo que decía.

“Dios, que terca podía llegar a ser, tanto que hasta el límite de su paciencia estaba llegando a desbordarse”.

—Que aunque no lo veas te estoy haciendo el favor de tu vida —le dijo del todo convencida—. No voy a consentir que te quedes recluida en tu apartamento, que es lo que vas a hacer. No voy a consentir que vuelvas a verle, que es lo que vas a intentar. Y por supuesto no voy a consentir que sigas pasando desapercibida porque eres demasiado guapa como para querer seguir haciéndolo. ¿Lo has entendido todo o tienes alguna duda?

Si tenía alguna o no era algo que dejó de importar. Quedándose sin palabras gracias a todo lo que aquello significaba. Emocionándose en lo más profundo de su ser.

—¿Ves como no era tan difícil? —logró decir con un nudo en la garganta que le dificultó mucho el que pudiera hablar normalmente—, lo de antes te lo podías haber ahorrado.

—Anda, ven aquí.

Y se abrazaron emotivamente olvidando el rencor que en un principio hizo que su relación se tambaleara. Demostrándose lo mucho que se querían, y sobre todo la complicidad que seguían teniendo.

—Sofía has de aprender a morderte la lengua a menudo —Sonrió Alex apretada por aquellos brazos que tanto parecía necesitar— , aunque para ello corras el riesgo grave de envenenarte.

—Me lo merezco. Anda ven, pidamos esa pizza mientras hablamos, ¿qué te parece? — Y la cogió de la mano esperando su respuesta.

Una respuesta que no tardó en llegar.

—Pues que he de sentirme mucho mejor después de la resaca porque tengo un hambre que me muero.

Las dos se miraron y se echaron a reír con una normalidad absoluta.

—Así me gusta. ¡Buena chica!

Volvió sobre sus pasos olvidando la maleta, y volviendo a sentarse frente a la televisión mientras que escuchaba a Sofía haciendo el encargo de la pizza por teléfono.

CAPÍTULO 4

La charla que mantuvieron finalmente se alargó en el tiempo. Arrepintiéndose en el mismo instante en el que bajaba a la calle en busca de un taxi, descubriendo muy a su pesar, cómo tuvo que esperar casi tres cuartos de hora a que uno libre se dignase a pasar, mientras que se maldecía pensando en que si no llevase la maleta la mejor opción sin duda habría sido la de coger el metro.

¡Consiguiendo que el trayecto hasta su destino le resultase una auténtica tortura!

Casi sin fuerzas, y cuando pasaban de las ocho de la tarde, logró entrar por la puerta de su apartamento. Dejando la maleta a un lado agotada y echando un vistazo a su alrededor totalmente exhausta. Comparándolo con el de su amiga Sofía.

Igual que el de ella el suyo también era bastante pequeño, lo suficiente para vivir una persona o dos a lo mucho. La gran diferencia entre ambos era el orden que se veía allí en lo que te fijaras, porque, absolutamente todo estaba impoluto. El único defecto que se podría sacar era la capa de polvo sobre los muebles después de estar una semana sin que nadie lo quitase. Por lo demás todo seguía en su sitio y sin nada de por medio. Pareciendo que todo seguía igual que cuando lo dejó... Pero no tardó en comprender que si había una gran diferencia, y no era otra que la ausencia de Jack. Entonces, una vez que terminó de revisar todas las estancias, se derrumbó sintiendo un vacío tan grande que se puso a llorar desesperadamente. Todo cuanto veía le parecía demasiado solitario y cargado de recuerdos. Llegando a pensar incluso que quizá no había sido una buena idea la de regresar tan pronto. Mirase donde mirase veía a Jack. En el sillón, en la cama, en la cocina... “Aquello iba a ser mucho más duro de lo que en un principio pensó” y para colmo, después de lo sucedido, la disparatada idea de llamarle cruzó por su mente. Maldiciéndose en su interior debido a lo absurdo de querer seguir hundiéndose en el pozo en el que se encontraba sí llegaba a degradarse hasta ese punto. ¿Por qué necesitaba verle? ¿Para que la siguiese mintiendo acerca de su condición sexual?

“¡Se acabó! Costase lo que costase volvería a tomar el rumbo de su vida”.

Y recuperó un poco de control sobre sí misma, tratando de olvidarse de la patética necesidad de escucharle, antes de que viera la luz roja del contestador automático. Centrando su atención en lo que debía y sorbiéndose la nariz debido a lo absurdo de todo lo que la estaba rodeando.

El indicador del contestador le mostró que había tres mensajes no leídos. A continuación se acercó y pulsó el botón, después dio media vuelta y se llevó la maleta a su habitación.

—Hola pequeña —decía la voz conocida de Peter, su amigo de la universidad—. Ya me he enterado de todo. Sofía me lo contó ayer. ¿Estás bien? No quiero agobiarte así que la llamaré a ella para que me vaya contando. Si necesitas algo aquí estoy nena.

La voz reconfortante de su amigo la consiguió calmar en un principio. Tanto fue así que dejó la maleta olvidada y se tumbó en la cama dejando ver un amago de sonrisa con la certeza de que el bueno de Peter siempre estaría ahí. Dándose cuenta de lo afortunada que era teniendo tan buenos amigos.

El segundo mensaje se escuchó a continuación, los dos fueron enviados el martes.

—¿Alex? ¿Estás ahí? Peter me ha contado lo de Jack y no termino de creérmelo, ¡será hijo de puta! Cuando vuelvas si tienes ganas llámame, ¿vale? Te quiero.

La que hablaba ahora era Verónica, la novia de Peter. Pero esta vez no se sintió todo lo reconfortada que esperaba, sino que volvió a sumirse en una pena todavía mayor. Levantándose nuevamente con el objetivo de seguir haciendo cosas para mantener la mente ocupada durante el mayor tiempo posible.

¿Qué pensarían acerca de ella? No le iba a resultar nada fácil hablar del tema a sus amigos. No después de la compleja escena que tuvo que vivir y a la que tuvo que enfrentarse. Aceptando todo lo que conllevaba detrás...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos de golpe tras empezar a escuchar a la persona que le hablaba en el último mensaje de voz. Apartando todo tipo de pensamientos y escuchando a Estefany. La secretaria de su jefe y compañera de trabajo que la había llamado esa misma mañana.

—¿Alexia? Llevo toda la semana sin tener noticias sobre ti y espero que estés bien.

El remordimiento de Alexia, nada más escucharla, hizo que pensara en lo egoísta que había sido por el hecho de no haberse molestado en llamarla a la oficina dando señales de vida. Notando cómo le empezaba a faltar el aire.

—Debes de saber que el señor Scot ha preguntado por ti y no me ha quedado otra alternativa que mentirle. Espero no estar cometiendo una locura que me haga arrepentirme, y espero que sepas lo que estás haciendo. Adiós.

“¿Que ha preguntado por mí? —se decía echándose literalmente a temblar y sin que tuviese una mínima idea de lo que aquello podría llegar a significar—. Ahora sí que tengo un verdadero problema”.

¡Genial, lo que le faltaba! Primero su novio se liaba con un hombre. Y si no parecía ser suficiente, ahora veía que muy probablemente terminaría perdiendo el trabajo... ¿Qué más le podía pasar? ¿Acaso alguien le había echado mal de ojo?

Si todo aquello parecía ser poco, el teléfono sonó a continuación, acercándose para ver el identificador de llamadas antes de que saltase el contestador automático creyendo que ya nada podría empeorar. Equivocándose y queriendo morirse una vez que supo quién era.

“¡Por favor ahora no! Por lo visto absolutamente nada iba a salirle bien”.

—Hola Alexia, ¿estás en casa? Soy mamá.

Si había algo por encima de todo que no quería hacer, era precisamente esa. Hablar con su madre. ¿Cómo demonios se las ingeniaba siempre para llamar en el momento menos indicado? ¡Iba a darle algo, de veras que sí!

—¿Mamá?

—Hola cariño, ¿cómo estás?

—Bien, como siempre —mintió esperando que no le notase nada raro—, ¿pasa algo?

—Oh no, nada de nada. ¿Acaso no puedo llamar a mi hija porque sí? —contestaba un

tanto enfadada y con cierto reproche.

—Ya sabes que sí mamá —dijo de manera obediente.

—Hija, te echo tanto de menos...

El sonido de sus palabras era bastante melancólico o sea que sabía a la perfección el tipo de conversación que le esperaba.

—Todavía no entiendo por qué tuviste que coger ese maldito trabajo que te mantiene tan lejos de aquí.

“¿Precisamente por eso? —se dijo mordiéndose la lengua”.

—Llevo tanto tiempo esperándote que ya ni me acuerdo de la última vez que viniste, en cambio tu padre...

“¡Por Dios, otra vez no! ¿Es que no podían hablar nunca sin que sacara a relucir a su padre?”.

—Él en cambio está más cerca, —continuaba hablando apenada—, y puede ir a verte de vez en cuando, solamente estáis a cuatro horas y...

—Mamá, —la cortó con el ánimo por los suelos—, lo siento pero he quedado y no tengo tiempo de hablar contigo, si quieres este fin de semana te llamo tranquilamente.

—¿Por qué nunca tienes tiempo de hablar con la pobre de tu madre?

“Pufffffff...”

Siempre hacía lo mismo, decir lo justo haciéndola sentir culpable. Dándose cuenta de que la distancia que intentó poner para poder vivir la vida a su gusto seguía atormentándola por haber tomado dicha decisión, y cada vez que a su madre se le antojaba echárselo en cara.

—Mamá no empecemos... —le dijo sabiendo lo que le diría a continuación. Lo sabía de memoria. Suspirando de manera impotente.

—Pero es que es la verdad. Cuando te necesito vas y haces lo mismo que tu padre, dejarme sola. ¿Acaso alguno de vosotros ha pensado en mí?

—Mamá yo tengo mi vida igual que la tuviste tú el día que te marchaste de casa de la abuela.

—Lo sé cariño pero es que te tengo tan lejos...

—Ha sido una decisión muy importante y meditada ya lo sabes. Debes confiar en mí y sobre todo darte cuenta de que es lo que quiero, y lo que necesito.

—No puede ser si es a costa de estar lejos de tu casa.

—Ahora esta es mi casa, lleva siéndolo durante bastante tiempo. Deberías haberte acostumbrado.

¿Por qué tenían que tener la misma conversación cada vez que hablaban? Su madre nunca se concienciaría de que ya no era la chiquilla a la que podía manejar a su antojo. Y por supuesto nunca se concienciaría de que, aun con todos los miedos irracionales que

tenía, y por mucho que estuviese siempre pendiente de la única hija que le quedaba, no podría protegerla siempre. Asfixiándola sin llegar a pretenderlo para desesperación suya.

—¿Y Jack? ¿Cómo está?

Ahí se quedó completamente bloqueada, mordiéndose el labio de manera nerviosa y optando por permanecer callada. Intentando pensar rápidamente.

—¿Alexia? ¿Me oyes bien? ¿O es que ocurre algo? —se escuchaba decir dejando a Alex pensativa.

¿Cómo lo hacía? ¿Una madre olía los problemas de los hijos estando a varios kilómetros de distancia? Porque eso precisamente era lo que parecía en su caso en particular para desgracia suya.

—¿Alexia? —volvía a insistir debido a su silencio.

Alexia cruzó los dedos rezando porque no la descubriera.

—Mmmm... mamá lo siento tengo que colgar. Tengo un problema con la caldera... —dijo mintiendo improvisando sobre la marcha—, y ahora mismo el casero está llamando a la puerta.

—No me estarás ocultando nada, ¿verdad?

—Que no mamá.

Le contestó de manera paciente.

—Está bien hija —cedió—, ya hablaremos otro día tranquilamente. Cuídate mucho por lo que más quieras.

—¡Que si mamá! Adiós.

—Adiós hija.

A continuación colgó y se permitió suspirar relajada sopesando que había estado a punto de sonsacarle lo sucedido entre ella y Jack. Lo que su madre hubiese aprovechado para hacerle una visita sorpresa y así aconsejarla y mimarla. Ejerciendo el papel de madre que tanto echaba en falta. ¡Precisamente lo que menos necesitaba ahora!

“Gracias a Dios que pudo colgar a tiempo. Evitando el desastre descomunal que aquello habría significado en una de las etapas cruciales de su vida...” Y se dirigió a la habitación mostrando una sonrisa en la boca después del logro que acababa de hacer, empezando a colocar sus escasas pertenencias dentro de los cajones. Separando la ropa sucia y metiéndola en una bolsa de plástico para llevarla a principio de semana a la lavandería.

Y así seguía cuando un sobresalto repentino la sacó de sus pensamientos, acordándose de lo que le había prometido a Sofía antes de despedirse de ella. Mirando el reloj de forma distraída descubriendo horrorizada la hora que era.

“Mierda”.

Si quería ser puntual, algo a lo que estaba acostumbrada, ya podía darse prisa o llegaría tarde. Metiéndose en la ducha y abriendo el grifo del agua caliente. Duchándose en

escasos cinco minutos y enrollando después su cuerpo mojado en una toalla. Poco después salió del baño y se adentró en la habitación a toda leche. Abrió el armario y echó un vistazo.

Unos vaqueros y el primer jersey que encontró a mano fue lo que terminó cogiendo, poniéndoselo seguidamente y sin molestarse en si hacía juego o no, total, ¿qué más daba? Había prometido salir esa noche acompañada de sus amigos, pero no en molestarse en arreglarse mínimamente, y aunque su amiga era de diferentes pensamientos acerca de su estilismo ella era como era y no estaba dispuesta a cambiar. ¡Antes debía de solucionar el problema interno que la estaba matando de pena por dentro!

Ni siquiera se maquilló. Dejó todo tal cual, y antes de que la llamasen, salió disparada cerrando la puerta y tomando la dirección hacia el pub en el que la mayoría de las veces quedaban para tomar unas cervezas. Internándose en la línea de metro más cercana a su casa a todo correr.

—Por ahí viene, ¡por un momento pensé que no lo haría!

—Ya sabéis, normalidad absoluta o terminará huyendo de nosotros.

Sofía, Peter y Verónica giraron sus cabezas a la vez, localizándola en el instante en el que entraba por la puerta del pub abarrotado a esas horas un viernes por la noche.

—Hola Mark —gritó acercándose a la barra saludando al camarero.

—¡Hola preciosa! Te están esperando —le dijo dejando ver una sonrisa espléndida nada más verla.

—Lo sé.

—¿Cerveza?

Ella asintió.

—Ahora te la llevo.

—Gracias.

Fue a la mesa donde la esperaban sus amigos y se sentó en el sitio que Vero le dejaba libre, mirándolos a todos muerta de la vergüenza.

—¿Qué os dije? —La primera que rompió el silencio fue Sofía—. Sabía que vendría.

—Te lo prometí aunque he estado a punto de llamarte, lo que menos me apetece ahora es estar aquí —confesó quitándose el bolso y colgándolo en la silla.

—Gracias —contestó dolido su amigo Peter—, el hecho de estar aquí cuando todos teníamos planes es gracias a ti, si es así como nos lo agradeces...

—Perdonad, solo que estoy en horas bajas, y me encantaría estar tumbada en la cama con una enorme tarrina de helado de chocolate compadeciéndome de mi misma. Sí, es lo que ahora mejor estaría haciendo, no tengo la menor duda.

—¿Y para qué están los amigos? —preguntó Vero de forma divertida para quitar importancia a lo que acababa de decir. Queriendo animarla.

—Buena pregunta. Precisamente los amigos están para no dejar que te encierres en casa y tener la excusa de ponerte como una foca. —Rió Sofía—, esos son los verdaderos amigos, ¿no crees?

El camarero los interrumpió. Acercándose a ellos y dejando la cerveza y un plato lleno de cacahuets, los frutos secos preferidos de ella, sobre la mesa.

—¿Y esto? —preguntaba Alex mostrando una sonrisa sincera desde su llegada, antes de alzar la vista y ver la cara de Mark. Borrándosele de un plumazo— ¿Tú también? Veo que las noticias vuelan.

—También pertenezco a vuestro grupo y tengo derecho a saber —fue la respuesta de Mark—, sobre todo si por un casual ese cabrón se deja volver a caer por aquí. Me gustaría poder ponerle en su sitio.

—No creo que lo haga —le contestó bajando la voz.

—Nunca se sabe, yo por ejemplo no me daría por vencido. Me dejaría caer por aquí una y mil veces con tal de que no me dieras carpetazo indefinidamente.

Los chicos sentados comenzaron a pegar gritos ante lo que aquello parecía querer significar. Hecho que hizo que la chica se encontrase fuera de lugar.

—Mark no bromees —le regañó avergonzada.

—No lo hago preciosa.

Los sentados alrededor de la mesa se miraron unos a otros completamente perplejos mientras que Mark, dejándola con la boca abierta, se daba la vuelta y continuaba sirviendo las mesas que seguían desatendidas debido a la gran afluencia de gente que abarrotaba el local.

Las miradas de todos ellos la escrutaron sin miramientos.

—¿Habéis oído chicos? —Rió divertido Peter asombrado después de lo que allí se acababa de producir—, ¡mira muñeca! Creo que lo que acabamos de ver ha sido parecido a una declaración de amor.

—¿Mark? —preguntó extrañada ante la sugerencia—. No puede ser.

—Ahora lo entiendo.

Todos giraron sus cabezas mostrando un gran interés.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Pues que cuando le he contado lo que le había pasado ha reaccionado de una forma un poco sospechosa.

—¿Por qué?

—Se ha alegrado y ahora sabemos el por qué —dijo mirando a su amiga, haciéndole partícipe de su buen humor—. ¿Y eres tú la que dice que siempre trata de pasar desapercibida? Acabas de cortar con Jack y ya hay pretendientes a la vista.

La reacción desmedida de Alex no se hizo esperar, levantándose del asiento ante la atenta mirada de todos los presentes, viéndose completamente superada por las

circunstancias. Mostrando a través del rictus de su cara lo realmente enfadada que estaba.

—Me voy —anunció de mal humor.

—¿Qué? —preguntaron todos a la vez.

—¿Vosotros creéis que yo estoy para según qué tipo de juegucitos? Mi vida entera se desmorona, ¿acaso no lo veis? No me puedo creer que esté tomándome una cerveza para apartar lo que me ha sucedido, y vosotros en cambio intentéis, ¿qué? ¿Levantarme el ánimo a base de una confabulación entre todos?

—Alex.

—¡Ni Alex ni mierda! —explotó gritando—. Si de verdad queréis ayudarme os puedo garantizar que así no es la manera. Adiós.

Y cogió el bolso de la silla dispuesta a marcharse a toda prisa necesitando poner tierra de por medio, llegando incluso a pensar en que quizás debería cortar por lo sano en todo a lo referente con su pasado actual y comenzar de cero. Aunque para hacerlo tuviese que hacer nuevos amigos, porque todo aquello la estaba superando de manera abrupta.

—Te estás equivocando —gritaba Peter a sus espaldas queriendo que lo oyera por encima de la música que se escuchaba a gran volumen—, jamás seríamos capaces de hacerte nada parecido, deberías saberlo. Y Mark el primero.

Alexia se paró de golpe, volviendo sobre sus pasos.

—¿Qué quieres decir?

Sofía fue la que tomó la palabra.

—¿De verdad crees que todo lo que ha dicho es un plan nuestro? ¿Qué tipo de amigos seríamos? Una cosa es querer que te espables, y otra muy diferente querer engañarte.

Alexia la miró sorprendida.

—Pero no puede ser... —negaba incrédula mirando hacia la mesa en la que el camarero se encontraba sirviendo unas cervezas.

—¿Por qué no? —intervino Verónica completamente cabreada—, eres una chica especial llena de sensibilidad y muy guapa. Aunque tú misma no te lo creas. Debes saber que aunque pretendas ocultarte debajo de la ropa que llevas y esa dejadez no vas a conseguirlo, ¿acaso te crees tan rara como para creértelo? La gente que de verdad intenta conocerte llega a verte tal cual eres, y te puedo asegurar que eres cualquier cosa menos un bicho raro. Puedes estar segura que el bicho raro era la persona que tenías a tu lado.

Alexia abrió los ojos sorprendida.

—Gracias por levantarme la autoestima Vero.

—¿Lo ves? —protestaba nuevamente enfadada por lo que no era capaz de ver, echando un trago a la cerveza fría que tenía delante—, tú eres la única que no ve lo que debería.

—¿Y es...?

—Que lo tienes todo para empezar desde cero y empezar a disfrutar de una puta vez. Jack no existe y has de ser lo suficientemente capaz de darte cuenta y alegrarte —Y al ver

que iba a protestar continuó—: No me vengas con lo de que no es fácil y de que llevabas dos años con él... Entiendo que ha sido tu primer novio, y entiendo que te ha hecho un flaco favor utilizándote como lo ha hecho para acampar a sus anchas, pero se acabó. ¿Me oyes? Aquí fuera hay hombres de verdad. Hombres que se morirían por tener a una chica como tú a su lado.

—¿Ah sí? —bromeó Peter—, ¿lo de hombres de verdad lo dices por mí?

—Puede, aunque tú ya estás pillado —le contestó a su novio riéndose de él y plantándole a continuación un sonoro beso en la boca.

De pronto un nuevo plato lleno de cacahuets hizo su aparición en mitad de la mesa, lo que los cuatro aprovecharon mirando hacia arriba en el momento en el que Mark le guiñaba un ojo a Alexia, antes de volver a alejarse ajeno a las risas que acababa de levantar. Notando todos el aturdimiento de una chica que parecía todavía ajena con respecto a lo de pasar desapercibida, pareciendo que hubiese sido borrado de un plumazo en el instante en que se había quedado sin novio.

¿Pero Mark...? Y optó por echarse las manos a la cara para que no se burlasen de ella. Tapándose todo lo que le fue posible tras verse en el centro de atención y terriblemente abochornada.

—Creo que vamos a necesitar algo más fuerte, ¿no crees Alex? —se burlaba Peter apurando la jarra—. Pasemos de la cerveza, ¿quién quiere una copa?

Las carcajadas de todos se escucharon por encima del volumen de la música al ser la única en contestar pidiendo la copa que tanto parecía necesitar, y con verdadera urgencia además...

Mark no tardó en tomar nota.

—¿Quién va a quedarse con ella? —preguntaba Peter mirándola de forma alarmada ante lo que estaba sucediendo. Costándoles digerir la situación que tenían delante, siendo demasiado grotesca dado de quién se trataba.

Todo había comenzado cuando pidieron la primera copa, viendo a Alexia que la bebía rápidamente, y casi de un trago, debido a las bromas de sus amigos que no paraban de reírse de ella. Después vino otra, y sin darse cuenta otra. Parando solamente para tomar unas hamburguesas y cuando ya era tarde, ya que Alexia se encontraba bastante ebria. La mezcla de la cerveza y el whisky habían terminado causando verdaderos estragos en una chica poco acostumbrada a beber, y encima con el estómago vacío. Lo que quería decir que por nada del mundo estaba dispuesta a regresar a una casa en la que acabaría sola. Pidiendo otra copa a pesar de las protestas de los allí presentes. Mark incluido.

Lo que ninguno de ellos pudo predecir fue lo que acontecería a continuación, y en el instante en el que el camarero le dijo que no le serviría nada más a no ser que fuese agua.

El resultado ante la negativa no se hizo esperar. Y cuando quedaban diez minutos para que fuesen las dos de la madrugada, enfadada por no servirle el último whisky, se dirigió hasta la pequeña pista de baile que había en mitad del local con paso decidido. Revelándose contra todo y contra todos.

Y ante la mirada perpleja de sus amigos, una Alexia del todo desinhibida comenzó a bailar provocativamente. Llamando la atención de todos los hombres de su alrededor, y los que no tardaron en unirse a la fiesta para aproximarse a ella ante la fría mirada de Mark, que seguía trabajando con los ojos puestos encima suya y cabreado como pocas veces había estado antes.

—Yo lo haré —dijo una Sofía abatida—. Cuando hablamos me olvidé de decirle uno de los últimos pasos por los que tendría que pasar y en el que está ahora, cuando ya nada te importa y crees que bebiendo hace que tomes el control de tu vida.

—Bueno, habrá que ver la parte positiva de todo, ¿no?

—¿Cuál? —preguntó horrorizada.

—¿No querías que se espabilara? Pues ahí la tienes. Está revolucionando todo el pub.

—Sí pero no te olvides que ahora es cuando realmente nos necesita. Es carne de cañón.

—¿A qué te refieres?

—Mira a su alrededor Vero, moscones por todas partes intentando llevársela a cambio de un poco de sexo fácil.

Qué razón tenía. A su alrededor había cinco hombres.

—¿Cómo crees que afrontaría el saber que se ha acostado con alguien del que ni siquiera se acuerda? Conociéndola como la conocemos sería algo que no lograría superar muy bien, sumergiéndola en un problema más gordo del que ya tiene. Anda iros que yo me quedo.

Mark pasaba casualmente delante de ellos escuchando lo que decían.

—No te preocupes Sofía —se ofreció—, ya estoy recogiendo y tengo el coche en el garaje. Yo la llevaré.

La mirada que le echaron los tres a la vez le mostraron la desconfianza que tenían sobre él, lo que hizo que nada más darse cuenta no pudiera evitar mostrarse enfadado, realmente enfadado.

—¿Qué pasa? ¿No os fiáis de mí? —decía mirándolos uno a uno lleno de estupor—, ¡no me lo puedo creer!

—Mark no te encabrones, es que...

El camarero entonces gritó:

—¡Iros a tomar por el culo!, me estáis comparando con los que tiene alrededor. No me lo puedo creer.

Cogió su bandeja y se alejó de allí, hecho una furia.

—Tiene razón, no estamos siendo justos.

—Ya —protestó Sofía— pero, ¿y si la acompaña hasta su apartamento y ella decide ponerse cariñosa? Está borracha y todo es posible.

—¡Vamos! ¡Que estamos hablando de Mark!

—Sofía, Peter tiene razón, no hay motivo para hacerlo enfadar. Además, si realmente le gusta sería la persona que se mantendría más alejado.

Sofía reflexionó unos segundos acerca de lo que acababan de decir, y supo que tenían razón añadiendo:

—Está bien —terminó diciendo convencida.

Entonces buscó a Mark arrepentida, viéndole pasar una bayeta sobre la barra de una manera bastante brusca y nada dispuesto a disimular el cabreo que llevaba encima. Tomando una decisión.

—Voy a arreglarlo ahora mismo.

Antes de levantarse volvió la vista nuevamente hacia la pista de baile.

—No la perdáis de vista —añadió dirigiéndose a la barra y dándose cuenta de que una rubia despampanante estaba apoyada sobre ella comiéndose a través de los ojos, literalmente, a Mark deseando llamar su atención descaradamente, mientras que éste, ajeno a las miradas de atención de la rubia, seguía con la bayeta tensando los músculos del brazo de tanto como apretaba.

Decidiendo quedarse allí para permitir que aquella mujer pudiera escucharla.

—Nos vamos.

Mark le dio la espalda y continuó limpiando. Ignorándola completamente.

—Mark.

—¡Que te vayas a tomar por el culo! —terminó estallando por su insistencia.

—Está bien nos lo merecemos, todo el mundo se equivoca, ¿vale?

La rubia miraba a uno y a otro pendiente de cada una de las palabras que se decían.

—Mark...

—¿Qué coño quieres?

—Pedirte perdón. ¿Contento?

—¡No! —contestó sin darse la vuelta.

—Está bien. —Y miró de reojo a la rubia antes de decir—: Dime que te harás cargo de ella y nos marchamos.

—¡Por supuesto que me haré cargo de ella! —gritó tirando la bayeta y girándose a la vez que se enfrentaba a su mirada—. ¿Con quién crees que estás hablando?

La cara de la mujer rubia, que no se estaba perdiendo nada de la conversación, cambió nada más escucharle. Bajando del taburete en el que estaba sentada de forma brusca entendiéndole que allí no tenía nada que hacer.

—¿Estás seguro? —preguntó mirando a la rubia—. Yo puedo quedarme y todavía estás a tiempo de parar a tu último ligue.

—Si quisiera follarme a ésa no me hubiese ofrecido a llevar a Alex, ¿no te parece?

Llevaba toda la razón. Admitiendo la metedura de pata y queriendo ser justa, diciéndole:

—Cuídala, ¿quieres? La dejamos en tus manos —le dijo mirándose de una forma más apacible. Sonriéndole arrepentida y dando por sentado que lo que harían a continuación sería marcharse dejándole a él la responsabilidad de llevarla a su casa. Sana y salva.

Un hecho que consiguió que suavizara el gesto de la cara.

—Tiene suerte de tener a alguien como tú —se sinceró Mark sabiendo lo mucho que se preocupaba de ella.

—Y como tú. Hasta mañana Mark.

—Hasta mañana.

Sofía avisó a los demás informándoles de la conversación que acababan de mantener. Después se marcharon del local dejándola en las mejores manos. Fiándose de que la cuidaría hasta dejarla en casa, mientras que Mark seguía sirviendo las mesas sin quitarle los ojos de encima. Haciéndose a la idea de que no soportaba verla así, y examinando la situación que tenía delante. Provocando que se le terminara cayendo la bandeja entera debido a su falta de concentración.

“¡Joder!”

Se dispuso a limpiar aquel desastre, y volvió la vista preocupado a la pista de baile por enésima vez. Maldiciendo por lo bajo al ver cómo, uno de los hombres, la pegaba a él descaradamente. Tomando la decisión inmediata de cerrar o terminaría partiendo la cara de alguien.

¡Sobrepasando todos sus límites contenidos! Entonces avanzó con paso firme y rápido dirigiéndose hasta el equipo de música para a continuación apagarlo, cortando el rollo a todos los allí presentes. Sobre todo a los que de tan buen gusto intentaban arrimarse a ella con la excusa de estar bailando, escuchándose los primeros gritos de protesta.

—Se acabó —gritó dirigiéndose a los pocos que a esas horas seguían dentro—, el local se va a cerrar. ¡Ya!

Los moscones que seguían alrededor de Alexia decidieron pasar a la acción.

—¿Te vienes a tomar la última, guapa?

—Si eso, tomemos la última juntos.

—¿Por qué no? —contestó riéndose y sujetándose a uno de ellos después de tropezar—. La noche es joven, ¿no?

—Pues vámonos encanto —le dijo el primero mirándola descaradamente.

Y la cogió de la mano queriendo arrastrarla fuera del local en el momento que Mark, echando chispas a través de los ojos, se interponía entre ellos. Separándolos de un manotazo.

—¡Eh! ¿Pero qué haces?

—Ella está conmigo —sentenció furioso.

—¿Cómo?

—Ya me habéis oído, ¡fuera de aquí!

Uno de ellos protestó:

—Si es tu novia más vale que la controles. Lleva toda la noche calentándonos y no creo que...

Ni siquiera vio el puño acercándose a gran velocidad, y cuando lo hizo ya era demasiado tarde. Cayendo sobre el suelo completamente desprevenido.

—¡Vale Mark, vale! —intervenía uno de los clientes asiduos. Poniendo un poco de paz —, ya nos marchamos.

Dicho esto se agachó y ayudó a su amigo a levantarse, sacándolo de allí para evitar la pelea que se produciría si seguían dentro del local. Admitiendo que no merecía la pena por una chica borracha. Marchándose sin dilación, y deseando seguir de marcha en cualquier otro sitio que permaneciera abierto.

—¿Te llevo a casa preciosa?

Alex lo miró divertida.

—¿Te habrías peleado con todos por mí? —decía arrastrando la voz de la borrachera que llevaba encima.

—¡Anda, vámonos!

—No —protestó dando un traspié, agarrándose a la camiseta del chico y pegándose a él mucho más de lo que debería.

Mark la miró sorprendido. Ni en sus mejores sueños nunca la tuvo así...

“Que pena que fuera porque estaba borracha —pensaba atormentado a medida que cogía sus manos y la alejaba de un cuerpo que empezaba a reaccionar teniéndola tan pegada a él”.

—¿Por qué me alejas de ti? —le preguntó en cuanto dejó de sentirlo—, quiero bailar contigo Mark.

—No estás para bailes, créeme —logró decir olvidándose de lo que quería hacer con ella en ese instante, y desde luego que bailar no era—. Anda, vayámonos de aquí.

Y la agarró del hombro para que no pudiera darle ninguna réplica, comprobando que no era capaz ni de caminar en línea recta. Ayudándola y obligándola a comenzar a andar hasta la salida. Después cerró la puerta.

Ya iría a la mañana siguiente y se encargaría de recoger. Ahora lo primero era llevarla a su casa y dejarla allí.

Aunque en ningún momento llegó a pensar en el suplicio que le iba a ocasionar llegar hasta el garaje de cómo iba...

Difícilmente consiguió llevarla a la plaza de aparcamiento. Caminando despacio y

consiguiendo llegar al lugar donde estaba el coche, sin atreverse a soltarla en ningún momento. Una vez allí le pasó un brazo alrededor de la cintura y la agarró firmemente, mientras que con la otra mano abría la puerta del copiloto. Sintiéndola volver a arrimarse demasiado.

—Mark...

—¿Sí? —Y bajó la cabeza permitiendo que sus miradas se encontrasen.

—¿Crees que soy guapa?

—¿Cómo? —“¡Joder, aquello no!”

Le costó Dios y ayuda no bajar hasta aquellos labios que se le ofrecían. Deseando, fervientemente, poder besarla.

¡Lo que sin duda habría hecho de tratarse de cualquier otra mujer!

—Anda sube —contestó resignado poniendo algo de distancia. Olvidándose de lo que su cuerpo le seguía pidiendo cada vez más insistentemente.

—A la orden señor —dijo entre carcajadas riéndose de todo ante la estupefacción del camarero.

¡Era tan extraño verla en aquel estado!

Finalmente para subirse también necesitó de su ayuda, poniéndole el cinturón una vez que estuvo sentada en el asiento. Mirándola preocupado y preguntándose si sería capaz de llegar a casa sin que vomitase en el coche.

—¿Estás bien? ¿Quieres que baje la ventanilla?

—Estoy mejor que nunca —logró decir.

—Sí, ya veo, ya —contestó serio.

Metió la llave en el contacto y arrancó el coche rápidamente en un intento de llegar lo antes posible a la dirección que Sofía le había dado. Acelerando furioso y saliendo del garaje de forma precipitada debido a la situación tan peculiar en la que estaba metido. Implorando poder tener al hijo de puta de Jack frente a él y poder partirle la cara.

¡Oh sí! ¡Lo que hubiese dado por ello!

Una vez que llegaron decidió acompañarla hasta dentro, comprendiendo que no sería capaz de abrir la puerta del portal, y al ir a soltarla para que entrara y poder marcharse, casi se cayó de bruces contra el suelo. Lo que no ocurrió debido a sus reflejos. Cogiéndola nuevamente de la cintura.

—Está bien —dijo resignado entrando en el ascensor después de ser él el que abriera la puerta del portal—. Te acompañaré.

Y la ayudó a seguir caminando mientras se acercaban a la puerta de entrada.

—Gracias.

Era la primera vez que estaba en su casa asique tanteó la pared consiguiendo dar con el

interruptor de la luz, encontrándolo y pulsándolo para que toda la estancia quedara bien iluminada.

—Un apartamento muy bonito —declaró observando el buen gusto de la decoración.

—Sí, ¿verdad? Es una pena que pronto me quede sin él.

—¿A qué te refieres?

Pero Alexia estaba a otra cosa entrándole unas fuertes ganas de vomitar. Después de todo el alcohol que llevaba en el cuerpo debía de reconocer que el paseo en coche no le había sentado muy bien. Mareándola bastante.

Fue por eso que se llevó la mano a la boca bajo la atenta mirada del camarero en un desesperado intento de reprimir la arcada presa del pánico, creyendo que no llegaría hasta el cuarto de baño.

—Voy a vomitar —logró decir señalando una de las puertas que estaba cerrada.

—Esto parece mejorar —bromeaba superado por las circunstancias aunque mirándola con verdadero espanto.

E imaginando lo que quería la arrastró a toda prisa. Abrió la puerta que estaba señalando y comprobó aliviado que efectivamente se trataba del baño. Suspirando tranquilo, a la vez que levantaba la tapa del váter justo cuando ella caía de rodillas. Vomitando todo lo que tenía en el estómago.

Mark se limitó a sujetarle la cabeza, desviando la mirada y rezando porque acabara pronto.

—Lo siento Mark, lo siento.

—No te preocupes preciosa. Además, seguro que mañana ni te acuerdas de la borrachera que llevas.

Cuando hubo terminado y no tuvo qué vomitar, le lavó la cara para refrescarla, y sobre todo para que se encontrase mejor. Cuidándola igual que si fuese una niña pequeña. Disfrutando de poder hacerlo mientras que ella simplemente se dejaba hacer. Siendo completamente ajena a la vergüenza que habría sentido de haber estado sobria, claro.

Cogió la toalla y la secó, después salieron del baño ayudándola en todo momento, consiguiendo que se sentara en el sillón.

¡Era la hora de marcharse!

Estaba en casa sana y salva, tal y como le dijo a Sofía. Él había cumplido.

—¿Estarás bien? —preguntó preocupado.

Al escucharle, una mirada de angustia lo atravesó, comprobando que la pregunta que le acababa de hacer la dejaba del todo perdida.

—No me vas a dejar sola, ¿verdad?

—¿No quieres que lo haga? —preguntó sorprendido perdiéndose en los ojos asustados que se aferraban a él.

—Quédate —le rogó angustiada sin darse cuenta de lo que le estaba pidiendo puesto que no era capaz de pensar fríamente.

Y Mark, aun sabiendo que se arrepentiría a la mañana siguiente de lo que le acababa de pedir, aceptó porque no fue capaz de decir que no ni a ella, ni a aquella mirada de súplica que lo terminó desarmando completamente.

—Está bien, dormiré en el sillón —dijo poniéndose de nuevo en marcha—, espero estar haciendo lo que debo.

Mark la ayudó a volver a incorporarse y la llevó a la habitación. La sentó sobre la cama empezando a quitarle las botas que llevaba, (lo que ella aprovechó para dejarse caer a lo largo de la cama), y cuando hubo terminado se incorporó. Encontrándose con la sorpresa de que se había quedado dormida. Frunciendo el ceño y comprobando el estado de vulnerabilidad en el que se encontraba, queriendo saber qué hacer a continuación, ¿desnudarla?

—¡Hostias!

“Aquello iba a resultar un verdadero desafío”. Actuando como debía comprendiendo que el esfuerzo sería mucho mayor de lo que en un principio pensó, mientras que le quitaba primero el jersey y después los pantalones. Dejándola solamente en ropa interior. No pudiendo evitar mirar aquel cuerpo que tanto le gustaba de una manera lasciva.

¡Disfrutando de la vista que tenía delante!

—¡Joder Alex! —exclamó reprimiendo las ganas de acostarse junto a ella aunque fuese para tenerla cerca y abrazarla—. No sabes lo que me estás haciendo sufrir.

Abrió la cama demasiado deprisa cortando la tortura que le estaba resultando aquella prueba de fuego, y la metió dentro. Una vez hecho la tentación hizo que echara una última mirada antes de tajarla. Dejando de ver el cuerpo que lo estaba volviendo loco y dándole un beso en la frente.

—Buenas noches, preciosa —terminó diciendo resultándole bastante amarga la compleja situación, saliendo en busca de alguna botella de alcohol que tuviera a mano.

“Necesitaba un trago de manera urgente —se dijo atormentado por su maltrecho y excitado cuerpo, recordando la imagen de Alex semidesnuda a pocos metros de él”.

—¡Joder! —dijo en voz alta encontrando lo que buscaba.

Cogió la botella de whisky de manera brusca y terminó echando una buena cantidad del alcohol en un vaso. A continuación, sin hielo ni nada, se lo llevó a la boca y se lo bebió de un trago.

Desde luego que la noche estaba terminando de una manera muy diferente de lo que en un principio creyó, cuando sin duda, tenía todas las papeletas para acabar en compañía de la rubia que le estuvo esperando de tan buena disposición... ¡Y a la que habría añadido a su extensa lista amorosa!

En fin, otro día sería.

Volvió a servirse otra buena ración de whisky, y nuevamente se atormentó ante la idea de que pasaría una noche demasiado complicada como para intentar conciliar el sueño. El

hecho de estar en su apartamento le estaba resultando un verdadero calvario, un hecho que jamás pensó que podría afectarle de tal manera teniéndola así de cerca. Gruñendo malhumorado por meterse en semejante lío cuando era consciente de que allí no tenía nada que hacer.

Seguidamente se dejó caer sobre el sillón y se preparó para pasar una noche que se le antojaba demasiado larga.

CAPÍTULO 5

¡Exactamente igual que el día anterior se despertó sintiendo aquel terrible dolor de cabeza...!

“¿Qué habría hecho ahora? —se preguntaba abriendo los ojos muy despacio dándole la sensación de que hasta las pestañas le dolían”.

Miró a su alrededor confundida y comprobó que por lo menos estaba en su habitación, algo que la tranquilizó porque por mucho que lo intentaba no lograba recordar nada de lo sucedido la noche anterior. Solamente era capaz de imaginar la cantidad de copas que tuvo que tomar para encontrarse en aquel estado de completo aturdimiento, igual que imaginaba que necesitaría una caja entera de aspirinas para librarse del martilleo incesante sobre su maltrecha cabeza, pensaba mientras que el aroma a café recién hecho llegaba hasta su olfato reconfortándola considerablemente. Nada como un café para aclarar sus ideas y tratar de recordar...

¡¡Un momento!!

De repente un sobresalto la obligó a incorporarse sobre la cama, ignorando el dolor y las náuseas, provocando que el corazón se le desbocara por lo que parecía estar sucediendo.

¡¿Quién demonios estaba en su apartamento?!

Apartó el edredón decidida a averiguarlo y se quedó estupefacta al ver que estaba en ropa interior. Mirando con horror el pantalón y el jersey encima de una silla.

“Si ella nunca se acostaba así... ¿quién le había quitado la ropa entonces? —Y escuchó ruido proveniente de la cocina”.

Una idea espantosa no tardó en cruzarse a través de su dolorida mente, tambaleándose en cuanto se puso de pie y no precisamente por la resaca, pareciendo que de pronto se había esfumado por arte de magia, volviendo a preguntarse quién demonios podría estar en su apartamento. En el otro lado de la puerta.

Tiró del edredón fuertemente y envolvió su cuerpo medio desnudo, comenzando a andar despacio por la habitación y necesitando respirar normalmente para acordarse de lo sucedido. Necesitándolo con verdadera urgencia además.

Y muerta de miedo abrió un poco la puerta, lo suficiente para poder echar un vistazo a través de la rendija, y poner algo de cordura a la situación catastrófica que tenía por delante.

¿Cómo había sido capaz de llegar a casa acompañada y además completamente borracha? ¿Acaso había perdido la poca dignidad que le quedaba? Por lo visto así era.

Pero lo que ella nunca llegó a imaginar era la imagen con la que se iba a encontrar, dejándola completamente helada y sin estar preparada para ello. Y es que allí, en su cocina, se encontraba un Mark recién duchado terminando de preparar el desayuno como si fuese lo más normal del mundo. Muriéndose de la vergüenza debido a lo que probablemente habría pasado entre ellos.

¿De verdad se habían acostado juntos?!

Y entonces supo que no tenía ni la menor idea de cómo saber afrontar el ridículo que la consumía y que la hacía tan pequeña, por eso, seguidamente, tosió avergonzada tratando de llamar su atención. Lo único que podía hacer por ahora...

Mark se giró mostrando una maravillosa sonrisa cruzando toda su cara, ¡lo que a ella le bastó, confirmando sus peores temores!

—Buenos días, preciosa. ¿Tienes hambre?

Alexia se limitó a quedarse anclada en el suelo para hacerse a la idea de todavía no sabía muy bien qué. “Por todos los santos, ¡¿qué coño he hecho?!”

¡¡No podía ser!!

La vergüenza hizo que se ruborizada, apartando la mirada para que no se diese cuenta.

—¿Estás bien?

“¿Qué pregunta era esa? ¿Cómo iba a estarlo después de lo que habían hecho?”

—Alex —insistió después de que no le contestase—, ¿estás bien?

A esas alturas la situación pudo con ella y fue imposible soportar lo que presumiblemente habían hecho, terminando por darse la vuelta para cerrar la puerta a sus espaldas. A continuación se echó sobre la cama sumergida en un mar de lágrimas, permaneciendo inconsolable y dejando a Mark descolocado.

Un segundo después la reacción del chico no se hizo esperar, soltó la espátula dentro de la sartén donde estaba preparando los huevos revueltos y terminó cruzando el salón lleno de preocupación.

Llamó a la puerta pero no esperó a que lo invitaran, abriéndola para pasar con un gesto interrogante en la cara.

Una punzada de dolor lo atravesó al verla, acercándose a la cama y sentándose, queriendo averiguar qué era lo que le podría estar pasando por esa cabecita para estar en el estado de sufrimiento en el que se encontraba. ¿Sería Jack? ¡Menudo cabrón! No se merecía ni una sola de aquellas lágrimas.

¿O sería que lo que le afectaba era verlo allí?

—¡Ey...! ¿No vas a decirme qué te pasa? —empezó a decir suavemente empeñado en tranquilizarla—, puedes confiar en mí.

Ella continuó de espaldas a él, tirada en la cama.

—Alex, por favor...

Y Alex, armándose de un valor que desde luego no tenía después de escuchar la preocupación en su voz, se dio la vuelta. Limpiándose las lágrimas que no paraban de caer en el edredón.

—¿Qué es lo que hemos hecho? —le preguntó en voz baja, presa de fuertes remordimientos.

—No te entiendo —contestó de forma sincera.

Alex lo miró furiosa.

—¡Joder Mark! —exclamó enfadada tapándose la cara.

Él la entendió menos si cabe. Llevando las manos hasta las suyas y quitándose las de la cara para seguir mirándola.

¡Un hecho que pareció molestarla demasiado!

—¿Quieres dejar de mirarme como si no entendieras nada Mark?

—Es que no lo hago —se defendió—. ¿Qué pasa?

—¡No lo hagas más difícil, por lo que más quieras! —dijo avergonzada bajando de la cama y alejándose todo lo que le era posible—, bastante humillación es para mí no acordarme de nada.

—No me extraña. Te recordaré que fui yo quién te dejó de servir copas de la moña que llevabas. Además, —continuó dolido empezando a darse cuenta de que muy probablemente lo que la molestaba era que estuviese allí en su apartamento, mostrándose así de desagradecida queriendo permanecer alejada después de lo que hizo por ella—. ¡Fuiste tú quién me pidió que me quedase!

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó enfadada alzando la voz y enfrentándose a él de forma cruel.

Mark la miró dolido maldiciendo la hora en que se le ocurrió la diabólica idea de llevarla a casa, pensando en que lo menos que se merecía era que le diera las gracias y no una patada en el culo. ¿Qué coño le pasaba?

—¿Estás hablando en serio?

Mark no podía creer lo que le estaba echando en cara.

—Por supuesto, ¿no ves que ni siquiera soy capaz de mirarte? —susurró dándole la espalda ante la imposibilidad de seguir haciéndolo—. Deberías haber pensado en las consecuencias y no en aprovecharte de mí estando borracha.

Si se hubiera dado cuenta de lo que tales palabras iban a herirle, jamás las hubiese pronunciado. Jamás.

Pero ya era tarde.

—¿¡Qué!?! —preguntó furioso dando un salto del borde de la cama y enfrentándose a lo que parecía querer decir.

Alexia no se movió del sitio y continuó dándole la espalda, escuchando su tono exaltado y sin entender muy bien qué era lo que había dicho para que se mosqueara de aquella manera.

—Pero, ¿qué cojones estás insinuando? Porque la impresión que me estás dando es que piensas que anoche terminamos follando en tu cama.

La contestación que ella le dio a continuación lo dejó totalmente perplejo.

—¿Y no lo hicimos? —logró decir bajando la voz avergonzada creyendo tener una pequeña esperanza a la que agarrarse.

Mark le leyó el pensamiento dolido ante la realidad de lo que aquello parecía querer significar.

¡No quería saber nada de él! Y lo que era todavía peor además de difícilmente asimilable, ¡creía que se había aprovechado de ella!

Lo que hizo que explotara hecho una verdadera furia.

—¡Pues claro que no follamos! —gritó fuera de sí.

Alex todavía seguía de espaldas, lo que a él le sirvió para avanzar furioso y con pasos rápidos hasta agarrarla por el brazo. Tirando de él de forma brusca y logrando que se diera la vuelta plantándola en frente de él para poder mirarla.

¡Sus ojos a esas alturas echaban chispas!

—¿Quién te crees que soy? Jamás sería capaz de aprovecharme de ti, ¿me oyes? —le confesó lleno de un terrible dolor contenido—. Me importas demasiado, aunque ya veo que para ti eso no significa nada si has sido capaz de pensar que el único motivo por el que te acompañé anoche a casa no era otro que poder acostarme contigo. Ahora si me perdonas creo que ya está todo dicho y desde luego aquí sobro.

Y la soltó sin miramientos necesitando alejarse de allí de una puta vez. Ahora era él el que quería mantener las distancias. Bastante acababa de escuchar como para ser tan estúpido de quedarse en el sitio en el que no pintaba nada, continuando andando decidido y llegando a la altura del sillón. Una vez allí cogió a toda prisa la cazadora y las llaves del coche, mientras que Alexia seguía en la habitación perpleja además de atónita debido a la confesión que acababa de escuchar. Dejándola sin palabras a medida que se hacía a la idea de lo cruel e injusta que acababa de ser, provocando que se sintiese más avergonzada todavía y queriendo gritar dándose cuenta del dolor que vio reflejado en sus ojos. Un dolor que desde luego no se merecía.

Pero no fue hasta que oyó uno de los cerrojos de la puerta que logró reaccionar, saliendo de la habitación a toda prisa.

—Mark —lo llamó corriendo tras él—, lo siento yo...

—No, déjalo así. Será mejor para los dos —la cortó terminantemente.

Lo único que se le pasaba por la cabeza en esos instantes era poner tierra de por medio y marcharse de allí lo antes posible. Nunca jamás ninguna mujer que le importara le hizo sentirse una mierda y es lo que sentía ahí y ahora. Y precisamente saber que por un momento creyó que se había aprovechado de ella estando borracha era todo lo que necesitaba para cortar de raíz con todo. Quitando el último cerrojo y abriendo la puerta de par en par.

—Mark —lo seguía llamando acercándose—. Por favor espera.

—Tengo que marcharme —se excusó implorando porque lo dejara de una vez—, anoche no terminé de recoger el pub. Tengo prisa.

—¿Por acompañarme a mí?

La única respuesta que se escuchó fue su respiración.

—Mark por favor, mírame.

Y dando su brazo a torcer se giró mirando a la mujer que últimamente le había robado el sueño. Observando lo sexy que estaba con el pelo revuelto y el edredón envuelto sobre el cuerpo.

—Jamás pensé que pudieras llegar a pensar esto acerca de mí —susurró dolido.

—Lo sé, y lo siento, pero mi vida ahora mismo es un completo desastre y cuando me he despertado sin acordarme de nada he pensado que...

—Déjalo Alex, no importa.

La manera de decirlo le hizo comprender que sí que le importaba, y lo que era peor: “Que el camarero macizo por el que se peleaban todas las clientas del pub estaba enamorado de ella”. El cómo fue posible era otro cantar.

—Me voy.

—Deja que vaya contigo y te ayude a limpiar, te lo debo.

—No, tú no me debes nada. Adiós Alex.

Y se marchó dejando a la chica completamente aturdida gracias a la metedura de pata que acababa de tener, lamentándose profundamente después de haber hecho daño a la persona que menos se lo merecía.

—Mierda —dijo dejándose caer sobre la puerta hasta quedar sentada en el suelo apoyando la cabeza contra las rodillas — ¿Qué es lo que he hecho? —se preguntaba hecha un ovillo sintiéndose la persona más ingrata y ruin que pudiese existir en toda la faz de la tierra.

“Vaya si estaba aprendiendo rápidamente —pensó—. A la hora de hacer daño se estaba cebando con quién menos debería, sabiendo que Sofía no pondría ninguna pega si eso le servía para espabilar”.

—¡Joder!

Pasó mucho tiempo en esa posición, atormentándose una y otra vez.

Varias horas después, y haciendo acopio de fuerzas tras el desastre ocasionado debido al malentendido de por la mañana, decidió ponerse a hacer algo útil con la necesidad de aliviar la mente del remordimiento continuo que tenía, sacando la aspiradora del mueble en un intento de ponerse manos a la obra y limpiar todo el apartamento para dejarse de malos rollos. Ya encontraría la manera de arreglarse con él.

Además, ¡ahora que lo pensaba! Debería de ser franca y admitir que el hecho de que le gustase, en el fondo la hacía alegrarse, viéndose una chica deseada. Haciendo que por un delicioso instante se sintiera feliz dándose cuenta de que había vida fuera de la relación con Jack.

Pero... ¿Mark? Jamás llegó a pensar que alguien como él, un hombre que tenía al

alcance de la mano a cualquier chica que se le antojara, fuese a interesarse en ella. La chica que creía que pasaba desapercibida para los chicos tan guapos como él...

¿Cómo había sido posible entonces aquello?

No tenía la menor idea. Permittedo que una sonrisa cruzara su cara debido a los nuevos horizontes que se le presentaban, comenzando a aspirar envuelta en un nuevo brío el suelo de su bonito apartamento. Siendo capaz de desconectarse durante unos minutos del malentendido que había terminado provocando y antes de que el teléfono sonase. Descolgando en el quinto tono y llevándoselo a la oreja, mientras se dejaba caer sobre el sofá de lo cansada que estaba.

—¿Hola?

—No sabes lo que me alegro de escucharte —le decía su amiga—, eso quiere decir que estás bien.

—¿Y es algo raro? —Rió.

—Vaya si lo es, no vas a creerte lo que hiciste anoche.

—Ni tú vas a creerte lo que le he dicho a Mark esta mañana.

—¿¿Qué?! —el chillido que dio Sofía fue tan fuerte que tuvo que apartar el teléfono de la oreja—. ¡Mataré a ese hijo de puta! —seguía chillando como una loca—. Sabía que no podía confiar en él, ¡lo sabía!

—Sofía... —pronunció su nombre despacio queriendo tranquilizarla y recordando que ella misma también desconfió de él, acordándose de todo lo que vino después.

—Es que no me lo puedo creer, me va a oír ese cabrón —seguía y seguía...

—Sofía, ¿quieres dejarme hablar?

—¿Hablar? —chilló más fuerte—, ¿qué es lo que hay que hablar?

—Se ha quedado porque por lo visto yo se lo pedí.

—¿Pero es que ni siquiera te acuerdas? ¡Hostia puta! Sí que tenemos un problema, voy ahora mismo.

Alexia soltó el aire todo lo calmada que pudo antes de continuar:

—¿Vas a callarte un segundo y dejarme que te cuente que no nos hemos acostado juntos? —la pregunta finalmente la consiguió formular de una manera tranquila y serena, tanto que consiguió su propósito. Hacerla callar y sobre todo que no la volviera a interrumpir. Pudiendo continuar—: Esta mañana, cuando me he despertado estaba preparando el desayuno y, ¿sabes lo que he hecho? Le he acusado de aprovecharse de mí. No te puedes hacer a la idea de la forma en la que me ha mirado sin creerse que hubiese dudado de él. Todavía no he sido capaz de olvidarlo.

—¡Oh no!

—Se ha ido enfadado y no le he podido decir mucho más.

—¡Oh no!

—¿Qué pasa?

—Pues que nosotros anoche le hicimos lo mismo.

—¿Cómo que le hicisteis lo mismo? No te entiendo.

—Verás...

Seguidamente pasó a relatarle todo lo sucedido, desde la negación de Mark a ponerle ninguna otra copa, hasta su ofrecimiento de llevarla a casa, pasando por el bailecito que se marcó ella misma en mitad de la pista descaradamente y rodeada de varios hombres delante de la mirada de pocos amigos del camarero. Permaneciendo en silencio, completamente perpleja y asombrada escuchando todas las barbaridades que le iba contando, dándose cuenta del estado de ánimo en el que debería estar el pobre Mark. Arrepintiéndose de su comportamiento.

Sería afortunada si le volvía a dirigir la palabra...

—No sé Alex pero desde luego te has lucido.

—¿Cómo puedo arreglarlo?

—No lo sé. Si yo fuera él estaría cabreadísima y desde luego que no me gustaría verte cerca en una temporada —le dijo sincera—. Aunque si lo piensas bien hay algo bueno que sacar en todo lo acontecido. ¿Lo ves? Siempre lo hay.

—¿Ah sí? Pues yo no lo veo —decía preocupada sabiendo que la única culpable era ella.

—Has dejado de pensar en Jack para pasar a pensar en Mark y en cómo intentar arreglar el malentendido en el que te has metido, y eso es bueno.

—¡Anda ya Sofía!

—Te lo digo en serio. Lo que todavía no entiendo es cómo se nos ha podido pasar a todos por alto. Ni en un millón de años hubiese supuesto que le gustabas.

—¿Ves? No soy tan bicho raro.

Sofía continuó hablando.

—Pero lo que tampoco entiendo es el por qué nunca hizo o dijo nada que te hiciera enterarte de la situación. Nos habría quitado un marrón de encima, ¿no crees?

—No empieces por favor, hoy no estoy para sermones.

—No me extraña, oye, ¿salimos por la noche?

Alex la escuchó horrorizada, ¿salir después del comportamiento desastroso que tuvo la noche anterior? Antes debería reflexionar y madurar un poco puesto que si cada vez que fuera a beber más de la cuenta se iba a poner a tiro a cualquier borracho que se encontrara... ¿Qué habría sucedido si ningunos de sus amigos hubiese estado presente? La pregunta aquella la atormentaba hasta el infinito ya que si no fuese por ellos muy probablemente hubiese terminado teniendo relaciones sexuales con cualquiera. Y eso era un hecho por el que ella no estaba dispuesta a pasar. Sabiendo que nunca se recuperaría de un golpe así.

—No, creo que hoy me quedaré en casa.

—¿Seguro?

—Llevo toda la semana fuera y tengo cosas que hacer.

—Mentirosa —la cortó su amiga conociéndola demasiado bien—, ¿en qué estás pensando?

—Necesito aclararme Sofía. Cuando ya creía que no me podía pasar nada más voy y la cago del todo con la persona que menos se lo merece. Ahora mismo estoy hecha una mierda.

—¿Quieres que vaya? —se ofreció de buena manera.

—No, necesito estar sola.

—¿Estás segura?

Se quedó en silencio meditando la respuesta.

—Nunca lo estuve tanto. Necesito pensar sobre mi futuro y sobre todo necesito estar despejada, ni una gota de alcohol. Fíjate la que he liado sin acordarme de nada.

—Está bien, hoy te dejaré tranquila. Si me necesitas me llamarás, ¿verdad?

—Ya sabes que sí.

—Cuídate.

—Lo haré —afirmó colgando el teléfono.

Cogió otra vez la bayeta y siguió limpiando aquí y allá queriendo mantener la mente ocupada sin llegar a conseguirlo. Pensando en el mismo asunto y pasándose el resto del día intentando saber qué hacer, sabiendo que le debía una explicación.

¡En menudo lío se había metido gracias a su poca cabeza!

Varias veces estuvo a punto de llamarle, pero siempre, en el último instante, se arrepentía colgando el móvil antes de que llegara la llamada. Odiándose por ser demasiado cobarde y no arreglar el entuerto en el que se vieron involucrados por la falta de confianza en un amigo, que para más inri, le terminó diciendo que le importaba.

Miró el reloj otra vez descubriendo que eran las dos de la mañana sopesando que quizás, a esas horas, estaría recogiendo.

¿Y si le llamaba ahora? Pero tampoco terminó haciéndolo, buscando una nueva excusa a la vez que tiraba el móvil hacia el otro lado del sillón en un estado impotente debido a sus malditas inseguridades.

Finalmente se levantó cabreada consigo misma, permaneciendo en un estado de culpabilidad imposible de soportar por todo el dolor que vio a través de sus ojos partiéndole el alma. Entró en su cuarto arrastrando los pies, y continuó odiándose por dejar para mañana lo que no se atrevía a hacer ahora. Que no era otra cosa que pedirle perdón una y mil veces o las que fuesen necesarias hasta que pudiera perdonarla por convertirse en la mujer más desagradecida que se hubiese topado en su vida.

Cogió el pijama de debajo de la almohada y se lo puso tranquilamente, cuando hubo acabado volvió a salir de la habitación para prepararse un vaso de leche caliente. ¡Toda ayuda iba a ser poca, teniendo la certeza de que no dormiría bien precisamente!

Llenó el vaso, lo metió en el microondas y pulsó el botón, limitándose a esperar y mirando a través de la ventana como aquel primer día cuando empezó a sentir que el mundo se le venía encima... Solo que esta vez había una gran diferencia. La que había ocasionado un gran dolor, además de una gran decepción, no había sido otra persona que ella misma, quedándose hecha una mierda dadas las circunstancias tras saber lo que era sentirse traicionada por alguien a quien querías.

Efectivamente fue una noche muy larga...

A la mañana siguiente, después de tomarse un café cargado para espabilarse recordando el martirio de la noche pasada, decidió que debería hacer lo que le estaba costando una barbaridad.

¡Ir al pub y hablar con él!

Pero no fue hasta ya entrada la tarde que logró verse con las fuerzas suficientes como para llevar a cabo lo que no tenía más dilación. Eso sí... arrastrando a su amiga.

—Por lo que más quieras acompáñame —le suplicaba a Sofía en el café en el que habían quedado, agarrando sus manos de manera desesperada encima de la mesa—, sé que no voy a ser capaz de presentarme allí sola.

—Está bien, vaya semanita me estás dando... —bromeaba apurando el café que había sobre la mesa—, espero que lo peor ya haya pasado y podamos pasar página. ¿O todavía hay algo que te pueda ocurrir? Porque visto lo visto ya no sé si fiarme de que guardes otro as bajo la manga.

—No bromees, ¿quieres?

—No lo hago. Con la racha que llevas nunca se sabe.

—No seas gafe —la regañó—, ahora mismo tengo bastante con lo que tengo. ¡Anda, vámonos! Mañana hay que volver al trabajo y no me quiero acostar tarde.

—Así me gusta, una niña buena y obediente. —Dejó un billete de cinco sobre el plato y se levantaron.

El camarero que les sirvió los cafés las miró primero a una y después a la otra hasta que desaparecieron, abandonando la cafetería.

Salieron del bar y se encontraron de cara con un fuerte y desapacible viento que las hizo temblar. Apretando bien sus gabardinas para resguardarse del frío, acelerando el paso marchando juntas por la gran avenida dando un paseo y perdiéndose entre toda aquella gente, continuando andando cogidas del brazo sin casi intercambiar palabras debido al frío que hacía. Menos mal que el pub no estaba lejos...

No tardando en llegar.

—No sé si ha sido una buena idea lo de venir tan pronto —dijo Sofía seria

percatándose de la cara de pocos amigos de Mark en cuanto las vio entrar por la puerta.

—¿Por qué? —preguntó preocupada detrás.

—Creo que no somos bien recibidas.

Supo a qué se refería, cruzándose con su mirada fría como el hielo, lo que le provocó que se quedase allí plantada.

—Vamos, no te quedes ahí parada como un pasmarote. —La regañó quitándose la gabardina—. Ya que estamos aquí tomémonos una cerveza a ver qué pasa.

—¿Y si nos marchamos?

La cara que tenía era un poema reconociendo que no tardaría en buscarse una excusa que le permitiera salir corriendo.

—¡Anda, vamos!

La cogió del brazo y casi la arrastró hasta una mesa cercana, sentándose una al lado de la otra, y antes de darle ninguna oportunidad a que se escaquease.

—Tienes suerte, no hay casi nadie.

—Pues me encantaría que estuviese abarrotado. ¡Oh Sofía! Va a ser peor de lo que yo creí. ¿No ves cómo nos ignora?

—¿Y qué esperabas? ¿Flores? —Colgó el bolso de la silla y respiró aliviada viéndolo acercarse—. Mira, por ahí viene.

Pero Mark pasó delante de ellas limitándose a tomar nota a la pareja de la izquierda y que acababan de sentarse después de que ellas lo hubiesen hecho. Dejando entender que pasaba de las dos. Una vez que cogió el pedido volvió sobre sus pasos.

—Pues que bien —dijo Sofía dando un barrido a todo el local queriendo distraerse, reconociendo a la mujer que estaba apoyada sobre la barra.

“Había mujeres que no se cansaban nunca”.

—Vaya, vaya.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de la mujer de la que te hablé y que te dije que estaba esperando a Mark para follárselo?

—Pero mira que eres bruta.

—¿Te acuerdas o no?

Alex asintió.

—Pues ahí la tienes, en el mismo sitio de la última vez y antes de que se marchara corriendo despavorida tras escucharle decir que te acompañaría a casa.

—No me lo recuerdes —susurró bajando la mirada—, todavía tiene que estar arrepintiéndose de no haberse ido detrás de ella y sí con la amiga traidora en la que me he convertido por mérito propio.

Echó una ojeada a su amiga suspirando resignada.

—Ya que estamos aquí podías poner de tu parte y acabar lo antes posible, ¿no crees? — Le terminó recriminando viendo la aptitud pasiva que tenía—, si he decidido a acompañarte es porque no quería dejarte sola pero creo que vas a acabar así.

—¿Por qué?

—Porque es el momento ideal de hablar con él, ¿acaso estás esperando a que haya más gente? Porque es lo que parece —la acusó.

—No es fácil, ¿vale? —contestó haciendo tiempo pues no sabía la manera de manejar aquella situación—: ¿Acaso no ves que no quiere saber nada de nosotras? ¿No has visto su reacción?

—¿Y acaso tú no ves que debes mover el culo? Porque no hemos venido aquí solamente para tomarnos una cerveza... —le respondió enfadada en voz alta obligándola a que de una vez se levantara—. Y si lo que pretendes es que sea Mark el que se acerque vas lista.

Alexia movió el cenicero de sitio una y otra vez de lo nerviosa que estaba, mostrándose completamente perdida y sin saber la manera de actuar.

A lo que Sofía terminó por decirle:

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, por favor —suplicó.

—Muy bien —contestó como si nada antes de respirar y decir tan tranquila—: Voy al baño, si cuando salga sigues aquí sentada, me voy.

—¿Qué? —fue lo único que pudo decir después de escuchar aquel ultimátum. Llevándose las manos a la cara—. No me puedo creer que me hagas esto.

Dicho y hecho, en cuestión de milésimas de segundo Sofía ya no estaba, levantándose y perdiéndose por el pasillo que daba a los baños, dejándola sola.

—¿Sofía?

Pero Sofía ya no estaba, viéndola desaparecer tras la puerta que daba a los aseos.

—Está bien —habló en un arrebato desesperado. Dándose valor ella misma—, allá voy.

Y sin pensarlo, porque mejor que nadie sabía que terminaría huyendo, fue a la barra y se sentó sobre uno de los taburetes mientras que miraba de reojo a la rubia despampanante que estaba a su lado.

“Pues sí que es guapa, sí —pensó quedándose allí sentada esperando a que Mark quisiera hacerle caso y se volviera”.

Entonces Mark, creyendo ver a una nueva clienta en la barra, se dio la vuelta encontrándose con la mirada indecisa de la persona a la que menos quería tener delante, y a la que al parecer, le estaba costando un verdadero esfuerzo no salir corriendo.

—Hola Mark —susurró en voz baja.

Él ni se molestó en contestar. Cogió la bandeja y salió fuera dejándola sumida en una gran tristeza. Ignorándola completamente.

“Desde luego que no le iba a resultar nada fácil hablarle, muy bien se lo acababa de mostrar”. No tardando en darse por vencida debido a la embarazosa situación, bajándose apesadumbrada del taburete y con un nudo en la garganta ante la negativa a dirigirle la palabra siquiera. Quiriendo salir de allí cuanto antes... hasta que un detalle llamó su atención viendo que la mujer que tenía a su lado la miraba y sonreía burlándose claramente de ella. Marcando el territorio y proclamándose la ganadora absoluta, lo que sin ninguna duda, y sin ella pretenderlo, la hizo reaccionar. ¡Y es que después de la semanita que había pasado no se iba a dejar avasallar así como así ni por aquella rubia ni por nadie! Había llegado con la clara intención y el propósito de hablarle y es lo que iba a hacer, costara lo que costara. Y si esa rubia de bote creía que le iba a dar la satisfacción de marcharse, desde luego que no sabía lo equivocada que estaba.

¡Vaya que no!

A partir de ahora iba a afrontar sus errores y por ese motivo no se iba a marchar, lo intentaría otra vez, o las veces que hicieran falta. Viendo que la oportunidad para hacerlo no se hacía de rogar puesto que Mark, deliberadamente, volvía a aparecer en escena soltando la bandeja encima de la barra por el lado en el que estaban, quedándose entre las dos mujeres y actuando únicamente deseando provocarla. Consiguiendo dejarla tocada y hundida en el momento en que le daba la espalda como si tal cosa, terminando hablándole a la rubia aquella mal intencionadamente y canalizando toda la rabia que tenía dentro dirigida a ignorar a la chica que tenía detrás, y que tanto daño le había hecho.

—¿Qué pasa nena? ¿Otra vez por aquí?

—Si quieres me puedo marchar...

—¡Oh no! nada de eso —negó convencido de querer tenerla allí, recreándose en cada palabra y sobre todo recreándose porque Alexia lo escuchara—. Hoy voy a cerrar pronto, ¿qué te parece si te quedas y me ayudas?

Y acercándose deliberadamente le terminó susurrando:

—Abajo tengo mi despacho y creo que estás interesada en conocerlo, ¿me equivoco?

—Bueno dicho así suena un poco mal, ¿no? —le contestó de forma sensual pasándole la mano por el pecho—. Además, anoche me diste plantón —le dijo enfurruñada esperando su respuesta.

—Ni me lo recuerdes, todavía me estoy arrepintiendo.

Aquellas palabras las dijo lo suficientemente alto por si no lo escuchaba. Dirigiéndose expresamente a la chica de al lado, y sin que hiciera falta ya que se estaba enterando de todas y cada una de las frases que se dedicaban. Doliéndole más de lo que deberían.

Enfrentándose a la humillación a la que estaba siendo sometida actuando en consecuencia y bajándose del maldito taburete con la cara roja por la vergüenza. Dando un paso adelante claramente decidida. Entonces le golpeó cabreada, abriendo la mano sobre su espalda.

—¿Qué coño haces? —gruñó girando sobre sí mismo.

—¡Anda!, pero si sabes que estoy aquí... —terminó reprochándole y reconociendo que era un logro el que la estuviera hablando.

La rubia la miró con cara de póker.

—Lo sabía desde el momento en que cruzabas esa puerta, y no creo que seas tan estúpida como para que no te des cuenta de que no eres bienvenida.

—Mark por favor, no me ha resultado nada fácil venir hasta aquí. Déjame que hable contigo.

—¿Hablar? ¿Hablar de qué? —Y se dirigió nuevamente a la rubia—. ¿La estás oyendo? Quiere hablar.

La rubia lo miró reflejando la desconfianza de la situación entre ellos, teniendo bastante claro que si volvía a dejarla plantada desde luego que no la volvería a ver.

—Pero yo no quiero hacerlo —continuó a la vez que llevaba la mano hasta el pelo de la mujer para apartárselo de la cara, en un gesto de querer intimidar con ella. Continuando ignorándola.

—Entonces cariño mándala a paseo.

—Anda, es lo más sensato que he escuchado desde hace mucho tiempo. —Y se volvió a girar hacia ella fulminándola a través de la mirada—, ¿la has oído?

“Como para no hacerlo —pensó terriblemente humillada después de la manera tan ruin de tratarla”.

Y sin poder reaccionar a lo que tanto daño le hacía, bajó la cabeza ocultando cómo sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas de impotencia. Haciéndose a la idea de que allí sobraba y volviendo a sentir la necesidad de que la cogieran de la mano y le dijeran qué hacer a continuación. Admitiendo que ya era lo suficientemente mayorcita como para empezar a cambiar de actitud, algo a lo que por fin, estaba dispuesta a hacer.

¡Sin duda un gran paso hacia adelante después de lo de Jack!

Ni siquiera esperó a su amiga Sofía. Anduvo despacio y con la moral por los suelos dirigiéndose a la puerta de salida. Subiendo los pasos que la alejarían de aquel lugar quizás para siempre.

Antes de hacerlo se giró una última vez, viendo a Mark besando a la rubia en la boca pero con la mirada enfurecida clavada en ella.

¡Quedando descolocada y por supuesto estupefacta!

CAPÍTULO 6

El despertador la despertó a las siete de la mañana siguiente tras una noche horrorosa en la que apenas había conseguido dormir nada. Sacó la mano de debajo de las sábanas tratando de desperezarse, y lo terminó apagando de un manotazo sin la menor contemplación.

Después de dedicarse toda la semana única y exclusivamente a compadecerse de sí misma dando lugar, además, a que su amigo Mark hubiese dejado de hablarla, hacía que aquella madrugada en particular se le antojara demasiado dura. Provocando debido al cúmulo de circunstancias que le costase bastante ponerse en marcha. Haciéndose a la idea de lo mucho que iba a necesitar una buena ducha acompañada de un café bien cargado si lo que quería era espabilarse.

Encendió la luz y apartó el edredón a un lado, empezando a darse cuenta del frío que debía de hacer fuera ya que el apartamento estaba helado. ¡Qué raro!

Se puso sus zapatillas favoritas y se levantó de la cama dirigiéndose hasta el radiador. Una vez allí puso la mano encima de él y averiguó el verdadero motivo de por qué también dentro hacía tantísimo frío. ¿Qué habría pasado? ¿Tal vez se había estropeado la caldera realmente? Desde luego que le estaría bien empleado por ponerla de excusa para cortar la conversación que mantuvieron madre e hija.

“—Qué bien, tendré que hablar de verdad con el casero”.

Fue hasta la cocina para prepararse el café que tanto necesitaba procurando no agobiarse, y nada más abrir el grifo del agua caliente comprobó horrorizada que tampoco había agua caliente.

—¡Mierda! ¿Y cómo me ducho ahora? —habló sola y en voz alta haciéndose a la idea de que sí que iba a despejarse si lo tenía que hacer debajo del agua que saldría del grifo helado.

Una vez que la cafetera hubo terminado se sirvió una gran taza de café humeante y se la llevó hasta el baño. Viendo, para colmo, que se había dejado la ventana abierta durante toda la noche.

“¿Qué más le iba a salir mal? —Vaya mierda de lunes que se estaba presentando, y eso que casi no había comenzado”.

Dejó el café sobre el lavabo y la cerró mientras que se armaba de valor ante la difícil tarea de meterse bajo el chorro de agua fría.

Los siguientes cinco minutos se los pasó gritando de dolor debido al frío que pasó, enjabonando el cuerpo con la esponja y el gel helado para a continuación aclararse como pudo. Dejando por imposible lo de lavarse el pelo.

Salió de la ducha envolviéndose en el albornoz lo más rápido que pudo y echó mano del café todavía caliente, bebiéndoselo de un trago en un férreo deseo de entrar en calor antes de volver a la habitación.

Abrió el armario y no tardó mucho en elegir el vestuario, cogiendo una falda negra que

le llegaba debajo de las rodillas y una blusa blanca que se anudaba en la parte delantera, dejándolo todo sobre la cama. A continuación abrió el cajón de la ropa interior eligiendo un conjunto de braga y sujetador blancos además de unas medias.

No tardó mucho en vestirse, dando lugar a que después de cinco minutos, se encontrara frente al espejo del baño terminando de arreglarse para poder salir pitando hacia el trabajo.

Se cepilló el pelo y se lo recogió en una coleta de caballo. Se maquilló esmerándose bastante más que cualquier otro día ocultando las ojeras debido a la falta de sueño. Se puso un poco de rímel, y por último se echó brillo en los labios. Cuando creyó estar lista volvió nuevamente a la habitación en un intento de estirar la cama todo lo rápido que pudo, y terminó calzándose los zapatos de tacón, no muy altos, dispuesta a marcharse inmersa en aquella sensación de temor desde que se había despertado esa madrugada pensando en el por qué el señor Scot había preguntado por ella. Intuyendo que aquello no podía significar nada bueno.

Y con esa sensación nada agradable abrió la puerta y se marchó deprisa. Resultando que lo que menos le convenía era permitirse el lujo de llegar tarde.

¡Ya tendría tiempo de desayunar fuera!

Entraba en el edificio en el que trabajaba, (uno de los más altos y lujosos de la ciudad), cuando el ascensor abría sus puertas. Aprovechando para, después de dar los buenos días al vigilante, internarse dentro. Comprobando satisfactoriamente que llegaba quince minutos antes de la hora.

Pulsó el botón número 64 y se puso a un lado dejando pasar a los demás. Casi todos hombres vestidos con trajes de firma demasiado caros para su gusto.

Los pocos segundos que tardó en llegar a su planta los dedicó a intentar tranquilizarse, hecho que consiguió en parte hasta que volvieron a abrirse las puertas y se encontrara cara a cara con Estefany. Mirándola preocupada.

—Buenos días Estefany.

—¿Buenos días? —pronunció demasiado seria—. Creo que para ti no lo van a ser. ¡Anda, acompáñame!

Estefany era la secretaria personal del señor Scot. Una mujer de 59 años que llevaba en el puesto desde los 28, lo que quería decir que llevaba casi toda la vida al servicio de la empresa convirtiéndose desde los inicios en la mano derecha de tan enigmático hombre. Trabajadora, educada, responsable... desde luego que atributos no le faltaban para llegar a desempeñar tan arduo trabajo. Haciendo que la planta entera la respetase de igual forma que al todopoderoso señor Scot. Un detalle que por supuesto se lo había ganado ella sola y a lo largo de los años...

Estefany, mostrando un gesto preocupado, la llevó hasta el cuarto de la cafetera sabiendo que era el único sitio en el que podrían tener algo de privacidad, aprovechando que la jornada de trabajo todavía no había comenzado para poder mantener una charla que le hiciera tratar de entender qué había sucedido aquella semana en la que no había dado señales de vida de ningún tipo. Examinándola en profundidad e implorando porque no

fuese demasiado tarde para ella.

La mirada de preocupación que le dedicaba en exclusiva terminó envolviendo completamente a una Alexia que empezaba a impacientarse y a ponerse nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada estirando la falda antes de sentarse, siendo imprescindible estar siempre de punta en blanco.

—Dime que tienes un parte médico que diga que has estado enferma —le dijo de forma educada pero demasiado seria.

—Lo siento pero no puedo hacerlo. No lo tengo.

—¡Lo sabía! Niña... —Y la miró apenada sabiendo que no estaba en sus manos lo que podría llegar a suceder—, no sabes en el grave lío en el que estás metida.

—Me estás asustando.

—Es para asustarse. Has de saber que he hecho todo lo posible por encubrirte pero no ha sido suficiente.

—Lo siento Estefany, si hay algo que de verdad me enfurece es el haberte metido a ti en medio, he sido una completa estúpida.

—Eso ahora no importa —la tranquilizó—, sé cómo manejarme con él, o eso espero...

—¿Qué ha pasado?

—Eso es precisamente lo que yo me pregunto. ¿Qué ha podido pasar para que una de las mejores becarias que han pasado por aquí pierda la cabeza y pase una semana entera sin aparecer por el trabajo?

—Lo siento yo...

—¿Sabes lo afortunada que fuiste ante mi recomendación directa? Por el amor de Dios Alexia, ¿sabes la cantidad de becarias que han pisado esta oficina?

Pero Alexia no era capaz de articular palabra de lo avergonzaba que estaba. Sintióse completamente derrotada.

—No sé qué ha debido de ocurrirte para dejar de lado tus obligaciones, supongo que tendrás tus motivos y que serán demasiado importantes solo que no me esperaba esto de ti, nunca, jamás.

La rotundidad en sus palabras le hizo un daño profundo dentro del alma, echándose literalmente sobre la mesa y llorando de un modo desconsolado.

Estefany mientras consideró oportuno continuar hablando, y sobre todo haciéndola ver el error que había cometido.

—No suelo confundirme con las personas y sigo teniendo la certeza de que tampoco lo hice contigo, pero me has decepcionado Alexia, me has decepcionado mucho.

—Lo siento —logró decir entre sollozos sin importarle que un mechón de pelo ya no estuviese en su sitio. ¿Qué importaba ya todo? El detalle que faltaba y que la hundiría del todo acababa de hacer su aparición.

—Es inusual y tú bien lo sabes que interfiera en una contratación, de eso se encarga otro departamento pero no sé lo que vi en ti aparte del trabajo bien hecho para involucrarme como lo hice. Sabes que te cogí cariño, y sabes que de no ser por mí tu trabajo aquí hubiese terminado junto con tu contrato de becaria.

—Lo sé.

—¿Eres consciente de la suerte que tienes estando contratada aquí?

Alexia asintió.

—Pues permíteme que lo dude, —pronunció dejando que la pena inundara sus ojos—. Ni siquiera el que lleva aquí varios años tiene la seguridad que tú tenías hasta el día de hoy de seguir perteneciendo a la empresa de una manera indefinida, ni siquiera por el trabajo bien hecho.

El auricular que llevaba Estefany tan bien camuflado sobre la oreja le indicó que el señor Scot subía en el ascensor en esos instantes. Cortando de raíz aquella conversación.

—Levántate —le ordenó.

Alexia obedeció sin rechistar.

—El Señor Scot está subiendo en el ascensor. Tienes dos minutos exactamente para arreglarte la coleta y sonarte la nariz —informó la mujer con la profesionalidad que la caracterizaba.

La joven muchacha la escuchó, levantándose de la silla.

—Vamos, date prisa porque a las ocho en punto has de estar en su despacho. Ha solicitado hablar contigo en cuanto llegase.

Dicho lo cual dio media vuelta y se marchó a su mesa, permaneciendo de pié y esperando a que las puertas del ascensor se abriesen recibiendo así al dueño del edificio con el saludo discreto de todos los días. Pasando a continuación a informarle de la agenda prevista del día en el que estaban.

Llamó a la puerta hecha un manojo de nervios. Tratando de respirar normalmente antes de entrar en el inmenso despacho y sin esperar a que le dieran permiso, ya que acababa de ser informado por su secretaria. Cerrando a sus espaldas.

—Buenos días señor Scot, ¿quería verme?

El hombre mayor que estaba sentado sobre el lujoso sillón de cuero, dejó de firmar los documentos que tenía delante, alzando la vista durante un segundo por encima de las gafas, y volviendo rápidamente a lo que estaba haciendo.

—Buenos días señorita Jammes, pase por favor.

“Nunca se acostumbraría a tantas formalidades —y avanzó situándose delante de la mesa, quedándose de pié y teniendo la certeza de que estaban a punto de darle el golpe final”.

¡El definitivo!

El aspecto de ella volvía a ser impoluto después de cepillarse nuevamente el pelo y hacerse la coleta. Lo que no pudo remediar, aunque lo intentó sin éxito, es que sus ojos se vieran con la normalidad de siempre, mostrándose enrojecidos a consecuencia del berrinche que acababa de tener.

Aunque, ¿qué más daba? Se preguntaba una chica que se acababa de dar por vencida en todos y cada uno de los aspectos de su miserable vida.

—Seré breve señorita Jammes.

Hizo una nueva rúbrica con la pluma de ocho mil dólares, regalo de su esposa, y la dejó sobre los documentos. A continuación levantó la cara y la escrutó a través de la mirada sopesando en terminar lo antes posible. Tenía reunión dentro de diez minutos y él no acostumbraba a perder el tiempo. Echándose hacia atrás y apoyándose contra el respaldo del sillón de cuero para seguidamente entrelazar las manos ante el nerviosismo de la joven. Entonces dijo:

—Sabe usted quién fue la persona que la recomendó interfiriendo en su contratación de ayudante adjunta en la empresa, ¿no es cierto?

Alexia asintió.

—Bien, también sabrá que dicha persona deberá responsabilizarse en el caso de que surja algún problema, ¿no?

Abrió la boca para protestar, pero en el último instante decidió permanecer callada. Nunca nadie interrumpía al todopoderoso jefe.

—Su comportamiento irresponsable ha hecho que esté hoy aquí haciendo que las expectativas tan altas que la señora Jacksson depositó sobre usted la hayan hecho cometer un error demasiado grave. Y las consecuencias en esta prestigiosa empresa se pagan señorita Jammes.

Una lágrima empezó a caer sobre su bello rostro comprendiendo que finalmente terminaría arrastrando a Estefany. Siendo demasiado injusto y creyendo no poder soportarlo.

Aun así, y mordiéndose el amor propio siguió allí. Plantada. Deseando acabar de una maldita vez.

Y sin pensarlo dos veces terminó diciendo:

—Por favor señor Scot, la Señora Jacksson no tiene nada que ver con mi falta de responsabilidad, yo...

La mirada gélida del que todavía era su jefe la dejó helada.

—¿Alguien le ha dicho que hable señorita Jammes?

Alexia negó con la cabeza.

—Eso creía yo... —contestó enojado echándose hacia delante y cogiendo una carpeta donde se veían los datos de ella—. Verá, normalmente nunca me ocupo personalmente de este tipo de asuntos, pero debido a la gravedad del caso que nos ocupa me ha hecho decidirme.

Abrió la carpeta y sacó una hoja que le entregó.

—Señorita Jammes, ¡está usted despedida!

Y según dijo aquello volvió a centrarse en nuevos documentos. Cogiendo su apreciada pluma de nuevo e ignorándola completamente. Dispuesto a no perder un tiempo valioso en alguien que no lo merecía.

Estefany atendía una llamada cuando se percató de que la puerta del despacho del señor Scot se abría, observando atentamente y tratando de averiguar qué es lo que podría haber sucedido en el interior. No tardó en suponerse. Viendo lo que no era de su agrado puesto que del despacho salía una joven abatida y saturada por los acontecimientos. Un detalle que le hizo saber lo que acababa de suceder en aquel despacho. Poniendo cara de preocupación y de pena viéndola pasar como una exhalación por delante de su puesto, y corriendo todo lo deprisa que la falda se lo permitía hasta lograr llegar a un baño. Encerrándose para que nadie la viera.

Incomprensiblemente a continuación, y por primera vez en todos los años que llevaba en el servicio de la empresa, Estefany pulsó uno de los botones de la centralita y dio órdenes explícitas de que no le pasaran ninguna llamada del señor Scot. Quitándose el auricular y abandonando su puesto de trabajo dirigiéndose tras los pasos de ella, inmersa en la preocupación que le despertaba aquella pobre chica.

—¿Alexia? —Llamó a la puerta. Optando por entrar directamente.

Al hacerlo la vio agachada sobre el lavabo refrescándose la cara.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

No debía de estarlo porque no sólo no contestaba, sino que además la respiración se escuchaba demasiado agitada.

—Alexia, ¿qué sucede?

Todo sucedió en décimas de segundos.

—¡Estoy despedida! —logró decir, cayendo sobre el suelo ante la mirada de estupor de la secretaria.

—Alexia, Alexia... —la llamaba sin el menor resultado.

Estefany actuó rápidamente, agachándose sobre el suelo y quitándose la chaqueta para depositarla debajo de su cabeza. Después le deshizo el nudo de la camisa y le quitó los primeros botones en un esfuerzo porque pudiese respirar mejor.

Ella siguió inconsciente.

Los gritos de auxilio no tardaron en ser escuchados, y a los pocos segundos alguien entraba en el baño y llamaba a través de su teléfono móvil al número de emergencias, mientras que el baño se iba llenando de compañeros curiosos que no entendían qué era lo que sucedía.

No habían pasado ni diez minutos cuando las puertas del ascensor se abrían. Dando paso a un par de enfermeros y a un médico.

—Despejen la zona por favor.

—¡Ya han oído! Todos a sus puestos —dijo Estefany firmemente haciéndose con el control de la situación.

La zona quedó despejada en cuestión de segundos. Dejando trabajar a los especialistas tranquilos. Y tras unos minutos agónicos pudieron hacer un primer reconocimiento. Decidiendo llevarla a un hospital próximo y someterla a varias pruebas que les hiciera averiguar la envergadura de la situación. Subiéndola despacio a la camilla siendo completamente ajena a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor continuando inconsciente, y con un primer pronóstico de que la causa pudiese ser debida a una fuerte crisis de ansiedad.

Únicamente cuando se la llevaron Estefany volvió a su puesto.

Peter y Sofía entraron en la zona de urgencias a toda prisa una hora después de que la compañera de su amiga los llamase, informándoles de lo sucedido.

Corrieron hacia el mostrador de urgencias, una vez que estuvieron en el hospital, y dieron los datos personales de Alexia a la enfermera que estaba en el mostrador, esperando a que les informaran.

Solamente pudieron respirar un poco tranquilos después de recibir dicha información, y en la que les dijeron que se encontraba bien tras examinar las pruebas hechas. Diciéndoles que lo que le había sucedido era debido a una fuerte crisis nerviosa. Facilitándoles el número de cama en la que se encontraba.

Cuando les dejaron pasar a verla la escena que se encontraron les hizo preocuparse demasiado, y es que verla en la cama del hospital con el oxígeno en la nariz y todas aquellas ventosas sobre el pecho, les hizo mirarse de reojo realmente preocupados. Aunque lo peor no era lo que se veía sino el aspecto que ofrecía, que no era otro que el de una pobre muchacha vencida por las circunstancias sin ganas de seguir luchando. Mostrándose tan frágil que parecía un cristal que estuviese a punto de romperse.

—Hola cariño.

Sofía se acercó despacio y le dio un beso, seguidamente la cogió de la mano y se la apretó cariñosamente deseando darle fuerzas.

—¿Cómo estás?

—He estado mejor otras veces —susurró dejando escuchar el pesar que llevaba dentro—. ¿Cómo os habéis enterado?

—Estefany me llamó.

En cuanto escuchó aquel nombre se le llenaron los ojos de lágrimas.

—La pobre Estefany, ¿sabéis que se puede quedar sin trabajo por mi culpa?

Y rompió a llorar nuevamente.

—Ha sido pensarlo y empezar a costarme respirar. Puedo con todo lo demás pero no con esto —admitió pesadamente—, ¿cómo he podido ser tan estúpida?

—Ahora no importa, debes recuperarte. Ya veremos cómo lo solucionamos.

—¿Solucionar dices? —preguntó agotada—. En una semana me he quedado sin novio, me he quedado sin uno de mis amigos, me he quedado sin trabajo, y lo que es peor. He contribuido a que Estefany también pueda hacerlo. Estoy en un hospital por no saber llevar mi vida adelante, y mis días de independencia tienen fecha de caducidad. Como veréis tanto mi presente como mi futuro se presentan muy turbios.

—Cariño no te tortures —le decía Sofía en un intento desesperado de levantarle la moral—, veremos que se puede hacer, ¿de acuerdo? No te vamos a dejar sola.

Alex simplemente se limitó a escucharla, pero en el fondo tenía la certeza de que su vida era un auténtico desastre. Además, la obviedad de que si no tenía trabajo no tenía ingresos era tan real, como que ella estaba en la cama de un hospital, y aquello solo quería decir una cosa:

¡Terminaría otra vez en casa de uno de sus padres!

Mientras Alexia pensaba en el futuro incierto que le esperaba, en la otra punta de la ciudad, y en pleno centro de Manhattan, una mujer decidida tomaba una decisión arriesgada.

¡Hablar con su jefe!

—Señor, ¿tiene un minuto?

El todopoderoso Richard Scot dejó lo que estaba haciendo, mirándola asombrado y siendo consecuente de que jamás, en los 31 años que llevaba a su servicio, había entrado en su despacho sin ser llamada antes.

—¡Claro! Pase señora Jacksson.

—Gracias señor.

Estefany cerró la puerta a sus espaldas y avanzó decidida, cruzando el despacho.

—Verá señor, hay un asunto que debo tratar con usted y...

—Por favor siéntese.

—Está bien.

Y se sentó ante la atenta y perpleja mirada de su jefe, el cual seguía asombrado por lo que estaba aconteciendo.

—¿Ocurre algo señora Jacksson?

—Sí señor, pero no sé si va a ser de su agrado.

Éste abrió los ojos sorprendido debido a lo que acababa de escuchar, sintiendo una gran curiosidad acerca de hacia donde les llevaría exactamente tan enigmática conversación.

—Muy bien, adelante.

—Verá señor, es con respecto a Alexia.

—¿A quién? —preguntó sin entender a quién se refería.

—Perdón señor —rectificó—, me refiero a la señorita Jammes.

—¡Ah! Pues siento tener que decirle que efectivamente no es un tema de mi agrado y le aconsejo que lo deje así. El hecho de que usted no haya seguido sus pasos es precisamente por eso. ¡Por tratarse de usted!

Y creyendo que la conversación estaba concluida volvió a centrar la atención en la mesa abarrotada de papeles, cogiendo nuevamente la pluma estilográfica.

—Puede retirarse señora Jacksson —dijo bajando la vista hacia un nuevo contrato que le uniría a una gran sucursal bancaria.

—Es que no he terminado señor —pronunció una Estefany que seguía decidida a terminar lo que había empezado.

Esas simples palabras fueron suficientes para qué, y debido a la sorpresa, la pluma se le cayera sobre los papeles sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo dice?

La cara del Señor Scot lo decía todo.

—Lo siento señor pero es que me veo obligada a informarle sobre este tema en particular y no voy a salir de aquí sin haberlo hecho.

—¿Acaso no se da cuenta de lo que me está obligando a hacer? —fue toda la contestación que le dio avisándola.

¡Y él no era un hombre dado a avisar a nadie!

—Solamente le pido que me escuche señor —contraatacó olvidándose del disparate que muy posiblemente estaba cometiendo—, después aceptaré de buen agrado lo que tenga que decirme usted.

El Señor Scot pareció reflexionar un momento tras escuchar aquellas palabras, viniéndole hasta bien. Y es que estaba tan acostumbrado a que absolutamente todo el mundo le diera la razón, que en ese instante se mostró perdido debido a la incredulidad de que su secretaria personal y la persona en la que confiaba ciegamente, tuviese el valor de estar sentada frente a él plantándole cara. Un hecho verdaderamente inaudito.

Y sin dejar de mirarla dijo:

—Está bien señora Jacksson, continúe.

—Gracias señor. Me resulta difícil lo que voy a decirle porque no tiene justificación alguna, pero hay algo en esa pobre muchacha que hace que siga sintiendo la necesidad de interferir por ella una vez más.

—Señora Jacksson mi empresa no es una empresa de caridad —la cortó enojado.

—Lo sé señor. Verá... —continuó explicándose como ella quería—. Ya desde el principio de empezar a trabajar aquí me llamó la atención. ¿Sabe por qué? Por su forma de trabajar. Por aquí han pasado cientos de becarias y sé de lo que hablo. Ninguna nunca puso el empeño y el tesón que puso Alexia a pesar del bajo salario. Dejándome desconcertada en varias ocasiones cuando varias veces, y cuando ya no quedaba casi nadie, ella seguía

aquí.

—No es para menos, ¿no cree?, no hay muchas personas que tengan el privilegio de trabajar aquí.

—Aun así, y sé de lo que hablo, nunca pensaba en que en cuanto terminase su contrato estaría de nuevo en la calle. No le importaba. Solo quería aprender y aprender.

—No vaya por ahí —la advirtió levantándose del sillón.

—¿Cómo dice señor?

—No debe ensalzar sus virtudes en el trabajo cuando ha permanecido toda la semana sin aparecer por aquí, ¿creería que no iba a darme cuenta?

—Lo siento señor yo...

—No se preocupe —decía mientras que se acercaba al mueble en el que tenía una variedad bastante extensa de las mejores botellas de alcohol. Cogió la de brandy y se echó un poco en una copa—, aunque no debería le voy a dar el beneficio de la duda, continúe.

—Señor, debe saber que nunca, en todos estos años hice nada que no debería haber hecho, excepto ahora.

—Lo sé. Y precisamente por eso estoy hablando con usted y no firmando su liquidación señora Jacksson. Usted también debería saberlo. —Confesó moviendo el exquisito brandy antes de llevárselo a la boca y degustándolo gustosamente.

—Lo sé señor. El hecho es que aparte del buen hacer en el trabajo hubo otro detalle por el que me dejé influenciar. Un detalle personal.

—Me cuesta trabajo creer que es usted una persona influenciable señora Jacksson.

—En este caso sí, señor. ¿En algún momento ha revisado el expediente personal que hacemos a todos los empleados que pasan a formar parte de la empresa?

—No, el saber que estaba usted interesada me bastó.

—Entonces déjeme explicarle la vida que ha llevado la pobre muchacha. O mejor, échele un vistazo usted mismo.

Y le tendió el sobre que llevó bajo el brazo en el que venían todos los datos, todos los acontecimientos y toda la vida de Alexia Jammes Smith.

Leyó cada línea sin entusiasmo, empezando desde la muerte de su hermana en un accidente de coche hacía quince años, hasta llegar a la separación de sus padres hacía diez.

—Ahí fuera hay desgracias mayores que las que hay aquí impresas y no por ello salimos en busca de ellos para darles un puesto de trabajo. ¿No es así señora Jacksson?

—Tiene razón señor pero ha de darme la razón en algo, el tesón que le pone a todo lo que hace. Creo que...—Y en ese instante no pudo seguir hablando, quedándose callada y necesitando tomar aire un par de veces a la vez que le empezaron a entrar dudas de seguir adelante debido a lo mucho que estaba en juego. ¡¡Su propio trabajo!! Aun así, sabiendo que su jefe se podría tomar aquello como un auténtico disparate, se dejó llevar por la mujer valiente que siempre había sido y soltó a continuación—: ...Estoy segura de que es

la candidata perfecta para ocupar mi puesto una vez que yo me jubile.

¡El que se quedó atónito entonces fue el Señor Scot! Permaneciendo enfadado en parte a la confianza extrema de su empleada, descubriendo lo mal que le sentaba que se hubiese tomado la libertad de decir lo que dijo... pero a la vez siendo capaz de permanecer en silencio, tratándose de ella, sopesando la posibilidad en la que pensaba. Queriendo ser justo después de tantos años dedicados a su empresa, y no limitarse a seguir un impulso por lo que consideraba una intromisión directa, echándola sin más. ¡Ella no se lo merecía! Mucho menos después de enterarse de un asunto privado que le incumbía a ella en primera persona y del cual se había enterado casualmente...

Lo que sucedió a continuación, e incomprensiblemente, fue que una vez superado el cabreo inicial creyendo que se metía en asuntos que no eran de su incumbencia, dio paso a que comenzara a sopesar el hecho de lo que todavía no quería ni que se le pasara por la cabeza.

—¿Qué es lo que me está pidiendo exactamente Señora Jacksson? —preguntó olvidándose del enfado de antes.

—Que readmita a Alexia y que le dé más responsabilidades. Sé que no se va a arrepentir.

—Ya lo hice, no lo olvide —la cortó.

—Señor Scot... —volvió a insistir incansable—, ahora mismo se encuentra en un hospital debido a una crisis nerviosa. Su amiga me contó que el hecho de que no se presentara en toda la semana a trabajar es porque se encontró a su novio en brazos de otro hombre, entonces...

—No puede ser cierto lo que estoy escuchando, ¿acaso me está contando las intimidades de su ex trabajadora favorita con la intención de que me dé lástima? Porque desde luego es lo que parece.

—No señor, solamente lo hago queriendo que se haga a la idea de cómo se tuvo que sentir para dejar lo que más le gusta, su trabajo.

—Desde luego que no me hago a la idea pero he de reconocer su coraje señora Jacksson. Nadie en sus santos cabales sería capaz de hacer lo que está usted haciendo, aparte de mi esposa claro... —terminó aclarando antes de beber el resto del líquido que le quedaba y volver a sentarse en el sillón.

—Eso es todo señor. —Terminó diciendo sintiéndose completamente agotada después de aquella conversación tan sumamente difícil, levantándose de la silla y limitándose a esperar a que su jefe de toda la vida tomase una decisión, tal y cómo ella le dijo al principio.

—Bueno, ya que estamos en esta tesitura aprovecharé la oportunidad —anunció el Señor Scot de pronto sorprendiéndola—. En el día de hoy quería hablar con usted acerca de un asunto del que me acabo de enterar casualmente. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Claro señor... —logró decir titubeante debido al cambio brusco de la conversación.

—¿Cómo está su esposo?

Ahora la que se quedó perpleja fue ella, sentándose nuevamente sin esperar a que le dieran permiso de lo afectada que estaba.

—¿Cómo se ha enterado? —susurró.

—Creo que no importa. Lo que sí importa es por qué una mujer como usted pretende ayudar a una señorita que no lo merece, y en cambio no es capaz de decirle a su jefe el problema tan grande que tiene.

—Señor, yo no acostumbro a...

—Lo sé —la cortó sin dejarla hablar, conociéndola a la perfección antes de añadir—: Desde luego que la señorita Jammes es una joven con suerte.

—¿Y eso quiere decir...?

—Quiere decir que usted desde mañana mismo se encargará de formar a la afortunada señorita Jammes. Eso sí, a tiempo parcial puesto que su contrato señora Jacksson está siendo modificado en estos instantes.

Estefany lo miró abriendo los ojos como platos, ¿qué quería decir exactamente acerca de que su contrato sería modificado? No entendía absolutamente ni una palabra, y ahora menos que nunca podía permitirse el lujo de quedarse en el paro.

—Señor Scot yo... —comenzó a protestar barajando la idea de que se había ido de la lengua pretendiendo únicamente ayudar a Alexia. Viendo el resultado final y comprendiendo demasiado tarde que se acababa de convertir en una auténtica catástrofe para ella.

“¡Oh Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora? — se arrepentía por todo lo que había dicho”.

—Señor Scot yo no puedo... —volvió a titubear sin que sus palabras quisieran salir de su boca ahora que las necesitaba de verdad.

El Señor Scot, viendo su sufrimiento, se adelantó diciendo:

—Mira Estefany —la cortó dejándola completamente descolocada, escuchándole tutearla y dirigiéndose a ella llamándola por su nombre por primera vez en todos aquellos años. Provocando que tuviese que apoyar la espalda contra el respaldo del sillón ante el riesgo de perder la consciencia—, tú marido te necesita más que nunca, y debes permanecer junto a él en el hospital. Ahora es lo único que verdaderamente importa y por lo tanto quiero que sepas que me he permitido la libertad de hacer unos pequeños cambios en tu contrato. El motivo de que lo haga es querer darte las gracias por todo el buen trabajo y la dedicación a mi empresa.

¡¿Cómo?!

¡¿Qué significaba que quería darle las gracias?!

Estefany seguía siendo incapaz de hablar debido a la sorpresa, limitándose a escuchar lo que fuera que tuviese que decir.

—A partir de mañana tu jornada laboral se reduce a la mitad. ¡Eso sí! Solo durante el tiempo en que creas que la señorita Jammes está lo suficientemente preparada como para

que ocupe tu puesto.

—Señor, yo no puedo...

—¡Pero yo sí! —la cortó de manera tajante—. Si esa joven está cualificada para ocupar tu puesto ¡que lo haga!, de todo lo demás me encargo yo. Y eso significa que naturalmente me haré cargo de toda la cobertura del seguro médico y por supuesto de la totalidad de tu sueldo hasta llegar a la jubilación. Ahora, si me disculpas, tengo bastante trabajo pendiente.

Estefany se había quedado en estado de shock después de todo. Permaneciendo sentada y sin poder dejar de mirarle, a medida que intentaba abrir la boca queriendo agradecerle a aquel hombre lo que era el reconocimiento a toda una vida a su lado. Pero por más que lo intentó no lo consiguió. Quedándose muda y resultándole del todo imposible debido a lo increíble de la situación. Siendo únicamente capaz de levantarse, pasados unos segundos, a la vez que se dirigía a la puerta todavía aturdida, queriendo asimilar todo lo que dentro de aquel despacho se había dicho.

Comprendiendo el verdadero significado de cada palabra. Teniendo la certeza de que su jefe era un hombre lleno de principios y con un enorme corazón. Alegrándose en lo más profundo de su ser el haberle servido durante todos esos años.

Finalmente, y antes de abandonar el despacho, sí que pudo girarse y decir unas sencillas palabras afirmando:

—Richard, eres un buen hombre.

Se miraron durante un tiempo indeterminado agradeciéndose sin palabras todo lo que habían hecho el uno por el otro a lo largo de todos aquellos años. Y es que a veces los pequeños detalles son los que de verdad importaban.

—Te voy a echar de menos Estefany —se sinceró—.

—Y yo a ti.

Una vez dicho lo que sentían, el Señor Scot volvió a centrarse en los papeles que tenía sobre la mesa, dejando zanjada la conversación.

Estefany cerró la puerta una vez que se hubo marchado.

A la mañana siguiente, Alexia Jammes Smith ocupaba nuevamente su puesto de trabajo, solo que a partir de ahora habría una gran diferencia. Siendo ubicada al mismísimo lado de su querida Estefany con la ardua tarea de enfrentarse, por primera vez, a la gran responsabilidad que se le venía encima.

¡Ser la secretaria personal del señor Scot!

CAPÍTULO 7

Unos días más tarde, y cuando la rutina volvió a formar parte de su vida...

—¿Qué?! —gritó entusiasmada saliendo de una boca de metro cercana a su apartamento después de una jornada complicada de trabajo—, ¿estás hablando en serio?

—Completamente.

—Pero... ¡no puede ser! —exclamaba Alex totalmente incrédula a través del teléfono móvil, sin ser capaz de digerir lo que Sofía le acababa de decir debido a lo imposible de la situación—. ¿Robert? ¿Robert Brown?

—¡Ajá! Se acaba de marchar y aquí, en mis manos, tengo dos invitaciones para esta noche en la discoteca Paradise.

Justo entonces vio en una marquesina de autobús la cara del protagonista de aquella conversación mirándola a los ojos como si realmente estuviese allí... y con una maravillosa sonrisa que lo hacía más guapo si cabe. Con las facciones de la cara absolutamente perfectas. Con los ojos del color del océano y en los que te perdías con tan solo mirarlos. Con el pelo rubio tan bien cortado. Con el cuerpo tan bien definido. Con todos aquellos músculos...

¡Oh Dios! Y un escalofrío la recorrió de arriba abajo ante el hecho de contemplar aquella belleza en una foto tan grande, ¡¿y de verdad lo iba a conocer?! Aquello era mucho más de lo que nunca jamás llegó a imaginar.

—Nos vemos a las diez en la puerta de la discoteca, ¿vale?

—No lo dudes, allí estaré.

—¡Ah! y haz el favor de arreglarte, quién sabe... ¿te imaginas que liguemos en un ambiente tan selecto?

—¡Anda ya! Allí nos vemos.

La sonrisa no la abandonó en ningún segundo, sintiéndose completamente en una nube de la que no tenía ninguna intención de bajar, pensando en el cambio de suerte que había tenido desde que el lunes terminase en el hospital. ¡Hacía solamente cuatro días!

Cuando llegó a la cita Sofía ya estaba allí, observándola atónita y viéndola hablar frente a un micrófono de la prensa con la naturalidad de una más pareciendo estar acostumbrada a ese tipo de saraos, ¿cómo era posible que tuviese tanto desparpajo en todo lo que hacía? Sorprendiéndola nuevamente después de todos los años que la conocía.

Ésta, al verla, dejó de hablar para dirigirse a ella con paso majestuoso. Y Alexia reconoció que desde luego estaba realmente espectacular, admirando aquella blusa de seda de color azul metálico a juego con las sandalias de tacón altísimo, los vaqueros de pitillo ajustándose a sus perfectas caderas, y el pelo suelto. Pareciendo una auténtica diosa.

Todo ello sumado hizo que por instante Alexia la envidiara, encogiéndose a su lado de lo guapa que estaba.

Sofía en cambio no podía creer lo que veía, mirándola enfadada antes de decir:

—¿No te dije que te arreglaras?

Y es que ella en cambio se había limitado a ponerse unos vaqueros anchos y una camiseta de algodón negro empeñada en seguir pasando desapercibida, lo que la cabreó mucho.

—Vas a conocer a Robert Brownn, ¡por el amor del cielo!

—Con verle de lejos me conformo y para eso no hace falta arreglarse.

—Ojalá tengas que arrepentirte, no sabes todo lo que me iba a reír de ti.

—Sí, sí, anda vamos a entrar.

El chico de la puerta las miró un tanto incrédulo debido a la diferencia entre ambas, limitándose a hacer su trabajo. Cogió las entradas y abrió la puerta del local abarrotado de gente famosa.

Nada más entrar, fueron conscientes de que entraban en otro mundo muy distinto al de ellas. Allá donde mirases había mujeres y hombres atractivos a rabiarse y con unas características peculiares entre casi todos. Las operaciones de estética y sobre todo el saber vestir y el saber estar.

¡Lo que hizo que desde el primer momento se sintiera fuera de lugar entre toda aquella gente!

—Creo que necesito una copa —dijo de manera desanimada notándose nuevamente un bicho raro.

—¿Lo ves? Si por lo menos hubieses tenido el buen gusto de haberte puesto algo mono... Lo que todavía no sé es cómo te ha dejado pasar el de la puerta —le dijo en tono mordaz.

—No empieces, ¿eh?

—Si lo que querías era estropearme la gran noche no lo vas a conseguir, he venido a ligar y vaya si lo voy a hacer.

—Por mí no te preocupes. Me tomaré una copa y te aseguro que intentaré divertirme.

Sofía la miró de manera sarcástica.

—Sí, seguro. Por eso has venido vestida con el reclamo de “aquí que no se acerque nadie”. ¡Tú misma! —dejó de mirarla y observó todo lo que la rodeaba sin que tardara en aparecer una enorme sonrisa en su cara diciendo—: Me voy a la pista de baile, necesito echar un vistazo a lo que hay por ahí. No todos los días tiene una la oportunidad de sentirse en el mismo cielo rodeada de tantos hombres cañón. ¿Te vienes?

—No —negó con la cabeza—. Voy a tomarme una copa. Diviértete.

—Lo haré.

Alex se dirigió a la barra de la lujosa discoteca sentándose en uno de los sillones libres, y observó cómo el camarero agitaba la coctelera.

—¿Quieres uno? —le preguntó el barman.

—¿Qué lleva?

—Vodka, tequila y un toque dulce de maracuyá.

—Me vendrá bien.

Esperó a que se lo sirviera y se lo llevó a los labios, gustándole el toque que le daba el maracuyá.

—Muy bueno, gracias.

Cogió la copa distraída y se quedó cerca de la pista de baile apoyada sobre una columna, y mirando divertida a Sofía. La cuál bailaba en el centro de la pista acompañada de un hombre cañón según su definición. Pareciendo un pez en el agua entre aquella gente vips que la rodeaba.

“¡Pues sí que es rápida!” Pensó suspirando un poco agobiada preguntándose qué hacía ella en un lugar así ni siquiera para ver en persona a Robert Brown. Lo que le pareció ridículo hasta decir basta. Y se tomó lo que quedaba del coctel de un trago y fue a por otro sin la menor preocupación.

Iba a ser una noche muy larga...

Eran exactamente las doce de la noche cuando un gran revuelo se armó en la pista de baile, llamando su atención y descubriendo a un grupo de mujeres salidas de no sabía qué lugar abalanzándose sobre la pista de baile entre gritos entusiasmados y empujones. Formando un círculo alrededor de alguien que no lograba ver.

¿Qué demonios estaría sucediendo para que reaccionaran así? No entendía nada. Y debido a la curiosidad que empezaba a tener dejó la copa en una de las mesas que tenía a su lado acercándose un poco. Intentando averiguar el motivo de tanto alboroto.

La sorpresa que se llevó entonces la dejó sin respiración, y es que allí, a unos pocos metros de ella se encontraba un Robert Brown guapísimo que además acababa de ser visto llamando la atención de las alborotadas fans que habían logrado entrar en la fiesta, ocasionando que el equipo de seguridad no tardara en aparecer llevándose a las histéricas jóvenes entre insultos y forcejeos, mientras que un Robert acostumbrado a todo tipo de actuaciones no perdía la sonrisa. Continuando bailando y acercándose a Sofía una vez que la reconoció en la pista.

En ese mágico instante Alexia no pudo hacer otra cosa más que quedarse plantada y con la boca abierta, gracias a la gran oportunidad que se le daba, pudiendo verle bailar casi delante de ella. Quedándose hipnotizada completamente y creyendo estar inmersa en un sueño, pareciendo imposible que pudiese existir un hombre tan guapo e irresistible.

“Y encima estaba bailando junto a su amiga Sofía...”

Un ataque de envidia la engulló, viéndole acercarse y dándole dos besos para a

continuación ponerse a hablar juntos, haciendo que la boca se le secase hasta el punto de necesitar otro trago.

Giró la cabeza y observó que la copa ya no estaba sobre la mesa. Dirigiéndose nuevamente a la barra y pidiéndose otra. Pensando que por primera vez en su vida se arrepentía de no haberse puesto otro tipo de ropa que hubiese realzado algo de su anatomía. Notando cómo las mejillas se le teñían debido a lo poco adecuado de su indumentaria cuando veía, ¡completamente horrorizada!, a los dos abandonando la pista de baile en dirección a ella.

Y sin pensarlo huyó hasta el otro lado deseando morir antes de que la viese con aquellas pintas. ¿Qué pensaría alguien acostumbrado solamente a chicas sexys y guapas?

¡Desde luego que no se iba a quedar allí para averiguarlo!

—¿Has venido sola? —le preguntaba Robert a Sofía en ese instante.

—No, también ha venido mi amiga Alex.

El chico macizo que la sacó a bailar antes hizo su aparición de repente, quedándose en el lado de Sofía.

—Bien, ya estoy aquí encanto. ¡Joder Robert! Menudo lío, cada vez me dejan más asombrado estas fans tuyas, ¿cómo consiguen saltarse todo tipo de controles?

—Ingenio Dan, debe ser eso.

Los tres rieron de buena gana.

—¿Y esa amiga tuya?

Sofía echó un vistazo rápido alrededor de la sala y pudo verla apartada a un lado, casi escondida entre una columna. ¡Muy típico de ella!

¡Pues se iba a enterar! Si lo que trataba era de ocultarse iba lista, la dejaría en evidencia y así se espabilaría, que buena falta le hacía.

—Sí, ya la veo.

A Alexia le dio un vuelco el estómago y en cuanto comprobó que todas las miradas se dirigían a ella. Viendo a su amiga señalándola sin el menor atisbo de compasión indicándole que se acercara.

“Oh no, ¿qué iba a hacer ahora?”

Y puesto que no tenía otra alternativa, lo que parecía una tímida sonrisa salió de sus labios, mientras que se acercaba a pasos dubitativos, nerviosa a rabiar, y extrañándose de la irrealidad de lo que tenía a escasos metros. Imaginando a la vez mil maneras de vengarse de su adorada amiga.

La muy lista no ocultaba lo que se estaba divirtiendo.

“—Se va a enterar... —se decía enfadada, y antes de que se diese cuenta de un detalle atronador, dejando de lado sus pensamientos y percatándose de que él no le quitaba los ojos de encima, escrutándola descaradamente. Permitiéndose además mirarla a través de un gesto serio y lleno de desdén, llegando a poder interpretarse que lo hacía burlándose de

ella. Descolocándola del todo. ¿Quién se creía aquel idiota, por muy Robert Brownn que fuera, actuando así?”

¡Menudo gilipollas!

La situación tan rocambolesca que se estaba produciendo dio lugar, a que de manera involuntaria, comenzase a sudar hecha un verdadero manojito de nervios. Siéndole imposible pensar de la forma en la que debía, únicamente deseando ponerle en su sitio.

¿Acaso se creía tener el derecho a revisarla de la manera en la que lo estaba haciendo? Y lo que era todavía peor, ¿qué pensaría sobre su desafortunada indumentaria?

“¡Oh Dios! Necesitaba otro coctel y de manera urgente a pesar de lo achispada que ya estaba”.

—Robert, Dan, os presento a Alexia.

—Es un placer Alexia —decía Dan acercándose y dándole dos besos.

Mientras lo hacía en ningún momento dejó de sentir aquellos otros ojos penetrantes sobre su persona, provocando que se sintiera completamente incómoda debido a tan rocambolesca situación. Esperando poder tener un poco de paciencia y no mandarle a la mierda directamente.

¿Es qué aquel tipo no tenía modales? Por lo visto no. Y se imaginó lo muy acostumbrado que debía de estar a hacer lo que le viniera en gana, a medida que dentro de ella crecía el malestar. Comprobando en primera persona el bicho raro que era avergonzándose de su propia ropa, y descubriendo que de seguir mirándola así no sería capaz de hacerlo ella a su vez. Concentrándose en parecer tranquila sin prestarle ningún tipo de atención. Actuando simplemente como si no existiese...

Después de saludar a Dan procuró seguir permaneciendo todo lo tranquila que podía, continuando tal y como lo estaba haciendo y actuando en consecuencia por su poco tacto.

Y claro, un Robert, que como muy bien pensó ella antes, estaba acostumbrado a hacer lo que le viniera en gana, no pudo evitar una mueca socarrona al verse ignorado. Consiguiendo sin ella pretenderlo que de pronto se encontrase gratamente intrigado hacia la chica que tenía delante, y que parecía tan poca cosa.

¡Divirtiéndose ante lo que veía!

—Yo soy Robert —se presentó escrutándola a través de una mirada terriblemente descarada—, debes de ser la única mujer en todo New York que no me reconoce.

—Sé quién eres —logró decir titubeante, desarmándola completamente en el segundo en que se encontró envuelta entre aquella mirada azul espectacular de sus ojos. Costándole respirar gracias a lo que veía.

—¿Ah sí? —preguntó en tono burlón.

—Sí, solo que yo no acostumbro a echarme encima de los famosos. —Contestó enfadada tras escuchar su tono. ¿Acaso se pensaba que lo normal era que se abalanzase sobre él?, ¡jiba listo...! Una cosa era lo que deseaba y otra muy diferente lo que ella era. Marcando bien las distancias y teniendo la satisfacción de no darle ninguna opción a que la terminara confundiendo con una loca que estaba dispuesta a todo por él.

¡Sería engreído...!

—Vaya, vaya, una chica dura, ¿eh? —dijo con un interrogante en los ojos examinándola profundamente. Entonces extendió la mano y la dejó así, esperando inusualmente a que ella se la diera. Manteniendo la distancia que aquella peculiar chica parecía querer, e intentando saludarla de forma cortés mediante un simple apretón de manos añadiendo a continuación—: ¡Me gustan las chicas duras!

Y debido a lo absurdo de la situación Alexia no supo qué hacer a continuación. Haciéndole esperar.

¡Desde luego algo a lo que él no estaba muy acostumbrado que digamos...!

—¡Joder! ¡Es un simple apretón de manos! —dijo enfadado. Realmente enfadado por lo incomprensible de lo que estaba sucediendo.

“¿A qué está jugando?”.

—Está bien, como muy bien ha dicho mi amiga yo soy Alexia. —Y alargó la suya mostrando desinterés en un deseo de agrandar las distancias, y sobre todo sin estar mínimamente preparada para lo que ocurriría a continuación...

Y es que, cuando miró hacia arriba empeñada en parecer tranquila, no pudo evitar perderse en aquellos ojos y en aquel rostro que quitaban todo el sentido. Luchando consigo misma para querer aparentar una normalidad y una tranquilidad que desde luego no existía, mientras que Robert parecía estar encantado de querer burlarse de ella eternamente gracias a lo rocambolesco de la situación, hasta lograr llegar a su mano... Entonces, y sin saber el porqué, el cuerpo de Alexia se estremeció incontrolablemente en cuanto notó el simple contacto de la piel contra la suya. Haciendo que se le erizara el pelo de la nuca sintiendo un suave cosquilleo en el estómago que hizo que saltaran todas las alarmas.

¿Cómo era posible lo que estaba sintiendo ante el simple hecho de saludarse así? “¡Por Dios! y qué calor empezaba a hacer de repente en la maldita discoteca...”

Y supo que tenía que cortar aquel íntimo, para ella, contacto de piel contra piel, y que le provocaba ese calor abrasador. Apartando la mano de la de él todo lo rápido que pudo en un gesto que fue completamente desmesurado e inusual. Bajando la guardia y permitiendo que él terminara advirtiéndolo turbado que se había quedado por aquel supuesto, inofensivo, y simple apretón de manos... Siendo consecuente de que ahora la observaba de manera un poco diferente, frunciendo el ceño y pareciendo que su cara era de pocos amigos.

—Bueno, ¿queréis una copa? —intervino Dan mirando a uno y a otro pensativo puesto que no entendía lo que allí estaba sucediendo.

—Dalo por hecho —contestó Sofía.

Robert mientras continuaba mirándola sin casi pestañear. Divirtiéndose de lo que veía... que no era más que a una joven indecisa y mal arreglada deseando por todos los medios mostrarse normal por la incomodidad de su mirada. Evitando e ignorando su presencia. Intentando aparentar que no le prestaba atención cuando el rubor sobre sus mejillas demostraban lo realmente impresionada que debía de estar teniéndolo tan cerca.

A menos es lo que él imaginaba... ¡Hasta que la escuchó!

—No, gracias —negó dejando a Sofía a cuadros—. Yo ya he tomado más de las necesarias, creo que bailaré un poco.

“¿¡Qué?!” Y con los ojos como platos Robert hizo una mueca mostrando su perplejidad después de ser plantado así. Girando la cabeza completamente incrédulo viéndola alejarse a la pista de baile dando a entender que no quería saber nada de él, a la vez que se preguntaba cómo era posible que una mujer que había sido invitada precisamente para conocerle fuese capaz de actuar así. Dejándolo intenso y profundamente sorprendido llegando a ser incapaz, a consecuencia de ello, de poder dejar de mirarla.

—¿Qué bicho le habrá picado?

—A saber —respondió Sofía tratando de disculparla—, estaba loca por conocerte, pero nunca llegó a pensar que tan de cerca. Es una persona un poco complicada en estos momentos.

—Ya veo, ya —contestó distraído, permaneciendo plantado allí en un intento de procesar lo que era incapaz de entender. Despertando en su interior una sensación de curiosidad que hacía mucho tiempo que no tenía y lo que a ciencia cierta se estaba convirtiendo en un asunto que realmente parecía increíble.

¡Continuando empeñado en no perderla de vista!

La pista de baile a esas horas estaba llena a reventar. Tanto era así que si cualquier chico hubiese mirado en ese instante nadie hubiese reparado en ella. Una chica normal pretendiendo no llamar la atención rodeada precisamente de varias que sí que lo querían. Incluso demasiado...

Solo que Robert no tenía interés en ninguna otra. Para él las demás eran más de lo mismo, en cambio ella...

¿Cómo se había atrevido a menospreciarle? Él era Robert Brownn, el privilegiado y sexy actor por el que todos los medios de comunicación se peleaban gracias a la película subida de tono que acababa de estrenar, convirtiéndose en la revelación del año. Sumergiéndolo en un mundo nuevo que le abría todo tipo de puertas y posibilidades después de comprobar que, solamente sacando partido al cuerpo diez que tenía y que tantos sacrificios le costaba, podría llegar lejos en el mundo del cine sin ayuda de nadie. Degustando el precio de la fama. Siendo consciente que lo de llevar una vida normal de momento se había acabado, pero con la ventaja añadida de poder llevarse a la cama a cualquier mujer que se le antojara.

“¿A cualquier mujer?”

Y volvió nuevamente la vista hacia Alexia, siendo el único en todo el inmenso local que parecía reparar en ella.

—Ahora vuelvo —dijo tranquilo. Tomando una decisión.

Dan lo miró y se mostró incrédulo.

—No me lo puedo creer. —Y aunque lo dijo bastante alto él ya no le escuchó. Dirigiéndose hacia el lugar que pretendía.

—¿El qué? —preguntó una Sofía distraída.

—Nada, cosas mías —respondió volviendo a la realidad sabiendo que ni siquiera él podría hacerle entrar en razón.

¡Y es que cuando a Robert una idea se le metía entre ceja y ceja no había nada que hacer! Olvidándose de todo y pasándole la mano alrededor de la cintura, acercándola provocativamente y logrando arrancar una sonrisa sexy a una Sofía que se dejaría llevar por todo lo que le pidiera.

—¿Bailas?

El tiempo pareció detenerse en el instante en que sintió a alguien detrás de ella tomándose la libertad de hacerle esa pregunta susurrando cerca de su oído, demasiado cerca. Un susurro que hizo que despertaran todos sus sentidos comprendiendo de quién se trataba, y descubriendo que parecía como si el tiempo se parase en esas deliciosas décimas de segundos.

Y debido a lo que aquel hombre en concreto incomprensiblemente la hacía sentir, se quedó bloqueada siendo incapaz de actuar y sobre todo siendo incapaz de pararle los pies. Lo que él aprovechó sin contemplaciones volviendo a la carga después de que se hubiese atrevido a dejarle plantado.

—Se me da bien bailar, ¿sabes? —continuó avanzando y susurrándole provocativamente, incluso ahora más cerca. Tanto que ella se quedó paralizada degustando la maravillosa sensación que le producía el cálido aliento de él sobre su oído, sintiendo como todo su cuerpo parecía querer descontrolarse sin poder hacer otra cosa que no fuera dejarse llevar por aquella voz que la estaba volviendo loca. Loca del todo.

—Aceptaré tu silencio como un sí, —dijo sonriendo y permitiéndose el lujo de tocar su oreja a través de los labios de él. Haciendo del simple contacto una caricia demasiado íntima. Estrechando el cerco entre ambos.

“Lo sabía. Era igual que todas las demás. ¡Ya le extrañaba a él que fuese a resistírsele alguna! —pensaba para sí mostrando un gesto de decepción”.

Entonces Robert, acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, y olvidando la sensación de pesar al comprobar que no se había equivocado, la abrazó fuertemente desde atrás, (ella seguía de espaldas), y la terminó estrechando contra su cuerpo en una clara intención de provocarla. Dejando bien claro quién era el que mandaba...

Y la reacción de Alexia después de aquel obligado acercamiento no se hizo esperar durante un segundo más. Logrando despertar finalmente de aquel letargo impuesto.

—¡Quita tus manos de encima! —gritó haciéndose oír y mostrándose con un enfado de mil demonios por haber sido capaz de tomarse la libertad de invadir su intimidad sin permiso. ¿Quién se creía que era?

Si justo entonces hubiese tenido la oportunidad de mirarle hubiese visto la sonrisa de placer que acababa de salir de su boca, comprobando que sí que se había equivocado. Lo que hizo que con mayor entusiasmo volviera a tener el interés de hacía unos minutos.

—¿No me has oído? —Forcejeó apartando aquellos brazos que seguían alrededor de su cintura y que la aprisionaban. Provocándole sensaciones que nunca había sentido antes. ¡Ni siquiera con Jack!

Un Robert sorprendido y nada acostumbrado a que le dieran ninguna negativa decidió soltarla, dando un paso atrás sin entender la reacción desmesurada de ella.

“—¿Cómo es posible que alguien tan normal se me pueda resistir? —pensó viendo su masculinidad dañada, teniendo la certeza de que si no hubiese actuado así ni habría reparado en ella...”

Y mientras reflexionaba acerca de las calabazas que le estaba dando, una Alexia que se veía liberada se volvió echando chispas enfrentándose a él, y sobre todo deseando mostrarse enfadada después de haberse tomado la libertad de ponerle las manos encima sin haber sido invitado, cuando, incomprensiblemente, fue mirarle y notar que sus piernas no querían sostenerla.

“¿Pero qué coño le estaba pasando para dejar que la presencia de aquel hombre hiciera que perdiera el sentido? Aquello era una auténtica locura”.

¡Sofía llevaba toda la razón cuando hacía unos días le dijo que no debían de existir hombres así!

—¿Me estás rechazando? —le preguntó en tono burlón divirtiéndose de lo lindo y dedicándole en exclusiva una sonrisa que logró hacer que se olvidara de lo que estaban hablando, antes de volver a la carga—, piénsalo bien nena, es un privilegio pasar un rato conmigo. Últimamente estoy muy solicitado.

¡Aquello era el colmo!

¡¿De qué iba ese tío?!

—Pero... ¿Con quién crees que estás hablando? ¿Con una de tus protagonistas que se dejan hacer todo lo que tú quieres? —alzó la voz enfadada.

La intensidad en cómo lo dijo fue cobrando fuerza, luchando por todos los medios para no dejarse llevar a su terreno, y sobre todo para no sucumbir a lo que le hacía sentir simplemente a través de esa mirada. Olvidándose amargamente del control que solía tener siempre sobre su cuerpo, y lo que era peor... tratándose de un auténtico desconocido.

—¿Has visto mi película? —se limitó a preguntar burlándose nuevamente de ella.

¡Se lo estaba pasando tan bien...!

—No me interesan ese tipo de películas, son de descerebrados —le respondió mordaz y siendo capaz de mantenerse firme.

—¿Has pensado que quizás te vendrían bien? —volvió a la carga enarcando una ceja antes de continuar—: Puede que aprendieras algo útil y dejaras de mostrarte tan agria —le dijo enfrentándose a su mirada en un gesto claramente provocador, dejando a la chica descolocada.

Alexia abrió la boca con el objetivo claro de contraatacar, resultándole verdaderamente difícil y es que hasta cabreado era perturbadoramente sexy.

—¿Aprender yo de ti? ¡Ja! Eso sí que estaría bueno...

Robert miró a su alrededor empezando a analizar fríamente la situación. Comprendiendo que empezaban a ser el centro de atención y aquello era algo que no le interesaba bajo ningún concepto.

“Él sabía muy bien la forma de mostrarse en público y lo que se esperaba de él”.

Entonces, ¿qué hacía allí discutiendo con una desconocida que ni le iba ni le venía?

—¡Ven conmigo! —exigió de pronto.

—¿Qué? —Y al pretender cogerla de la mano se apartó.

—¡He dicho que vengas conmigo! —exclamó furioso empezando a hartarse de aquel jueguecito, envolviéndola en una mirada que era del todo inescrutable.

Y como ella no daba, ni daría, su brazo a torcer, finalmente un Robert bastante cabreado se limitó a estirar la mano y cogerle la suya a la fuerza. Consiguiendo a continuación, y casi a rastras, sacarla de allí llevándola a uno de los reservados que tan bien conocía, mientras que a Alexia no le quedaba otra alternativa que seguirle los pasos ante la evidencia de que era mucho más fuerte que ella. Hirviendo de furia por el atrevimiento del mentecato aquel creyéndose con el poder de hacer todo cuanto le viniese en gana. Siguiendo sus pasos de manera apresurada puesto que no solo seguía agarrándola, sino que además tiraba de su mano firmemente.

¡¡¿Acaso no sabía el significado de la palabra no?!!

“—Vaya, vaya —pensaba desilusionada—. Toda la vida deseando conocer a un hombre tan famoso y guapo y voy y me encuentro a esto”.

¡Comprendiendo que desde luego la belleza no lo era todo! Observándole cerrar la puerta a sus espaldas y sin que tardara en recobrar las fuerzas de la carrera que se acababa de pegar. Volviendo al ataque... “Se iba a enterar aquel gilipollas de lo que era una negativa, ¡vaya que sí!”

—¿Estás loco? —se enfrentó a él una vez que se dio la vuelta, mirándolo tan enfadada que parecía estar a punto de echar humo por las orejas—. No puedes llegar y actuar según te dé la gana.

El pecho de Robert subía y bajaba en lo que se había convertido en una respiración bastante agitada, y no precisamente por la fuerza invertida. Mostrándose incapaz de interpretar qué era lo que le pasaba.

Mientras tanto ella seguía y seguía...

—¿Me estás escuchando? —Porque lo que parecía a simple vista era que a él le daba exactamente igual todo cuanto tuviese que decirle—. Yo no soy igual que el tipo de chicas a las que debes de estar acostumbrado. ¿Es que no sabes captar una indirecta? Apártate de ahí que me voy ahora mismo.

¿Irse? Él no quería que se fuera.

¡Aún no!

—¡Ah! y antes de hacerlo quiero que sepas que no por ser quién eres tienes el derecho

de elegir y de hacer lo que te venga en gana, ¿me oyes? —Y viniéndose arriba del todo terminó diciendo—: Eres un condenado gilipollas, ¿lo sabías?, y no creas que todas somos iguales. Haces mal en meternos en el mismo saco. Todavía hay mujeres que tenemos dignidad aunque claro, ¿sabes tú qué es lo que significa esa palabra? Lo dudo.

Cada comentario que iba añadiendo a él le servía para interesarse muchísimo más en tan peculiar mujer. Admirándola por ser capaz de decir lo que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, siendo consecuente de que la paciencia se le estaba acabando.

—Y ahora apártate de mi camino.

—¿O qué? —habló por primera vez desde que entraran en el reservado. Dejando ver un atisbo de burla en la comisura de sus labios.

Por supuesto que Alexia no se dejó amilanar.

—Si estás tratando de reírte de mí ni se te ocurra hacerlo, te vuelvo a repetir que no soy el tipo de mujeres a las que debes de estar acostumbrado, y no voy a permitirte ninguna confianza conmigo. ¿Está claro?

Él asintió despacio analizando la situación que tenía delante pero sin moverse un ápice del sitio en el que estaba. Pareciendo seguir divirtiéndose.

—Bien, pues eso es todo —terminó, creyendo dejar zancada la conversación.

Nada más lejos de la realidad.

—Te equivocas. Yo creo que eso no es todo —sentenció dando un paso hacia adelante.

El cabreo de Alexia entonces se multiplicó por mil.

—¿Pero tú de qué vas? —casi gritó enrojeciendo soltando un montón de impropiedades y de insultos dirigidos expresamente a él—. Eres un chulo, eres un puto caprichoso y mimado que no tiene en cuenta más que sus propios deseos. ¿Acaso no eres capaz de pararte a pensar que quizás yo no...?

Robert no pudo seguir soportándolo. Aquella condenada chica había conseguido doblegar su paciencia, (y aquello era completamente inaudito en él) propiciando a que necesitase dejar de escucharla. Limitándose a hacer lo que su cuerpo simplemente le pedía a gritos, y sin analizar lo que podría llegar a suceder, avanzando firme y decidido, situándose a escasos centímetros de la peculiar mujer mientras que a ella no parecía importarle otra cosa que no fuese seguir concentrada en continuar diciendo impropiedad tras impropiedad. Soltando el aire en un intento vano de controlarse.

¿Es que no se cansaba nunca? Y debido a los escasos, además de tortuosos centímetros que los separaban, Robert se decidió a seguir actuando según le dictaban sus hormonas. Olvidándose del control y de todo lo que no tuviese que ver con lo que estaba sucediendo allí y ahora. Seguidamente la cogió envolviendo su cara entre ambas manos, y sin poder contenerse durante un segundo más, bajó hasta aquellos labios que lo estaban volviendo loco y la besó de manera brusca. Callándola por fin. Poseyendo su boca con una necesidad y un ansia casi sobrehumana perdiendo el control de la situación por primera vez en su vida.

La sorpresa inicial en Alexia debido a lo que estaba sucediendo la inundó

completamente, dejándola con los ojos abiertos como platos y sin entender qué demonios pretendía aquel hombre... mientras que era abordada literalmente por la boca de un Robert que parecía de pronto ansioso. ¿Cómo era posible que la discusión que estaban manteniendo pudiese terminar en un beso así? Desde luego que parecía incomprendible.

¡Ni que decir tiene que Alexia perdió la batalla en el mismo instante en que la besó...! Y es que fue sentir su boca contra la suya e inmediatamente después cejar en el empeño de querer seguir protestando. Limitándose a cerrar los ojos vencida a la vez que una explosión de adrenalina aparecía de la nada haciendo que su corazón palpitase desbocado, aturdiéndola. Convirtiéndose en una verdadera mujer y experimentando por primera vez lo que era un beso de deseo. Olvidándose del enfado. Teniendo la sensación de querer ir hacia la deriva dejándose llevar por lo que aquella maravillosa boca la hacía vivir. Y así fue como, antes incluso de darse cuenta de lo que hacía, terminó abriendo los labios. Dándose gustosamente por vencida en un intento desesperado de seguir sintiendo. Correspondiéndole lo mejor que podía y siendo consecuente del cosquilleo que recorría su cuerpo entero debido a la intensidad del beso que, un Robert experto, le provocaba introduciendo la lengua dentro de su boca a medida que la empujaba fuera de control contra la pared. Dejándola acorralada entre ésta y su excitado cuerpo saboreando toda su boca de una manera salvaje. Transportándola a un mundo nuevo además de desconocido que la hacía desfallecer, y todo gracias a aquel excitante y exigente beso.

—Así aprenderás a quedarte callada... —decía todavía cabreado sobre sus labios y volviendo a poseerlos de manera urgente. Comprobando cómo su entrepierna palpitaba endurecida haciéndose notar sobre el vientre de ella.

Alexia abrió los ojos sorprendida. Y antes de que se diera cuenta de lo que acabaría haciendo, pasó los brazos alrededor de sus anchas espaldas dando la aprobación a todo lo que él estuviese dispuesto a hacerla. Pegándose a su miembro erecto sin pudor a medida que un gruñido de placer salía de la garganta del chico. Despertando a una Alexia desinhibida dispuesta a calmar el calor que empezaba a querer consumirla. Comprobando extasiada cómo el mismísimo Robert Brownn metía las manos debajo de su camiseta en busca de sus pechos, tal como ya sucediera en su sueño, y antes de que todo se echara a perder definitivamente escuchándose la voz de una mujer que los acababa de sorprender...

—Robert cariño, llevas toda la noche ignorándome y al ver que te dirigías hacia aquí he pensado que quizás...

Sin previo aviso, una rubia despampanante entró en el reservado hablando e interrumpiéndolos creyendo que él estaría solo, encontrándose aquella desagradable situación y poniéndose furiosa ante la escena que veía.

Rompiendo el hechizo que se había creado en el interior segundos antes.

—¡Joder Robert! —exclamó mirando asqueada el esperpento de chica que tenía acorralada contra la pared— ¿Acaso has perdido todo tipo de gusto?

Alexia comprendió lo que estaba insinuando refiriéndose a ella, entonces recuperó el control de su excitado cuerpo rápidamente, sintiéndose humillada además de demasiado pequeña a su lado, aprovechando el descuido de él tras aflojar la presión contra su cuerpo debido a la sorpresa inicial, y agachándose para poder salir de entre sus brazos para salir huyendo de allí ante la sorprendida mirada del actor.

—¿Qué coño haces aquí?

La mujer que los acababa de interrumpir titubeó viéndole tan enfadado.

—Robert, yo...

—¿No te has parado a pensar en que si no te he hecho caso sería porque tengo mis motivos? No vas por buen camino Pamela, no soporto que me agobien y tú lo sabes — terminó de decir dejándola con la palabra en la boca y avanzando decididamente a la salida deseando encontrar a la peculiar mujer que despertaba en él tanta curiosidad. Teniendo la necesidad y la urgencia de querer seguir conociéndola en profundidad.

Y se marchó del reservado interesado en encontrarla, pensando que todavía tenían un asunto pendiente.

—Me voy.

—¿Qué? —preguntó alarmada Sofía— ¡No me puedes hacer esto!

—No te estoy haciendo nada, ¡tú quédate!

—¿Has mirado la hora que es? Será prácticamente imposible que cojas un taxi. No puedes quedarte en la calle sola hasta que aparezca uno Dios sabe cuándo.

—No me importa, pediré uno —contestó con un brillo en los ojos sospechoso.

—¿Ha sucedido algo?

—Mejor no preguntes.

—Alexia...

—¡He dicho que mejor no preguntes! —exclamó levantando la voz empezando a saber que tenía un nudo en la garganta —, me voy.

Si permanecía allí durante un segundo más rompería a llorar, y no estaba dispuesta a consentirlo o terminaría aguándole la fiesta a su amiga Sofía, por eso, siguiendo un impulso, se dio media vuelta y echó a correr entre el barullo que había en la discoteca notando como las primeras lágrimas empezaban a caer de manera estrepitosa, empeñada en poner distancia entre lo que era su vida y aquel puto lugar en el que desentonaba en todo.

¡Mierda!

¿Qué se pensaba cuando supo que iba a conocer a Robert Brownn? ¿Que todo iba a resultar maravilloso? Las consecuencias no habían podido ser peores para su autoestima, retrocediendo al maldito día en que empezaron sus problemas desde que se enteró de lo de Jack.

Siguió corriendo y corriendo en un intento de hacerse paso a toda prisa, huyendo y sin que pudiese ver más allá debido a las lágrimas que caían una detrás de otra incontrolablemente. Sumiéndola en una pena infinita, y teniendo claro que la única prioridad que tenía en mente era salir de allí lo antes posible para poder respirar, porque la sensación de ahogo se estaba apoderando de su ser. Asfixiándola completamente.

Hasta que no estuviera bien lejos no sería capaz de recobrar un poco de...

—¡Oh! ¡Lo siento!

De pronto chocó contra alguien, viendo una enorme mano que se le acercaba y la agarraba del brazo, tirando con fuerza antes de que terminara de bruceos contra el suelo.

—¿Dónde te crees que vas? —le preguntó una voz que ya le resultaba demasiado conocida, detectando el tono furioso.

¡Vaya! En la discoteca debería de haber unas doscientas personas e iba ella y justo tenía que chocar contra él.

¡Qué suerte la suya!

Y de un manotazo lo apartó. Dejando bien claro que no necesitaba su ayuda precisamente.

—Pero, ¿de qué coño vas? —volvió a preguntar furioso al verse apartado de esas formas. Atravesándola con una mirada de profunda ira.

Alexia no pudo contestarle aunque hubiese querido. Teniendo la seguridad de que haría lo que fuese necesario con tal de que no viese su cara anegada en lágrimas. Seguidamente, y en un gesto desesperado, quiso nuevamente huir. Lo que fuera con tal de no dejarse ver así de vulnerable. Algo que desde luego no consiguió puesto que Robert intuyó que volvería a hacerlo, permaneciendo preparado y cogiéndola nuevamente de la mano hasta llevarla casi a rastras, y por segunda vez en aquella particular noche, a la barra. Una vez allí la empujó contra el sillón haciéndola sentar y la retuvo a la fuerza, diciéndole a través de los ojos que se olvidara de volver a intentarlo siquiera.

—Peter, dos Manhattan por favor.

—Yo no he pedido nada —protestó mediante un mohín evitando mirarle, y observando como el barman abría la coctelera empezando a derramar líquido en su interior.

—Pero yo sí, ¿no lo ves?

Esperó a que la bebida estuviese lista antes de decirle cuatro cosas a aquella condenada mujer. Una vez servido el cóctel cogió la copa y se la llevó a la boca rápidamente. Bebiendo el contenido de un trago, después pidió otra y la dejó sobre la barra.

—¿Y bien? ¿Quién coño te crees para dejarme plantado? Jamás nadie se ha atrevido a hacerlo antes. Y menos dos veces.

Alexia se limitó a quedarse callada obligándose a calmarse y provocando, sin ser consciente de ello, que una furia incontrolada lo sacudiera completamente. Un hecho que hizo que volviera a beberse la segunda copa de un trago mientras que le hervía la sangre creyendo que seguía ignorándole, permaneciendo tan tranquila mirando no sabía qué, y con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo.

—¡Joder! —Terminó explotando— ¿Estás sorda?

“¡Todavía no! ¡Todavía no! —se repetía la insegura chica una y otra vez tratando de inspirar profundamente, queriendo recuperarse. Necesitando tomar las riendas y no parecer una persona demasiado vulnerable ante sus ojos. Aceptando el hecho de que no

sería capaz de conseguirlo a medida que continuaba hablando para sí misma en un intento desesperado porque no la viera en aquel estado de aturdimiento. Implorando al cielo un poco de ayuda— ...o verá mi cara y seguirá burlándose de alguien tan insegura y estúpida como yo”.

Su largo silencio terminó sacando de quicio a un hombre que creyó que estaba jugando con él.

Y desde luego que no lo iba a consentir.

—¡Me cago en la hostia puta! —bramó un Robert que no pudo seguir conteniéndose—. ¿Quieres hacer el puto favor de contestar a... —Y de repente la pregunta quedó suspendida en el aire en el momento en el que la cogía de la barbilla a la fuerza obligándola a levantar la cara— ¿Alexia?

El gesto en la cara de Robert cambió drásticamente, atormentándose después de ver que su cara estaba llena de lágrimas.

¡Menos mal que la prensa se había quedado en la calle!

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —pronunció en voz baja y casi susurrando. Dejando atrás el enfado de hacía tan solo un instante.

Alexia se volvió a perder nuevamente en aquellos fascinantes ojos.

¡Era tan fácil...! Y logró sonreír. Viendo la actitud de lo que parecía un hombre perdido cambiando la expresión de su cara de manera asombrosamente rápida en cuanto descubrió el desconuelo en sus ojos. Preguntándose si era posible que alguien como aquel hombre en particular fuese capaz de tener un pequeño corazoncito. ¿O es que la estaba engañando interpretando el papel de su vida?

—¿Vas a decirme por qué estás llorando? —preguntó mostrándose demasiado confundido, tanto que su rostro se llenó de surcos de preocupación deseando en la medida de lo que le dejase poder comprenderla, y sobre todo poder consolarla sin que todavía entendiera muy bien el por qué.

“¿Qué demonios le estaba pasando con aquella chiquilla exactamente?”

—No. No voy a decírtelo —contestó una Alexia sincera mirando aquellos ojos tan cautivadores y que le provocaban la necesidad de retroceder en el tiempo. Recordando el beso tan excitante que se acababan de dar.

Y volvió a sentirse completamente turbada incapaz de ocultar lo que debía de reflejar su cara. Añadiendo en sus pensamientos que desde luego era una pena que los hubiesen interrumpido...

Robert la volvió a sorprender viéndole sacar un clínex del bolsillo y ofrecérselo.

—Anda, límpiate la cara.

—Gracias. —Lo cogió agradecida y se lo pasó por las mejillas sin que él dejara de prestar atención. Examinándola con lo que parecía una intensidad abrumadora.

—Mucho mejor —afirmó atreviéndose a pasar suavemente las yemas de los dedos por el rostro suave de su cara.

El corazón de Alexia volvió desbocarse en cuanto sintió aquella deliciosa caricia. Cerrando los ojos y creyendo estar en un sueño.

¡Un sueño maravilloso!

—Tu cara te delata.

—¿Qué? —preguntó abriéndolos sorprendida.

—Que tu cara te delata. No puedes negar que te gusta lo que te hago sentir. El beso que nos estábamos dando antes... —comenzó a declarar lentamente empleando un tono de voz sensual sabiendo de sobra lo que se hacía, y abriendo las piernas de ella ante la incredulidad de la chica para arrimarse todo lo que le permitía el asiento del sillón—, ha estado bien, ¿verdad? Puede que lo mejor que podríamos hacer es terminar lo que hemos empezado en mi casa, ¿no te parece?

—Robert, yo... —titubeó acalorada antes de que un calambre de placer recorriera todo su cuerpo después de notarle tan deliciosamente cerca moviéndose contra ella. Volviendo a estremecerse empapando varias partes de su cuerpo hacía tiempo olvidadas, y volviendo a cerrar los ojos otra vez únicamente queriendo disfrutar del simple roce que le provocaba el contacto del pantalón vaquero contra el suyo. Olvidándose en qué lugar estaban...

“—Oh Dios mío, pero si casi llega hasta mi sexo... —pensaba sofocada concentrándose en respirar normalmente y escuchando a su cuerpo pedir a gritos que el maldito asiento se esfumara para tener pleno acceso a esa parte de su anatomía, al mismo tiempo que un sudor frío aparecía perlado toda su frente sin poder pensar en nada que no fuese lo perturbadoramente excitada que estaba. Tanto como para desear perderse únicamente con él y a donde quisiera que la llevase, implorando un poco de atención a cada una de las partes de su ardiente cuerpo”.

Pero al recordar el desafortunado comentario de la rubia, la lucidez apareció por arte de magia. Despertándola de lo que era del todo un disparate además de una locura. Poniendo la mano sobre su pecho queriendo apartarle, empeñada en poner distancia entre ella y aquel cuerpo del pecado que la estaba haciendo vivir y sufrir a partes iguales.

—Robert para.

—¿Qué? —preguntó incrédulo, permaneciendo todo lo pegado que le permitía el maldito asiento.

—Como ya te dije antes no soy ese tipo de chica —siguió de forma sincera cogiendo aire a través de la nariz queriendo calmar el corazón que le latía a mil—, creo que lo mejor es que vuelvas con esa rubia de tu estilo y no pierdas el tiempo conmigo. Sinceramente, no sé qué has podido ver en mí para seguir aquí todavía, —e intentando darse unas fuerzas que parecían querer flaquear cogió la copa, e igual que él, la bebió de un trago. Empezando a sentir la ansiada semiinconsciencia que le ofrecía el alcohol bebido durante toda la noche, y el que lograría hacerla olvidar de lo que era del todo imposible además de improbable.

¡Bastante tenía ella ya como para querer hacerse un daño completamente innecesario!

—¿Y quién te ha dicho que esté perdiendo el tiempo? —preguntó Robert de forma malhumorada apartándose un poco debido a la desmesurada insistencia de ella, y de

aquella mano que lo seguía invitando a que mantuviese las distancias.

—Es lo que haces —añadió convencida de lo que decía—. Sigue mi consejo y hazme caso. Fíjate si hay mujeres aquí a las que les gustaría perderse contigo precisamente.

Robert no pudo evitar mirarla de manera incrédula. Ni en un millón de años hubiese pensado nunca que pudieran llegar incluso a aconsejarle que se perdiera con otra. Rechazándolo sin más preámbulos y, ¡notando que su ego se veía profundamente dañado una vez más!

Pero si creía que ahí acababa todo estaba muy equivocado. Escuchando a Alexia que nuevamente tomaba la palabra:

—Pero si quieres lo que sí puedo hacer es tomarme otra copa contigo, ¿vale? —A esas alturas la manera de hablar ya no era la misma. Los efectos del alcohol empezaban a hacer estragos sobre una mujer que seguía sin entender que hacía él allí, y en su compañía precisamente.

Robert escuchó intrigado aquel inusual ofrecimiento. Recordando que era la primera vez que una mujer aceptaba tomarse una copa con el condicionante de que para que ello sucediese sería aceptando que después no habría nada de nada. ¡Vamos, que nada de sexo! Bromeando debido a la peculiar situación cuando precisamente era él el que tenía que apartarse a las mujeres de encima.

—Entonces tendrás que prometerme que nada de salir corriendo, ¿vale?

—Lo intentaré.

—Bueno, ya es algo. —Sonrió avanzando hasta tenerla en el lugar de antes. Creyendo que la haría cambiar de idea y recreándose en el contacto directo que volvían a seguir manteniendo. Sabiéndose ganador igual que le ocurría siempre en cuánto al trato de mujeres se refería, y antes de que una Alexia segura decidiera intervenir diciendo:

—Contigo, con tu amigo, y con Sofía.

—¡¿Qué?! —preguntó con cara de póker.

A lo que la chica simplemente respondió:

—Nos tomaremos una copa todos juntos aquí o en el lugar que elijas. Después me marcharé a casa. —Y viendo la expresión incrédula que ponía decidió concluir advirtiéndole puesto que no le daría una mínima excusa que le permitiera ningún tipo de equívoco—. Es todo lo que puedo ofrecerte.

No hubo más explicaciones, empujándolo nuevamente y apartándole para terminar con aquella cercanía que la estaba matando. Dispuesta a buscar la compañía de su amiga Sofía, mientras que a él no le quedaba otro remedio que colaborar. Eso sí, en cuanto puso los pies en el suelo tuvo que sujetarse a aquel torso tan bien definido para no caer, empezando a darle vueltas la cabeza. Tantas que incluso ya empezaba a tener lagunas en su mente, considerando que tenerle así de cerca, sumado a la completa embriaguez en la que estaba, era bastante más de lo que podría seguir soportando sin perder un ápice de su dignidad. Necesitando huir antes de que cometiera una locura que la llevaría de nuevo ante el precipicio. Buscando de forma desesperada a la pareja que la podía salvar, y dirigiéndose

hacia ellos una vez que logró verlos con la seguridad de que el enigmático hombre del que toda mujer hablaba la seguiría. Reconociendo que por primera vez se sentía poderosa como mujer después de lograr que Robert Brownn en ese preciso momento estuviese detrás de ella para tomarse una simple copa.

Incomprensiblemente la otra parte estaba dispuesta a obedecer de buena gana. Limitándose a seguir sus pasos y estrujándose la mente queriendo averiguar qué era lo que le habría podido suceder antes de salir huyendo como lo hizo, además de sorprendida mente intrigado porque no llegaba a entender qué hacía él detrás de aquella chica aparentemente normal. Pareciendo que no tuviese otra cosa que hacer.

Y con los ojos puestos sobre su nuca para no perderla de vista, continuó andando pendiente únicamente de que no diese un traspié y terminase sobre el suelo. No sabía las copas que se habría tomado pero lo que era seguro es que estaba completamente borracha y él no la dejaría caer. Permanecería a su lado tratando de que no ocurriese. El sentimiento que despertaba aquella chica era de auténtica protección. Algo que jamás había llegado a ocurrir, y menos con una auténtica desconocida.

Nunca, ninguna mujer hasta el día de hoy, había conseguido despertar la curiosidad que había logrado ella en unas horas. Admitiendo que mucha culpa la tenía el comportamiento que tuvo con él durante toda la noche, y es que:

“¿Qué mujer en su sano juicio desaprovechaba la ocasión de enrollarse con él después de tenerla entre sus brazos y saber cómo reaccionaba su cuerpo ante el beso que le terminó robando? Afirmando que por supuesto estaría encantado de tener que averiguarlo. — Seguía pensando mostrando una mirada depredadora al cuerpo que se acababa de convertir en su próximo y dulce objetivo”.

¡Resultando que terminaría siendo un juego muy divertido!

No tardaron mucho en abandonar la discoteca por la puerta trasera, queriendo esquivar a las numerosas fans que seguían esperando. Permaneciendo completamente ajenas a un porche último modelo que salía a toda prisa enfilando la avenida a gran velocidad y en dirección a una de las calles más exclusivas de la ciudad, en la quinta avenida. El lugar exacto en el que se encontraba el enorme y lujoso apartamento del irresistible Robert Brownn. Donde terminaron los cuatro con la intención de tomarse otra copa.

CAPÍTULO 8

Abrió los ojos debido a la maravillosa sensación de encontrarse perdida en mitad de una cama inmensa y envuelta entre sábanas de raso. Si no fuera por el martilleo ante dolor de cabeza, que volvía a hacer su aparición torturándola hasta límites insospechados, incluso llegaría a pensar que se encontraba en el mismo cielo. Cabreándose consigo misma por lo que había vuelto a hacer. Dando media vuelta, y obligándose a cerrar los ojos sintiendo el estómago revolviéndose a consecuencia de la resaca, tratando de recordar algo de la noche anterior. Devanándose los sesos con impotencia y esfuerzo puesto que no podía hacerlo.

¿Es que no iba a aprender nunca? ¡Por lo visto no!

Se estiró sobre la cama empezando a desperezarse, y al sentir el suave contacto del raso de las sábanas en las manos y los pies descalzos abrió los ojos un poco confusa. Empezando a intuir que no todo iba bien porque aquello de sueño tenía poco.

El suave raso además de la inmensa cama era tan real como que ella estaba allí en medio, incorporándose en el mismo instante sobre los codos para averiguar dónde demonios estaba.

Y a medida que reparaba en la espaciosa y lujosa habitación, el caos se iba apoderando de ella ante la realidad de lo que veía a través de unos ojos como platos formándose en su mente la imagen nítida y clara de Robert Brown. ¡No! ¡No podía ser!

Un escalofrío de placer la sacudió. Recordando los labios contra los suyos, y a ambos cuerpos buscándose desesperadamente en aquel reservado. Despertando todos y cada uno de los sentidos guardados bajo llave después del descalabro emocional. Cayendo rendida a sus pies y correspondiendo el beso lascivo que él le dio envuelta en un calor abrasador que la devoró por dentro, y que nunca tuvo el gran placer de sentir.

¡El rubor le terminó tiñendo las mejillas!

“—No, no puede ser —se repitió intentando calmarse ante lo absurdo de la idea observando todo a su alrededor. Fascinándose por el buen gusto de la decoración en la que por supuesto los muebles eran de los que salían en las revistas esas de gente rica, demasiado caros para el alcance de su bolsillo”.

Pero si hubo algo que la dejó completamente fuera de juego fue el enorme ventanal que cubría en su totalidad una de las paredes, desde el techo hasta el mismo suelo. Dando un toque espectacular a la ya de por sí preciosa habitación. Divisándose un cielo encapotado de nubes grises. Pareciendo que flotabas sobre ellas.

¿Quizás era un hotel de cinco estrellas?

Y envuelta en un humor de perros apartó las sábanas a un lado, decidida sí o sí a saber dónde coño estaba. Necesitando urgentemente empezar a aclarar sus ideas...

Al hacerlo respiró aliviada, comprobando que por lo menos estaba vestida. Fuese quien fuese el que la había llevado allí no se había aprovechado de ella, y ya iban dos. Reconociendo que de seguir a ese ritmo finalmente lo terminaría pagando demasiado caro,

teniéndolo de sobra merecido porque lo de convertirse en una inconsciente de la noche a la mañana desde luego que no era nada inteligente.

Puso los pies desnudos sobre el suelo y sonrió sorprendida por el calor que transmitía la tarima, acordándose de su caldera estropeada. Desde luego que quién hizo aquella habitación había pensado hasta en el último detalle... Lo que la hizo pensar otra vez que seguramente estaría en una habitación de hotel de los que eran carísimos.

Cada vez más intrigada se levantó de la cama obviando a su lacerante cabeza y dirigiéndose hasta el gran ventanal para poder tener una vaga idea del lugar en el que podría estar.

¡Sin estar preparada para lo que vio!

—¡Joder! —exclamó sorprendida.

La vista era espectacular a saber a cuantos metros de distancia sobre el suelo, porque los viandantes casi ni se percibían, y con una panorámica fabulosa de todo Nueva York, justo enfrente de Central Park.

Pero las sorpresas no acabaron ahí. Nada de eso. Dando unos pasos acercándose a la puerta y abriéndola de par en par. Observando anonadada lo que había fuera y sujetándose contra el marco. Percibiendo cómo su respiración subía de intensidad hasta ponerse histérica.

—¿Pero qué...? —No pudo acabar de preguntarse a sí misma puesto que ante ella se encontraba el apartamento más grande y moderno que jamás hubiese visto, ni siquiera en las revistas de famosos. Empezando a barajar la posibilidad de que efectivamente se encontraba en el apartamento de... ¡¡¡Robert Brownn!!!

La prueba que finalmente corroboró que en efecto estaba allí fue una foto que llamó su atención y que estaba encima de un aparador, cogiéndola entre unas manos temblorosas y viendo la cara del irresistible actor en compañía de una mujer que debería ser su madre. ¿Acaso no tenía padre?

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! —se repetía atónita logrando reaccionar sin todavía creerse nada. Reconociendo que debería actuar de una vez.

Entonces, a toda prisa, cogió sus zapatillas de cordones y avanzó a través del pasillo, cruzando los dedos y empezando a rezar para no encontrarse con él debido a la posibilidad de que se muriera de la vergüenza. Un hecho que desde luego estaba dispuesta a evitar centrándose, únicamente, en lo que de verdad importaba... Escapar de allí.

No tardó en llegar a unas escaleras que la llevarían a la planta de abajo, y las bajó excesivamente rápido. Tanto que estuvo a punto de caer rodando antes de que en el último segundo pudiera agarrarse a la barandilla, salvándola de una caída en picado segura.

“—¡Que patética soy!, cualquier mujer en mi situación daría su vida por estar aquí, en cambio yo...”.

No pudo acabar la frase, quedándose pálida en cuanto se percató de un inesperado detalle, viendo una nota que había pegada sobre la puerta de salida provocando que casi le diera un infarto, y sintiéndose tan acalorada que de repente empezó a sudar.

La nota decía así:

Buenos días Alexia, ¿te gustan los croissants? Espérame y desayunaremos juntos. Conozco la mejor panadería en la que los hacen, no tardaré.

ROBERT

Leyó la nota un par de veces antes de, superada del todo y debido a las circunstancias, decidiera optar por lo que mejor sabía hacer, huir. Comenzando a vestirse a toda prisa y cogiendo su abrigo del perchero. A continuación echó un último vistazo a todo el impresionante salón, y seguidamente abrió la puerta desapareciendo de aquel apartamento y aquel mundo que le quedaba demasiado grande.

Una vez que estuvo abajo salió del ascensor y echó a correr hasta conseguir salir del edificio. Al hacerlo, un viento frío la envolvió permitiéndole respirar un poco más tranquila estando convencida de que había logrado su objetivo. Una vez ubicada giró a la derecha en busca de la primera boca de metro y miró el reloj angustiada, dándose cuenta de que: “O corría como alma que lleva el diablo o llegaría tarde al trabajo. Un lujo que desde luego no podía permitirse”.

Pero antes de comenzar a correr nuevamente, un inesperado detalle llamó la atención de la chica. Un detalle que hizo que se quedase anclada sobre el suelo y sin que por supuesto sus piernas quisieran reaccionar viendo, completamente horrorizada, a por lo menos cinco mujeres que acababan de interceptar a un guapísimo Robert en mitad de la calle llevando una bolsa de croissants en la mano.

“—¡Por todos los santos, qué suerte la mía...! ¿Acaso todo me va a salir mal?”

¡No tenía escapatoria!

Y presa de un pánico absoluto miró desesperada a la izquierda en un intento de buscar una vía de escape... Divisando un taxi libre parado en el semáforo y siendo consecuente de que era su última oportunidad si quería huir sin ser vista, o era lo que ella creía. Comprobando cómo sus piernas eran capaces de reaccionar tras la impresión que le supuso verle y empezaba a correr gritando hasta desgañitarse. Dirigiéndose al taxista.

—¡Taxi, taxi!

Robert nada más escuchar los gritos de fondo levantó el rostro. Dando con la voz que le parecía ser conocida.

—No me lo puedo creer —gruñó viéndola meterse dentro del taxi y desaparecer delante de sus ojos—. ¡Mierda!

La furia que lo invadió una vez que la vio huir nuevamente hizo que apartara de malas maneras a las mujeres que lo rodeaban, mirando la parte trasera del taxi y perdiéndolo a la vuelta de la esquina. Implorando poder tener otra oportunidad para darle su merecido.

¡Nadie jugaba con Robert Scot Brownn!

Y con un humor de perros después de lo sucedido tiró la bolsa de los croissants a la basura de malos modos, ya que lo que menos le apetecía ahora era desayunar. Decidiendo dejar a sus fans plantadas para a continuación dar media vuelta y entrar en el portal a pasos apresurados, dejando ver una expresión que daba miedo. Imaginando mil maneras de vengarse de la que parecía ser la única chica inmune a sus encantos.

Y las encontraría... ¡Vaya si lo iba a hacer!

Aunque su vida dependiese de ello.

Cuarenta minutos después, cuando se creía a salvo en la oficina trabajando normalmente, Alexia pulsó el botón del teléfono y atendió una llamada personal de su amiga Sofía que le entraba en esos instantes, y que iba a ponerla bastante nerviosa.

—¡Dime que no se lo has dado! —gritaba hecha una furia a través del teléfono móvil pareciendo que no le importara que estuviera en el trabajo—, ¡te juro que si lo has hecho jamás volveré a hablarte!

Sofía no pudo evitar sonreír después de escucharla. Imaginándose la cara que debía de tener.

—¿Quieres tratar de tranquilizarte? —contestó divirtiéndose de lo lindo.

—¡Sofía! —volvió a gritar.

La mantuvo en suspense unos segundos hasta que:

—No, no se lo he dado.

Un enorme alivio la envolvió tras escuchar dicha negativa, dejándose caer sobre la silla.

—¿No vas a preguntarme nada? —contraatacaba Sofía.

—¿Para qué? Todo es ridículo...

—Puede, pero lo que no entiendo es el que hayas sido capaz de desaprovechar la oportunidad de tu vida.

—Vamos Sofía...

—¡Pero si hasta has conseguido dormir en su cama! —decía su amiga eufórica y llena de entusiasmo—. Lo que darían todas las mujeres de la ciudad por simplemente conocerle, y vas tú y sales huyendo. Eres muy cobarde.

—Mmmmm —contestó sin querer profundizar mucho en aquel tema en concreto y menos allí. Dando por zanjada la conversación.

Sofía por supuesto no se lo permitió insistiendo:

—Mira Alex, aunque trates de engañarte a ti misma conmigo no servirá. Para tu información ha venido en persona a pedirme muy amablemente el número de tu teléfono, y quiero que sepas que todavía me estoy arrepintiendo de no habérselo dado.

—Tengo que dejarte —la cortó irritada intentando olvidarse de todo.

—Cobarde.

—Lo que tú quieras, tengo trabajo que por ahora es lo que de verdad me importa, adiós —. Y colgó antes de que continuase diciendo lo que no quería escuchar. Logrando dejarla distraída y sumida en pensamientos varios debido a lo sub real de lo que últimamente le estaba sucediendo.

Y Estefany simplemente no pudo evitar mirarla sorprendida, preguntando:

—¿Ocurre algo?

—No, nada.

—¿Cómo qué nada? —La regañó dándose cuenta de que no comprendía lo que le estaba diciendo—. ¿Acaso no estás escuchando el teléfono?

Miró la centralita y vio las luces de dos llamadas en espera para el jefe, actuando en consecuencia y pulsando el botón. Siendo capaz de volver a la realidad después de lo que su amiga le acababa de contar, dejándola descolocada del todo.

—¿Ya tienes el discurso del señor Scot de la cena benéfica? —preguntaba su compañera una vez que terminó de resolver lo de las llamadas telefónicas.

—Sí, aunque me gustaría que le dices el visto bueno, estoy nerviosa a rabiar y no quiero meter la pata.

—No creo que haga falta pero si quieres...

—Gracias Estefany, será mi primer acto desempeñando mi nueva función y no sé si estaré a la altura.

—Pues claro que lo estarás.

—¡Dios mío! Yo en la cena benéfica que da el jefe en su casa rodeada de gente importante y poderosa.

—No es para tanto, créeme. —Y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Me acompañarás y me ayudarás a comprar el vestido? No tengo ni idea de qué es lo que se espera de mí.

—Discreción y saber estar, nada más. Pero tranquila te ayudaré.

—¿Qué haré sin ti cuando ya no estés?

—Trabajar igual que ahora, sé que estás preparada.

El timbre del ascensor sonó a continuación interrumpiendo la conversación entre ambas, y anunciando que alguien llegaba a la planta en la que estaban. Dejando a Alexia un tanto desconcertada puesto que no había ninguna nota apuntada en la agenda de ninguna visita programada.

¡Y nadie podía acudir sin cita!

“¿Quién sería entonces? —se preguntó una chica curiosa y sin que tuviese que esperar mucho en averiguarlo una vez que comenzaron a abrirse las puertas del ascensor. Alzando la mirada y mostrándose igual de curiosa que lo hacía Estefany...”

Alexia entonces se quedó helada, descubriendo quién era realmente el que estaba en el ascensor. Ocasionalmente que hasta el color de la cara se desvaneciera quedándose a cuadros.

—¡Joderrrrrrrr!

“Aquello no podía ser verdad, ¿acaso estaba inmersa en una pesadilla? Porque desde luego era lo que parecía”.

Y claro, debido a aquella reacción inesperada, a Estefany le fue imposible pasar por alto el detalle de que parecían conocerse. Observándola preocupada tratando de entender qué era exactamente lo que podría haber provocado la cara que se le había quedado.

—Pero, ¿qué haces?

—¡Schssssss! —la mandó callar escondiéndose a toda prisa debajo de la mesa.

Estefany se quedó absolutamente desconcertada, preguntándose si no se estaría volviendo loca puesto que la acababa de ver escondiéndose literalmente debajo de la mesa.

—Hola Estefany, ¿qué tal estás? —se escuchó de fondo una voz de hombre.

La conocida voz masculina iba acercándose poco a poco permaneciendo ajeno a lo que acababa de suceder. Hecho que provocó que Estefany volviera a la realidad alegrándose de verle.

—¡Robert! Que agradable sorpresa. —E intuyendo que lo que Alexia hacía era esconderse de él, se acercó besándole en la mejilla para después cogerle del brazo alejándolo todo lo que pudo, manteniéndola en el anonimato. Ya tendría tiempo de preguntar luego.

Y mientras eso sucedía, Alexia seguía debajo de la mesa escuchando cómo los latidos de su corazón parecían escucharse demasiado altos, creyendo que la terminaría descubriendo. Todo aquello era una locura. ¡¿Qué demonios estaba haciendo él allí precisamente?!

—¿Te llegó mi regalo de cumpleaños?

Escuchó que le decía a Estefany.

—Sí querido. ¿A qué es debida esta agradable sorpresa? Llevabas casi un año sin pasarte por aquí.

—He cambiado de dentista aquí cerca y he pensado en acercarme un rato. ¿Crees que me recibirá? —preguntó mirando la puerta del despacho del jefe.

—Compruébalo tú mismo, ahora no está reunido.

—Gracias Estefany.

“¿Pero qué...? Y con la boca abierta observó las zapatillas deportivas de Robert alejándose en dirección al único sitio en el que nadie podía entrar salvo que estuviese apuntado en la agenda”.

¿Acaso Estefany y él se habían aliado para que la despidieran?

—No puede entrar ahí... —susurró a Estefany por debajo, golpeándola en la pierna sin

salir del escondrijo en cuanto la tuvo a tiro—, ¿pero es que te has vuelto loca?

—Por lo que veo os conocéis, ¿no es cierto? —se limitó a decir tan tranquila, sonriendo amablemente. Restando importancia a lo que debería de tener según Alexia.

—No, sí... —titubeó—, no lo sé.

Después de escuchar aquella respuesta Estefany se mostró divertida, descubriendo que a su querida Alexia no le sentaba nada bien.

—No tiene gracia.

—¿Ah no? —seguía hablando viéndole internándose dentro del despacho—. Creo que puedes salir, Robert ya no está.

Alexia se levantó del suelo, se alisó las arrugas de la falda, y después se sentó en la silla. Actuando con toda la normalidad que pudo ante la mirada atenta y curiosa de Estefany.

—Gracias —fue todo lo que dijo antes de comenzar a teclear en el ordenador.

—¿No vas a contarme nada?

—No.

—Está bien —dijo observándola detenidamente y por supuesto nada dispuesta a dar su brazo a torcer—: No sé... quizás yo podría ayudarte.

—¿A qué?

—Podría concertarte una cita con él si quieres.

—¿Y qué te hace suponer que quiera hacerlo? —contestó de malos modos—. Además, lo que no entiendo es qué hace aquí y por qué parece conocerle tanto.

—Si quieres puedo explicártelo.

—No, déjalo.

Cerró el programa del ordenador, ordenó la mesa, y cogió el bolso y su abrigo.

—Hoy te vas pronto.

—Sí, tengo cosas que hacer —mintió.

Todavía no sabía lo que hacía allí pero desde luego que no se iba a quedar para averiguarlo. ¡Allá él!

—Voy a comprar el vestido discreto que me has aconsejado y así me doy un paseo, creo que seré capaz de elegir uno adecuado. Mañana te contaré.

—Está bien, yo esperaré un rato todavía.

—Hasta mañana. —Y dejó zanjada la conversación antes de que la curiosidad la hiciese preguntar lo que no debía.

A toda prisa, debido a la intención de salir pitando, se dirigió hasta el ascensor y pulsó el botón demasiado fuerte. Y a medida que esperaba le estaba resultando verdaderamente difícil respirar con normalidad...

La casualidad y el caprichoso destino se confabularon entre sí provocando que la puerta del despacho del señor Scot se abriera en el mismo instante en el que lo hacían las del ascensor, dejando ver a una Alexia nerviosa e histérica como una colegiala metiéndose a toda prisa, y pulsando el botón de la planta baja nuevamente demasiado fuerte en un intento porque fuera más deprisa.

—Vamos, vamos...

Y justo entonces fue cuando Robert salió del despacho y cerró furioso la puerta. Alzando la cabeza con gesto de pesar hasta que... Sus miradas se cruzaron por un tiempo indeterminado. La de ella reflejando ansiedad porque las puertas no se cerraban y en cambio la de él...

La de él en un primer momento reflejaba asombro, curiosidad, incluso perplejidad, pero de repente cambió. Una vez superada la sorpresa inicial, y recuperando el control de la situación, la miró con un brillo en los ojos que daba miedo.

¡Mostrándole claramente que tenían un asunto pendiente!

—¿Alexia? —preguntó completamente asombrado sin poder creerse el golpe de suerte que acababa de tener.

“¿Qué hacía ella allí?”

Alexia, viéndose descubierta, volvió a pulsar reiteradamente el botón haciendo que la espera le resultase eterna. Pretendiendo ocultarse de él, y dándole la espalda ante la atenta mirada de Estefany que no perdía ningún detalle. Divirtiéndose demasiado.

Robert en cambio no estaba dispuesto a darle la oportunidad de salir huyendo nuevamente. Avanzando hasta el ascensor de manera decidida, y sobre todo deseando tener la oportunidad de enfrentarse cara a cara a aquella chica endiablada. Comprendiendo que inesperadamente se le presentaba en bandeja la oportunidad de poder aclarar unas cuantas cosas de una puta vez. Y a medida que lo hacía la expresión de su cara cada vez mostraba un rostro más y más iracundo.

¡Realmente iracundo!

—¡Alexia! —exclamó demasiado fuerte y comenzando a dar grandes zancadas hacia ella—. ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo!

Alexia no pudo evitar girarse en cuanto le escuchó, encontrándose con la mirada fría como el hielo que le dedicaba en exclusiva.

—¡No lo hagas! —volvió a repetir.

Por poco pero no consiguió llegar a tiempo. Viendo a las puñeteras puertas cerrarse a escasos centímetros de sus propias narices. Lo que hizo que la frustración lo taladrara completamente, siendo consecuente de que una vez más volvía a salirse con la suya y que por lo tanto...

¡¡Un momento!! ¿Qué era lo que había visto realmente?

Robert recapituló hacia atrás y no tardó en mostrarse más sereno, analizando fríamente lo que acababa de presenciar. Fue entonces cuando sonrió de oreja a oreja sabiendo que finalmente los dioses se habían apiadado de él. Logrando encontrar una ventaja a su favor.

Una ventaja que a continuación desgranaría muy gustosamente.

“Vaya si lo iba a hacer”.

Dio media vuelta y cambió el semblante de su cara, borrando la expresión impotente y acercándose a la mesa en la que se encontraba la persona que le facilitaría alguna de las respuestas que buscaba y deseaba.

“Su querida Estefany”.

¡Relamiéndose de gusto convencido de que se saldría con la suya! Sopesando la manera de planear la venganza convirtiéndose, de repente, en un asunto sumamente placentero. Haciéndose a la idea de que averiguaría los entresijos de la vida de aquella endiablada chica y le enseñaría que si finalmente jugaba con fuego terminaría quemándose.

“Para cuando acabase con ella tenía la absoluta certeza de que no se olvidaría tan fácilmente de él”.

CAPÍTULO 9

¡La primera sorpresa del día, de la fiesta benéfica, apareció en forma de paquete!

Acababa de llegar a su apartamento, después de un día especialmente duro en el trabajo, cuando alguien llamó al telefonillo. Resultando ser un mensajero que decía tener el encargo de dejar un paquete. Y Alexia, tras una larga mañana cambiando frases del discurso benéfico que no terminaban de convencer a su jefe, y más tarde buscando un expediente de una transacción bursátil desaparecido, lo que menos le apetecía era empezar a discutir a través del telefonillo con un desconocido. Estando segura de que se había confundido de dirección. Optando por apretar el botón dejándole entrar para aclarar cara a cara el error que tenía que haber cometido alguien.

—¿Señorita Alexia Jammes?

Alexia abrió la boca queriendo protestar, y enmudeció comprobando que los datos eran los correctos. Quedándose como una boba mirándolo.

—¿Es usted?

—¿Qué?

—Que si es usted Alexia Jammes —contestó de malos modos pensando en todos los paquetes que tenía que entregar. Maldiciendo su mala suerte por toparse con alguien que se quedaba embobada.

—Sí, soy yo.

—Firme aquí.

Firmó y cerró la puerta ayudándose del pié. A continuación se dirigió a la mesa y lo dejó sobre ella todavía sorprendida.

Al ver una tarjeta la cogió y la abrió. Reconociendo la letra.

Querida Alexia:

Me he permitido elegir tu vestido de esta noche. Cuando dije lo de discreción me refería a mí, no a ti. Espero que te guste y que lo disfrutes.

Te veré en la fiesta porque yo también acudiré. Cambio de planes.

Estefany.

Abrió la caja y se encontró un precioso vestido negro de encaje, un vestido que parecía adecuado para una de las invitadas a la cena y no para una secretaria ejerciendo su trabajo. Quedando bastante desconcertada. Seguidamente lo cogió y lo dejó encima de la cama olvidándose completamente de él.

Los nervios ante la noche que le esperaba no la dejaron probar bocado. Después de prepararse un sándwich de jamón dulce acabó dejándolo casi entero. Limitándose a tomar un café cargado apurando el contenido para poder meterse en la ducha. Finalmente con agua caliente.

Después de enjabonarse pasó a lavarse el pelo a conciencia, echándose una mascarilla. Quería estar presentable, y eso significaba que tardaría más de lo acostumbrado en arreglarse. Una vez duchada salió de la bañera envuelta en una gran toalla y otra pequeña enrollada en el cabello. Se secó a conciencia y cogió la crema hidratante, echándosela sobre el cuerpo. Hacía tanto tiempo que no se cuidaba un poco que ya casi hasta se le había olvidado.

Una vez terminado miró el reloj preocupada. Dándose cuenta de la hora que era y comprendiendo que si quería llegar a tiempo ya podía empezar a espabilarse, así que cogió el secador y empezó a maniobrar torpemente intentando alisarse el pelo, tarea que sabía la entretendría bastante rato. Tres cuartos de hora fueron suficientes para estar peinada y maquillada, respirando aliviada tras comprobar que su pelo había quedado perfecto. Olvidándose de todo lo demás y dirigiéndose a la habitación en busca del vestido que había comprado el día anterior. Abrió el armario, lo descolgó de la percha y en el último momento, y sin saber el porqué, cambió de parecer. Eligiendo el que Estefany le había regalado poniéndoselo y abrochándose la cremallera, seguidamente se subió a los zapatos de tacón demasiado altos para su gusto y sonrió. Comprobando que estaba lista.

La imagen que se reflejaba en el espejo la hizo sentirse guapa, demasiado guapa llegando incluso a no reconocerse. Aquel vestido le quedaba como un guante haciéndola tan elegante que hasta Sofía se sorprendería si pudiese verla.

El vestido exquisito, los zapatos de tacón, el pelo perfecto y el maquillaje, fueron los que en conjunto hicieron que en cuanto saliera a la calle varios hombres volviesen la vista atrás en más de una ocasión. Hecho que no le pasó desapercibido percibiendo un subidón de adrenalina alzándola a la gloria. Pensando que lo de sentirse un bicho raro y lo de pasar desapercibida podía pasar a la historia por un día. Sonriendo complacida y avanzando hasta el taxi que la esperaba tras haberlo pedido por teléfono, mientras que por primera vez en muchísimo tiempo sentía cómo empezaba a disfrutar de lo que en realidad parecía gustarle. Su trabajo. Que los hombres se dieran la vuelta y volvieran a mirarla, y sobre todo el sentirse guapa y mujer. ¡Eso sí que era importante!

¡Olvidándose de todas las penurias en las que se había envuelto últimamente!

Subió al taxi y le dio la dirección. Después se recostó sobre el asiento intentando permanecer con la mente en blanco para poder mantener los nervios a raya.

Resultando realmente difícil...

La fastuosa mansión que se divisaba era de estilo victoriano en color blanco y hacía contraste con las ventanas de color oscuro haciéndola única. Admirando las tres plantas que terminaban coronadas por una buhardilla de grandes ventanales pareciendo estar en mitad de una película de época. Al lado una construcción similar albergaba en su interior una colección de coches magnífica. Mirando todo cuando le ofrecía la vista y llegando a

una gran verja siguiendo el camino perfectamente delineado en el que un vigilante les dio el alto. Averiguando que la autorización de pasar llegaba hasta allí. El lugar en el que una garita improvisada había sido puesta con una barrera para disuadir a cualquiera que intentase avanzar más de la cuenta.

Sacó la cartera del bolso en cuanto llegó a su destino, y después de pagar los 90 dólares de la carrera, propina incluida, bajó del coche y siguió el sendero que la terminaría conduciendo a la gran carpa situada en el cuidado jardín. ¡Maravillándose de todo lo que veía! Continuando andando y viendo las mesas redondas en perfecto orden listas para que los invitados comenzasen a dar uso de ellas. Un poco más hacia adelante, un atril estaba hábilmente colocado en lo alto de un escenario improvisado, y desde el que el señor Scot hablaría dando las gracias a todos los invitados por el donativo que harían a favor de los niños desfavorecidos, una vez acabada la cena.

—Estás deslumbrante.

Dijo alguien a sus espaldas.

Alexia se giró sobresaltada y se encontró a una Estefany completamente acorde a la velada que tenían por delante.

—Me complace ver que me has hecho caso.

—Empiezo a creer que me he equivocado —confesaba presa de sus inseguridades de siempre.

—¿Estás loca? Vas a ser la sensación de la noche —afirmó sabiendo exactamente a lo que se estaba refiriendo.

—Espero que no sea así —contestó completamente ajena a su comentario y a lo que pretendía decir.

—Los invitados empiezan a llegar, ¡ah!, y la prensa. Quién sabe, quizás hasta consigas salir en alguna revista mañana —volvió a decir intencionadamente.

Alexia no contestó. Se giró, y se perdió entre aquella gente que empezaba a llegar. Replanteándose, por enésima vez, si el lugar de ella era ese. Una cosa era estar en la oficina y otra muy distinta estar entre la flor y nata de la ciudad, prensa incluida. Costándole un verdadero esfuerzo no coger una copa de champán que le ofrecía uno de los camareros y que empezaba a necesitar para aplacar los nervios.

La noche fue avanzando poco a poco e iba según lo previsto, escuchándose las risas y conversaciones mezclándose entre el suave sonido de la banda de música, a la vez que los célebres invitados echaban mano de la innumerable variedad de vinos y refrescos que se ofrecían en el cóctel previo a la cena. Alexia mientras intentaba disfrutar de lo que se le ofrecía por primera vez. Intentando, además, echar la vista atrás y tratar de recordar de qué le sonaba la señora Scot. Intuyendo que su cara la había visto en alguna otra parte.

¡Qué raro!

La velada siguió su curso y a las once y media, cuando la cena hubo terminado, todos los comensales empezaron a levantar la vista viendo como el anfitrión se dirigía hasta el

atril. Observando a su espectacular nueva secretaria acompañándolo, y suscitando algunos comentarios malintencionados. Permaneciendo ajena a las críticas que empezaba a levantar y subiendo sobre el escenario improvisado. Manteniendo la costumbre de permanecer junto a su jefe escuchando las primeras palabras del discurso.

—Buenas noches a todos...

El discurso fue un rotundo éxito y tuvo una duración de 6 minutos alargado por los numerosos aplausos una vez finalizado. Seguidamente, muy satisfecho del resultado, el señor Scot se acercó a Alexia y le dijo en tono cordial, queriendo ser justo:

—Ha estado bien señorita Jammes, tómese una copa y disfrute. Se lo ha ganado.

—Gracias señor —consiguió decir atónita por lo que acababa de escuchar. Subiendo su autoestima ahora que todo empezaba a salir bien.

Bajó del escenario tras sus pasos comenzando a ver que las mesas desaparecían entre un orden absoluto, y a los invitados tomar copas entretenidos charlando de todo un poco. Esperando a que la improvisada pista de baile estuviese lista para que pudiesen empezar a divertirse de verdad. Y Alexia, estando bastante más relajada, decidió hacer caso a su jefe aprovechando que un camarero pasaba a su lado para coger una copa del exquisito champán, a continuación se apartó a un lado permaneciendo un poco retirada disfrutando del éxito de la velada antes de marcharse..., y sin que por supuesto se pudiera hacer a la idea de lo que estaba a punto de suceder.

¡La segunda sorpresa apareció de repente, de la nada! ¡Justo detrás del lugar en el que se encontraba!

—Hola Alexia.

La voz que tan bien parecía conocer, y que la perseguía también en sueños, la pilló totalmente desprevenida. Tanto fue así que le dio un ataque de tos, atragantándose con el champán llegando incluso a pensar en si no se trataría de un sueño...

Robert sonrió expresando una mueca burlona y disfrutó enormemente de la situación, mientras que se acercaba peligrosamente desde atrás. Igual que aquella primera vez en la discoteca Paradise cuando se conocieron, hacía tan solo unos días. Susurrando sobre su oído:

—¿Qué te pensabas? ¿Qué no iba a ser capaz de encontrarte? —Puso las manos sobre sus caderas y tiró de ella suavemente, lleno de una dolorosa contención y terminando exclamando—: ¡Pues estabas muy equivocada!

“—Oh Dios mío ¿qué hace él aquí?”

La suavidad de Robert no tardó en dar paso a un terrible enfado que empezaba a llenarlo completamente. Acordándose de los numerosos desplantes que tuvo hacia él. Apretando las manos fuertemente y pegándola contra su cuerpo sin contemplaciones, logrando arrancar de su garganta un gemido incontrolado.

—No sé lo que me estás haciendo Alexia —seguía susurrando—. ¡Pero me estás volviendo loco!

Las piernas de Alexia empezaban a flojear debido a la cercanía de su cuerpo, siendo

incapaz de tomar las riendas de la situación. Y para su consternación la sorpresa inicial no tardó en dar paso a un clamoroso deseo incontrolado. Haciéndola excitarse terriblemente sintiendo el miembro erecto sobre su trasero.

¿A qué estaban jugando? Olvidándose de todo menos de él y del huracán que despertaba en su interior nuevamente...

El dolor físico que experimentó a continuación fue real, viéndose obligada a apartarse de aquella caricia tan sumamente íntima. Dándose la vuelta ayudada por él, debiendo permanecer alejada todo lo que le fuese posible si no querían terminar montando un escándalo. ¡Era el sitio menos indicado!

Robert quedó completamente deslumbrado en cuanto la vio de frente. ¡Estaba espectacular!

—Ese vestido te sienta de maravilla, estás muy guapa.

Aquel cumplido la desestabilizó enormemente. Fijándose a su vez, y quedándose sin palabras además de sin aliento, ¿y era él el que le decía que estaba guapa? Dándose cuenta de que varias mujeres lo miraban descaradamente admirando a un Robert impecable vestido con un traje de firma.

—Gracias —balbuceó llevándose la copa a los labios en un intento desesperado de serenarse.

—¡Ah no! ¡Nada de alcohol! —exclamó Robert quitándole la copa de entre las manos y bebiéndosela de un trago—, no vas a hacer lo que la última vez. No te lo voy a permitir.

La pretensión en sus palabras fueron las causantes de poner la cordura que faltaba, no estando dispuesta a que ningún hombre volviese a decidir por ella jamás.

—Tú no eres nadie para dejar de permitirme nada —lo enfrentó furiosa.

—No estés tan segura, tú y yo tenemos un asunto pendiente y es la noche perfecta para aclararlo, ¿no crees?

—¿A qué te refieres? —preguntó tratando de hacerse la disimulada, y sobre todo tratando de entender qué es lo que hacía él allí.

Robert no dudó en responder con gesto serio.

—A lo que dejamos sin terminar en el reservado de la discoteca... —le dijo avanzando un paso a medida que la escrutaba con ojos de depredador—, a tu negativa a desayunar conmigo..., y por supuesto a tu huida repentina cuando me viste en tú trabajo.

Alexia retrocedió alarmada y miró a su alrededor para conseguir una escapatoria. Buscando desesperadamente a Estefany.

—¿Otra vez con el juegucito de querer escapar? Te lo advierto —dijo avanzando otro paso, acorralándola un poco más—, esta noche no lo vas a conseguir. Te tengo donde quería y para que lo sepas dependes de mí.

—¿Qué? —preguntó abriendo los ojos de par en par sin entender a lo que se estaba refiriendo.

—Estás en mi terreno. Yo mando.

—¡Ja! ¡Vete al cuerno!

Una Alexia bastante cabreada ante la pretensión en sus palabras se giró y terminó perdiéndose entre la gente que gustosamente empezaba a bailar, y a medida que lo hacía iba pensando en que desde luego iba listo si creía que le obedecería tal cual corderito. En cuanto se diese cuenta de que era la secretaria personal del señor Scot saldría por patas de allí. ¡Vaya si lo haría! Siendo completamente ajena a lo que realmente sucedía puesto que a mitad de camino de la pista de baile nuevamente fue interceptada por un Robert que no se daba, ni se daría por vencido. Cogiéndola de la mano de forma segura y actuando con la seguridad de tener todo el derecho del mundo. Mostrando a las claras que desde luego que hablaba completamente en serio.

—¿Pero qué haces? —soltó lanzándole una mirada asesina a la vez que intentaba sonreír a los que la miraban.

¡Siendo consciente por primera vez del enorme interés que ambos parecían levantar! Pero... ¿por qué?

—¡Suéltame inmediatamente!

—¿Vas a montar una escena aquí? —Sonreía Robert a su vez y sin que a él le hiciera ninguna falta disimular lo mucho que se estaba divirtiendo—, creo que es lo que menos te conviene.

“Pero, ¿quién se creía aquel hombre?”

—¡Uf! ¡Te odio! ¿Lo sabías? No sé quién te crees para presentarte aquí y avasallarme como lo estás haciendo.

—Tú empezaste el juego, ¿no te acuerdas? Si no hubieses huido tantas veces de mí a día de hoy no estaría tan interesado en ti.

Alexia lo miró cabreada.

—No dices más que sandeces, ¿quieres apartarte de mi camino de una maldita vez? La gente nos está mirando.

—Es que somos la atracción de la noche, ¿todavía no te habías percatado de ello?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó recordando que Estefany le dijo algo parecido.

—Todo a su tiempo mí querida Alexia.

—Yo no soy tu querida Alexia, ¡no soy nada tuyo! —bramó apartándole la mano de un manotazo y arrepintiéndose nada más que vio su reacción.

—Me sigues provocando y créeme que no es nada bueno —Se burló.

Seguidamente, y antes incluso de que se diera cuenta, un Robert seguro de sí mismo pasaba el brazo por detrás de ella agarrándola de la cintura. A continuación cogió su mano sin permiso obligándola a acercarse, y comenzó a bailar igual que las demás parejas.

—¡Suéltame! —insistió de manera contundente.

Robert simplemente no la hizo ni caso.

—Así aprenderás a permanecer con la boca cerrada. ¡Atrévete a montar un numerito!

La desafió apretándola un poquito más contra su cuerpo.

—Está bien, —terminó cediendo comprendiendo que no tenía otra alternativa. Dándose cuenta de que las parejas de alrededor los seguían mirando de una forma un tanto especial volviendo a preguntarse el por qué—. Tú ganas, eso sí, solo de momento.

—Así me gusta niña buena.

Alexia lo fulminó a través de la mirada.

—¿Qué te parece si aceptamos una tregua que dure el resto de la noche? —susurró calmadamente Robert sorprendiéndola y antes de que la mano sobre su cintura empezara a moverla despacio. Acariciando toda su espalda en un intento sincero de hacer las paces. Deseando que aceptara la ansiada tregua—. Disfrutemos de la velada.

—¡Nunca! —contestó tozuda no queriendo dar su brazo a torcer, mostrándose todo lo segura y firme que podía cuando muy bien sabía ella que la realidad era bien distinta. Implorando porque pudiera sucumbir a sus deseos, y comprobando la guerra interna que nuevamente tenía consigo misma.

“¿Qué coño le seguía pasando que ni podía pensar en lo que debería hacer teniéndole así de cerca? —se reprendía ella misma haciéndose a la idea de lo difícil que le resultaba decirle que no”.

Robert no dejó de mirarla a través de una mueca divertida. Dando la sensación de que incluso parecía estar adivinando lo que estaba pensando, por ello, y sobre todo porque seguía empeñado en continuar jugando con ella deliberadamente, quiso ponerla al límite preguntando:

—¿Nunca? —Y sabiendo muy bien lo que se hacía, ya que era todo un experto en cuanto a mujeres se refería, bajó deliberadamente hasta su oído en un intento claro de provocarla. Actuando en consecuencia antes de terminar susurrando sensualmente sobre su oreja segurísimo a esas alturas de lo que despertaba en ella—: ¿Estás segura?

Un cosquilleo recorrió toda la espina dorsal de Alexia llegando a alcanzar el lugar prohibido, provocando que tuviese que agarrarse a su hombro masculino en un intento de sujetarse y no caer, después de tropezar torpemente con su pié de lo nerviosa que estaba.

—¿Sucede algo? —preguntó estrechando el cerco entre ambos.

—Creo...—titubeó una mujer superada tratando de tragar e incapaz de lograr que saliera ninguna palabra de su garganta.

El estado de nerviosismo que la envolvía era tal, que parecía como si el tiempo se hubiese vuelto a parar. Buscando por todos los medios una excusa que la terminara liberando de lo que para ella era una auténtica tortura. ¡Aquellos maravillosos brazos!

—¿Sí? —insistió volviendo a susurrar cerca de su oído sabiendo que casi la tenía. Equivocándose nuevamente escuchándola decir:

—Necesito ir al baño. —Fue capaz finalmente de susurrar en un estado de auténtica derrota mientras se veía completamente desbordada. Apartándose y echando a correr delante de la atenta mirada de los allí presentes, y golpeando nuevamente el ego de Robert que se volvió a creer vencedor.

Corrió y corrió, y una vez que se vio a salvo dentro del baño, cerró la puerta tras de sí y tardó varios minutos en recuperar la calma. Consiguiendo finalmente respirar más tranquila dirigiéndose hasta el lavabo para abrir el grifo, mojándose la nuca y sintiendo poco a poco cómo se empezaba a encontrar mejor reuniendo el coraje que le faltaba, infundiéndose de unos ánimos que necesitaba, queriendo salir de allí a toda prisa para que él no la descubriera. Pensando únicamente en esfumarse.

Casualmente cuando salía del baño se cruzó de frente con la anfitriona de la casa. La Señora Scot.

“¡Vaya! Si quería marcharse debería hacerlo rápidamente y antes de darle ninguna opción a que la encontrara...”

—Hola jovencita —la saludó amablemente.

—Buenas noches señora Scot.

La esposa de su jefe todavía conservaba los rasgos característicos de una mujer francamente guapa. Desbordando clase y educación en cada uno de los gestos bien medidos.

—Tenía ganas de conocerte —la tuteó amablemente añadiendo:— Estefany me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien —dijo echando la vista atrás para averiguar en qué lugar la había visto antes.

—Creo que no hace falta que te conteste, siento adoración por ti.

—¡Anda estáis aquí! —dijo una voz conocida a sus espaldas.

Una voz que hubiese preferido no escuchar nunca más... ¡Maldición!

Las dos mujeres vieron a Robert al mismo tiempo actuando de una manera completamente diferente. Y es que mientras una lo miraba desbordando un amor inmenso, la otra lo hacía desbordando un horror absoluto.

—Robert, cariño, no sabes lo que me alegro de que hayas venido —decía la mujer mayor dejando a Alexia en un estado de verdadera estupefacción viendo a la dueña de la casa dejándose envolver entre los brazos masculinos. Llegando a pensar que no debían de tener vergüenza ninguno de los dos por mostrarse así delante de ella. ¿Es que también era un gigoló?

—Ya veo que os conocéis —afirmó Robert encantado y sin dar ningún atisbo de malestar añadiendo—: Ella es la mujer de la que te he hablado.

—Lo sé querido, os he visto bailando.

Alexia miraba a uno y a otro de una manera completamente incrédula preguntándose el por qué habían hablado entre ellos sobre su persona... y antes de que se quedara atónita después de escuchar cómo la advertía:

—Querida —le dijo la mujer del que era su jefe—, ten cuidado con él, siempre acostumbra a salirse con la suya.

Dicho lo cual, besó la mejilla del atractivo joven y se marchó de allí. Dejándolos solos.

—¿Estás bien? —le preguntaba entonces Robert dándose cuenta de que estaba completamente desubicada después de lo que acababa de escuchar. Añadiendo de pronto —: ¿O quizás mi madre ha hablado más de la cuenta?

¡¡Y ahí estaba la tercera sorpresa!! Dejándola de piedra.

—¿Tú madre? —E instantáneamente la foto de su apartamento apareció de la nada en su cabeza—. Eso quiere decir...

¡Oh Dios!

—Mi primer apellido es Scot pero no suelo utilizarlo, es una forma de revelarme contra mi padre, y como él es uno de los grandes inversores de la prensa importante casi nunca se habla de ello. Es un tema tabú si quieren seguir contando con su apoyo.

La chica se empezó a marear después de la magnitud de aquella revelación. Entendiendo el verdadero significado de cada palabra que le decía.

“¡Claro! Por eso sabía dónde la encontraría”.

¡Estefany!

—Eres un cabrón —no pudo evitar decir sintiéndose engañada—, me has perseguido deliberadamente.

—Eh, eh, no te pases. Eres tú la que estás en mi casa.

—¡Pues quédate en tu maldita casa! —gritó fuera de sí estallando y comprendiéndolo todo—, déjame en paz de una vez por todas. Esto no es nada de lo que necesito ahora, ¿es qué no te das cuenta? ¡Vete a jugar con otra!

E intentó darse la vuelta para marcharse de allí creyendo que todo estaba dicho, descubriendo en la cara del hombre el tormento y la seriedad de cada palabra dicha, y sobre todo viéndole actuar en consecuencia. Tal y como le dictaba el corazón en ese preciso instante a medida que a Alexia ni siquiera le daba tiempo a volverse. Siendo envuelta de repente entre aquellos maravillosos brazos que la hacían desfallecer y que hacían que le resultase imposible salir huyendo de todo lo que la hacía sentir solamente tocándola. Mirándolo a su vez en lo que se convirtió en una mirada asustada por lo que allí pudiese llegar a suceder...

—¿Y qué es lo que necesitas? —La desesperanza en su voz fue realmente palpable, ofreciéndose a lo que fuera que ella quisiese hacer con él—. Quizás yo pueda dártelo.

El fogonazo de un flash hizo que cerrasen los ojos a la par interrumpiendo aquel delicioso acercamiento entre ambos. Y es que un fotógrafo de la prensa rosa acababa de hacer una foto por la que pagarían una auténtica fortuna. ¡Pillándolos in fraganti!

—¡Joder!

Robert la soltó con una rapidez sorprendente percatándose de la situación real, y seguidamente echó a correr hacia el lugar desde el que les acababan de hacer la foto. Encontrándose ante la desagradable sorpresa de que estaba vacío ya que el paparazzi salía cagando leches.

Alexia mientras se quedó allí plantada sin llegar a entender nada de nada, viéndose

envuelta en un halo de tristeza indescifrable. Intentando hacerse a la idea del terrible disparate que había estado a punto de cometer porque sabía que lo único que todo aquello le podría traer era más sufrimiento.

—Dan me va a matar —se lamentaba Robert pasándose la mano por el pelo cabreado por no haber previsto lo que podría llegar a pasar, avanzando nuevamente hacia el lugar en el que la dejó. En menudo lío se acababa de meter.

Encontrándose a una Alexia que cada vez entendía menos qué es lo que hacía allí. Aprovechando para dar media vuelta queriendo alejarse con el deseo de irse a su casa. El único sitio en el que sabía que estaría a salvo de todo y de todos.

—¿Dónde te crees que vas?

Ella se giró mostrando un gesto derrotado.

—A mi mundo. Todo lo que me rodea... —decía levantando las manos refiriéndose a absolutamente todo. Continuando segura de lo que decía—: Es demasiado para mí. Yo aquí no pinto nada. Tengo mucho que perder Robert, demasiado. Y no estoy dispuesta a que me hagan un daño mayor.

Robert quiso pensar serenamente en cada palabra dicha, y sobre todo quiso actuar en consecuencia. Comprendiendo que de ninguna manera quería hacerla un daño que no se merecía. Pero por más que intentó anteponeerla a todo, finalmente no pudo hacerlo. Resultándole del todo imposible a pesar de saber que de continuar con lo que deseaba la primera perjudicada sería ella precisamente. Y por muy extraño que resultase, todo cambió en el instante en el que el atormentado hombre experimentó la necesidad de sincerarse delante de aquella chica en concreto, y sin que siguiera entendiendo el porqué.

¿Acaso importaba?

—Por favor no te vayas —suplicó abriéndose a ella por primera vez, dejando que el verdadero Robert hiciese acto de presencia—, no me dejes solo.

La súplica en su voz hizo que se detuviese, mirándose el uno al otro durante un tiempo indeterminado permaneciendo envueltos en la sensación de querer sujetarse mutuamente.

—Es una locura —susurró quedándose quieta.

—Lo sé.

—Tú y yo... Ni siquiera puede haber un tú y yo.

—Lo sé —afirmó Robert nuevamente.

—¿Entonces?

—Déjate llevar Alexia —terminó diciendo acercándose a ella—, es lo único que te pido.

—Me pides demasiado.

—No, no lo hago. —Cogió su cara entre sus manos delicadamente y le pasó las yemas de los dedos por el bello rostro acariciándolo, deleitándose de cada nueva caricia mientras que ella simplemente intentaba respirar—. No sé cómo pero me calmas y para mí es suficiente.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé —contestó siendo sincero—. No quiero mentirte y no lo voy a hacer, debes saber que soy un hombre que no tiene novias.

—Entonces tú también has de saber que yo no soy mujer de una noche.

—Quizás sea un buen comienzo, ¿no crees? Anda, tomemos una copa. —Y es que él continuaba afanado en convencerla, haciendo que su voz siguiese siendo de auténtica súplica teniendo claro que no quería que se marchara. No todavía.

Alexia sopesó bien las palabras que acababa de escuchar, y entonces simplemente se dejó llevar, pensando que no perdía nada. Por lo menos hasta que se marchara de la fiesta...

—Acepto una tregua —terminó diciendo derritiéndose literalmente debido a la sonrisa espectacular que le dedicaba en exclusiva, siendo capaz de añadir—: ... si tú aceptas una única condición.

—¿Cuál? —Quiso saber intrigado empeñado en no soltarla en ningún momento. Mirándola pacientemente sabiendo que estaba en sus manos.

—La tregua entre ambos durará solamente esta noche. Tu mundo y el mío no tienen nada que ver así que me tomaré una copa contigo y después me marcharé a casa.

—Querrás decir te acompañaré a casa, ¿no? —contestó convencido y sin aceptar lo que le pedía después de saber que no la dejaría marchar así como así.

—Me lo pensaré.

Por primera vez en lo que iba de noche una sonrisa sincera apareció en aquellos maravillosos labios que lo volvían loco, pareciendo que no le importara ir directa contra un muro de hormigón, dejándose llevar y necesitando un poco de diversión después de las calamidades pasadas. Teniendo la seguridad de que aquel hombre que seguía acariciando su cara en estado extasiado era el candidato perfecto para ello.

¿Quién mejor que el hombre por el que suspiraban todas las mujeres?

Robert no tardó en extender la mano a modo de invitación y se limitó a esperar, prometiéndole lo mucho que se iban a divertir. Naturalmente ella no le hizo esperar. Cogiéndose a ella y limitándose a seguirle, sencillamente dejándose llevar...

¡La velada resultó maravillosa!

Parecían una cenicienta y su príncipe azul... Despertando la curiosidad de todos los allí presentes a la vez que bailaban sin parar.

Pasadas las tres de la madrugada, y cuando finalmente terminó todo, la acompañó a su apartamento comportándose en todo momento como un caballero. Nada de provocarla, nada de ponerla nerviosa, y sobre todo nada de robar ningún beso que ella no estuviera dispuesta a dar.

Aparcó en doble fila y le dijo:

—Hacia mucho que no me lo pasaba tan bien.

—¡Mentiroso! —Rió divertida—, una fiesta formal entre gente importante en casa de un padre con el que al parecer no te llevas nada bien, ¿a quién tratas de engañar?

—Estoy hablando en serio. Todo lo que has dicho sobraba, ¡todo menos tú!

A Alexia se le borró la sonrisa de la cara debido a lo que significaban sus palabras, llegando a ponerse histérica ante el hecho de creer que estaba hablando muy en serio. Dándose cuenta de la intensidad en cómo la miraba robándole hasta el aliento, siendo incapaz de sostener aquella mirada tan profunda y sin saber actuar del miedo que le suponía volver a sufrir si se dejaba llevar.

Una condición a la que ella no estaba dispuesta. Actuando sin dilación y decidiendo terminar antes de que fuese demasiado tarde. Entonces llevó la mano a la palanca de la puerta y tiró de ella necesitando sentir el aire frío sobre su cara para poder respirar, y sobre todo necesitando marcharse de allí ante la evidencia de que era lo mejor. El cuento que vivió durante unas horas no era más que eso, un cuento.

¡¡¡Y los cuentos no existían!!!

—¡No, espera! —terminó exclamando Robert con la necesidad de retenerla y alargando el brazo queriendo que se quedase junto a él... pero en el último instante no lo hizo. Respetando su decisión y llevando la mano nuevamente a la altura del volante. Apretándolo demasiado fuerte consiguiendo que sus nudillos emblanquecieran. Permaneciendo quieto e inescrutable en una lucha interna consigo mismo sabiendo que nuevamente tenía todas las de perder.

—Lo siento Robert tengo que marcharme. —Fue lo que pudo decir antes de salir del lujoso vehículo pretendiendo aparentar una normalidad que distaba mucho de tener. Odiándose porque no era capaz de arriesgarse...

Cerró la puerta tras de sí y sacó la llave del bolso para abrir la puerta que la separaba de la tranquilidad. En ningún momento miró hacia atrás. ¡Huyendo otra vez!

Y claro, no tardó en escucharse el chirrido de los neumáticos del potente coche, girándose (ahora sí) y viéndole alejarse a toda prisa seguido de alguna que otra maniobra suicida.

“—Es mejor así —pensaba siendo consciente de que el cuerpo entero se revelaba contra su cabeza—, no puedo pasar a ser simplemente su siguiente trofeo”.

Pero si era lo que pensaba, ¿por qué era tan desdichada?

En cuanto cruzó el umbral de su apartamento la desolación, la tristeza y la soledad hicieron mella en su dolorido corazón. Tanto que se pasó bastante rato llorando desconsoladamente, y es que no entendía su forma de actuar si verdaderamente estaba convencida de que era lo mejor para ella.

Pasados unos segundos se desabrochó el vestido y terminó tirándolo contra el suelo, igual que hizo con los zapatos. Dirigiéndose después a la cama y dejándose caer presa de un pánico absoluto ante la certeza de que no lo volvería a ver.

¿Quién en su sano juicio querría hacerlo después de salir corriendo otra vez? Desde

luego que Robert Brown no. Imaginando la dirección que habría tomado, ¿la de su apartamento... o la de aquella rubia tan despampanante? ¡El hecho de pensarlo hizo que le doliera demasiado! Cerrando los ojos de manera brusca e impotente. Haciéndose a la difícil idea de que muy probablemente ya se hubiese olvidado de ella.

Pasando, eso sí, a ser la primera y única chica que le había dado calabazas.

CAPÍTULO 10

La foto, a la mañana siguiente, aparecía en las portadas de varias revistas sensacionalistas de la ciudad. Ocupando todas las páginas además de titulares que decían así:

Exclusiva:

El actor Robert Brownn pillado con la secretaria de su padre.

Uno de los artículos que ocupaba dos páginas a todo color dejaba ver fotos de varias mujeres con las que había estado, y entre otras cosas decía:

El actor Robert Brownn, hijo del multimillonario Richard Scot, pillado infraganti en la fiesta benéfica que tuvo lugar anoche en la fastuosa mansión familiar.

La afortunada joven según fuentes presenciales es Alexia Jammes Stuart, nada más y nada menos que la secretaria personal del señor Scot. Dichas fuentes mantienen que la velada para ambos jóvenes fue realmente gratificante, perdiéndose después entre las calles de la ciudad en dirección nadie sabe dónde.

¿Será esta foto la causante de la ruptura sentimental con su compañera de película Pamela Anders? ¿O acaso es una estrategia de marketing? Todo es posible...

Una Alexia completamente ajena al revuelo que dichas noticias habían generado, se levantó igual que otro día cualquiera y sin que en ningún momento pudiese percatarse del cambio de rumbo que se iba a producir en su vida...

Después de darse una ducha se preparó el desayuno, y mientras lo hacía puso todo el empeño en intentar disfrutar de la mañana del sábado pensando que había sido una noche muy larga pero ahora tenía las cosas un poco más claras. Reconociendo que estaba dispuesta a no seguir sufriendo, y sabiendo que para lograrlo lo primero que debería hacer era no prestar atención a nada de lo sucedido en los días anteriores, olvidándose de que él hubiese existido. Todo había terminado incluso antes de que en realidad empezase. No existía Jack, no existía Mark, y por supuesto no existía Robert...

Y de pronto el teléfono móvil fue el causante de interrumpir sus pensamientos, haciendo que volviera a la realidad. Miró la pantalla y aunque no conocía el número de nada lo cogió llevándose a la oreja.

—¿Quién es? —preguntó distraída mientras cogía la taza de los cereales y lo llevaba a la cocina.

—¿No has salido a la calle verdad?

La voz de Robert la espabiló del todo haciendo que de repente la dicha se apoderara de

todo su ser.

—¿Qué pregunta es ésa?

—Tú solo contéstame.

El tono de voz era de preocupación, ¿acaso había sucedido algo?

—No, no he salido, ¿qué pasa?

—Iré a buscarte. Estaré allí en quince minutos.

—¿Qué...?

La conversación se vio interrumpida puesto que él acababa de colgar. Dejándola completamente intrigada.

Quince minutos...

¡¡¡Él iría a buscarla en quince minutos!!!

A la carrera se acercó hasta el armario. Sacó un pantalón vaquero y un jersey de cuello vuelto de color blanco y se lo puso en un abrir y cerrar de ojos. Todavía no sabía qué era lo que sucedía pero de una cosa estaba segura, ¡¡¡no le iba a hacer esperar!!!

Pasados diez minutos el teléfono móvil de ella volvió a sonar. Comprobando que volvía a ser él.

—Alexia estoy en la manzana de al lado, baja ya —se limitó a decir.

—Creí que no querrías volver a saber de mí.

—No es el momento para hablar créeme, ya tendremos tiempo de hacerlo. En cuanto veas el coche no te detengas y sube inmediatamente, ¿lo entiendes?

La gravedad en su voz hizo que se terminara asustando.

—Robert por favor dime lo que sucede.

—Ya lo verás.

Y volvió a cortar.

Una Alexia dubitativa y con la sensación de que algo iba francamente mal, no se hizo de rogar. Se dirigió hasta el perchero para coger el bolso y se marchó del apartamento con el alma en vilo.

No hizo más que poner el pié sobre la acera de la calle y un aluvión de fotógrafos, cámaras, y micrófonos, se abalanzaron sobre ella impidiendo que diese un paso si quiera, comenzando a bombardearla a preguntas.

—¿Es verdad que tienes una relación con Robert Brownn?

—¿Tenéis una relación a tres bandas?

—¿Qué opina el señor Scot de que te hayas enrollado con su hijo?

—¿Y Pamela?

La sensación de ahogo en una chica que no estaba nada acostumbrada a ese mundo tan peculiar la dejó completamente bloqueada, entrando en pánico embargada por la disparatada situación mientras que no lograba respirar debidamente. Llegando incluso a creer que no podría soportarlo y terminaría perdiendo el conocimiento... Aquello era demasiado para una chica normal, siendo incapaz de reaccionar de ninguna de las maneras, quedándose allí paralizada durante un tiempo que parecía querer ser eterno a medida que intentaba poder, imperiosamente y simplemente, continuar respirando.

¡Un simple hecho que le estaba costando una barbaridad...!

—Alexia, ¿puedes contestar a las preguntas? —decía otro reportero metiéndole el micrófono casi por la boca sin consideración alguna.

Alexia miraba a unos y otros aturdida cuando de pronto, antes de que se desmayara, alguien fue a su encuentro rescatándola con una mano segura y firme que la cogía suavemente del brazo y tiraba de ella, haciéndose paso a través de todo aquel barullo y entre palabras tranquilas.

—Lo siento chicos pero no habrá declaraciones —dijo un Robert aparentemente tranquilo manteniendo la calma y mirando por encima del hombro a la chica que quería proteger y ocultar a partes iguales.

—Robert, Robert... —gritaban los reporteros.

Robert, sin prestar atención a todo lo que no fuera sacarla de allí en el menor tiempo posible, continuó con su tarea de escoltarla hasta conseguir llegar al coche, protegiéndola todo lo que le era posible de los incansables reporteros que no paraban de hacer preguntas. Abrió la puerta del copiloto una vez que llegó y la ayudó a entrar, abrochándole el cinturón puesto que no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. La impresión que se acababa de llevar era demasiado fuerte como para que lo hiciera. Permaneciendo ajena a todo.

—Robert, ¿es una más o podría decirse que vas a sentar la cabeza?

—Ya os he dicho que no habrá declaraciones. Buenos días.

Se metió en el caro vehículo y cerró la puerta sin opción a que le hicieran ninguna pregunta más, saliendo de allí a toda leche y enfilando la calzada a demasiada velocidad, importándole el único hecho de llevarla a un lugar seguro para que se hiciese a la idea de lo que realmente había sucedido.

Quince minutos después llegaba hasta el garaje de su apartamento. En el que se encontró a salvo, lejos de los paparazzi.

¡Durante el trayecto no intercambiaron ni una sola palabra!

—Hemos llegado.

No hubo respuesta. Alexia continuaba absorta en sus pensamientos procesando lo que había sucedido en el instante en que pisó la calle. Convirtiéndose en francamente difícil de digerir.

—¡Vamos!

Pero como seguía sin reaccionar la terminó cogiendo de la mano, y la llevó hasta el

ascensor. Una vez dentro pulsó el último número.

—¿Estás bien? —La seguridad que le proporcionó el ascensor fue lo suficiente para verse libre de actuar como él quería. Acercándose atormentado por la culpa, en un claro deseo de no asustarla más de lo que ya parecía estar, para terminar estrechándola entre los brazos preocupado. Respirando aliviado al comprobar que no se oponía y haciéndola ver a través de aquel cálido abrazo que todo estaba bien, y que desde luego que él estaría allí para todo lo que necesitase.

—Ni siquiera lo sé. —Logró gimotear sobre su pecho.

—No te preocupes, esto pasará.

La puerta se abrió en el ático, lo que aprovechó para volver a cogerla de la mano y llevarla hasta el interior del enorme apartamento de dos plantas. Encontrándose con la sorpresa de que su amiga Sofía estaba junto a Dan, éste último pareciendo tener un enfado de mil demonios.

—¡Sofía!

La expresión de Alexia cambió, echando a correr y dejándose estrechar por aquellos brazos que tan bien la conocían, rompiendo a llorar y pensando en que nunca podría agradecerle a aquel hombre lo suficiente por el hecho de que la hubiese llevado hasta allí. Demostrando que le importaba su bienestar por encima de todo.

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

—Sales en todos los canales, creo que te acabas de convertir en famosa.

—Por favor, dime que estoy soñando.

Todos miraron la televisión en ese instante, viendo las imágenes de la salida del apartamento de Alexia apareciendo en la pantalla. Imágenes grabadas hacía solamente quince minutos.

—¡Joder! —gritó Dan dando un golpe sobre la mesa—, ¡te dije que no fueras!

—¿Y qué podía hacer? —gritó a su vez Robert.

—Yo me hubiese ocupado. Acabas de confirmar que no es un simple rollo y sabes muy bien que nos perjudicará.

Alexia miraba a uno y otro sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—No me importa.

—Pues debería —continuó levantando el tono de voz—. Has trabajado mucho para llegar hasta aquí. ¿Es que te has vuelto loco?

El timbre de la puerta sonó a continuación interrumpiendo la discusión entre ambos, y Dan, que era el que estaba más cerca de la puerta, fue el encargado de abrirla. Dando paso a una mujer a la que Alexia no hubiese tenido ninguna intención de ver nuevamente. Mirándola perpleja.

—Que bien, ya estamos todos —dijo ofuscada.

La rubia despampanante la miró con burla y pasó de ella deliberadamente. Aprovechando para acercarse hasta Robert y plantándole un beso en toda la boca pillándolo desprevenido.

—¿Qué haces? —dijo fulminándola—, no estamos para tonterías.

—¿Ah no? ¿Y me puedes explicar qué hace ella en la portada entonces? —Sacó la revista del bolso y la puso frente a su cara— ...Porque te acabas de cargar toda la campaña por todavía no comprendo qué.

Lo último lo dijo asqueada, dejando bien claro a quién se refería.

—Está bien, sentémonos —intervino rápidamente Dan para poner un poco de paz antes de que se descontrolara todo.

—No hace falta —le interrumpió serio Robert—, acabemos de una vez. ¿Qué vamos a hacer?

Dan tomó la palabra.

—Yo creo que lo que acaba de suceder nos dará una crítica negativa y puede que bajen las ventas.

—No —intervino la rubia acercándose hasta el mueble de roble, sacando una botella de whisky y un vaso dejando bien claro que conocía a la perfección el lugar. Mostrándose segura de sí misma—, ¿una copa?

Alexia echó humo al darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a ella en un intento de afianzar el terreno.

—No gracias, —contestó de forma violenta y sin morderse la lengua—. Por mí como si te la bebas toda.

Robert tuvo que reprimir la sonrisa que estuvo a punto de salirle, observando la disputa interior entre ambas mujeres.

—A tu salud —volvió a contraatacar la rubia—. Bien, como iba diciendo no permitiremos que bajen las ventas, quizás incluso podamos sacar partido.

—Habla —la animó Dan.

—Es muy sencillo...

Llevó el vaso hasta los labios y se tomó de un trago todo el contenido.

—Robert se presenta en la fiesta de sus padres y como nos hemos peleado decide enrollarse con la secretaria para aprovechar y darle donde más le duele. No olvidemos que Richard es una persona demasiado influyente por lo que despertará muchísimo morbo y la publicidad será tan amplia que no nos importará la crítica negativa.

—Puede que tengas razón —asintió Dan.

Robert se cruzó de brazos y se dedicó a estar pendiente única y exclusivamente de la cara de Alexia, la cual parecía no dar crédito a lo que seguía escuchando. Permaneciendo callado para ver el transcurso de los acontecimientos a la vez que su mente trabajaba a toda velocidad.

—¡Claro que la tengo! —Se acercó provocadoramente hasta Robert arrojándose deliberadamente a su cuerpo y dijo—: Nos dejaremos ver en actitud cariñosa zanjando cualquier tipo de rumor y ya está, ¡arreglado!

—Podemos intentarlo —continuó Dan—, haremos lo que haga falta para que la película triunfe fuera del país y la mejor forma de hacerlo es vendiendo la relación entre los personajes una vez que ha terminado el rodaje. —Y al darse cuenta de que él no había dicho ni una palabra le preguntó—: ¿Robert? ¿Hay algo que quieras decir?

—No, yo no —dijo sin inmutarse.

Y apartó a Pamela a un lado sin delicadeza alguna convencido de lo que quería, dejándola de piedra y con un cabreo de narices en cuanto se dio cuenta de que el propósito suyo era apartarla para dirigirse hacia la otra. Muriéndose de la envidia hasta casi darle un ataque, mostrando a las claras los celos que la corrompían.

—¿Alexia? —preguntó preocupado avanzando hacia el lugar en el que estaba cogiéndola de la mano y separándola de los brazos de su amiga. Viendo por los ojos de ella la confusión y la incredulidad que transmitían debido a todo lo que la estaba rodeando.

A continuación, absolutamente todos los allí presentes, miraron a Alexia esperando no sabían muy bien qué.

Y Alexia simplemente estalló:

—¡Suéltame maldito cabrón! —chilló llena de rabia apartándose—. ¿De qué va todo esto? ¿Acaso os creéis en una reunión de trabajo en la que decidís lo que conviene o no? Es mi vida la que está en medio de esta vorágine pero no importa, ¿verdad?

—Alexia...

—¿Quién te crees que eres humillándome de la forma en la que lo estás haciendo? —continuó fuera de sí sin poder dejar de chillar.

—Alexia... —volvió a repetir en un intento por hacerse oír, y sobre todo por calmarla.

Algo a lo que desde luego Alexia no estaba dispuesta añadiendo:

—Me marchó, ahí os quedáis con lo que de verdad importa. ¡Las putas ventas!

Y se dio la vuelta como una exhalación con el único propósito de marcharse de aquel maldito lugar, y sin que lograra llegar ni a la puerta. Robert no se lo permitió. Interponiéndose en medio.

—No vas a ir a ningún sitio —aseguró con una certeza abrumadora.

Los allí presentes miraban a uno y a otro expectantes.

—¡Impídemelo si puedes maldito hijo de puta! —volvió a gritar perdiendo los nervios, y comenzando a forcejear luchando porque la soltara sin aguantar ningún contacto físico ni de ninguna otra manera con él.

Y un Robert superado por las circunstancias también terminó explotando, siendo incapaz de verla sufrir así y doliéndole en el alma por ser el único causante.

—¡Basta ya! —gritó fuera de sí cogiéndola bruscamente por el brazo y llevándola casi a rastras a la altura del sillón. Una vez allí la empujó advirtiéndola de que se quedara quietecita—. ¡Quédate ahí!

La orden fue clara y el tono también. Después se dirigió a los allí presentes.

—Os quiero a todos fuera.

Dan y Pamela no dejaban de observarle, analizando lo que estaban viendo completamente incrédulos.

—Vamos Robert...

—¡Ahora! —el grito que salió de su garganta no daba lugar a ningún tipo de duda. Abriendo la puerta y quedándose allí plantado hasta que los demás supieron que iba en serio. Viéndoles desaparecer a todos.

Después cerró echando la puerta casi abajo del portazo que dio.

—¡Y ahora tú... —le dijo apuntándola cabreado con el dedo—, vas a escucharme!

Avanzó dejando ver la expresión atormentada en sus ojos, y no hizo más que sentarse a su lado, y verla impotente levantándose.

Alejándose todo lo que creyó oportuno.

—No pienso compartir sillón contigo —aclaraba enfadada a medida que cruzaba la estancia enfurruñada y se sentaba en el segundo escalón de la escalera. Bien lejos de él. Después miró el suelo pareciendo estar distraída, y sobre todo muriéndose de ganas por sacarle de quicio.

A lo que Robert, viéndola nuevamente apartarse de su lado, mostró una calma que no tenía, pasándose la mano por el pelo nervioso y soltando el aire que retenía en los pulmones poco a poco en un intento desesperado de querer controlar la difícil situación.

—¿Por qué sigues comportándote como una cría?

Alexia levantó la cabeza dedicándole una cínica sonrisa.

—¿Y tú? ¿Por qué te empeñas en querer destrozarme la vida?

—¿Es lo que piensas? —susurró en voz baja quedando callado durante bastante tiempo. Procesando el significado de tan crueles palabras.

Tanto que Alexia se preocupó creyendo ver la guerra interior que debía de estar provocando debido a la expresión de su cara. Lo que nunca imaginó fue lo que él dijo de pronto.

—Está bien —continuó, seguidamente se levantó del sillón y se dirigió a la puerta. Abriéndola de par en par—. Si es lo que piensas márchate de aquí.

—¿Qué? —preguntó atónita escuchando la invitación a que se marchara. Levantándose de un salto decidiendo terminar con aquella locura—. ¿Para qué te has molestado en ir a buscarme si ibas a echarme a patadas?

—Si te he ido a buscar... —decía vencido mientras que Alexia cruzaba el salón pasando por delante y sin molestarse en mirarle siquiera—, es porque me importas

demasiado y todavía no sé el porqué.

Alexia salía apresurada del apartamento cuando él terminó de hablar. Quedándose parada en el descansillo de espaldas y no pudiendo alejarse, ni un solo paso más, del lugar en el que se encontraba. Logrando con aquella confesión lo que parecía imposible hacía un segundo debido a lo que realmente significaba.

“¿Realmente ha ido a buscarme porque le importo? ¡Vaya!”

Y exactamente ahí, Alexia supo que era el momento de dejar las cartas sobre la mesa, tratando de obviar el detalle de que su corazón latía a una velocidad de vértigo y afanándose en serenarse un poco, manteniéndose de espaldas a él para no perder la cabeza si lo miraba, porque era lo que terminaría haciendo, implorando porque le diera una respuesta que la convenciera de que realmente le importaba y no se estaba limitando a satisfacer su ego masculino por las innumerables negativas de ella una y otra vez.

—Dame una sola razón que me haga saber que no estás jugando conmigo —casi suplicó emocionada y al borde de no poder contener aquellas traicioneras lágrimas que la amenazaban.

—No la tengo —susurró un Robert serio, comprobando que ella seguía sin moverse. Continuando—: Pero lo que si te puedo decir es que deseo que te quedes.

Ella se giró y se miraron a los ojos mutuamente diciéndose tantas cosas...

El encanto desapareció bruscamente, y en cuanto la puerta del ascensor se abrió, saliendo un periodista que llevaba la cámara colgada del cuello dispuesto a hacerles una foto.

—¡Joder! ¿Es que ni siquiera sabéis respetar la propiedad privada?

Y antes incluso de que le diera tiempo a tomar alguna fotografía Robert actuó con una rapidez sorprendente, alargando la mano y logrando coger a Alexia y tirar de ella. Entrando en la seguridad que le ofrecía su casa en un estado de completa furia, cerrando la puerta y escuchándose otro sonoro portazo llegando a descontrolarse del todo por la rocambolesca situación. Dando paso a que necesitase desesperadamente algo a lo que sujetarse emocionalmente hablando...

Entonces, y simplemente siguiendo los deseos de su cuerpo, supo de manera exacta lo que quería. Desoyendo cualquier atisbo de prudencia incapaz de pensar en las consecuencias. Y fue cuando sin soltarla de la mano, de una forma un tanto brusca, la terminó empujando contra la puerta acorralándola entre su cuerpo terriblemente excitado, y bajando hasta aquellos labios que lo volvían loco sin poder contenerse ni un segundo más. Apoderándose de ellos de una forma salvaje.

¡Necesitándola desesperadamente!

—¡Oh Alexia! —exclamó lleno de un deseo que lo devoraba por dentro comenzando a besarla descontroladamente, incapaz de apartarse de la chica que lo volvía loco.

Alexia se sintió mareada ante el beso tan desesperado que le estaba dando, y no pudo obrar de otra forma que no fuese sujetarse a sus anchas espaldas correspondiéndole de manera también desesperada y urgente, a medida que escuchaba extasiada, por boca de él,

un gemido de placer a consecuencia de buscar su lengua con ansia. Entrelazándola a su vez y entregándose el uno al otro mutuamente, envueltos en un hambre insaciable haciendo que aquel beso terminara en un arrebato desesperado por calmar el abrasador calor que también ella sentía en cada una de las partes de su cuerpo. ¡Deseándolo con la misma intensidad que él!

—Alexia, Alexia —pronunciaba experimentando el placer que le proporcionaba el simple hecho de pronunciar su nombre una y otra vez—. ¡Joder! ¿Qué me estás haciendo?

Una Alexia completamente absorta y decidida a darle todo cuanto le pidiera no pudo contestarle, observándole tirar de ella de manera impaciente, y llevándola hasta el otro lado del apartamento cayendo uno sobre el otro encima del sillón. Aprovechando para cogerla de las manos y levantándolas por encima de la cabeza, dejando todo el cuerpo a su entera disposición debajo de la terrible erección que ansiaba agónicamente por liberarse.

—¡Por Dios! ¡No sabes lo que he deseado tenerte así!

Alexia no podía dejar de mirarle completamente embriagada, dejándole hacer todo lo que le viniera en gana siempre y cuando no dejase de tocarla.

—Estate quieta, ¿vale?

Ella no le entendió pero aun así obedeció. Disfrutando de poder verle tan sumamente sexy y excitado. Dejándolas estiradas incluso después de liberar sus manos.

“Haría todo lo que le pidiese”.

—Así me gusta preciosa —dijo desbordado de placer.

Bajó las suyas ávidamente hasta el jersey y lo levantó sacándolo por su cabeza para dejarla solamente con el sujetador en la parte de arriba, maravillándose de aquel espectacular cuerpo y tirando la prenda sin ningún miramiento.

—Te necesito Alexia, ninguna mujer me ha hecho sufrir nunca tanto como lo has hecho tú, —confesaba dolido a la vez que le desabrochaba el botón del pantalón vaquero procediendo igual que antes, y tirando fuertemente dejándola en ropa interior. Disfrutando de aquel cuerpo que sería por fin suyo y que tanto había ansiado en sueños, no pudiendo evitar que se le escapara un gruñido hondo—. ¡Joder Alexia! Que bella eres.

Y llevó apresuradamente las manos expertas hasta el sujetador. Bajándolo despacio y lo suficiente dejando que sus pechos quedaran a su entera disposición. Deleitándose una y otra vez de las maravillosas vistas antes de bajar y comenzar a acariciarlos suavemente a través de las yemas de los dedos. Extasiándose al comprobar cómo los pezones reaccionaban a la primera caricia dispuestos a él y disfrutando viendo la cara de excitación de ella, mientras que los jadeos de Alexia por cada nueva caricia la hacían pedir más. Excitándolo y consiguiendo llevar a límites insospechados a un hombre bastante peculiar..., y que hasta el día de hoy simplemente se había limitado a practicar sexo sin emoción de ningún tipo. ¡Pretendiendo únicamente poder saciar su cuerpo!

—¿Quieres más pequeña? —ronroneaba satisfecho, notando la palpitación urgente de su entrepierna—. Veo a tu cuerpo impaciente y me gusta que también tú me lo digas.

A Alexia le brillaban los ojos de una manera especial. Unos ojos que transmitían lo

mucho que lo deseaba. Haciéndole partícipe de lo que él ya muy bien sabía.

¡Ella no era igual que las demás!

Y por un delicioso instante Alexia llegó a implorar porque algún día todo su ser le terminara perteneciendo. ¡Necesitándole tanto que dolía!

—Robert... —suplicó intencionadamente haciéndole ver que no se equivocaba—. Quiero más. No sabes lo que...

Ni siquiera pudo terminar de hablar al sentir la boca de él sobre sus pechos, perdiéndose entre los besos húmedos que le daba, y únicamente deseando morir de placer debido a lo que esa boca, y sobre todo esa lengua, la hacían sentir causando verdaderos estragos. Agarrándose desesperadamente a su cintura.

—Vas a ser mía Alexia —aseguró un Robert perturbadoramente sexy hablando mediante susurros, bajando muy despacio en dirección al interior de sus muslos y en lo que acabó siendo un claro gesto provocador—, ya no hay marcha atrás y te voy a follar... ¡Vaya si voy a hacerlo!

Inoportunamente el sonido de un móvil a lo lejos se empezó a oír. Un móvil que seguía escuchándose ajeno a todo lo que ocurría entre ellos y dentro del bolsillo del pantalón de Alexia tirado contra el suelo de cualquier manera.

“¡¡Me cago en la hostia!! No puede ser posible, ¿es qué absolutamente nadie nos va a dejar follar en paz?”

Y como el móvil sonaba y sonaba la cara de Alexia giró buscando el puñetero teléfono, logrando apartarla de las maravillosas sensaciones que le producía cada una de sus sugerentes atenciones, maldiciendo a punto de gritar debido a la enorme impotencia que la embargaba. ¿Y si había sucedido algo importante?

—No —ordenó Robert incrédulo viendo como lo quería apartar—, ¡ahora no! —Y volvió a apoderarse de su boca exigiendo y olvidándose de todo menos de ella.

Pero el tono insistente no paraba.

—Debo cogerlo —consiguió decir desesperada y apartándose de los labios que la volvían completamente loca.

—¡No! —volvió a negar sujetándola fuertemente dándose cuenta de que pretendía escabullirse—. Por lo que más quieras Alexia, ¡no puedes dejarme así! —suplicó intentando persuadirla.

—Lo siento debo hacerlo.

Y bajó los brazos poniéndolos sobre su pecho para empujarlo. Viendo su fulminante mirada.

—¡Joder! —exclamó Robert apartándose a un lado—. ¡Ya casi te tenía...!

Ella rio al escucharle. Se bajó el sujetador, y sin molestarse en cubrir su cuerpo casi desnudo comenzó a caminar. Logrando encontrar el condenado móvil.

Lo sacó del bolsillo del pantalón y miró la pantalla cuando el color de su cara desapareció. Percatándose de la persona que la llamaba.

—¡Oh no!

—¿Ocurre algo?

—Es mi madre, debe de haber visto la revista. —Fue todo lo que pudo decir, después pulsó el botón verde—, hola mamá.

—.....

—Mamá, déjame.....

—.....

—Mamá sé lo que me hago. Es solamente una foto en una cena benéfica sacada de contexto. No es nada.

—.....

Robert dio media vuelta bastante enfurruñado, por cierto, y supo que de momento no podría hacer otra cosa más que esperar. Dirigiéndose hasta el mini bar. Allí se llenó un vaso de whisky vertiendo una ración bastante considerable en un intento de tranquilizar un poco aquel cuerpo suyo que parecía querer estallar, y después simplemente permaneció atento a la conversación. Lamentando considerablemente el no poder escuchar a la otra parte.

¡Lo que daría por ello...!

—¡Mamá! —decía ella en ese momento alzando la voz—, no vayas por ahí. Ya no estoy con Jack.

En cuanto escuchó el nombre de Jack no pudo evitar ponerse en estado de alerta. ¿Quién demonios sería Jack?

—Sé lo que me hago, tengo 24 años y quiero disfrutar. Ahora mismo no puedo hablar contigo.

—.....

—Sí, estoy con él. Y para que lo sepas voy a seguir estándolo. —Y antes de continuar bajó el tono para que no pudiera escucharla añadiendo—: Al menos él no me pone los cuernos con otro.

Un Robert estupefacto por lo que acababa de escuchar, porque sí que lo había hecho, bebió el whisky de un trago.

—.....

—Exactamente es lo que hizo. Y ahora tengo el derecho a equivocarme y es lo que voy a hacer. Voy a colgar mamá.

—.....

—Mañana te llamaré. Solo quiero que sepas que estoy bien, ¿vale?

—.....

—Adiós mamá.

Robert se quedó mirándola a medida que ésta pulsaba el botón rojo. A continuación la vio tirar el teléfono, estampándolo contra el sofá.

—¡Vaya! Espero que nunca me trates así.

—Cada vez que hablo con ella termina sacándome de quicio.

—Me alegro.

—¿Qué? —preguntó enfadada.

—Así sabes cómo me siento cuando tú lo haces conmigo porque... ¿Cómo te crees que me acabas de dejar? —Se sirvió otro whisky y la apuntó amenazándola de una forma totalmente escrutadora añadiendo—: Tú señorita sigues jugando con fuego y yo ya no estoy para según qué tipo de jueguecitos. Deberías saberlo antes de dejarme con la miel en los labios. La próxima vez no te escaparás tan fácilmente, ¿me oyes?

Abrió la boca queriendo contestar y la volvió a cerrar. Viéndole divertirse de lo lindo y acercándose a ella sin ocultar el brillo en unos ojos que lo decían todo.

¡Absolutamente todo...!

Y antes incluso de poder hincarle el diente, otra vez, el teléfono volvió a sonar, provocando que él cerrase los ojos superado por las interrupciones.

—No me lo puedo creer. Haz el favor de apagar el móvil o terminaré por estamparlo yo mismo.

—Es Vero.

—No me importa quién sea. La noticia ya ha corrido por todos los sitios y no estoy dispuesto a que te pases el día hablando. ¡Apágalo ya!

—¿Es una orden? —terminó provocándole.

—Llámalo como tú quieras pero... ¡apaga el puto teléfono de una vez! —terminó diciendo a voz en grito recordando el nombre que acababa de escuchar a través de sus labios. Teniendo la necesidad de saber de quién coño se trataba, resultándole incomprensible la incertidumbre, preguntando impaciente y no de muy buenas maneras tras las interrupciones que habían conseguido que su objetivo fallara—: ¿Quién demonios es Jack?

—Eso a ti no te importa —contestó igual que él de malas maneras. Tomando la determinación de poner un muro entre ellos para que aquel tema no saliera a la luz. Aprovechando la interrupción y agachándose en busca de la ropa tirada.

—¿Qué haces?

—Vestirme. ¿No lo ves? —respondió ante la confusión de él. Dándole a entender que de intimidad de momento nada de nada—. Además, la conversación de antes entre mi madre y yo era privada.

—¡De eso nada! —Dejó el vaso sobre la mesa y de dos zancadas se plantó delante, haciéndola pequeña y con la determinación de que en ningún momento estaba dispuesto a que llegara a pasarle por la cabeza el por qué parecía interesarle aquel tema que ni le iba ni le venía, exigiendo—: ¡Dímelo!

La mirada azul del cielo la hizo perderse, apoderándose de todo su ser y hasta el

extremo de terminar confesando:

—Era mi novio.

—¿Y te puso los cuernos con otro hombre? —preguntaba incrédulo debido a tal disparate.

Alexia se limitó a asentir muriéndose de la vergüenza.

—¿Cuánto hace que pasó? —quiso saber de repente.

Ella intentó escabullirse.

—No quiero hablar de ello.

—¿Cuánto hace? —insistió siguiendo una corazonada. Obligándola a mirarle y alzando su barbilla.

—Menos de un mes —terminó admitiendo inmersa en una tristeza demasiado real. Implorando porque no se burlase de ella.

—No sabe lo que se ha perdido —susurró cerca de sus labios acariciando su cara en un intento de borrar las calamidades que con toda probabilidad tuvo que soportar, haciéndose además a la idea de la terrible humillación que debió de sufrir. Consolándola como él creía saber—. Ahora lo entiendo.

—¿El qué?

—Tu comportamiento hacia mí, y sobre todo tus intentos de huida.

Alexia volvió a bajar la mirada incapaz de hablarle.

—Ese hijo de puta te hizo mucho daño, ¿verdad?

—Por favor no sigas —suplicó mediante un hilo de voz apenas audible.

—¿Todavía le quieres? —le preguntó serio y siendo consciente de que aquel parecía ser un tema tabú. Presionándola deliberadamente.

¡Y es que incomprensiblemente quería saber la respuesta a esa pregunta en concreto!

Alexia entonces no pareció importarle mostrarle la cara anegada en lágrimas. Levantando la cara y dejando que viera la amargura que llevaba oculta en su interior. Una respuesta que desde luego Robert no se esperaba, sintiéndose un cabrón y doliéndole más de la cuenta.

—Lo siento, lo siento nena. —Se disculpó atormentado y de inmediato, manteniendo las distancias porque no sabía exactamente qué es lo que ella querría que hiciese—, perdóname, si tú no quieres no hablaremos de ello, ¿vale?

Ella se limitó a asentir, y antes de que pudiera decir o hacer nada más el teléfono, ahora el de él, empezó a sonar insistentemente. Provocando que un Robert saturado tomase una decisión determinante.

—Marchémonos de aquí.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Si no es el teléfono será el timbre, y sino los periodistas. No nos van a dejar

tranquilos así que marchémonos. —Y se acercó lo suficiente atreviéndose a limpiarle las lágrimas suavemente. Añadiendo—: ¿Qué te parece si pasas el fin de semana conmigo?

Después de formular la pregunta supo que de momento ella no estaba pensando en lo que le había hecho estar triste, alegrándose enormemente porque... simplemente:

¡No soportaba el hecho de verla llorar!

—¿Qué me dices? Te estoy haciendo una invitación en toda regla.

Alexia escuchaba extasiada lo que le ofrecía, y supo que debería tomar una decisión. Una decisión trascendental en cuanto se refería al tipo de vida que quería en ese mismo instante. ¿Alejarse de la persona que a todas luces tenía todas las papeletas de provocarle daño...o por el contrario arriesgarse? Ella muy bien sabía lo que le terminó suponiendo la traición de Jack pero... ¿No iba a dejar que nadie se arrimase a ella por el miedo de volver a sufrir? ¿Qué tipo de vida llevaría?

Entonces lo tuvo claro. Sonrió, y antes incluso de contestar, supo que volvería a dejarse llevar por lo que pedía a gritos su condenado cuerpo. Un cuerpo que por supuesto empezaba a depender de él de una manera exclusiva.

¡Esta vez sin condiciones!

—Me gusta la idea —confesó ruborizándose ante lo que dicha invitación sugería.

—¿Estás segura? —preguntó tratando de meterse dentro de su cabeza—. Debes saber que soy lo más parecido a un lobo en mitad de un rebaño de ovejas.

—Y tú has de saber que estoy dispuesta a correr el riesgo. —Se sinceró alzando la mirada y declarando—: Quiero seguir sintiendo. Justo lo que hago cuando te tengo cerca.

—Intentaré que no te arrepientas. —Fue lo único que pudo prometerle sin saber ni él mismo lo que estaba dispuesto a hacer—. ¡Espera! Cogeré las llaves de otro coche.

—¿Otro coche? —preguntó una sorprendida joven—. ¿Cuántos tienes?

—Unos pocos —contestó encogiéndose de hombros—, es lo que tiene poder tener todo lo que deseas.

—¿Todo?

—Hasta que te conocí sí —admitió penetrándola con una mirada devastadora que hizo que se quedase sin aliento. Adivinando lo que quería decir mientras que él conseguía apartarse para coger las llaves de un cajón de la entrada, y por supuesto antes de que terminara cometiendo una locura—. Y espero que lo pueda seguir haciendo.

Desde luego que lo que acababa de decir no dejaba una mínima duda a lo que se estaba refiriendo. Despertando en ella un escalofrío de placer y teniendo la certeza de lo que acabaría sucediendo entre ellos.

Y aquel instante mágico fue interrumpido intencionadamente por la pregunta que Robert hizo a continuación. Una pregunta que sería la causante de que todo pudiese cambiar entre ellos:

—¿Vienes? —preguntó tendiéndole la mano en un último intento de hacerla recapacitar antes de que fuese demasiado tarde—. Tienes que estar segura porque no voy a dejar que

vuelvas a escapar.

Alexia no tardó en contestar.

—No quiero volver a escapar, no de momento.

—No me vale. No habrá vuelta atrás con todo lo que ello conlleva.

Alexia lo miró extrañada.

—¿No decías que no eras hombre de novias?

—Y no lo soy.

—¿Entonces?

—Entonces nada, habrá que esperar a ver qué es lo que pasa... y siempre que tú lo quieras así, claro —terminó diciendo dejando que fuese ella la que decidiese la última baza.

Y Alexia estaba más que dispuesta a esperar el tiempo que fuese necesario...

Entonces fue cómo, mostrando un placer inmenso, alargó el brazo cogiéndose a su mano mientras que pensaba que ojalá supiese lo que estaba haciendo. Deseando única y exclusivamente perderse de todo... y sobre todo de lo que seguramente la estaría esperando si volvía a su casa, aceptando decir sin preámbulos:

—¡Vámonos!

Si salía mal ya tendría tiempo de arrepentirse. Liándose la manta a la cabeza y siguiéndole a pesar de saber que aquello no podría salir bien.

CAPÍTULO 11

El cuento continuó desde que salieron del garaje subidos en un todoterreno que llevaba los cristales tintados, intentando despistar a la prensa hasta llegar al aeropuerto. El lugar donde el avión privado de él permanecía en una de las pistas listo para emprender el vuelo.

En todo ese tiempo la sorpresa formó parte del plan ideado por el atractivo y sexy Robert, y es que, a pesar de la insistencia de Alexia, no soltó una palabra acerca del paradero al que se dirigían.

¡Cuando el avión despegó eran las doce del mediodía!

Alexia se recostó en uno de los cómodos asientos esforzándose en tranquilizar los nervios que llevaba por dentro debido a las innumerables sorpresas que le estaba deparando su nueva vida y, mientras, lo observaba embelesada además de un tanto desilusionada porque él no hacía más que hablar por el móvil todo el tiempo. Organizando, aclarando y sobre todo poniendo orden. Centrándose en todo lo que hacía para poder apagarlo una vez que estuvieran en el destino fijado, algo que ansiaba demasiado. Sufriendo por tener desatendida a su chica.

La voz del piloto una hora después despejó la incertidumbre de la joven:

—Sobrevolamos la ciudad de Aspen con una temperatura exterior de -5° . Por favor poneros los cinturones. Comienzo maniobra de descenso.

Alexia sintió un vuelco en la tripa al saber el destino en el que estaban. ¿Aspen? Ella nunca había estado en Aspen.

—Sí Dan —conversaba por el móvil sin apartar sus ojos de los de ella ahora que ya sabía la ciudad en la que se encontraban, dirigiéndole una encantadora sonrisa—, acabamos de llegar, Jacob está aterrizando. Mañana te llamaré.

Y feliz de poder hacerlo tras más de una hora colgó el teléfono. A continuación pulsó el botón de apagado.

—Por fin.

Olvidándose de todo lo que no fuese la chica que tenía enfrente.

—¿Qué haces? —preguntó divertida observando cómo se quitaba el cinturón en pleno descenso. Acercándose a ella—. Es peligroso.

—¡Tú sí que eres peligrosa! —Bajó hasta sus labios y la besó apoderándose de ellos consiguiendo dejarla sin aliento, recompensándola por el poco caso que le había podido hacer durante el vuelo—. Todavía no me puedo creer que te tenga aquí, en el sitio en el que no tendrás escapatoria.

—No me tientes.

Las ruedas del avión tocaron tierra firme en lo que fue un aterrizaje perfecto. No tardando en pararse del todo.

—Espera aquí.

—¿Dónde vas?

—A por un abrigo para ti. Ahí fuera hace muchísimo frío y tu ropa no es la más indicada en esta parte del país. —La informó acercándose a su boca despacio antes de añadir—: Ni siquiera te voy a dar la oportunidad de que te puedas poner enferma. Tal y como te dije muy bien no te dejaré escapar ni una vez más —dicho esto se alejó.

La puerta del avión se abrió y desde abajo una mujer de unos 50 años subió por las escaleras llevando en las manos un abrigo y unas botas de pelo que le entregó a Robert. Dándose la vuelta seguidamente y sin entrar dentro del habitáculo en el que ella estaba esperando.

—Veo que has pensado en todo —le dijo sonriente cogiendo de sus manos lo que se suponía un regalo. Poniéndoselo bajo su atenta mirada y bajando del avión, percatándose del frío que realmente hacía.

Un vehículo deportivo de la marca mercedes los estaba esperando a pié de pista, y Alexia, anonadada por todo lo que estaba viviendo, se subió en el flamante vehículo mostrando una cara radiante sintiéndose lo que era en esos instantes:

“La chica más afortunada de todo el planeta”.

—¿Lista?

—¿Para qué?

—Ya lo verás —contestó volviendo a sonreír.

El camino en carretera duró casi una hora. Pero a la chica se le hizo corto admirando extasiada la imagen de las montañas nevadas, siendo algo realmente espectacular.

Cuando Robert paró el coche lo hizo en uno de los lugares más bonitos que ella nunca hubiese visto antes. Justo debajo de las emblemáticas montañas en la que los ricos y poderosos acudían para poder esquiar.

—Me encanta el sitio —le aclaró Robert quitando las llaves del contacto—, es uno de los pocos lugares en los que puedo estar casi a mi aire.

—Debe ser duro no poder tener una vida normal.

—Acabas acostumbrándote. Además, las ventajas son muy grandes como para pensar en ello.

Ella miró todo cuanto la rodeaba antes de preguntar:

—¿Dónde nos alojaremos?

—En mi casa, ¿dónde sino?

—¡¿Tienes aquí una casa?! —preguntó atónita, abriendo los ojos debido a la sorpresa.

—Fue mi regalo de cumpleaños hace cinco.

—No me lo puedo creer.

Aquel hombre parecía tenerlo absolutamente todo.

—Yo tampoco, lo que hace el querer que ocupe su puesto —respondió encogiéndose de

hombros.

Por supuesto que ella no pudo dejarlo ahí, añadiendo:

—¿A qué te refieres?

—A tu jefe —aclaró—. Intenta chantajearme de vez en cuando con la intención de que siente la cabeza de una vez por todas y me ocupe de lo que para él es lo único que importa. Su empresa.

Alexia no preguntó nada más. Era pronto para indagar en lo que de momento no era cosa suya. Cuando quisiera y estuviese listo no tenía duda de que terminaría sincerándose.

—¿Tienes hambre? Hay un magnífico restaurante aquí a la vuelta en el que hacen una carne de buey a la piedra que te quita el sentido.

—Me encanta la carne.

Salieron del coche y debido al frío corrieron hasta estar dentro del restaurante. Una vez acomodados pidieron un buen vino tinto para acompañar la deliciosa y jugosa carne.

—¡Robert! —lograba decir completamente anonadada en cuanto entró en la casa de madera—. ¡Es preciosa!

La sensación que tuvo fue tan acogedora como la de encontrarse en casa. Mirando todo lo que le alcanzaba la vista resultándole absolutamente espectacular. Notando sobre sus mejillas congeladas la temperatura que desprendía la cálida y confortable chimenea.

“Desde luego que había pensado en todo”.

—¿Puedo echar un vistazo?

Robert se limitó a asentir, apoyándose en la pared cruzado de brazos.

La casa no era muy espaciosa pareciendo ser la típica construcción para un soltero decorada en estilo rústico, dándole un toque señorial y bastante particular. Deleitándose en cada detalle con un gusto exquisito. ¡Mirándolo todo realmente fascinada!

Un salón y una pequeña cocina tipo americana. Un baño de ensueño con una espléndida bañera redonda. Un dormitorio con dosel sobre una cama de dos metros de ancho... Todo cuanto la rodeaba la hacía seguir creyendo que estaba en un sueño. Un magnífico sueño del que despertó tras escuchar a alguien llamar a la puerta, reconociendo a la mujer mayor del aeropuerto que llevaba una bolsa de ropa en la mano, antes de dejarla sobre el sillón.

—Alexia esta es Mary, la persona que hace posible todo lo que estás viendo.

—Hola Alexia —saludó cordial acercándose y besándola en la mejilla, mostrando una gran alegría porque no estaba nada acostumbrada a que le presentara a ninguna mujer—, espero que te guste lo que te he traído. Cada vez me avisa con menos tiempo.

Alexia no entendió a lo que se estaba refiriendo, descubriendo que Robert parecía ponerse de repente serio por lo que acababa de decir.

—Si necesitamos algo ya te lo haremos saber, ¿vale?

Mary, captando la indirecta, se marchó.

—¿A qué se refería?

—A lo que te ha traído en esa bolsa, —añadió quitándole importancia, diciendo a modo de explicación—: El viaje ha sido tan improvisado que he pensado que quizás necesites un par de cosas.

Alexia se acercó un poco inquieta hasta la bolsa y sacó el contenido, empezando a sentir un vacío demasiado grande en su interior. Y es que dentro había perfectamente etiquetado: un pantalón de pana en color beige, un jersey de cuello vuelto, ropa interior, un neceser...y un camisón rojo corto transparente a juego con el tanga.

—¿Qué es esto? —preguntó enfadada.

—Solo es por si lo necesitas —aclaró titubeante sabiendo que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Te dije que no era mujer de una noche y tú vas y pides que me compren... ¿esto? Creo que te has equivocado de persona.

—Vamos Alexia, has sido tú quién ha querido venir. No vengas ahora con el cuento de que no sabías para qué.

—Tienes razón —admitía mientras que tiraba el camisón contra el suelo, bien lejos de ella—, pero me acabas de demostrar que solamente soy una más permitiendo que tu empleada me comprara ¡eso! Y siento decirte que no estoy dispuesta a serlo. Prefiero no ser nada a convertirme en un simple trofeo, porque es lo que soy, ¿no?

Robert supo que tenía toda la razón en estar cabreada, sopesando en desenredar aquel malentendido.

—Ya lo entiendo, —continuó en tono mordaz—. Depende de lo que te resistas pasas a ser un trofeo u otro. Y yo para ti debo ser uno bastante excitante, ¿no es cierto? Porque cualquier otra ya hubiese terminado en tu cama.

—¡Nunca te he mentado! —se defendió—. Te dije claramente que el hecho de que me plantaras tantas veces hizo que me sintiera terriblemente atraído hacia ti, ¿a qué viene esto ahora?

—No me lo puedo creer... ¡Me acabas de tratar como si fuese una puta!, —alzó la voz enfadada y desilusionada cogiendo el abrigo que se acababa de quitar para dirigirse a la puerta—. Y yo puedo ser muchas cosas pero desde luego que te has equivocado si por un momento has llegado a pensar que te iba a consentir que alguien me comprara ropa para ti.

—¿A dónde vas?

—Necesito dar un paseo. Quiero estar sola —fue cuanto dijo dirigiéndose a la salida.

Cerró la puerta tras de sí y dejó a un Robert desconcertado en mitad del salón sin saber qué hacer. ¿Ir tras ella o por el contrario no atosigarla?

Lo pensó mucho decantándose por dejarla tranquila. Sabía que no podría marcharse a ningún lugar y aquel detalle le hizo suspirar aliviado ante el convencimiento de que no saldría huyendo igual que hacía siempre. Tratando de averiguar la mejor forma de arreglar

aquella primera pelea que acababa de dar al traste con lo que se suponía sería un fascinante fin de semana.

Se sentó frente a la chimenea y se quedó allí. Limitándose a mirar las llamas y esperando a que regresara.

Comenzaba a oscurecer cuando una Alexia abatida entraba en la acogedora cabaña superada por las emociones que se debatían en su interior. Viendo como él se levantaba del suelo y corría a su encuentro.

—¿Dónde has estado? —el tono en la voz demostraba claramente lo enfadado que estaba—. Has estado por ahí casi cuatro horas. ¡Estaba muy preocupado!

—Lo siento —murmuró en voz baja—, he estado paseando, y después me he tomado un café y un sándwich.

—Podrías haberme llamado —le reprochó—, porque yo lo he hecho de manera insistente durante las cuatro horas.

—Lo siento —volvió a repetir a través de un murmullo, resultándole imposible mirarle a los ojos—, necesitaba alejarme un rato.

—Está bien —dijo calmado ahora que sabía que no le había sucedido nada, pudiendo dejar de atormentarse.

—Robert.

—¿Sí?

—Quiero volver a casa.

—No es posible —contestó decepcionado por su petición antes de aclarar—: una tormenta de nieve se acerca y han cerrado el aeropuerto. Hasta mañana no lo volverán a abrir.

Ella contestó mediante un resoplido. Dejando intuir que lo que menos le apetecía era pasar la noche allí con él.

Y Robert, dándose cuenta, dijo:

—No te preocupes, el sillón se hace cama —aclaró con una furia interior que lo estaba consumiendo—. No harás nada que no quieras hacer, ni siquiera estar cerca de mí, y puedes quedarte tranquila porque además te lo voy a poner realmente fácil.

Y esta vez fue él el que cogió el abrigo del perchero.

—Aquí en la esquina hay una discoteca y creo que necesito un trago. Buenas noches —dijo ante la mirada incrédula de ella, saliendo de la cabaña y cerrando tras de sí.

Justo lo mismo que hiciera ella hacía unas horas. ¡Terminando de arreglar la noche!

Eran las dos de la madrugada cuando, después de dar vueltas y más vueltas sobre el sillón, pues ni muerta dormiría en su cama, se levantó de malos modos. Teniendo la

absoluta certeza de que no podría dormir.

Miró el reconfortante salón presa de una inquietud desoladora, admitiendo que no podía hacer otra cosa que pensar en él... y en lo que estaría haciendo. Dándose por vencida y maldiciéndose a sí misma por permitir que hubiese entrado en su vida poniéndola patas arriba, cuando muy bien sabía que todo aquello era una auténtica locura, ¿cómo era posible que fuese tan ingenua?

Tomando una decisión y vistiéndose a toda prisa.

“Iría a esa maldita discoteca y también se divertiría, vaya si lo iba a hacer —se autoconvenció aprovechando la oportunidad que le daba el estar en un lugar tan privilegiado, pensando única y exclusivamente en divertirse”. Seguidamente salió por la puerta.

Pasados diez minutos entraba en la discoteca pareciendo una mujer segura de sí misma. Avanzando con paso firme y levantando el mentón mostrándose todo lo tranquila que podía y echando un vistazo a su alrededor. Observando a toda aquella gente minuciosamente en un intento de dar con él.

¡Lo que resultó nada difícil!

Pero lo que desde luego no pudo prever fue la forma en que se lo iba a encontrar, despertando unos celos que no tardaron en apoderarse de su persona, viéndole sentado frente a la barra rodeado de varias mujeres a su alrededor literalmente peleándose por llamar su atención.

“¿Es que no descansaba nunca?” Se preguntó incapaz de soportar la imagen que tenía frente a sus narices, acercándose envuelta en un cabreo de mil demonios, y olvidándose de lo de divertirse afanada en el deseo imperioso e irracional de querer aguarles la fiesta.

Robert no tardó mucho en verla, reconociendo por el rictus y la actitud de su cara que todavía debía de estar bastante cabreada. Un hecho que le hizo recordar el plantón que le había dado esa misma tarde dejándolo preocupado durante bastantes horas, obligándole a lo que no quería. Alejarse de ella. Decidiendo castigarla por todo lo que le estaba haciendo sufrir, sobre todo a su dolorido cuerpo, actuando en consecuencia y ocurriéndosele que la mejor forma de hacerlo sería ignorarla deliberadamente. Entonces, cogió a la morena que tenía a su lado, y la arrimó todo cuanto pudo mientras que no le quitaba los ojos de encima. Dándose cuenta de que el cabreo iba en aumento.

Alexia perdió la cabeza en cuanto vio su reacción. Comprendiendo demasiado tarde que estaba en sus manos, y que por lo tanto no soportaba la idea de compartirlo con nadie.

—¿No vas a invitarme a una copa? —le preguntó histérica. Interponiéndose maliciosamente entre las demás chicas sin poder dejar de mirar lo juntos que estaban.

—Tómame las que quieras, nosotros ya nos íbamos, ¿verdad preciosa?

La morena no daba crédito a lo que acababa de escuchar, entendiendo el golpe de buena suerte que acababa de tener.

—Claro cariño.

Y es que fue verla aparecer y cambiar de aptitud de manera precipitada, eligiéndola

rápidamente después de tener claro que lo único que buscaba era un poco de compañía femenina.

—Te seguiré y haré lo que me digas Robert. Ya lo sabes —ronroneó satisfecha la mujer morena.

¡Encima se conocían...! Y la desesperación la atravesó haciendo que le doliera el alma. Rogando poder encontrar la manera de que no se fuera con ¡ésa!

Pero la pregunta era, ¿cómo?

—Adiós Alexia, ha sido un placer conocerte.

“¿Qué demonios significaba aquello? —se preguntó en un absoluto caos de desesperación y alarma—. ¿Acaso le estaba diciendo que no se volverían a ver? Porque sus palabras sonaban a despedida”.

—Ahora si me disculpas —continuó como si nada y sin prestarle mucha atención—, tengo cosas que hacer.

—¿Ah sí? —le preguntó de forma hiriente y desesperada. Perdiendo parte de su maltrecha dignidad haciéndose a la idea de que no podía dejarle marchar—. ¿Cómo qué?

Éste rió, dando a entender que lo hacía de ella. Un gesto que la sacó completamente fuera de quicio.

—¡Eres un cabrón! —terminó escupiendo herida de muerte tras permitirse reírse de ella.

La chica morena se estaba empezando a hartar de aquella escena, admitiendo que no había que ser muy lista para saber que entre ellos dos sí que debía de existir algún rollo tal y como se decía en las revistas. Y si lo que quería era acostarse con él tenía que actuar y llevárselo de allí a toda prisa.

Que fue lo que hizo, cogiendo descaradamente la mano del sexy hombre y llevándosela hasta ponérsela sobre su trasero en un intento desesperado por llamar su atención.

La mirada casi enloquecida de Alexia la atravesó.

—¿No quieres follar Robert? —añadió mostrando todas sus armas—. ¡Pues vayámonos de aquí de una puta vez!

Las demás chicas se hicieron a un lado, quedando únicamente ellos tres.

—¿Robert? —La chica morena se empezó a impacientar percatándose de que se quedaba parado y con la mirada clavada en Alexia como si nadie existiese a su alrededor. ¿Acaso estaba esperando que ella hiciera o dijera algo para sopesar qué hacer? Porque era lo que parecía...

—Sí —logró decir tras unos segundos que parecieron eternos, siguiendo en sus trece de querer apartarla—. ¡Vámonos!

La desconocida suspiró aliviada dejándose coger de la mano y dándole la espalda comenzando a alejarse, mientras que Robert era consecuente de que estaba poniendo fin a no sabía muy bien qué. Sintiendo que un vacío se apoderaba de su persona a cada paso que daba alejándose de allí, maldiciendo la sensación que tenía de estar equivocándose sin

que entendiese el porqué de aquel presentimiento. Interponiendo una distancia definitiva sobre la mujer que le provocaba lo que nunca antes logró ninguna otra, y siendo además consecuente de que lo que menos le apetecía era terminar follando con nadie que no fuese ella. Resultándole verdaderamente inaudito puesto que era la primera vez que le ocurría.

“—¡Hostia puta! ¿Qué coño me pasa? Es solo una más... —se dijo tratando de convencerse. Tomando la determinación de que estaba haciendo lo correcto, y llegando a creer que lo mejor era que ella creyese lo que estaba viendo para conseguir sacarla de su vida”.

¡Antes de que se hicieran un mal mayor!

Y mientras todo eso sucedía en el interior de la cabeza de Robert, una Alexia desbordada, y presa de un pánico absoluto, supo que si lo dejaba marchar sería demasiado tarde. Logrando apartar el mal trago de verle alejarse en compañía de otra. Reaccionando de forma inusual y corriendo tras ellos gritando:

—¡Espera!

La desesperación y el desgarró de su voz parecieron ser suficientes, logrando lo que quería a la vez que la espectacular morena se marchaba a toda prisa profiriendo varios insultos, ocasionando que varias de las chicas de antes volvieran sobre sus pasos rodeándolo nuevamente. Deseando tener otra oportunidad.

—¿Siempre es así? —le preguntaba atormentada refiriéndose a las mujeres.

—No, hay veces que es peor. ¿Querías decirme algo?

—Sí.

—Adelante. —¿No acababa de decir que lo mejor sería apartarla de su vida para siempre? ¿Qué hacía entonces nervioso por lo que ella fuera a decirle?

Alexia comprendió que aquellas mujeres no se iban a ir de manera fácil. Limitando la intimidad que necesitaba para decirle lo que estaba dispuesta a admitir de una vez, y aunque aquello le conllevara a que tuviese aquel público tan sumamente molesto.

—Está bien —susurró respirando despacio necesitando darse valor y sobre todo que su corazón dejase de latir a la velocidad a la que iba. Añadiendo seguidamente con voz dolida—: ¿De veras te habrías acostado con ella?

—¿Y por qué no?

—¿Y me hubieses dejado sola?

Robert la miró un tanto confuso.

—¿Te habría importado? —respondió añadiendo otra pregunta y siendo consciente de la magnitud de la que podría ser su respuesta.

En un primer momento bajó la mirada confusa pero después, en un acto de valentía, terminó confesando:

—Sí.

—Mira Alexia —soltó enfadado—, el hecho de que haya estado a punto de enrollarme

con otra se debe exclusivamente a tu comportamiento infantil.

—Yo...

—Creo que te he demostrado lo mucho que me gustas —confesaba también dispuesto a sincerarse—. Por lo tanto has de saber que la única con la que me gustaría perderme es contigo, y para mí desconcierto cada vez me lo pones más difícil obligándome a hacer lo que no quiero. —Cogió aire frunciendo el ceño y añadió—: Siento mucho el que te hayas sentido una más, puede que me haya equivocado pero es que esto es tan nuevo para mí como lo es para ti. Y te juro que yo ya no sé ni cómo actuar contigo —terminó diciendo derrotado sin saber a qué atenerse.

A Alexia aquellas palabras la hicieron ser capaz de ver una realidad que le gustó bastante, y supo a la perfección lo que tenía que hacer a continuación.

—Robert —el tono que empleó ya no fue el mismo. Convirtiéndose por arte de magia en un tono tranquilo y seguro.

—¿Sí?

—Ven conmigo —dijo en un estado de calma absoluto expresando a través de su voz la determinación de saber lo que quería. Agarrándolo de la mano.

—¿Qué? —preguntó puesto que no la había entendido bien.

Y volvió a repetir completamente segura de sí misma:

—¡He dicho que vengas conmigo! —De pronto los papeles habían cambiado, y es que ahora ella la que tomaba la iniciativa igual que hiciera él aquella noche en la discoteca Paradise el día en que se conocieron.

Ni que decir tiene que Robert no dudó en seguirla.

—¿Dónde me llevas? —preguntó divertido y gratamente sorprendido. Dejando que tirase de su mano.

—Donde podamos tener un poco de intimidad —dijo sin tapujos.

Y percatándose de una zona tranquila apresuró el paso abriendo una puerta que daba a uno de los exclusivos reservados. Seguidamente entró decidida y cerró el pestillo ante la atenta y profunda mirada del hombre que a día de hoy la volvía loca, y que así sería el resto de su vida. Aceptando gustosamente lo que estaba dispuesta hacer, y lo que sería imposible que hubiese hecho hacía solamente unos días.

¡Descubriendo a una nueva mujer!

E igual que él aquella maravillosa noche en la que se conocieron, lo empujó contra la pared, mientras que empezaba a besarlo salvajemente en la boca. Con desesperación, con lujuria... Haciendo que empezase a sentirse terriblemente excitada y húmeda, ambas cosas a la vez. Implorando a gritos su atención.

La sorpresa inicial de Robert rápidamente se esfumó transformándose en un deseo incontrolado e irracional. Descubriéndose totalmente encantado debido a las atenciones de la que, la mujer que le robaba los sueños, le daba. Dejándolo perplejo y excitado a partes iguales, apoderándose a su vez de aquellos maravillosos labios que tantos quebraderos de

cabeza le habían dado... y que por supuesto le seguirían dando.

¡No le cabía la menor duda!

—¿Aquí? —preguntó sobre sus labios y loco de excitación bajando las manos a su trasero.

—Aquí —dijo una convencidísima mujer que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

La mueca de Robert la volatizó en todos los sentidos. Faltándole tiempo para apoderarse del control y llevarla hasta uno de los sillones a la vez que la iba desnudando, resultándole imposible apartar la boca de la suya.

—No sabes todo lo que realmente te necesito Alexia —le dijo con demasiadas prisas, dispuesto a no contenerse.

Desabrochó el sujetador en un acto de maestría deleitándose de todo lo que veía y escuchaba. Riendo travieso cada vez que le arrancaba un nuevo gemido de placer, y bajando hasta sus pechos redondos con la intención de besarlos, chuparlos...

—¡Oh Robert! ¿Qué me estás haciendo tú a mí? —decía entre jadeos derritiéndose por la maravillosa sensación de la lengua sobre sus senos. Necesitando cada vez más.

—Voy a follarte Alexia, y voy a hacerlo como nunca antes nadie lo ha hecho.

Se apartó de ella unos segundos consiguiendo quitarse la ropa a la mayor velocidad que pudo, pareciendo ser interminables, y mientras lo hacía dejó ver la enorme erección que ansiaba por perderse en su interior de una buena vez.

—Y si no lo hago ya me volveré loco... —terminó gruñendo delatando su ansiedad de manera brusca. Acercándose peligrosamente.

Metió la mano entre la ropa interior de ella y tiró con fuerza, terminándola arrancando hasta romperla. Algo que provocó una gran satisfacción y perplejidad en una chica totalmente encantada, limitándose a dejar que él hiciese, observándole coger del bolsillo un preservativo y salivando de forma sensual contemplando cómo se lo ponía antes de abrirla las piernas para, ¡finalmente! terminar hundiéndose dentro de ella lleno de una desesperación abrumadora. Convencido de no querer perder el tiempo.

—¡Alexia, Alexia...! —gritaba cerca de su oído de manera incontrolada, simplemente dejándose llevar debido a la desesperación de desearla todavía más en cada nueva embestida.

Perdiéndose entre sus piernas una y otra vez deleitándose de placer notando lo muy dispuesta que estaba a él, y disfrutando plenamente del hecho de que ella no tardaba en adaptarse al ritmo marcado, levantando las caderas y recibéndolo de buena gana entre jadeos y gemidos que la transportaban a lugares insospechados hasta ese delicioso instante. Deseando que su cuerpo se liberara...

El clímax los hizo gritar a la vez. Permaneciendo el uno dentro del otro durante un rato antes de separarse. Exprimiendo la dicha de los cuerpos satisfechos, mientras que Robert la abrazaba sin querer dejarla escapar ni marchar. ¡De momento!

—Eres una caja de sorpresas, ¿lo sabías?

—No me puedo creer lo que acabamos de hacer —confesó un tanto avergonzada pensando en lo que acababa de suceder. Volviendo a la realidad.

—¿Por qué?

—¡Robert! Estamos en una discoteca.

—¿Y?

—Para ti será algo normal pero no lo es para mí —respondió avergonzada disimulando que no podía ni mirarlo.

—Aun así te ha gustado, ¿verdad? No vengas ahora negando lo obvio. —Y la ayudó a incorporarse. Apartando un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

—Ha sido muy... excitante —confesó con una verdad abrumadora.

—¿Y cuál es el problema entonces? No te creas que lo que acabamos de hacer es único, si supieras la cantidad de gente...

—¡Calla! —exclamó aturdida—, no quiero saber según qué tipo de detalles.

Robert le mostró una sonrisa pícara, relamiéndose de gusto por la idea que empezó a desgranar en su calenturienta mente haciéndose a la idea de lo que iba a disfrutar en cuanto a la relación que parecía estar empezando con aquella chiquilla en particular.

—Creo que tendré bastante trabajo por delante —anunció alegremente.

Alexia en un principio no le entendió, y eso fue antes de que supiera exactamente a lo que se estaba refiriendo escuchando a continuación:

—Voy a hacerte una verdadera mujer Alexia, dónde y cómo yo quiera, —le aclaró atravesándola con la mirada—, y voy a hacerlo hasta que se convierta en algo normal para ti. ¡Anda, vístete! No querrás que nos descubran así, ¿verdad?

—Ni muerta. —Rió apurada recogiendo la ropa tirada en el suelo y llegando hasta su tanga roto, ruborizándose considerablemente por aquel detalle en particular.

—Lo siento pero ya te dije que no podía contenerme. En casa podrás usar otros, ¿te parece bien?

—¿Estamos hablando de mi ropa interior después de haber hecho el amor en una discoteca? No me lo puedo creer.

Robert se acercó a su boca lo suficiente y le dijo casi rozándole los labios:

—Te puedo asegurar que es un tema que me apasiona y del que me podría pasar toda la noche hablando y compartiendo ideas. Y si lo que decides es no utilizarlos mejor... te preferiría completamente desnuda y dispuesta cada vez que a mí se me antoje.

La carne se le puso de gallina.

—¡Robert! —exclamó sorprendida por la reacción de su cuerpo que parecía no estar satisfecho del todo.

¿Qué era lo que le estaba haciendo ese hombre? Un simple comentario acerca de su ropa interior, y de lo que verdaderamente le gustaría... y volvía a estar terriblemente

excitada. Deseando volver a sentirlo en su interior de una manera urgentemente desesperada, obviando el hecho de que él únicamente se refería a sus gustos y a lo que él simplemente quería sin preguntarle a ella siquiera, preguntándose qué pasaba en cuánto a sus preferencias. Aunque claro... ¿acaso importaba? Estaba allí porque así lo había decidido, y lo que no iba a plantearse ahora era el cambio tan brusco en una mujer tradicional a la que jamás antes se le habría pasado por la cabeza tener relaciones sexuales en un reservado de una discoteca. Olvidándose de aquel detalle y continuando empeñada en seguir haciendo lo que a él le apeteciera.

“Todo lo demás se podía ir al carajo —pensó tan tranquila”.

—¿Quieres seguir aquí o nos marchamos a casa? —la interrumpió apartándola de cualquier tipo de pensamiento, haciéndola partícipe de lo que él mismo quería.

—¿Y tú?

Robert la estrechó cálidamente entre los brazos, convencido de que precisamente era lo que necesitaba.

—¡Oh nena! ¡A casa! Lo único que me apetece ahora es aprovechar lo que queda de fin de semana, y ten por seguro que nada mejor que en la intimidad de mí cabaña para continuar haciéndolo. ¿No te parece?

Después de aquella respuesta Alexia simplemente pudo decir:

—Hecho.

—Así me gusta nena.

Segundos después salieron de la discoteca cogidos de la mano ante la envidia de las mujeres allí presentes, y mientras lo hacían iban pensando en aprovechar cada segundo que tenían por delante.

¡Cuando regresaran a New York Dios diría...!

CAPÍTULO 12

La enorme bañera estaba llena de espuma y un delicioso aroma a aceite de coco salía de ella perfumando todo el cuarto de baño, mezclándose con la tenue luz procedente de las velas que Robert había encendido unos segundos antes.

La sensación de estar viviendo en un cuento se materializaba alargándolo a cada instante, y el estar dentro de la bañera con uno de los hombres más deseados de todo el planeta pudiendo además, ver la maravillosa vista a través de la cristalera desde la que se hallaba la montaña nevada, era sin lugar a dudas como para sentirse dichosa por todo cuanto estaba viviendo sin entender, menos que nunca, qué es lo que podía haber visto en ella.

Y a pesar de tener los pies bien afianzados sobre el suelo, siendo consciente de que no sería la última mujer que pasaría por aquella cabaña, y sabiendo que cualquier otra podría ocupar su lugar en cualquier momento, no fueron motivos suficientes para no desear seguir con él. Admitiendo que ya era demasiado tarde después de darse cuenta de que se encontraba en una telaraña completamente a su merced, y que él era la experta y cruel araña que solamente la soltaría cuando se hubiese cansado de jugar.

Pero ni siquiera eso le importaba. No después de la traición que le supuso el engaño tan cruel de Jack. Infundiéndose de una fuerza renovada después de todo lo sucedido segura de que no echaría la vista atrás. Limitándose a vivir y sobre todo a disfrutar. Lo que con sumo placer estaba haciendo en esos deliciosos instantes...

—¿Cuánto hace que trabajas para Scot Consulting? —quiso saber un Robert curioso.

—Dos años —le aclaró—. Cuando acabé la universidad me seleccionaron para trabajar en varias empresas de becaria. Las notas fueron muy buenas y gracias a ellas tuve la gran suerte de que una empresa como la de tu padre reparara en mí.

—Pero casi nadie se queda y menos tratándose de una simple becaria. ¿Por qué fuiste elegida entonces?

—Ahí es cuando entra en acción Estefany, —le contestó satisfaciendo su curiosidad y cogiendo la esponja sorprendiéndolo. Empezando a enjabonarlo—. Desde el principio nos llevamos bastante bien y cuando se me acabó el contrato, por arte de magia, allí estaba ella. Ofreciéndome el trabajo de mi vida.

—La buena de Estefany —dijo cerrando los ojos disfrutando de la esponja que pasaba por las distintas partes de su anatomía, encantado de todo lo que le hacía—, y pensar que si no fuese por ella no estaríamos aquí ahora...

—Sí. Pero debió avisarme y no encontrarme en la encerrona que planeasteis en casa de tus padres.

—¿Y perderme la cara que pusiste? ¡Ni loco!

Alexia le salpicó en la cara riendo, recordando la maravillosa noche que resultó después de tantos preparativos y tantos nervios, ¿quién iba a suponer por aquel entonces que Estefany y Robert pudiesen estar confabulados?

—Por poco me atraganto, ¿te acuerdas?

—Perfectamente.

Él se hallaba situado entre las piernas de ella apoyado contra su pecho. Y antes de que se diera cuenta la sorprendió, moviéndose inesperadamente hasta conseguir darse la vuelta. Quedando cara a cara.

—Pero de lo que me acuerdo mejor es de lo impresionado que me dejaste cuando te vi con aquel vestido que te sentaba tan bien, estabas guapísima.

—Debo darte la razón si lo comparamos con el día en que nos conocimos —le confesó a través de una sonrisa—. Sofía me dijo que ojalá tuviera que arrepentirme de mi indumentaria y vaya si lo hice. Me sentía completamente fuera de lugar.

—Y decidiste emborracharte, ¿no?

—Puede...

—Trae, me toca.

Y le arrebató la esponja de la mano. Siendo ahora él quién empezaba a enjabonarla delicadamente por los pies.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué me ignoraste cuando Sofía nos presentó?

—Porque me pareciste un engreído desde el principio. La forma en la que me mirabas me hizo sentir tan incómoda que lograste que se me pasara por la cabeza tirarte el cóctel, y para colmo cuando pusiste tus manos sobre mí sin ser invitado me sacaste de quicio.

—¿Sabes la cantidad de mujeres que pagarían por tener estas manos sobre sus cuerpos? —Y a medida que hacía la pregunta subía intencionadamente la esponja a lo largo de sus piernas, actuando con una precisión absoluta.

—No me importa. No intentes chantajearme que conmigo no va a funcionar. Ya te he dicho que no soy como las otras.

—No me cabe la menor duda, eres una chica dura y bien que me lo has demostrado.

—¿Y te gusta?

—No sabes cuánto —ronroneó lleno de un deseo insaciable, abriéndole las piernas y teniendo en mente una nueva lección para su adorable chica.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida y cerrándolas, siguiendo un instinto protector dado a lo complejo de una situación a la que seguía adaptándose como buenamente podía. Y claro, en cuanto las cerró no tardó en ver a través de sus ojos lo disgustado que de pronto parecía estar debido a la reacción inmediata que acababa de tener. No gustándole nada.

—¡No vuelvas a hacerlo! —la regañó serio.

—¿Qué?

—¡No te va a servir de nada! —La amenazó con ojos hambrientos y una mirada que lo decía todo, agarrando ahora cada uno de los tobillos, y separándolos de manera determinante—. ¡No te muevas!

Robert volvió a coger la esponja mientras que la veía dudar en si volver a cerrarlas, deleitándose ante la maravillosa idea de lo que iba a disfrutar en su compañía, y dejándose llevar antes de que a ella le diera tiempo siquiera a adivinar sus verdaderas intenciones.

Y fue cuando a él se le puso la carne de gallina después de escuchar el grito descontrolado que terminó saliendo por la garganta femenina en el instante en que la sintió sobre su sexo. Viéndola abrir los ojos debido a la sorpresa, y viéndola además preparada y encantada de seguirle. Olvidándose de todos los tabús que pudiera llegar a tener mientras que simplemente se comían a través de la mirada.

—¡Robert! —logró susurrar agarrándose como pudo a la bañera.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te gusta? —le preguntó mostrando una sonrisa traviesa que la atravesó por dentro.

—Mmmmm... —ronroneó, lo único que pudo hacer porque una nueva y escalofriante caricia se apoderaba de ella.

Alexia se encogía de gusto una y mil veces con cada una de las sensuales pasadas que le seguía dando, temiendo perder la cabeza incapaz de obviar lo que aquellos maravillosos ojos le decían a gritos. Haciéndose a la idea de que él disfrutaba con la misma intensidad que ella, dando lugar a que la quemazón y el deseo la hicieran temblar de gusto y de impaciencia a la vez. Queriendo más, (con él siempre era más), y necesitando a su vez sentirle desesperadamente. Llegando a lograr estirar los brazos y conseguir agarrarle por el cuello en un intento desesperado por acercarle hasta unos labios que enloquecían hambrientos de él.

¡Sólo de él!

—Te dije que te follaría dónde y cómo yo quisiera... y es lo que voy a hacer —pronunció dejando que saliera una voz ronca y sensual.

Alexia creyó desfallecer, excitándose terriblemente y llegando incluso a pensar, por muy extremo y raro que pareciese, que sí que podría llegar a ser posible que aquel hombre le terminara perteneciendo. Limitándose a mirarle invadida por un deseo irracional a la vez que pequeños jadeos la sacudían implorando para que la llenara de su carne.

—Pero puede que tú no estés de acuerdo, ¿no? —Y con una facilidad asombrosa dejó de acariciarla. Mostrando un gran interés en la reacción que podría llegar a tener. Jugando deliberadamente con ella.

La reacción de Alexia por supuesto no se hizo esperar, y es que en el mismo instante en que dejó de tocarla, abrió los ojos perdida y desesperada, mostrando el tormento en el que la acababa de dejar y dispuesta a todo lo que fuese necesario con tal de que continuara.

“No podía dejarla así después de despertar la lujuria que llevaba dentro, o sencillamente su cuerpo se volvería loco”.

Y él lo sabía, ¡vaya si lo sabía!

—Por favor... por favor... —comenzó a suplicar una y otra vez de desesperada que estaba.

—¿Qué quieres Alexia?

—Por favor...

—¡Dímelo! —ordenó alzando la voz y disfrutando del cuerpo femenino que se arqueaba hacia él únicamente para llamar su atención. Dispuesto a abrirse a él anhelante porque la llenara, y pareciendo que el pudor se había esfumado por arte de magia. Entendiendo que el primero que no podría seguir soportando aquella angustiosa espera precisamente sería él, añadiendo inseguro a esas alturas—: No continuaré hasta que no me lo digas.

El desafío de una chica exigente que imploraba recibir lo que tanto ansiaba no se hizo esperar, y se acercó a la boca que le provocaba reacciones tan sumamente escalofriantes, pasando la mano por detrás de su cabeza para sostenerle la mirada. Una mirada lasciva y ardiente que no dejaba la menor duda de lo que quería, y sobre todo cuándo lo quería. Reflejando la necesidad infinita de su cuerpo aproximándose, incitándole, seduciéndole...

—¡Que me folles! —exclamó ofreciéndose.

—Oh Alexia. Lo haré encantado —susurró derritiéndose por sus palabras, sabiendo que la tenía y actuando todo lo rápido que le permitió la postura en la que estaba. Dejándose caer sobre ella y penetrándola con una fuerza desesperada antes de llegar a su boca. Embistiéndola una y otra vez escuchando sus gritos ahogados que lo volvían completamente loco, mientras que el agua de la bañera caía mojando todo el suelo.

—Alexia... Alexia.... —susurraba apoderándose de su boca de manera urgente y sin ser consciente del preservativo que había dejado, premeditadamente, sobre el borde de la bañera. Olvidándose de cualquier detalle que no fuese poseerla con aquella intensidad devastadora.

Era tanta la urgencia de hacerla suya que, ajeno a todo lo que podría llegar a suceder por su inconsciencia y su temeridad, terminó corriéndose dentro de su vientre, resultándole imposible dar marcha atrás en ningún momento.

¡Cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde!

—¡Joder Alexia! ¿Qué hemos hecho?

Alexia todavía sentía las sacudidas del orgasmo, encontrándose en el mismo cielo, y por lo tanto no entendió a lo que se refería exactamente.

¡No tardó en averiguarlo!

—¡No me he puesto el condón! —exclamó con una expresión confusa e incrédula haciéndose a la idea del lío en el que muy posiblemente podría estar metido. Y al verla tan tranquila un miedo abrumador de repente lo invadió, llegando incluso a pensar, en una décima de segundo, si no era lo que realmente ella buscaba. ¡Quedarse embarazada para sacar provecho y tener resuelto el futuro!

La desconfianza se apoderó de todo su ser de una manera completamente implacable porque al fin y al cabo, ¿cuántas habían intentado lo mismo? Llegando a la conclusión de lo que realmente era desconcertante en aquella nefasta situación:

“¿Cómo era posible que no se lo hubiese puesto?”

Siendo un hecho de necesidad por encima de todo, convirtiéndose en completamente

inexplicable ante la evidencia de que hasta el día de hoy no se le había olvidado nunca, pero entonces... “¿Cómo se había permitido perder la cabeza de la forma en que lo había hecho?” Hiendo a parar todavía más lejos admitiendo lo que seguía siendo terriblemente inquietante:

“¡¿Qué le estaba haciendo aquella condenada mujer para que llegase a actuar así?!!”

—¡Joder!

—No me gusta la forma en la que me estás mirando —se sinceró presa de un pánico demasiado grande—, por favor, necesito saber qué es lo que estás pensando.

—¿Tú te has acordado pero no me lo has dicho? —la pregunta resultó ser una acusación directa.

—¡¿Qué?! No me lo puedo creer —alzó la voz apartándolo de un empujón y dejándolo sumergido en la lujosa bañera, levantándose hasta alcanzar un albornoz para cubrirse intentando poner la mayor distancia posible entre ambos mientras que el cabreo iba aumentando de grados—. ¿Acaso estás insinuando que yo lo he provocado? —le recriminó mirándolo por encima del hombro.

—Alexia —la llamó dulcificando la voz a medida que se daba cuenta de que muy posiblemente se estuviese equivocando, a continuación salió de la bañera con la idea firme de ir tras ella cogiendo el otro albornoz. Viéndola que salía del baño de forma apresurada.

Él terminó haciendo lo mismo, llegando hasta un salón en el que la chimenea continuaba encendida caldeándolo todo a su alrededor.

—Alexia, hablemos por favor.

—¿Hablar? —gritó echando chispas a través de los ojos—. ¿De qué coño quieres que hablemos?

Miró a su alrededor divisando uno de los cojines que tenía a su alcance, entonces lo cogió y se lo tiró fuertemente a la cabeza dándole en el centro para gran satisfacción de la muy cabreada chica.

—¿Cómo has podido llegar a pensar que pretendo ser una de ¡ésas!? —contraatacó fuera de sí—. Además, ¿quién te crees que eres dando a entender que te necesito para solucionar mí vida? Yo solita me basto y me sobro, ¿qué clase de mujer crees que soy? —continuaba gritando avanzando y cogiendo otro de los cojines, volviendo a tirárselo presa de una furia incontrolada que le recorría por cada una de las venas ante la sórdida acusación a la que la había sometido—. ¡Vete al infierno! —le volvió a gritar antes de entrar en el dormitorio y cerrar la puerta dando un gran y sonoro portazo.

¡Diciéndole claramente que se olvidara de ella!

A Robert no le quedó otra alternativa que seguirla, y lo hizo con el semblante lleno de preocupación, seguidamente se pasó la mano por el pelo húmedo e intentó averiguar la manera de arreglar aquel nuevo malentendido.

¡Joder!

“¿Acaso estaban destinados a estropear aquel fin de semana? Porque visto lo visto era lo que parecía a simple vista”.

Abrió la puerta y se la encontró sentada sobre la cama. Completamente impasible y por supuesto sin el menor rastro de que quisiera hablarle.

—Quizás me he pasado un poco pero debes ponerte en mi lugar Alexia —comenzó a decir para reconducir la situación—. Han pasado demasiadas mujeres por mi vida y las conozco demasiado bien... —confesaba arrepentido y sentándose sobre el borde de la cama en un intento de permanecer cerca de ella. Necesitándola de forma desesperada y esperando cualquier tipo de reacción.

Una reacción que desde luego no llegó puesto que no estaba dispuesta a ponérselo nada fácil.

“¿Quién se creía que era para hacer ese tipo de insinuación? ¡Menudo capullo!”.

Robert a continuación terminó estirando la mano necesitando tocarla para consolarla... y quedándose de piedra tras verla apartándose hacia el otro lado, y todo lo que pudo. Dejando bien claro que lo que quería era marcar las distancias en todo momento.

—Alexia...

El tono arrepentido no le sirvió absolutamente de nada, escuchándose a continuación a una Alexia enfadadísima y que terminó explotando:

—¿Qué te has pasado un poco? —le contestaba abriendo los ojos a punto de salirse de las órbitas—. Yo diría que un poco no, mucho. Y para tu tranquilidad debes de saber que tomo la píldora. A no ser claro que también pienses que pueda tener alguna enfermedad de transmisión sexual que pueda contagiarte.

—Alexia... —quiso nuevamente intervenir con la certeza de que tenía toda la razón de mostrarse tan enfadada.

—¡Ah! Y por ahí también has de estar tranquilo —añadió atropelladamente a consecuencia de no poder controlar el daño que la acababa de hacer—. Si no te fías de mí no temas, acudiré a cualquier hospital y me haré unos análisis de sangre. Te lo pondré fácil antes de salir de tu vida.

La cara de él se transformó en una máscara de hielo.

—¡No quiero que salgas de mi vida! —exclamó dolido y muerto de miedo, mostrando una sinceridad pasmosa en la frase que acababa de pronunciar—. ¡Mírame Alexia!

Alexia no pudo dejar de hacerlo a pesar de que lo intentó. Cabreándose consigo misma por no tener el criterio suficiente de mandarlo a la mierda.

“¿Y acababa de insinuar que saldría de su vida? ¿A quién trataba de engañar?”

—Te lo digo de verdad, —confesó roto de dolor y muerto de miedo, levantándose de la cama y acercándose nuevamente antes de sincerarse—: No quiero que salgas de mí vida. No sé hasta cuándo pero deseo que te quedes a mi lado. Te dije que no iba a engañarte y no lo voy a hacer.

—¿De qué me sirven tus palabras Robert? Acabas de insinuar que pretendía quedarme embarazada —atacó dolida.

—Lo siento. Me he equivocado, pero quiero que por un segundo te pongas en mi lugar

Alexia. No es fácil ser Robert Brownn, ¿sabes?, nada, nada fácil... y cada día es peor. — Volvió a alargar la mano y terminó respirando aliviado comprobando que esta vez sí le dejaba llegar a ella sin retirarse por segunda vez. Logrando estar más tranquilo—. Debes saber que todas se arriman a mí por sexo, por fama, o por dinero, y aunque te creas que te acostumbras no es así. Es muy duro que te hagan sentirte igual que si fueses un objeto.

Alexia, en cuanto le escuchó aquella íntima confesión, dejó a un lado el enfado permitiéndole acceder a su maltrecho corazón y dejándose coger de la mano, a la vez que ella también se la apretaba en un puro anhelo de lograr darle un poquito de cariño.

¡Algo de lo que parecía carecer!

—Dijiste que no sabías cómo pero que yo te calmaba —recordó queriendo saberlo todo sobre ellos. ¿Acaso importaba el poco tiempo que llevaban juntos? No. Por supuesto que no, haciéndole una pregunta bastante significativa—: Robert, ¿qué significa lo que me dijiste?

—Simplemente eso —dijo apretando su mano y acariciando con la otra su rostro completamente embelesado.

—Necesito más —exigió de pronto.

—Verás nena. Todas las mujeres que han pasado por mi vida no significan nada. Ni una sola de todas ellas, y de repente apareces tú y...

—Y de repente aparezco yo, ¿y qué?

Robert cogió aire y simplemente dijo:

—Das al traste con todo y ni siquiera logro averiguar el por qué. Acabo de conocerte y ya me has cambiado. Te quiero en mi vida.

—¿Qué? Me estás asustando.

—Es para que lo estés. Anda ven. —dijo llevándola a la cama y sentándola encima de sus rodillas en un intento de querer tranquilizarla debido a lo que estaba dispuesto a decir. Añadiendo suavemente—: No va a ser fácil —la advirtió.

Alexia abrió la boca, pero como las palabras no le salían, la volvió a cerrar en un férreo deseo de procesar toda la información dada, sin saber todavía a qué atenerse.

“¿Qué es lo que le estaba diciendo exactamente?”

Pasados unos segundos, y después de mucho pensarlo, logró decir:

—¿Me estás diciendo qué...?

“¡No! ¡¡No podía ser!!” Quedándose nuevamente sin palabras y siendo él el que puso fin a la pregunta hecha a medias.

—¿Que te acabas de convertir en la primera novia oficial del complicado y vividor Robert Brownn?

Y aunque la pregunta en un primer momento se la tomó a broma, empeñado en no pensar lo que era del todo un disparate, no tardó en hacerse a la idea de que de broma tenía poco. Escuchándole añadir:

—Creo que sí —admitió Robert desoyendo a la lógica después de lo claro que tenía que una novia simplemente sería un estorbo en su tipo de vida—. En contra de todo pronóstico es lo que quiero ahora y contigo.

—Espera, espera, espera, —decía todavía incrédula pasando los brazos alrededor de su cuello y avanzando poco a poco y todo lo que le fue posible. Mostrando una cara sorprendida y divertida a la vez— ¿Me estás proponiendo salir contigo?

—No, eso ya lo hacemos.

—No bromees.

Robert la miró serio.

—No lo hago. Hasta ahora es lo que hemos hecho, salir juntos. En cambio ahora todo ha cambiado porque no me basta. Quiero más, y hablo completamente en serio.

Y después de soltar tan emotiva frase terminó mirándola intensa y devastadoramente haciéndola ver que desde luego que hablaba en serio. Consiguiendo dejarla callada. En completo silencio permitiéndose a su vez aprovechar la oportunidad que se le brindaba, y antes de que pudiese dar marcha atrás diciendo:

—Señorita Jammes Stuart, tiene usted el honor y el privilegio de convertirse en la mujer más envidiada del universo debido a pasar a formar parte de la historia de la prensa rosa como la primera novia de Robert Brownn, —y dijo divertido para suavizar la revelación tan impactante que acababa de soltar, tratando de hacerla sonreír después de lo sumamente seria que se había quedado—: Porque aceptas, ¿no?

Una Alexia completamente alucinada no sabía qué hacer o decir. Consiguiendo hacerse un poco de rogar.

¡¡¡¿De veras le estaba pidiendo que fuese su novia?!!!

—Quiero que sepas que el que eres un privilegiado eres tú y no yo... —dijo finalmente mostrándole una sonrisa espectacular por aquel emotivo relato—. ¿Sabes por qué? —Y de repente se puso seria—. Porque te voy a cuidar tan bien que nunca querrás marcharte de mi lado.

—Eso es un sí, ¿verdad?

—Puedes estar seguro de ello. —Y selló aquella promesa dándole un beso emotivo y tierno a la vez. Haciendo lo imposible porque no se le saltaran las lágrimas—. ¿Estás dispuesto a dejarte cuidar?

—Estoy dispuesto a correr el riesgo, amor. —Y ahora fue Robert el que bajó hasta sus labios y la besó dulcemente mientras que Alexia pensaba en lo bien que sonaban cada una de sus palabras.

¿Y realmente dijo que los cuentos no existían...?

La maravillosa sensación de despertar a su lado la traspasó por cada poro de su piel, sintiendo la dicha de estar junto a él abrazados entre una maraña de sábanas, piernas y brazos.

Giró la cara para poder deleitarse mirándolo a su antojo, creyendo que estaba dormido, y resulta que se lo encontró despierto y con una seductora sonrisa que la estaba esperando.

“¿Habría mejor manera de despertarse?”

—Buenos días dormilona, ¿has dormido bien?

—Lo que me has dejado sí—decía desperezándose antes de darse la vuelta con una maravillosa sonrisa que no la abandonaba en ningún momento—, ¿y tú?

—Mejor de lo que esperaba.

Alexia lo miró con un signo de interrogación.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No suelo dormir acompañado, —y aclaró—: Normalmente me siento agobiado después de tener sexo porque muchas pretenden lo que no estoy dispuesto a dar. Pero contigo... —Pasó la mano por la cintura desnuda y la abrazó dejando que viera el gesto en su cara que transmitía claramente lo a gusto que estaba, diciendo—: Es tan diferente todo.

Alexia se apoyó sobre el codo embelesada y provocó que la sábana terminara resbalando, dejando a la vista sus pechos desnudos.

—Que hermosa eres Alexia —decía Robert mirando hacia abajo siguiendo el influjo de su provocación, listo para darle otra lección.

Y antes de que Alexia supiera las intenciones de él, un grito salió de su garganta en el instante en que sintió la lengua experta sobre sus pechos. Perdiéndose en el deseo que nuevamente la engullía vertiginosamente.

—Nunca me cansaré de ti, amor.

Alexia voló literalmente gracias a aquellas deliciosas y mágicas palabras.

Y palabras tan bonitas no pudieron obtener respuesta, ya que ella, una vez más, simplemente se dejó llevar por el deseo que despertaba aquel hombre en concreto. Un hombre que la llevaba hasta el éxtasis con una maestría abrumadora y que la hacía feliz con una facilidad infinita... A lo que Robert, pillándola desprevenida, aprovechó su silencio atacando con destreza y rapidez, abriendo la boca y succionando la areola de uno de sus pechos de manera sensual, embelesado como nunca, y admirando la entrega de la que oficialmente se había convertido en su primera novia, mientras que la volvía a hacer gemir por cada una de sus íntimas y dulces caricias.

—Que bien sabes. Podría pasarme todo el día degustándote.

—¡Oh Robert! —gimió ante la excitación que corría dentro de todo su cuerpo por cada una de sus maravillosas atenciones.

En el mismo instante en que la pareja jugaba sobre la cama, centrados en darse mutuamente placer..., la llave de la puerta de entrada comenzó a girar dentro de la cerradura, permaneciendo ajenos a lo que estaba sucediendo a su alrededor y sin que en ningún momento pudieran percatarse de que alguien entraba en el interior de la cabaña. Alguien que se permitió el lujo de avanzar hasta la habitación que tan bien conocía, quedándose tan tranquila ante lo que veía.

—¿Necesitáis una más?

El susto que se llevó Alexia no fue nada en comparación con la vergüenza que la invadió al ser sorprendida así. Viendo usurpada su intimidad de aquella manera tan sumamente brusca, y permaneciendo incrédula puesto que no entendía quién era aquella mujer, intentando, además, hacerse a la idea de la forma que podría haber empleado para conseguir entrar en la cabaña. ¿Quién era, y por qué a Alexia le parecía que tenía tanta familiaridad como para hacerlo? Y terminó alargando la mano cogiendo la sábana para taparse.

Robert en cambio lo que mostraba era un gran asombro. Hacía mucho tiempo que no sabía de su paradero, y dio por supuesto que aquello significaba que no quería saber nada de él. Lo que nunca llegó a imaginar es que aún conservara la llave que le dio hacía bastante ya.

—¿Qué haces aquí?

Alexia no pudo apartar la mirada de la mujer exuberante, mostrando una perplejidad absoluta ante la escena que tenía delante, y sin por supuesto dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—Cariño, he venido a verte. Aunque por lo que veo no me necesitas, ¿no? —Y según lo dijo echó una mirada venenosa a la que parecía le había usurpado el puesto.

Robert, una vez que superó la impresión inicial de verla presentarse de aquella manera, no lo dudó y se levantó de la cama dejando a Alexia sola. Después se acercó a la mujer desconocida sin molestarse en taparse, completamente desnudo, y pareciendo que no le importara ese simple hecho. Un detalle que hizo que Alexia sintiese una punzada sobre el pecho, siendo engullida por los celos.

—Mary no me dijo que estuvieras por aquí.

—Acabo de llegar.

La desconocida dejó el bolso sobre la cómoda y actuó con una familiaridad asombrosa, acercándose a Robert y plantándole un beso en mitad de la boca.

Alexia, en ese instante, supo que se le acababa de romper el corazón, permaneciendo incapaz de reaccionar y quedándose en medio de la cama mientras que su mente trabajaba a toda prisa.

¿Quién era aquella mujer?

—Te vi en la revista y pensé que querrías desaparecer. Fue cuando decidí venir a verte cariño. Hacía mucho que no lo hacíamos. —En todo momento obvió a la mujer que seguía en la cama. Dejando bien claro que no le importaba en absoluto.

Y después de unos instantes agónicos, Alexia no pudo seguir soportando aquella familiaridad durante un minuto más. Lo poco que había visto y oído le bastaba para hacerse a la idea de que entre ellos existía algún tipo de relación porque si no, ¿qué hacía en su poder una llave de la casa de Robert? Y lo que era mucho peor, ¿no decía que no era hombre de novias? Ella le terminó creyendo a pies juntillas, envuelta en una fe ciega. ¿El resultado? Muy simple... ¡La había engañado!

“Qué tonta había sido, le llenó la cabeza de pájaros inventándose que era la primera novia oficial suya, y resulta que absolutamente todo era mentira. ¡Todo! Incluyendo el principio de todo cuando le dijo que ella lo calmaba y deseaba que estuviera a su lado”.

El error garrafal que fue tan estúpida de cometer lo pagaría muy caro, abriéndose la cruda verdad. Una verdad que dolía demasiado llenándola de un dolor inimaginable.

“Se había aprovechado de ella de una forma completamente vil. Engañándola para simplemente llevarla a la cama”.

¡Solamente se trataba de eso!

A Robert no le gustó nada la mirada de su chica mezcla entre incredulidad y dolor, observando cómo se levantaba de la cama y se envolvía con la sábana, intuyendo que muy posiblemente se estuviese haciendo una idea muy equivocada de lo que allí estaba sucediendo realmente. Sabiendo de lo que era capaz, (conociéndola bastante bien a pesar del poco tiempo que llevaban juntos), creyendo saber lo que haría a continuación... ¡Salir huyendo en un nuevo intento de apartarse! Comprendiendo que de ser así desde luego que debería actuar para explicarse y aclarar la situación antes de que se le ocurriera cualquier tontería. Olvidándose rápidamente de la mujer que acababa de hacer su aparición estelar, todavía no entendía muy bien con qué motivo.

—Alexia, ¿a dónde vas? —preguntó preocupado.

—Quiero irme a casa. Ya has conseguido lo que querías —le contestó sin derramar ni una lágrima, hundándose en el pozo que creía tener superado.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo sorprendido.

—No voy a montar ninguna escena, puedes estar tranquilo. —Y a medida que hablaba iba cogiendo la ropa desparramada por la habitación—, cogeré un taxi.

—Alexia... —la llamó acercándose.

E intentó cogerla del brazo, a lo que ella reaccionó apartándose rápidamente, manteniendo la distancia para tratar de calmarse y no derrumbarse delante de ninguno de los dos.

“No les iba a dar el gusto”.

—¡No vuelvas a tocarme nunca! —le advirtió llena de odio y terminó de recoger sus cosas, dirigiéndose hasta el salón para vestirse a toda prisa y marcharse de allí cuanto antes.

Robert no tardó en ir tras sus pasos.

—Alexia, ¿quieres hacer el puto favor de escucharme? —gritó loco de furia comprendiendo que no se había equivocado y que se iba a marchar sin darle la oportunidad de explicarse.

—Ojalá nunca te hubiese conocido. Adiós Robert. —Fue todo lo que pudo decir a modo de despedida antes de que inevitablemente se pusiera a llorar (lo que ocurriría no tardando mucho). Empeñada en no darles aquel gusto a ninguno de los dos.

Abrió la puerta a toda prisa y se marchó corriendo, dejando a un Robert aturdido e

incrédulo por la reacción desmesurada de una pobre chica que corría y corría desesperada con la única intención de alejarse de allí. Y mientras eso sucedía, un Robert desorientado no pudo hacer otra cosa más que quedarse plantado en mitad del salón, completamente desnudo, tratando de averiguar qué es lo que había hecho mal para que lo mirase con el odio con el que lo hizo. ¡Viéndola marchar sin que pudiera hacer absolutamente nada! ¡Ni siquiera explicarse!

—Al fin solos cariño —dijo la mujer aprovechando la situación y acercándose, creyendo tener el acceso libre.

—Quiero que me des la llave ahora mismo —soltó Robert lleno de rabia contenida.

—¿Qué?

—¡Que me des la llave! —gritó—, y que sea la última vez que entras en mi casa, ¿lo has entendido?

—Robert, ¿qué te ocurre? —preguntó extrañada pensando en que no le reconocía—, porque la chica que se acaba de marchar es una más, ¿no?

La mirada de odio que le dedicó en exclusiva hizo que involuntariamente diese un paso atrás.

Comprendiendo que por supuesto no era una más.

—¡Fuera! —terminó gritando enfurecido por el curso de los acontecimientos—. Has venido aquí queriendo hacer daño y ya lo has conseguido, no quiero volver a tenerte cerca nunca.

La contundencia en cada una de las palabras que acababan de salir por su boca, fueron suficientes para saber que había metido la pata hasta el fondo. Eso le pasaba por hacerse caso de Pamela, la cual la hizo partícipe de la inusual relación que habían comenzado para desconsuelo de ambas. Descubriendo horrorizada que en tan poco tiempo se había convertido en alguien demasiado importante para él, algo del todo impensable tratándose del esquivo Robert Brownn. Un hombre que siempre cambiaba de mujer igual que de camisa y como si se tratara de lo más normal, sin que le duraran más de uno o dos asaltos. Pero entonces... ¿qué podría haber visto en aquella zorra?

—Está bien Robert... —Cogió las llaves del interior del bolso y las terminó tirando sobre el suelo—, ahí te quedas, pero te lo advierto. Si alguna vez necesitas desahogarte no cuentas conmigo. Aquí se acaba lo nuestro.

—Nunca ha existido un lo nuestro y tú lo sabes.

—Bueno —reconoció mostrando una sonrisa maliciosa—, gracias a mí tampoco tendrás un lo vuestro con ésa que se acaba de marchar. Para mí es suficiente.

—Se te olvida un detalle importante —le contestó a modo de venganza—. Ésa que se acaba de marchar como tú dices es mi novia.

La cara de la chica no tardó en ponerse roja debido a la furia y a la envidia que la empezó a invadir a partes iguales.

—No es posible.

—Ya ves, ni yo mismo soy capaz de explicármelo pero he encontrado a alguien que no se arrima a mí por el interés. Y puedes estar segura que voy a luchar para que ella siga conmigo, así que has de comprender que todo el tiempo que esté aquí es tiempo que estoy perdiendo y lo único que me apetece ahora es salir corriendo y alcanzarla.

—No me lo puedo creer, —continuaba una mujer incrédula después de la situación a la que se estaba enfrentando—. Pamela me lo contó y le dije que hasta que no lo viera con mis ojos no me lo creería.

—Entonces ya puedes irte tranquila, Pamela no te ha engañado. Ahora si me disculpas tengo algo importantísimo que arreglar y lo que menos quiero es seguir perdiendo el tiempo.

A continuación abrió la puerta y se quedó allí parado esperando a que la mujer se marchara por el mismo sitio por el que había venido.

—Vete a la mierda cabrón —fue lo que le terminó diciendo dándose por vencida. Admitiendo que allí no tenía ninguna posibilidad.

Una vez que la desafortunada mujer hubo abandonado la cabaña actuó en consecuencia. Se vistió a toda prisa y cogió las llaves del coche con una rapidez asombrosa, saliendo en busca del vehículo que lo llevaría de regreso hasta el aeropuerto con la certeza de que ella estaría comprando, a cualquier precio, un billete que la llevase de regreso a New York. Huyendo otra vez.

Subió en su coche y aceleró el potente vehículo de una forma totalmente inconsciente, deseando únicamente llegar lo antes posible.

Sus peores presagios se vieron cumplidos en cuanto vio en el panel de información que un vuelo con destino a New York acababa de salir por la pista número cinco, listo para despegar. Mirando a través de la cristalera como alzaba el vuelo de una manera imperturbable, siendo consciente de que la mujer que parecía centrarle lo dejaba atrás sin ningún miramiento.

“—¡¡Me cago en la hostia!! —terminó exclamando de manera impotente—. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Por qué siempre salía huyendo?” Respirando angustiado y pasándose la mano por el pelo intentando mantener la calma para saber la manera de actuar, devanándose los sesos queriendo solucionar aquel malentendido que se había producido entre ellos por el ímpetu de una condenada chica que ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse. Tratando de reconducir la relación que habían comenzado, y sobre todo dejándose llevar por los sentimientos que tenía hacia ella porque no tenía la menor idea de cómo hacerlo. No estaba acostumbrado, y encima, si aquello parecía no ser suficiente, debería añadir la dificultad que se avecinaba por la agenda programada y que no podía eludir, teniéndola prevista para esa semana y la cual incluía la promoción de la película. Significando, que quisiera o no quisiera, debería estar fuera de la ciudad los cinco días. Convirtiéndose en una tarea bastante difícil si lo que pretendía era solucionar el entuerto en el que se encontraban.

¡Joder! ¡Todo parecía querer seguir complicándose!

CAPÍTULO 13

El fin de semana de ensueño había acabado convertido en una pesadilla de la que no lograba despertar.

Llegó a su apartamento alrededor de las cuatro de la tarde y no tuvo ganas de hacer absolutamente nada más que meterse debajo de la ducha y aclarar sus ideas. Una vez que terminó, se acostó entre las sábanas queriendo dormir un rato para dejar de pensar en él. Resultándole completamente imposible.

El apuesto Robert había entrado en su vida de manera inesperada, y según parecía, le iba a resultar demasiado complicado olvidarse de él. Teniendo la certeza de que lo de Jack era un juego de niños en comparación a la situación que se le ofrecía delante de sus ojos. ¡Admitiendo que en tan poco tiempo había sucumbido a todos sus encantos, enamorándose perdidamente de él!

“¿En qué demonios estaba pensando cuando llegó a creer que aquello podría salir bien?”

Ya entrada la tarde empezó a sentir hambre, fue hasta la cocina y se preparó un sándwich y un vaso de leche, sentándose ante la mesa con la tele apagada y sin atender el teléfono móvil, que no paraba de sonar. Decidiendo apagarlo porque no contestaría a ninguna de sus llamadas. ¡A menos eso sí que lo tenía claro!

Terminó de comer lo que se preparó, y después de recoger se puso el pijama y sus zapatillas favoritas.

Eran las dos de la madrugada cuando logró quedarse dormida.

A la mañana siguiente...

No hizo más que salir del ascensor y dirigirse a su puesto de trabajo, cuando se percató de que no sería un día normal. Viendo a Estefany esperándola con un café en la mano mirándola preocupada. Dando a entender que ya sabía lo sucedido.

—Buenos días Estefany.

—¿Realmente lo son?

—Que rápido corren las noticias, ¿no? —dijo en un tono de reproche.

—¿Has mirado el teléfono móvil? Debes de tenerlo colapsado. Robert me ha dicho que se ha pasado toda la noche llamándote.

—¿Y desde cuándo te importa las veces que me llama? —Dejó el bolso en la percha y se sentó en la silla con una expresión en la cara que distaba mucho de tener, pretendiendo parecer tranquila y dándose cuenta que sobre la mesa estaba la revista en la que salían la noche de la fiesta benéfica—. ¿Qué hace la revista aquí?

—Ha sido el señor Scot.

—¿Qué? —preguntó sobresaltada empezando a recapitular las consecuencias de toda aquella locura.

—Te está esperando en el despacho.

Alexia tragó con verdadera dificultad y se hizo a la idea de que no tendría otra oportunidad, procesando que muy probablemente sería su fin en la empresa.

—Ha dicho que en cuanto llegaras te hiciera pasar.

—Está bien, —dijo pareciendo resignarse mientras se ponía en pié de mala gana para enfrentarse a la situación—. Allá voy.

—Suerte, creo que la vas a necesitar.

—Te equivocas Estefany, la suerte ya está echada.

Miró hacia la puerta y entró en el despacho, preparada para recibir el despido fulminante.

—Buenos días Señor Scot.

—Buenos días Señorita Jammes, pase por favor.

Alexia así lo hizo, permaneciendo de pié delante de la mesa.

—Siéntese por favor.

Ella obedeció.

—Señorita Jammes. Ha de saber que gracias a usted mi nombre sale en todos los periódicos.

—Lo siento Señor Scot yo...

—Y no es lo peor —la cortó sin ningún miramiento—. Lo peor es que ha dado pié a que saquen en portada la relación personal entre mi hijo y yo. Un detalle al que no estoy acostumbrado en absoluto y que me molesta por encima de todo. Debe saber que lo suyo me cuesta poder permanecer en el anonimato, ¿sabe? Ahora en cambio no se habla de otro tema.

Alexia se limitó a tratar de encajar lo mejor posible la reprimenda de su jefe, pensando a donde quería llegar a parar.

—Pero he de reconocer que aunque estoy muy enfadado me he dado cuenta de que quizás podamos estar en el mismo barco, no sé si me entiende...

—No señor, no le entiendo.

—Es muy sencillo, no sé el tipo de relación que tienen en común, pero si sé por mi esposa lo muy interesado que está mi hijo en usted.

—Señor yo...

—No me interrumpa Señorita Jammes —la regañó con gesto serio—. Bien, pues como le iba diciendo, Robert está muy interesado en usted y yo voy a sacar provecho de ello, vaya si lo voy a hacer.

Alexia lo miraba sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Por supuesto doy por hecho que usted no va a decirle nada de nuestra conversación señorita Jammes, —continuó el hombre mayor llegando a lo que le preocupaba—, y sobre todo necesito saber sus verdaderas intenciones hacia mi hijo.

—Señor Scot —logró decir ante el giro inesperado de la conversación—, lo que haya entre su hijo y yo es personal.

—Se equivoca Señorita Jammes, deberá contestarme a mi pregunta para hacerme a la idea de lo que tengo que hacer. Es muy sencillo. Simplemente deseo saber si es una de tantas o si realmente está interesado en usted.

—No voy a contestarle Señor Scot —contestó de manera firme y mordiéndose la lengua para no soltar nada de lo que se tuviera que arrepentir después.

—Claro que lo va a hacer puesto que los beneficiados finalmente seremos los dos. Verá Alexia...

Al escuchar cómo la llamaba por su nombre casi le da algo, menos mal que estaba sentada sobre la silla.

—Le voy a ser muy sincero. No sé si le ha contado las ganas que tengo de que ocupe mi puesto. Ahora es el momento oportuno de hacerlo, y creo que puedo tener una gran posibilidad si usted se alía conmigo.

—¿Perdón?

No entendía nada. Absolutamente nada.

—Quiero dejar de ser el hazmerreír de todo mi entorno al verme en la obligación de aceptar ver a mi hijo destrozar su vida por el simple hecho de querer vengarse de mí. Lo he intentado de todas las maneras posibles, hasta ahora sin éxito, pero ahora está usted, y tengo la esperanza de que si es verdad que siente algo por su persona solo usted será capaz de hacerlo entrar en razón. Por eso le pido ayuda Alexia, ayúdeme a recuperar a mi hijo y a que haga frente a la responsabilidad de continuar con la empresa que tanto trabajo me costó levantar. Es un deseo que le pido.

—Lo siento Señor Scot pero yo no puedo ayudarle. Su hijo y yo hemos coincidido en alguna ocasión y ya está. Entre nosotros no hay nada.

—Está usted muy equivocada Alexia —contraatacaba su jefe dispuesto a no dar su brazo a torcer—. No sé lo que habrá podido suceder en Aspen pero de una cosa estoy seguro. Mi esposa nunca se equivoca en todo a lo que se refiere a su hijo. Tienen una relación muy especial y ella me ha contado detalles que nunca antes se habían producido, lo que significa que es alguien importante en su vida.

—Mire Señor Scot —atacó ya siendo incapaz de morderse la lengua al verle interferir en su vida personal sin escrúpulos—. No volveré a ver a su hijo. Sencillamente he pasado con él unas horas en Aspen y es todo. Se acabó antes incluso de empezar. Punto y final.

—¿Está segura Alexia?

—Completamente.

—Y si no fuera así... ¿Me ayudaría en lo que le he dicho?

—Lo siento Señor Scot pero no acostumbro a hablar de mi vida privada con mi jefe y es lo que voy a continuar haciendo. Ahora si me disculpa tengo mucho trabajo atrasado.

El enfado monumental que tenía ante la libertad de inmiscuirse en su vida privada hizo que, sin pensarlo, y sin ser invitada a hacerlo, se marchara dejándolo con la palabra en la boca.

“¿Quién se creía aquel tipo para interferir en su vida?” Olvidándose de que su comportamiento pudiese tener consecuencias, y cerrando la puerta tras de sí.

“A la mierda con todos”.

Volvió a su mesa creyendo haber dejado el asunto, lo suficientemente zanjado, y siendo completamente ajena a lo que su jefe, Richard Scot, hacía en el interior del despacho en esos instantes.

—Bueno, habrá que seguir intentándolo... —decía en voz alta descolgando el teléfono para hacer una llamada.

Buscó en la agenda personal el móvil del representante de su hijo y marcó el número con una idea en mente.

Dan contestó impresionado después del tercer tono.

—¿Señor Scot? Qué sorpresa.

—Hola Dan... —contestó empezando a desgranarle el plan que se le acababa de pasar por la cabeza. Estando dispuesto a hacer todo lo que estuviese en sus manos para hacer entrar en razón al cabezota de su hijo.

¡Costase lo que costase!

—Alexia. El Señor Scot vuelve a preguntar por ti.

—¿Qué? —preguntó nuevamente sorprendida, ¿qué querría ahora?

E igual que hacía una hora volvió a entrar en el despacho con el corazón en un puño. Sin saber a ciencia cierta qué sería lo que querría esta vez.

—¿Sí Señor Scot? Me ha mandado llamar, ¿verdad? —Y a medida que hablaba se acercó a la mesa.

—Sí Señorita Jammes. Me acaba de surgir un viaje a California y deberá acompañarme. Necesitaré tenerla a mi lado y que se lleve el expediente y el listado de ventas del último banco que hemos comprado.

Alexia después de escucharle le miró con una cara totalmente desconcertada, ¿desde cuándo viajaba ella en algún viaje oficial?

—Sé que debe resultarle extraño —aclaró leyéndole su cara de sorpresa—, pero la persona que normalmente se ocupa de los viajes no puede hacerlo. La operación es muy compleja y nadie aparte de yo está lo suficientemente cualificado. No se preocupe por las dietas que correrán a cuenta de la empresa, y por supuesto contará con una generosa gratificación.

—¿Para cuándo está previsto el viaje? —preguntó dándose cuenta de que no podría negarse.

—Mi avión ya está preparado, salimos a las seis de la tarde. Deje todo en manos de Estefany y váyase a casa a preparar la maleta. No sé si estaremos un día o por el contrario necesitaremos alguno añadido para solucionarlo. Buenos días Señorita Jammes.

Y de una forma rápida cortó de raíz cualquier interrupción que pudiera hacerle. Dejando zanjada la conversación.

A Alexia, que seguía sorprendida puesto que no entendía nada, no le quedó otro remedio que darse la vuelta y volver a marcharse. Esta vez hacia su casa obedeciendo la orden de que preparara la maleta y así pudiese acompañar a su jefe todavía no sabía muy bien para qué.

¡Los malditos paparazzi la siguieron en todo momento! Primero en el instante en que salió de la oficina dirigiéndose a casa. Y después al salir del apartamento dirigiéndose esta vez hacia el aeropuerto. El lugar en el que avión privado de su jefe esperaba a pié de pista.

Subió las escaleras del avión escoltada por una azafata, y una vez dentro se sentó en una butaca amplia, contestando a la petición de si quería beber algún refresco. En ningún instante vio a su jefe que según la azafata permanecía en el interior de un cuarto privado que utilizaba en exclusiva.

El avión despegó según lo acordado. A las seis en punto. Ni un minuto más ni un minuto menos. Limitándose a mirar a través de la ventanilla sin seguir teniendo nada claro qué es lo que hacía subida en aquel avión.

La llegada a California se produjo en un tiempo récord de cuarenta minutos. Una vez en tierra una limusina los llevó a ambos hasta el mejor hotel de la ciudad. Un hotel en el que por supuesto no tuvieron que esperar, estando las habitaciones ya asignadas. El Señor Scot en la mejor suite, y ella en una habitación de lujo de las que te costaban un ojo de la cara y las que estaban al alcance de muy pocos afortunados.

Una vez que vio la enorme habitación se tiró sobre la cama de dos metros, y se quedó allí analizando lo raro que era todo, además de en el cambio tan brusco que se había producido en su vida desde aquel fatídico día en que se enteró de la infidelidad del que creyó el hombre de su vida en manos de otro. Volviendo a recordar a la persona que incomprensiblemente, y en tan poco tiempo, había conseguido que no fuese capaz de pensar en nadie que no fuese él a pesar de saberse engañada nuevamente...

Seguía así, despanzurrada sobre la cama, cuando el teléfono de la habitación comenzó a sonar. Incorporándose curiosa y cogiéndolo para llevarlo hasta la oreja.

—¿Sí?

—Señorita Jammes, ¿es usted?

La voz de su jefe sonó al otro lado.

—Sí Señor Scot, soy yo.

—La espero a las nueve en el salón principal. Me acaban de llamar anulando la reunión hasta mañana y lo menos que puedo hacer es invitarla a cenar.

Alexia supo de la incomodidad que iba a sentir cenando con su jefe a solas, por lo que trató de disculparse.

—Disculpe Señor Scot pero creo que cenaré en la habitación, estoy un poco cansada y no tengo hambre.

—Alexia —dijo volviendo a llamarla por su nombre—, a estas alturas ya debería saber que nunca acepto un no por respuesta. La espero a las nueve.

Y colgó dejando a la chica con la boca abierta.

¿Sería cabezota?

Pasados unos segundos, y cuando pudo digerir lo que le acababan de ordenar, colgó el auricular de manera brusca cabreada como nunca lo había estado antes. Odiando a todos los Scot que conocía y reconociendo que los dos eran igual de arrogantes y engreídos. ¿Acaso se creían Dioses permitiéndose actuar sobre el mundo según les viniese en gana? Por lo visto así era.

Se metió en el baño hecha una auténtica furia y abrió los grifos de la enorme bañera. Necesitaría un buen baño para relajarse después de tantos y diversos acontecimientos en tan poco tiempo.

“—Bueno —pensaba conformándose—, así no tengo mucho tiempo y no pensaré en quién no debo. Desde luego que es la parte positiva a todo este embrollo”.

Una vez que la bañera estuvo llena, vació en el interior un botecito de aceite jabonoso desprendiendo un agradable olor a coco, lo que hizo que se acordase de la noche pasada en Aspen cuando los dos terminaron en la enorme bañera, y al acordarse se desnudó rápidamente mostrando un gesto de nostalgia en la cara. Metiéndose dentro y dejándose envolver entre el agua caliente sumado a aquel olor tan peculiar que le recordaba a Robert sin pretenderlo. Cerrando los ojos e intentando disfrutar del relajante baño antes de tener que hacer frente a una cena que no le interesaba en absoluto.

A las nueve en punto se presentó en el salón principal.

Iba vestida de manera informal con unos simples vaqueros negros y una camiseta blanca. Poniéndose lo primero que pilló y calzándose unas zapatillas de cordones. El pelo lo llevaba recogido en una coleta alta y la cara lavada con un poco de rímel como único maquillaje.

El metre, en cuanto la vio, salió a su encuentro conduciéndola hasta una mesa del fondo, y desde la que se divisaba la mejor vista de la ciudad. Extrañándose por el atuendo de la chica nada acorde al sitio en el que se encontraban. Dejándola en el lugar indicado y en el que, una Alexia extrañada, comprobaba en primera persona que el Señor Scot no se encontraba solo. Alguien lo acompañaba sin que acertara a saber de quién se podría tratar puesto que éste estaba de espaldas.

—Que puntual Alexia —decía un educado Señor Scot levantándose en un gesto de

caballerosidad—, por favor acompáñenos.

El metre retiró la silla ayudándola a que pudiera sentarse y ella lo hizo un tanto avergonzada (no estaba acostumbrada a aquel tipo de atenciones), manteniendo la cabeza hacia abajo mientras lo hacía, dando lugar a que no se diera cuenta de quién era la persona que estaba sentada a su lado y mirándola con cara de pocos amigos.

¡¡¡Desde luego que la sorpresa que se llevó fue mayúscula!!! Y es que allí, frente a ella, estaba un Robert completamente cabreado fulminándola a través de aquellos espectaculares ojos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Robert de manera brusca, dejando a las claras que era la última persona que pensaba encontrarse en aquel lugar.

Alexia no tardó en recobrase de la sorpresa inicial, olvidando la presencia de su jefe y preguntando a su vez malhumorada:

—¿Y tú? ¿Acaso lo has planeado todo? —Empezando a hacerse a la idea de que había recurrido a su padre tendiéndole una emboscada, porque si no, ¿cómo era posible que se hubiesen encontrado en el mismo hotel? Era una casualidad del todo imposible.

—¿Planear qué? —bramó alzando la voz—. Ya me has dejado bien claro que no quieres ni hablar conmigo por teléfono, ¿por qué habría de querer verte entonces?

Richard miraba a uno y a otro entusiasmado, pendiente de cualquier detalle, gustándole bastante la realidad que tenía en frente.

—No entiendo nada —logró decir.

—El que no entiende nada soy yo —la acusó—, ¿acaso te gusta jugar conmigo? No me puedo creer que no contestes a mis múltiples llamadas y ahora tengas la poca vergüenza de aliarte con mi padre y hacerme una encerrona. Porque es lo que es, ¿no?

—¿Qué? —La rabia que sintió al escuchar tal desfachatez hizo que sin darse cuenta terminara derramando el vino que le acababan de servir en su copa. Manchando todo el mantel.

Richard debido a aquel giro inesperado de los acontecimientos decidió intervenir.

—He sido yo el que ha planeado el encuentro, —confesó siendo consciente de que ambos dejaban de mirarse y se centraban en él. Mirándole una con incredulidad y el otro con un enfado de mil demonios.

—¿Tú? —preguntó Robert sin dar crédito a lo que acababa de escuchar por boca de su padre—. ¿Pero quién te has creído que eres metiéndote en mi vida? Debí de haberte visto venir.

Cogió la servilleta que tenía sobre las piernas y la tiró de malas maneras sobre la mesa. Levantándose y arrastrando la silla sin cuidado.

Los ocupantes de las mesas vecinas empezaron a mirarlos.

—Me voy, se me ha quitado el hambre —dijo cuando estuvo de pié, ignorándola completamente y deseando marcharse de allí.

La siguiente que habló fue Alexia.

—Y a mí —replicó enfadada e igual que él levantándose deprisa. Dejando a su jefe allí plantado. Dirigiéndose hacia el ascensor apresuradamente y de forma decidida implorando poder refugiarse en la tranquilidad de su habitación.

¡Volviendo a huir!

Y Robert, viendo que tomaba el camino hacia el ascensor giró bruscamente en dirección a las escaleras sin estar dispuesto, de ningún modo, a compartir ningún espacio con ella. No después de todo lo que le había hecho.

Primero ignorarlo...

Después huir varias veces de él...

Y ya por último, y lo que había conseguido colmar el vaso, fue aquella estúpida historia que se había creado ella misma sin darle si quiera ninguna opción a explicarse ni en persona ni por teléfono...Y él era Robert Brownn lo que significaba que no tenía ninguna necesidad de andar como un perrito faldero detrás de aquella chiquilla que lo estaba volviendo loco. ¡Loco del todo!

“—Allá ella, sus historias, y sus quebraderos de cabeza. Bastante tengo yo con mis problemas como para añadir el peor de todos. Una novia intransigente además de desconfiada”.

Y de esa manera los dos pusieron distancia entre ellos. ¡¡Una distancia demasiado grande incluso estando alojados en el mismo hotel!!

Y mientras, en el salón, quedó un Richard solo pensando en que quizás no había sido tan buena idea lo de planear que se juntaran.

—En fin, yo sí que tengo hambre —dijo alargando la mano avisando al metre olvidándose de aquel detalle y dispuesto a leer las sugerencias del chef en la carta. Apartando a un lado la pareja que a todas luces se atraía incluso más de lo que él en un principio pensó.

¡Resultando ser una noticia simplemente magnífica!

Dejó que le volvieran a servir otra copa del caro vino y se lo llevó a la boca degustándolo pausada y tranquilamente. Una vez hecho volvió a dejar la copa sobre la mesa y se dejó llevar por las sugerencias del chef, pidiendo unas ostras y un solomillo en su punto. Aprovechando que no estaba su esposa para regañarle por pedir lo que no debía comer. ¡Disfrutando del festín que se iba a pegar! Ya habría tiempo mañana de buscar nuevas ideas que hicieran tener un acercamiento entre aquella pareja tan tozuda...

CAPÍTULO 14

A la mañana siguiente tuvo lugar la reunión anunciada por su jefe, una reunión absurda y en la que pudo comprobar de manera impotente que hubiese sido la misma sin su presencia. Entendiendo que el Señor Scot la había llevado hasta allí deliberadamente inventándose la excusa de que se reuniera con su hijo para que se arreglaran. Provocando que aquel hecho en concreto la hiciese tener durante todo el día un humor de perros por el atrevimiento de su odioso jefe. ¿Quién se creía entrometiéndose e invadiendo su vida personal? Desde luego que era el colmo y la última gota que faltaba para desbordar el vaso.

Además, ¿arreglar qué? La obviedad de que no eran nada resultaba un tanto evidente, siendo un par de jóvenes con perspectivas bien diferentes... la de ella ser tan inconsciente llegando incluso a creerle y la de él, por el contrario, engañarla igual que habría hecho anteriormente a saber con cuantas otras.

¡Fin de la historia!

De regreso en la limusina, una vez finalizada la reunión, fue informada de que incomprensiblemente no podrían marcharse hasta el día siguiente debido a una última reunión que tenía que llevarse a cabo antes de abandonar la ciudad. Y claro está, Alexia no puso ningún tipo de contratiempo, entendiendo que no podría hacer nada al respecto. Limitándose a escuchar a su jefe y asintiendo de manera mecánica. Total, un día más, ¿qué importaba?

Y si, después de todo, aquello le parecía insuficiente, un nuevo detalle la desestabilizó del todo en el instante en que entró en el hotel, provocando que el cabreo que llevaba fuese en aumento multiplicándose por mil, a medida que comprobaba disgustada que no iba a ser nada fácil olvidarse de Robert si lo veía en todas partes. Y es que delante de sus narices se lo encontraba en una pieza de cartón a tamaño natural informando de la fiesta que se celebraría en la discoteca de la planta de abajo a las once de la noche. ¿El motivo? “Cómo no” dar un fiesta en homenaje a un Robert Brownn que casualmente estaba en California promocionando su primera película no recomendada para menores de 18 años.

—¡Por todos los santos! ¿Cuándo va a acabar toda esta mierda? De verdad que no puedo crérmelo. Que suerte la mía... —gruñó llena de rabia y contención. Pasando de largo.

¿Es que no se iba a librar de él nunca?!

Soltó un bufido a través de la boca y emprendió la marcha en dirección a los ascensores, limitándose a esperar y resultando que finalmente dicha espera le terminó pareciendo eterna debido, en parte, a su estado anímico dificultándole poder ver algo de manera optimista. Una vez que las puertas se abrieron entró y pulsó el número de la planta a la que iba, deseando únicamente encerrarse en la habitación.

El ascensor no tardó prácticamente nada en volver a abrir sus puertas, permitiendo que Alexia saliera y continuando completamente malhumorada después de encontrarse la sorpresa en el vestíbulo. Avanzando desganada y llegando a la puerta que le interesaba, mientras que durante todo el trayecto no pudo dejar de pensar en aquel condenado hombre

que la seguía volviendo loca allá donde iba, enfureciéndose terriblemente ya que le temblaban las manos por el estado de aturdimiento y enfado en el que se encontraba, dificultándole el poder abrir la maldita puerta. Perdiendo la poca paciencia de la que disponía a la vez que continuaba metiendo la puta tarjeta dentro la ranura sin conseguir el simple propósito de abrirla. Soltando todo tipo de improperios por su linda boquita, siendo consecuente de lo torpe y condicionada que llegaba a estar ante el hecho de verle en una simple figura de cartón.

“¿Es que ni siquiera iba a ser capaz de abrir una maldita puerta?”

Y tras escuchar el bendito clic se creyó una auténtica vencedora, no tardando en volver a sumergirse en el estado de letargo en el que se encontraba, mostrándose indignada con el mundo en general. Finalmente terminó cerrando de un portazo que se escuchó a lo largo de todo el pasillo, y sin que le importara en absoluto, dejándose caer sobre la cama de cualquier manera en un férreo intento de saber qué hacer y sobre todo de saber cómo actuar. Viéndose sobrepasada y teniendo en cuenta que muy posiblemente estuviese llegando a un estado límite con toda la situación en la que estaba inmersa.

¡Imaginando la forma de poder vengarse para darle a probar de su propia medicina...!

No habían transcurrido ni veinte minutos, cuando una sonrisa traviesa iluminó la cara de Alexia, ocurriéndosele una disparatada idea y haciéndose a la idea de que tendría tiempo de llevarla a cabo pues la aburrida reunión no sería hasta la mañana siguiente. Disponiendo del resto de la tarde libre a su antojo y sabiendo, por primera vez después de lo de Aspen, en qué emplearía el tiempo exactamente.

Y sin pararse a pensar en las posibles consecuencias, si es que las había, se levantó de la cama, cogió el bolso, nuevamente se calzó los zapatos, y volvió a salir.

En el hall del hotel volvió a cruzarse con el Robert de cartón aprovechando para sacarle la lengua a su paso, planeando la venganza que iba a tener lugar en la discoteca esa misma noche.

“¿No se había limitado él a jugar sucio? Pues bien, la hora de jugar ahora le pertenecía a ella y sabía lo que tenía que hacer. —Y salió a la calle llena de una energía renovada únicamente interesada en tomarse la revancha—. Había llegado su momento y lo iba a aprovechar, estando dispuesta a hacerle ver que ella también podía actuar como si no tuviese corazón”.

Miró a un lado y a continuación se puso a caminar.

La sensación de frío en el momento de salir no fue suficiente para hacerla cambiar de parecer. Caminó siguiendo las indicaciones que el amable recepcionista le había dado, y no tardó en llegar a la zona de tiendas, aprovechando que veía una cafetería para internarse dentro y pedir un café queriendo entrar en calor. Una vez que se lo terminó volvió a la calle comenzando a mirar tranquila varios escaparates, y mirando y mirando, logró ver en uno de ellos exactamente lo que estaba buscando. Y aunque en un principio le resultó demasiado atrevido, no se lo pensó. Entró en el interior y trató de olvidarse del

malestar que empezaba a tener en la boca del estómago. Regañándose a sí misma a la vez que se dirigía a la dependienta indecisa, y antes de tener una mínima oportunidad que le permitiese salir huyendo de allí.

—¿Puedo ayudarla en algo?

La pregunta de la dependienta la sacó de sus pensamientos, afianzándose a la decisión que había tomado.

—Sí. Quisiera probarme un conjunto que hay en el escaparate.

—Muy bien. Por favor sígame.

Poco tardó en salir, y cuando lo hizo iba agarrando una gran bolsa de la mano y un gesto en la cara que lo decía todo, continuando dispuesta a seguir jugando porque ella también sabría hacerlo. ¡Se iba a enterar aquel engreído con quién estaba tratando! Lo de ser una mojigata y una chica desapercibida se iba a acabar. A menos durante la fiesta de esa noche en la que estaba dispuesta a llamar la atención costase lo que costase.

¡Vaya que sí!

Cuando regresó lo hizo de manera triunfal, convencida de que lograría su objetivo.

Las primeras luces de la ciudad se encendieron a la vez poniendo fin a otro día, mientras que la luz de la luna se dejaba ver... Alexia entonces fue cuando comenzó a arreglarse.

Exactamente a las doce y media de la noche, cuando la fiesta estaba en pleno apogeo, una Alexia realmente espectacular hacía su aparición en la discoteca. Comprobando que varios hombres se giraban boquiabiertos mirándola descaradamente, notando además que hacia las delicias de los fotógrafos allí congregados, y sin que estos últimos pudieran llegar a creerse el golpe de buena suerte que acababan de tener. Admirando a la espectacular morena vestida de aquella manera tan atrevida y sexy estrenando la ropa que se había comprado unas horas antes. Despertando el interés de todos.

¡Absolutamente de todos!

El vestuario consistía en una camisa de raso en color rojo que se ajustaba a la perfección a su silueta, marcando las formas y dejando ver un escote demasiado pronunciado. Una minifalda negra que tapaba lo justo. Y unos taconazos de vértigo. El pelo se lo dejó suelto cayendo sobre sus hombros de manera sensual, y para terminar un último detalle maquillándose bastante más de lo acostumbrado. Terminando dándose un carmín de color rojo intenso sobre su boca, a juego con la camisa.

El primero en verla fue Dan.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! —exclamó atónito.

Robert lo miró pensativo.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

—Míralo tú mismo...

Y señaló hacia la barra. El sitio en el que una Alexia provocativa pedía un cóctel a un camarero bien dispuesto que no podía evitar mirar el escote pronunciado.

Robert siguió la mirada hacia las indicaciones de Dan como si nada, hasta que el pulso se le empezó a acelerar. Abriendo los ojos como platos, totalmente incrédulo, a medida que en su interior comenzaba a hervirle la sangre de mala manera de lo furioso que de repente estaba.

—¿Qué demonios está haciendo?! —gruñó atravesándola con una mirada de hielo.

—No lo sé, creo que lo que busca es provocarte.

—¿Provocarme? —preguntó furioso y fuera de sí—, ¡¡ésta no sabe lo que está haciendo!!

Dan lo tuvo que sujetar por el brazo después de verle dispuesto a ir tras ella.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Cómo dices? —alzó la voz apartándole el brazo de un manotazo.

—Estamos en una fiesta que te ofrece el mejor hotel de la ciudad y no puedes armar un escándalo, te debes a la prensa y a tus fans que han conseguido una entrada para estar a tu lado y poder fotografiarse contigo.

—¡No me jodas Dan!

—No. ¡No me jodas tú a mí! —Y continuó sin inmutarse—: Te quedarás aquí. Te olvidarás de que la has visto y cumplirás con tu trabajo. Eso es lo que vas a hacer. ¿O acaso se te ha olvidado que no quiere saber nada de ti? Porque que yo sepa te lo ha demostrado a base de bien.

El último comentario logró lo que parecía imposible, templando los ánimos y consiguiendo pensar fríamente en lo que su amigo acababa de decirle, admitiendo que tenía toda la razón.

—Está bien. Lo intentaré —prometió taladrándola con la mirada y sin mucha convicción que digamos—, ya tendré tiempo de ponerla en su sitio.

—Miedo me das —dijo Dan conociéndolo demasiado bien.

Y Alexia, ajena a la conversación entre ellos, bebió un trago del rico cóctel que le acababan de servir, echando un barrido por toda la sala hasta que lo vio. Topándose con unos ojos fríos y completamente endemoniados.

¡La mirada que se cruzaron hizo que por un momento estuviese a punto de incendiarse el local!

El primero en apartarla fue él, y con premeditación y alevosía, se dirigió hasta un grupo enloquecido de fans que esperaban su turno para hacerse una foto con su ídolo. Algo a lo que se dispuso de buena gana aprovechando para cogerse a la cintura de cada una de ellas y dejándose abrazar en un férreo deseo de querer sacarla de quicio.

—¡Será cabrón...! —dijo en voz alta—. Muy bien, quiere jugar, ¡pues juguemos!

Entonces se llevó la copa a los labios en un clamoroso intento de continuar manteniendo la calma y se dio cuenta de que estaba vacía, (ni siquiera recordaba habérsela bebido), mientras le veía, ahora, refregarse literalmente contra una chica rubia que parecía encantada de la vida. Lo que permitió que fuese engullida por unos celos implacables que la destrozaron por entero... Decidiéndose a actuar y dirigiéndose a la abarrotada pista de baile, comenzando a bailar de una manera sugerente con el propósito de provocar a cualquier hombre que se le pusiera a tiro, y con la certeza de que desde luego ella también podría hacer lo mismo que él.

¡Si la cuestión era a ver quién llegaba más lejos que así fuera...! Y no tardó en percibir una fuerte mano alrededor de la cintura a los pocos segundos, girándose esperanzada y olvidándose de todo el enfado. Implorando porque fuese Robert el que la hubiese tocado a la vez que terminaba de girarse en busca de quién se trataba. Descubriendo que la desilusión se hacía paso a través de sus ojos que veían a un desconocido pegado a su cuerpo queriendo simplemente llevársela al huerto. ¡Deseando en lo más profundo de su ser que se hubiese tratado de él...!

“Mierda —pensó disgustada—. ¿Y decía que no era nadie en su vida? ¿A quién trataba de engañar?”

Y se empeñó en calmarse tras el vaivén de emociones en las que estaba envuelta, empezándose a sentir un poco incómoda debido a la cercanía de aquel desconocido. Volviendo a buscar a Robert y encontrándolo en actitud cariñosa y susurrando algo en el oído de, “ahora”, una morena. Provocando que tuviese que cerrar los ojos por el daño enorme que le causaba aquella imagen, tragando el nudo que tenía retenido en la garganta por la escena que tenía a escasos metros, y terminando de decidirse dispuesta a no darse por vencida delante de aquel hombre que la había engañado de forma tan sumamente vil. Echándose la manta a la cabeza y teniendo el propósito de hacer daño a costa de lo que fuera, decidiéndose a seguir adelante y siendo consciente de que debería olvidarse de lo que estaba viendo. Consiguiendo ponerse a su misma altura y jugando a un juego que a él parecía dárselo de maravilla.

“Porque de eso se trataba, ¿no? —se preguntó una dubitativa chica que quiso infundirse de unas fuerzas que empezaban a faltarle”.

¡Odiándose por ello!

Y antes de que las dudas no la dejaran seguir, terminó pasando los brazos alrededor del cuello del hombre desconocido, (en lo que se acabó convirtiendo en una insinuante invitación), pensando:

“Llegaría hasta el final si así conseguía apartar los pensamientos de aquel hombre que desgraciadamente había entrado en su vida tan profundamente”.

Por supuesto el desconocido no tardó en dar el siguiente paso.

—Estás deslumbrante Alexia.

Alexia quedó desconcertada.

—¿Me conoces?

—Es raro no hacerlo después de que hayas salido en casi todas las revistas —aclaraba acercándola descaradamente—. Además, debo darte las gracias porque me hiciste ganar varios dólares.

—¿Qué?

—Soy fotógrafo. Hicimos una apuesta entre compañeros y gané junto a otros dos.

—¿De qué se trataba? —Quiso saber debido a la curiosidad.

—Apostamos doce a tres a que Robert no podría haber sentado la cabeza, es imposible si tenemos en cuenta la suerte que tiene de poder tener a quién quiera. ¡Menudo cabrón! Y encima a las más buenas... —continuó desviando la mirada descaradamente hacia el escote que le permitía ver parte de sus pechos.

La incomodidad en los brazos desconocidos se agrandaba a pasos agigantados, pero aun así se dejó llevar por el fotógrafo apuesto después de verse vencida tras escuchar aquella verdad abrumadora. Provocando una terrible desazón en su interior.

—¿Estás alojada aquí?

Alexia asintió.

—Quizás podríamos perdernos un rato en tu habitación, ¿no crees?

—Te gusta ser directo, ¿no? —Y puso la mano sobre el pecho del desconocido queriendo alejarse, algo que éste no le permitió. Hecho que no le gustó nada—, creo que necesito una copa.

—Te invito —dijo siendo rechazado, pero teniendo la certeza de que lo volvería a intentar.

¡Vaya que lo haría!

La cogió de la mano y ella no replicó, dejando que la llevara a la barra para, después de servirles, conducirla a lo que era un sofá apartado y poder tener la intimidad necesaria.

—Aquí de momento estaremos mejor —susurró bajando con la intención de llegar a sus labios.

Alexia se apartó disimuladamente y tuvo la convicción de que no deseaba ser besada por ningún hombre que no fuese Robert. Pero el fotógrafo tenía otros planes bien diferentes y no tardó en volver a intentarlo, siendo apartado claramente por la mano que ella le volvió a poner sobre el pecho impidiéndoselo. Creyendo que sería suficiente.

—No.

—¡Vamos guapa! ¡No te hagas la estrecha ahora! Tienes toda la pinta de haber venido a la fiesta únicamente queriendo darle en los morros, ¿por qué no lo disfrutamos? Esto parece divertido.

Alexia a esas alturas le empezaba a faltar el aire.

—Quizás parezca divertido pero te puedo asegurar que no lo es —decía reflexionando avergonzada por su comportamiento—. Lo siento pero me he equivocado, no sé lo que hago aquí.

Dejó la copa sobre la mesa y se levantó huyendo del fotógrafo.

—Alexia, Alexia... —la llamó éste último levantándose para ir en su busca.

Pero la joven estaba en otro mundo, odiándose por intentar, ¿qué?, ¿provocarle?, ¿ponerle celoso?, ¿acaso se creía alguien en su vida?

¡Que patética resultaba! Y a medida que era consciente del ridículo que estaba haciendo lo único en lo que pudo pensar fue en querer desaparecer y largarse de allí, tratando de olvidar aquel comportamiento infantil que por supuesto era del todo impropio en ella...

Y mientras iba pensando en la fatalidad de sus hechos, repentinamente fue asaltada por alguien que se tomaba la libertad de agarrarla del brazo sacándola de sus pensamientos. Dándose la vuelta desconcertada y encontrándose nuevamente con el hombre que por lo visto no estaba por la labor de tirar la toalla. Convirtiéndose en un auténtico pesado.

—¿Qué haces? Ya te he dicho que... —contestaba Alexia cabreada antes de verse impedida a seguir hablando.

Lo que sucedió entonces ni siquiera lo vio venir de lo confusa que estaba, obviando las verdaderas intenciones de aquel tipo, y viendo como se le echaba encima apoderándose de su boca implacablemente. Permittedose agarrarla de la cintura y acercándola a él sin molestarse en averiguar si es lo que ella quería. Simplemente dejándose llevar de la mano de la lujuria que tuvo en el mismo instante en que la vio con aquel atuendo tan provocativo...

Veinte minutos antes de que todo sucediera Robert seguía esforzándose por tener la voluntad suficiente de olvidarse de que ella estaba allí, una tarea que resultó bastante ardua pero que en la medida que le era posible estaba logrando. Siguiéndola a cada segundo, y viéndola ahora bailando agarrada al cabrón del paparazzi que peor le caía encima la pista de baile.

—¡Ni se te ocurra...! —le dijo Dan leyéndole el pensamiento y haciendo avanzar a otro grupo de chicas.

Robert apretó la mandíbula fuertemente y no le quedó otro remedio que aceptar el nuevo grupo, dejando ver una expresión en la cara que daba miedo. Fulminando a la pareja que se marchaba a la barra cogida de la mano.

—¡No me hago ninguna puta foto más Dan! —explotó de repente.

—Pero, ¿qué...?

—¡Lo que oyes! Tengo un asunto que solucionar.

—No, nada de eso. —Y se interpuso delante—: ¿Acaso no ves que lo que quiere es lo que está consiguiendo? Ignórala y ya verás lo poco que tarda en marcharse. Además, ¿qué es lo que vas a solucionar si ni te habla? ¿Ya no te acuerdas las veces que la has llamado? Olvídate de ella y punto.

Una nueva fan llegó a continuación requiriendo un autógrafo, y viendo la cara descompuesta de su representante, cogió el bolígrafo y firmó, haciéndole ver que o aceleraba la sesión o las dejaría plantadas. Observando, en cuestión de milésimas de

segundos, cómo Dan, realmente preocupado por todos los acontecimientos que se estaban produciendo, entraba en acción.

Pero lo cierto es que la tranquilidad duró bien poco, y lo que tardó en ver a aquel cabrón yendo detrás de los pasos de Alexia y sin que todavía fuese consciente de todo lo que vendría después...

—¿Pero qué coño hace? —preguntó en voz alta pendiente de aquel cabrón que la cogía del brazo consiguiendo que se diera la vuelta para...

“¿Para qué?”

—¡¡Hijo de puta!! —estalló.

¡Observando cómo la besaba provocando que la reacción fuese instantánea! Apretando los puños furioso y dejando de prestar atención a ninguna de sus fans, dejándolas plantadas y limitándose a dirigirse hacia el otro lado mostrando el semblante serio e incontrolado a medida que la ira lo invadía. Jamás nadie había conseguido encolerizarle así, y desde luego que no le importaba estar dispuesto a admitirlo, necesitando apartar a aquel cabrón de la que seguía siendo la única chica que despertaba en él el deseo de querer protegerla costase lo que costase...

Mientras, un Dan ajeno a todo lo que no fuese terminar esa nefasta sesión de fotos, y antes de que se liara a lo grande, de repente empezó a percatarse de que debía de estar sucediendo algo raro. Temiéndose lo peor, fijando la atención en un Robert que apresurado cruzaba la discoteca comprendiendo lo que sucedía, y antes de echar a correr a toda prisa sabiendo certera, y absolutamente, lo que iba a suceder a continuación.

—¡Robert! ¡Robert! —gritaba a todo pulmón sin el menor resultado dándose cuenta, para su desesperación, que los que todavía no sabían lo que estaba pasando giraban sus cabezas hacia ellos.

Alexia en un primer momento se quedó aturdida después de ser besada en contra de su voluntad, pero no pudo reaccionar. Quedándose quieta antes de que finalmente encontrase las fuerzas necesarias para apartarse. Queriéndose morir en cuanto vio la cara conocida de un hombre que se acercaba desde el otro lado a grandes zancadas y atravesándola con una mirada asesina que la hizo empequeñecer.

—¿Qué haces? —preguntó el desconocido enfadado—, no puedes insinuarte como lo has hecho y ahora dejarme así. ¿A qué juego estás jugando joder?

—Creo que será mejor que te vayas —logró decir mediante un susurro y de manera avergonzada.

—¿Qué? No pienso irme a ningún sitio hasta que terminemos lo que tú has empezado en la pista de baile —contestó alzando la voz y sin percatarse de que Robert estaba detrás escuchando la conversación.

—¿Y qué es lo que ha empezado? —preguntó a sus espaldas de manera amenazante.

El fotógrafo se dio la vuelta encontrándose cara a cara con un Robert que no dejaba la menor duda acerca de lo que iba buscando.

Mascándose la tensión en la mirada asesina de ambos.

—¡Tú no te metas! —le advirtió el paparazzi apuntándole con el dedo convencido de que desde luego allí sobraba. Después se dio la vuelta y dijo en tono despectivo—: Menuda calientapollas...

¡Y Robert sencillamente explotó!

Aquellas palabras hicieron que perdiera el control del todo, siendo incapaz de ver más allá de lo que aquel hijo de puta acababa de insinuar. Y con una fuerza inusitada, le terminó dando un puñetazo en medio de la cara, haciendo que cayera sobre el suelo.

Dan no pudo hacer nada para impedirlo.

—¡¡Hijo de puta!! —escupió un Robert descontrolado por la ira—. ¡¡Si vuelves a hablar así de mi novia te juro que te mataré!!

Y se limitó a esperar a que se levantara para seguir golpeándolo, ajeno a la expectación que estaba levantando.

—¡Vamos cabrón! ¡Levántate!

Una Alexia incrédula y preocupada se dio cuenta de lo que había terminado provocando debido a su poca cabeza. Odiándose por ello. Tanto fue así que no prestó atención a lo que Robert acababa de decir, quedándose completamente consternada mientras los flashes de las cámaras no perdían detalle de todo lo que estaba ocurriendo. Relamiéndose de gusto.

¡Maldiciéndose una y otra vez! ¿Qué es lo que había hecho?

Aunque la peor parte estaba por venir, y fue en el instante en que alzó la mirada encontrándose con la suya. Solo entonces fue cuando un terrible dolor atravesó su corazón puesto que él no estaba dispuesto ni a dirigirle la palabra. Limitándose a mirarla con lo que parecía odio.

Y mientras sucedía todo esto el fotógrafo consiguió ponerse en pie tras el inesperado puñetazo, intentando de la forma que fuera devolverle el golpe a aquel hijo de puta que tan mal le caía. No lo consiguió, y es que el equipo de seguridad se afanaba en el empeño de separar a los dos hombres para que la normalidad se restableciera de una buena vez. Tardando bastante en hacerlo.

Parecieron pasar varios minutos antes de que Alexia creyera saber qué era lo mejor, queriendo a toda costa salir de allí, avergonzándose a cada segundo de absolutamente todo. Dando media vuelta y echando a correr como una loca al ser consecuente de que no podría enfrentarse a la mirada de odio que le había dedicado en exclusiva, y sobre todo a la vergüenza que la consumía. Deseando únicamente perderse de una maldita vez envuelta en un ataque de histeria por todo lo que había terminado provocando.

¡Sintiendo los ojos de él clavados sobre su espalda!

—¡Joder Robert! ¡Mira que te he avisado! —se quejaba fuera de sí Dan después de los resultados de aquella catástrofe, viendo a las fans cabreadas además de celosas por lo que acababan de presenciar—, las fotos saldrán en las revistas del viernes. Desde luego que la película no va a pasar inadvertida por tus salidas de tono continuas y ni siquiera está Pamela. Acabas de dar lugar a nuevos comentarios acerca vuestra y no es nada bueno...

—¡¡Vete a tomar por el culo!! —fue lo que dijo, viéndola dirigirse hacia los ascensores pareciendo que no le importaba nada el revuelo que se acababa de armar. Siendo la única culpable. Percatándose de que nuevamente salía huyendo colmando la paciencia de un hombre descontrolado— ¡¡Iros todos a tomar por el culo!!

Y dejando a Dan plantado dio media vuelta y echó a correr tras ella nada dispuesto a dejarla marchar después de la que había armado. Pillándola dentro del ascensor antes de que cerrasen las puertas, consiguiendo desbaratar sus nuevas intenciones de huida.

—¡¿A qué coño estás jugando?! —le preguntó de manera amenazante.

La dureza en cada una de las palabras la hizo retroceder dos pasos. Los suficientes hasta dar con la espalda en la pared del ascensor, quedando acorralada.

—Yo... —titubeó avergonzada.

Las puertas del ascensor se cerraron comenzando el ascenso a la planta en la que estaba hospedada, y mientras eso sucedía, Robert sencillamente estalló después de todo el numerito que se había armado.

—¡Te marchas sin darme la oportunidad de explicarme! —continuó gritando sobre su cara de forma incontrolada por la rabia—, ¡no contestas a ninguna de mis llamadas!, y ahora, en cuanto tienes la menor oportunidad te presentas ¡así! para intentar, ¿qué? ¿Provocarme? ¿Acaso has perdido la razón? ¿Cómo se te puede ocurrir presentarte así en mi fiesta?

—Lo siento. —Fue todo lo que pudo decir incapaz de mantenerle la mirada, permaneciendo con la cabeza hacia abajo mirando el suelo del ascensor que subía a toda prisa.

—¿Y te crees que un lo siento es suficiente? —gritó todavía más fuerte.

Estaban tan cerca el uno del otro que en el momento en que uno de los dos se moviera sus cuerpos terminarían rozándose.

—¡Joder Alexia! Me estás haciendo perder la cabeza —confesó lleno de rabia y mirando la cara de la chica inclinada hacia abajo, descubriendo que era incapaz de alzarla. Provocando con aquel gesto que terminase soltando el aire por la boca a medida que bajando el tono añadía—: ...Y ni siquiera sé si merece la pena. ¡Así no!

Y como ella seguía sin mirarle, su cabreo creció hasta un límite insospechado, dando lugar a que pulsara el botón de parada. Un hecho que la hizo reaccionar.

—¿Qué haces?

—Aquí encerrada no tendrás la oportunidad de escaparte nuevamente, algo que haces demasiado bien para mi tormento y no lo voy a consentir. ¡Esta vez no!

Todo a continuación sucedió demasiado deprisa, y fue cuando una Alexia incapaz de permanecer allí después de lo que había provocado, intentó pulsar el botón implorando por llegar a su planta con el fin de esconderse después del ridículo que había hecho.

Al hacerlo, y de manera inesperada, sus cuerpos se tocaron ocasionando que una explosión de sentidos los hiciera olvidarse de todo. De todo menos de ellos...

Y antes incluso de darse cuenta, un Robert totalmente excitado y fuera de sí la empujaba contra la pared del ascensor a la vez que se apoderaba de aquellos labios que tanto había echado en falta, sonriendo aliviado notando cómo Alexia se agarraba a su cuello limitándose a seguirle con la misma urgencia que él. Porque desde luego que no era el momento de pensar en lo acontecido antes. Aislándose del mundo con la necesidad de que solo existían ellos dos y la pasión desenfrenada que sentía el uno por el otro.

¡Necesitándose con un dolor físico abrumador!

—¡Oh Alexia! ¡Alexia! ¿Por qué te empeñas en alejarte de mí? —susurraba atormentado bajando hasta el escote pronunciado y besando el canalillo que dejaba a la vista aquella sexy camisa—, no sabes lo que he tenido que contenerme cuando te he visto para no salir corriendo tras de ti y arrastrarte ni se dónde.

Desabrochó la camisa demasiado deprisa y después hizo lo mismo con el sujetador, dejando ver que la intención era la de poder tener acceso libre a sus pechos comenzando a acariciarlos mientras que la seguía besando apasionadamente.

—¿Alguna vez lo has hecho en un ascensor? —Y la miró lleno de lujuria.

—No.

—Siempre hay una primera vez amor, y yo estoy encantado de mostrártelo.

Un grito de sorpresa salió de ella al notar, cómo de pronto, la alzaba sin esfuerzo. Agarrándose a su cuello y sintiendo la mano de él primero de un tobillo y después en el otro para que se abrazara con sus piernas alrededor de la cintura masculina. Quedando totalmente expuesta con la falda subida hasta la cintura, y sin ser capaces ninguno de los dos de pensar más que en calmar a sus cuerpos de aquel abrasador calor que los asfixiaba por dentro.

—Así mejor, ¿verdad?

—¡Oh Robert! ¡Te necesito!

—Seguro que no tanto como yo a ti nena.

Ahora sí que tenía acceso directo a aquellos pechos que pedían a gritos un poco de atención. Dejando de besarla en los labios y bajando hasta ellos para seguir besando una y otra vez, escuchando los gemidos de una desinhibida Alexia que estaba dispuesta a darlo todo.

—Me gusta tanto escucharte Alexia. —Y de manera rápida bajó la mano hasta el botón de sus pantalones para desabrocharlos, bajando la cremallera y liberando a un miembro completamente erecto que ansiaba por hacerlo—. ¡Alexia! ¡Alexia! ¡No sabes lo mucho que te he echado de menos! Si lo supieras...

No pudo terminar la frase y actuó loco por la pasión apartándole el tanga a un lado para tener vía libre, sujetándola por el trasero con ambas manos y logrando empujar fuertemente dentro de ella embistiéndola sin poder controlarse ni un segundo más, degustando la calidez entre sus muslos una vez que se adentró en su interior de una manera brusca. Anhelando la necesidad de poseerla para hacerla suya urgentemente. Doliéndole de lo mucho que la amaba y sobre todo de lo mucho que la había echado de

menos.

Un grito escapó de los labios de Alexia, agarrándose fuertemente y dejándose llevar por sus sacudidas. Mirándolo henchida de placer y lujuria en cada nueva acometida, comprendiendo la dependencia que tenía de él.

—¿Te gusta mirarme Alexia?

—Sí. Mucho —logró decir mediante jadeos sintiéndose sumamente plena con cada nueva embestida. Siendo empujada nuevamente contra la otra pared del ascensor sin importarle la dureza con la que lo hizo, excitándose terriblemente—, no sé si podré aguantar.

—¡Córrete Alexia! —ordenó él entonces y en un tono autoritario—. ¡Córrete para mí nena!

Y Alexia simplemente se dejó llevar, corriéndose él a su vez y dejándose envolver por la maravillosa explosión que seguía al clímax. Incapaces de apartar los ojos el uno del otro después del sexo compartido y diciéndose tantas cosas...

—¡Joder Alexia! ¡Cuánto te necesitaba! —exclamó un cansado Robert saliendo de su interior pero sin bajarla. Abrazándola y dejando caer la cabeza entre su pelo, saboreando los momentos de placer que acababan de compartir mientras que la respiración volvía a la normalidad.

—Eres un perverso, ¿lo sabías? —dijo agarrándose fuerte y de manera desesperada para no alejarse de él. ¡Lo necesitaba tanto...!

Pasaron varios minutos limitándose, simplemente, a permanecer abrazados pareciendo ser lo que ambos necesitaban después de todos los acontecimientos pasados. Sobre todo tras la separación que ella impuso y que resultó ser demasiado dolorosa.

—No sabes lo que necesitaba sentirte Alexia —repitió rompiendo el silencio apartándola de su cuello para que le mirase—. De veras que no te haces a la idea.

—Robert yo...

Dejó de abrazarlo con las piernas lo que él intuyó a que quería apartarse, dejándola sobre el suelo dolorosamente sintiéndose rechazado. Viéndola bajarse la falda para después abrocharse la camisa.

Lo que él no sabía era que lo que intentaba Alexia era darle una explicación, aunque esta no fuera nada fácil.

—Siento mucho lo que ha pasado. Es verdad que me he vestido así con la intención de provocarte solo que he llegado demasiado lejos, y estoy muy avergonzada. La prensa tiene que estar frotándose las manos gracias a las fotografías que deben de haber hecho.

—Eso ahora no importa amor, nada importa. —Cogió su cara y se acercó besándola suavemente—. Solo importamos tú y yo.

—¿De veras? Deberías estar enfadado conmigo.

—Y lo estoy. ¡Vaya si lo estoy! —contestó bajando las manos y poniéndoselas sobre sus caderas. Acercándola—, pero no de la forma en la que crees.

—¿Qué? —preguntó.

—Ahora te lo diré.

Robert se limitó a pulsar nuevamente el botón del ascensor para recobrar el ritmo y después se abrochó el pantalón.

—Tenemos una conversación pendiente y la vamos a tener, ¡ahora! —Y para restar un poco de tensión la miró con burla preguntando—: ¿En tu habitación o en la mía?

Las puertas del ascensor se abrían en ese instante lo que él aprovechó para cogerla de la mano y sacarla de allí.

—¿Cuál es tu habitación?

—La 340, está aquí.

—Bien.

Alexia sacó la tarjeta del bolso y abrió la puerta. Robert simplemente la siguió cerrando tras de sí.

Una vez dentro fue hasta el mini bar, sacó dos copas y una botellita de whisky y la sirvió, observándola sentarse sobre la cama leyéndole la tristeza que la embargaba.

No tuvo que esperar a saber el porqué.

—No sé si es una buena idea —dijo Alexia—. Desde que nos conocimos no se nos ha dado demasiado bien hablar. Siempre terminamos discutiendo.

—Porque tú quieres. Si no salieras huyendo cada vez que te viene en gana no tendríamos que terminar haciéndolo. Además —le dijo dándole la copa—, necesito saber por qué te marchaste de la forma en que lo hiciste y el por qué no has contestado a ninguna de mis llamadas.

Alexia se levantó de la cama y se alejó hasta el balcón desde el cual se veía una increíble panorámica de la ciudad.

—Me mentiste Robert. Me hiciste mucho daño. Por eso huí.

—¿¿Qué?! —La sorpresa dio lugar a una mirada de completa impotencia después de escucharla—, ni siquiera sabes de lo que estás hablando. ¿Ves? Es a esto a lo que me refiero.

—¿Ah no? —alzó la voz y se dio la vuelta haciéndole ver que no se equivocaba cuando le dijo que terminarían discutiendo—. Que yo sepa nadie le da las llaves de su casa a cualquiera. No me vengas ahora con que no sé de lo que estoy hablando. Me basta lo que vi, y sé a ciencia cierta que no estoy equivocada.

—¿Cómo puedes llegar a decir tantas barbaridades? —le reprochó incrédulo y sin que pudiese creer lo que oía por su boca—. Mira Alexia, te dije que no iba a ser fácil pero lo que nunca llegué a creer es que quién no lo iba a hacer así serías precisamente tú.

—¿Qué insinúas?

—Es muy sencillo, tanto como que todo esto nos lo podríamos haber ahorrado si te hubieses quedado en vez de salir corriendo como es costumbre en ti. Y para que lo sepas

ya me estoy empezando a cansar de este jueguito.

Se llevó el alcohol a la boca y se lo bebió de un trago apaciguando su ánimo destrozado.

—¿Y quién está jugando? —gritó recordando lo sucedido en Aspen, decidiendo abrirse a él a través de una verdad que no se había atrevido a confesar hasta ahora añadiendo—: Para ti será un juego pero te aseguro que no lo es para mí. Acabo de salir de una relación de dos años pensando que era feliz y resulta que nada más lejos de la realidad. He terminado humillada y apaleada con el que ha sido el primer hombre en mi vida así que no me vengas ahora con esas. ¡No te lo voy a permitir!

“¿¡Qué era lo que acababa de decir!?”

Robert se acababa de quedar pasmado debido a dicha revelación, mirándola con los ojos muy abiertos tratando de digerir lo muy diferente que era a todas las demás mujeres que habían pasado por su vida sin pena ni gloria. Y sobre todo intentando ponerse en su situación.

—¿Tú primer hombre? —preguntó incrédulo—. ¿Acaso me estás diciendo que no has estado con nadie más?

—Aparte de ti y Jack no.

—¡Oh Alexia! —exclamó levantándose para acercarse, siendo rechazado por la mano de ella que no estaba dispuesta a consentir que entre ellos no se mantuviese una distancia prudencial, empeñada en abrirse sin distracciones de ningún tipo. Aceptándolo de mala gana pero respetando su decisión volviendo a sentarse sobre la cama—. No me puedo imaginar por el calvario que has tenido que pasar por ese hijo de puta...

—Ese no es el caso ahora Robert —le cortó—. Aunque ni yo misma me lo crea es agua pasada, lo que me asusta de veras es lo que estoy viviendo aquí y ahora. ¡Contigo!

—Sigue por favor. Dime todo lo que se te pasa por esa cabecita.

Alexia suspiró al tiempo que bebía un largo trago de whisky para darse unas fuerzas que parecía necesitar diciendo:

—Todavía, y a día de hoy, no me puedo creer en lo interesado que sigues estando en mí Robert, y ello hace que me proteja ante ti de la única forma que tengo de hacerlo. Es por eso que huyo cada vez que surge un contratiempo. No estoy preparada para volver a sufrir, y es lo que creo que me va a pasar si permanezco a tu lado. —Se sinceró bajando la mirada para que no viese sus ojos llenos de lágrimas.

Un gran silencio los envolvió a continuación, un silencio cortado por la voz rota de las emociones que se estaban viviendo dentro de aquella habitación de hotel, y a través de una pregunta inesperada:

—¿Quieres saber lo que realmente me atormenta Robert?

—Sí —susurró apenado dándose cuenta de que estaba llorando, haciéndosele prácticamente imposible permanecer allí sentado—. Cuéntamelo.

Se limpió las lágrimas y decidida a dar el último paso alzó la mirada, pudiendo ver en aquellos ojos azules el tormento por el que Robert también estaba pasando.

—Lo que me atormenta soy yo misma preguntándome cada día... ¿Hasta cuándo durará la relación? ¿Cuándo se cansará de mí para irse con otra? Y eso es algo que me está matando —confesó de una vez por todas.

Necesitaban sinceridad y ella estaba dispuesta a darla a pesar de las posibles consecuencias.

—Te dije que no te iba a engañar y lo voy a cumplir nena. No estoy seguro de hacia qué lugar nos llevará la relación que tenemos, pero hay algo que sé y que tú deberías creerte. Estoy a gusto contigo y para mí es suficiente, pero he de saber algo. Mi pregunta ahora es. ¿Y para ti?

—¡Oh Robert! ¿Acaso no sabes ya mi respuesta? Por supuesto que para mí también lo es, pero la interrupción de aquella...

—¡Calla! ¡Ni la nombres! —Y sin poder permanecer separado ni un segundo más se acercó para confesarle—: Ella no es nadie. Tan solo una más. Nunca he tenido novia formal como ya te dije, y debes creer en lo que te digo siempre.

—Pero, ¿y la llave?

—Se la di hace tiempo, es cierto. Pero solo porque con ella he tenido el suficiente rollo como para saber que la tendría cuando quisiera, y ahí queda todo. Hace mucho que no nos veíamos y al saber que estaba en Aspen decidió darme una sorpresa. Te prometo que no hay nada más, si no te lo diría aunque ello significase que no quisieras volver a verme nunca. Soy hombre de cumplir mis promesas y desde luego que contigo no pienso empezar a romperlas. ¡Sobre todo contigo! Anda ven aquí —terminó diciendo de manera dulce.

Alexia se dejó estrechar entre sus brazos necesitando como nunca antes sentirse querida. Algo a lo que él por supuesto estaba más que dispuesto.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor, estos días han sido un verdadero infierno.

—También lo han sido para mí amor. Por eso disfrutemos de lo que tenemos ahora. No pensemos en el mañana, ¿estás dispuesta?

—Por ti desde luego. —Y alzó la barbilla lo suficiente hasta encontrarse con los maravillosos labios que la hacían perder el sentido. Volviendo a sentirse una mujer afortunada por estar donde, y sobre todo, con quien quería.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —le preguntaba en esos momentos sobre sus labios con una sonrisa traviesa que lo hacía terriblemente atractivo.

—No solo puedes sino que debes —le respondió sonriendo y abrazándolo intensamente —. Robert...

—¿Sí?

La mirada de ella cambió mientras barajaba la posibilidad de que quizás tendría que volver a bajar otra vez a la discoteca.

—¿Puedes quedarte ya, o tienes que bajar otra vez?

—La fiesta ha acabado en el momento en que me he marchado. No sería buena idea bajar, total lo que ellos querían ya lo tienen.

—Lo siento —volvió a disculparse.

—No lo hagas. Gracias a la que has liado hemos podido encontrarnos de nuevo y es lo único que me importa.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto nena. Cuando te dije lo mal que lo había pasado no exageré nada. Por eso no me arrepiento ni lo más mínimo de lo que allí abajo ha sucedido. No si te tengo como yo deseaba. Anda, acostémonos un rato para poder descansar, ¿vale? Ahora es lo único que me apetece. Dormir abrazado a ti.

—Dices unas cosas tan bonitas. Me haces sentir demasiado bien.

—Entonces disfrútalo, ¿vale?

—Vale.

Finalmente dejaron lo de dormir para más tarde, desnudándose mutuamente mientras que se besaban y acariciaban reavivando la llama que nuevamente los envolvía, haciéndolos enloquecer. Permaneciendo abrazados después de compartir sexo y sobre todo permaneciendo juntos lo que quedaba de noche.

A la mañana siguiente se despidieron con una rapidez que no gustó a ninguno de los dos. El avión privado de Robert salía a las ocho en punto y desde luego que aquel detalle no se podía obviar.

Después de besarla con un beso casto, porque si no, no habría Dios que lo separara de ella, recogió la ropa que estaba tirada por allí, y se vistió a toda prisa dispuesto a volver a la habitación a recoger sus cosas para terminar de preparar la maleta.

Al cerrar la puerta echó un último vistazo a la cama, el lugar en que una Alexia resignada le decía adiós, pensando en una mejor manera de despedirse si iban a pasar, ¡dos días! sin verse.

¡Echándola de menos y eso que todavía no se había marchado!

—Hasta el viernes, preciosa —dijo antes de abandonar la habitación con una voz que le delataba. Dejando ver que a él también le costaba mucho separarse de ella tras el reencuentro tan excitante que tuvieron la noche anterior.

¡Odiando de repente tener la obligación de seguir promocionando la película! ¡Era lo último que deseaba!

Y así fue como se separaron a la fuerza para tomar caminos diferentes... Robert con dirección a New Jersey, y Alexia con dirección a casa una vez que terminase la reunión que tenían programada para ese mismo día.

—Contaré los minutos hasta que nos volvamos a ver. Por favor Robert, no te olvides de mí.

—Nunca, ¿me has oído? ¡Nunca! —Y le dedicó una sonrisa tranquilizadora lanzando un beso desde la distancia porque si se acercaba terminaría retrasando su partida—. Te dije que soy un hombre que cumple las promesas nena, y ahora más que nunca estoy dispuesto a seguir haciéndolo. Te lo debo después de lo mucho que significas en mi vida.

La miró una última vez y a continuación cerró la puerta tras de sí.

—Hasta el viernes —se escuchó decir a Alexia mediante un susurro triste una vez que él desapareció.

Dio media vuelta sobre la cama y se colocó sobre su lado vacío embriagándose del olor característico que siempre le acompañaba, echándolo terriblemente de menos.

¡¡Sabido que los dos días que los separaban iban a resultar completamente eternos....!!

Y sabiendo que no podría dormir se levantó de mala gana. Se metió en el interior del baño y abrió el agua de la ducha recordando en su mente todas las imágenes de la noche pasada.

“Bueno, habían quedado en verse el viernes en el apartamento de ella en el momento en el que él llegase procedente de Los Ángeles, así que podría resistirlo, ¿no?”.

¡Convirtiéndose en la parada final para la promoción de esa semana!

CAPÍTULO 15

Los dos días que estuvieron alejados se le terminaron haciendo eternos, y ni siquiera el trabajo atrasado que se encontró a la vuelta de California, fue suficiente para mantener la mente ocupada en otra cosa que no fuese él y la necesidad imperiosa a cada minuto que pasaba de volver a verle y sentirse entre sus brazos. Debiendo admitir que estaba locamente enamorada de aquel hombre que le había robado en tan poco tiempo todo. Absolutamente todo ya que no podía imaginar la vida sin él. Siendo incapaz de pensar o de hacer nada que no estuviese relacionado con su querido Robert.

Ya ni siquiera le apetecía salir con sus amigos, lo único que le preocupaba en esos momentos era que llegase el viernes cuanto antes para verle por primera vez en su terreno y en su vida cotidiana, allí en su apartamento. Aquello era algo que la entusiasmaba muchísimo.

“Quién se lo podría creer, ¡Robert Brownn en su apartamento! Desde luego que como se cruzase con cualquier vecina iba a alucinar”.

Dejó a un lado sus pensamientos mientras que miraba por enésima vez el reloj, comprobando para gran satisfacción que la jornada laboral acababa de terminar.

Cerró el ordenador a toda prisa mostrando una gran sonrisa, y se dispuso a abandonar su puesto de trabajo pensando en que había sido un día duro después de que fuese el primer día en que estuvo sola, ya que Estefany había acabado con su preparación, dedicándose al cien por cien de su marido operado de corazón.

Cogió el abrigo y el bolso, y salió del edificio envuelta en una sonrisa que le cruzaba la cara ante el fin de semana que tenía por delante. Nada más hacerlo, el aire frío junto a la lluvia que empezaba a caer la acompañó hasta el puesto callejero de perritos calientes sin perder la sonrisa ni con aquel tiempo tan desagradable que hacía.

Después de pedir un perrito y una coca cola abrió el bolso, sacó la cartera para pagar a aquel muchacho, y continuó con el propósito de pasar desapercibida aunque sabía que un coche de prensa la seguía. ¡En fin! Ni siquiera ellos le iban a arruinar el día. No iba a consentir que nadie la hiciese cambiar sus hábitos y rutinas.

Comió el perrito dirigiéndose calle abajo y se tapó con el paraguas como buenamente pudo porque la lluvia era cada vez más intensa. Giró a la derecha, y antes de entrar en el centro comercial en el que quería mirar algo de lencería para darle una sorpresa, tiró el envoltorio a la papelera. A continuación entró.

Fue pisar dentro del centro comercial y percibir la sensación de que, un aluvión de miradas, se clavaban sobre ella. Unas miradas llenas de curiosidad y que la hicieron sentirse un bicho raro puesto que no estaba acostumbrada, y nunca lo estaría, a que la observaran de aquella manera. ¿Cuándo se iban a olvidar de ella?

—Perdona, ¿eres Alexia Jammes?

Alexia se giró desconcertada viendo a una mujer que la miraba como si se tratase de la mismísima primera dama.

—Lo que daría por estar en tu situación, debes de ser alguien muy especial para acabar dando un puñetazo a un fotógrafo.

—¿Qué? —preguntó aturdida.

—¿No has visto la revista? En ella dice...

Ni se molestó en seguir escuchando. Nuevamente abrió el bolso y sin tiempo que perder sacó unas gafas de sol y un sombrero que siempre llevaba desde que los fotógrafos la perseguían. Alejándose de allí a toda prisa a la vez que se ponía las dos cosas para ocultarse de las miradas indiscretas. Dando pasos ligeros hasta la tienda de prensa que estaba allí mismo.

El corazón se le empezó a acelerar, divisando en el escaparate un sin fin de revistas de la prensa rosa, cuya portada ofrecía la foto en la que se veía claramente a un Robert enloquecido sujetado por el equipo de seguridad de la discoteca.

El titular decía así:

Robert Brownn se pelea en una discoteca por la secretaria de su padre.

¿Significa que van en serio? Todo apunta a que sí.

Y en una foto abajo salía ella y su descarado atuendo.

Cogió la revista, y después de pagarla se la metió en el bolso, seguidamente salió de allí con la clara intención de seguir haciendo lo que deseaba desde esa misma mañana. Teniendo la certeza de que no desbaratarían sus planes. Afanada, por encima de todo, en comprarse lencería fina para poder sorprenderle.

¡Imaginando la cara de placer que le dedicaría en cuanto la viera!

—Lo siento Alexia —decía a través del móvil—, pero no llegaré a tiempo de cenar contigo.

—No pasa nada, ¿ha surgido algo? —preguntó disimulando la decepción que la embargaba y echando un vistazo por encima del hombro a la cocina llena de los alimentos que acababa de comprar.

—Sí, Dan ha concertado una reunión multitudinaria con todo el equipo directivo de la peli por la tarde. Pero no te preocupes llegaré.

—¿Me lo prometes? —dijo con voz mimosa.

—Te lo prometo.

—¿Has visto las revistas? —cambió de conversación.

—Mmmm. No me lo recuerdes. Dan se ha puesto como un loco. Si por él fuese no volvería a dejar que me acercara a ti en una buena temporada.

Alexia no pudo contestar y sopesó el significado de lo que él acababa de confesar como

si nada, quedándose herida de muerte ante el difícil reto de comprender que debían de luchar contra una de las personas que pertenecían a la vida de Robert.

—Alexia —la llamó percibiendo su silencio—. ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó vacilante.

—¡Dímelo! —exigió pareciendo conocerla más de lo que ella creía.

—Es que...

Otra vez silencio, escuchándose solamente las respiraciones de ambos a través del teléfono móvil.

—Nena, ¿qué pasa? —Y suavizó la voz mostrando la preocupación que tenía sin tener una mínima idea de lo que se le estaría pasando por la cabeza—. Vamos, cuéntamelo.

—Es que no entiendo el por qué Dan no aprueba lo nuestro.

—Es mi mánager —dijo pareciendo bastar—, debes comprender que él solo piensa en el bien de mi futuro profesional. En este mundo hay que ir con pies de plomo si quieres que todo salga según lo planeado.

—Yo no entiendo nada de ese mundo ni quiero saberlo, tan solo me importas tú. Todo lo demás se puede ir al carajo.

Él contestó con una sonrisa.

—No tiene gracia —lo regañó—. Lo digo en serio. Estoy harta de que los fotógrafos me sigan allá donde voy.

—Ese cabrón no lo habrá hecho, ¿verdad?

—No lo sé, ni me molesto en mirarlos.

—Tengo que dejarte preciosa, me están llamando y ya no lo puedo demorar más. Estaré ahí sobre las diez de la noche, ¿vale?

—Te estaré esperando —dijo de manera sugerente.

—Se me va a hacer muy largo muñeca, has de saber que estoy deseando ir a tu apartamento y poder desconectar de la locura de semana que llevo. Contaré los minutos hasta las diez.

—Y yo.

El sonido de la conversación se interrumpió ya que Robert colgó de inmediato.

Pasaban veinte minutos de las diez y nada. Él no daba señales de vida.

Volvió a asomarse a la ventana sin ningún resultado, procurando mantener la mente ocupada antes de que terminara volviéndose loca. Aquella condenada espera le estaba resultando eterna.

“¿Y si no iba? —le empezaron a asaltar las dudas”.

Exactamente tres minutos después el telefonillo sonó dando por finalizada la

agonizante espera. Reaccionando con una alegría inmensa pegando, tal salto, que en un segundo cruzó todo el salón contestando de manera precipitada.

—¿Sí? —preguntó con el corazón desbocado—, ¿eres tú?

—Claro que soy yo nena. ¿A quién esperabas sino?

—A ti. Por supuesto —le contestó mientras que una espléndida sonrisa se dejaba ver. Sabiendo que la espera había tocado a su fin.

—¿Me abres? Estoy ansioso por verte.

Unas simples palabras, y su cuerpo entero no tardó en descontrolarse, pareciendo dar palmas a consecuencia de lo que sabía que vendría a continuación.

—Te estoy esperando —dijo nerviosa pulsando el botón que los separaba.

La espera volvió a ser eterna hasta que logró verle a través de la mirilla de la puerta, y antes de que pulsara el timbre, una Alexia eufórica abrió la puerta encontrándose a un Robert vestido de forma casual con un pantalón vaquero y una cazadora de cuero que lo hacían irresistiblemente sexy. Saltando sobre él mientras que se agarraba a su cuello ante la sonrisa de un sorprendido Robert que la cogía en volandas sintiendo los besos que le daba por toda la cara.

—¡Oh nena! Lo que me gusta comprobar que no he sido el único que lo he pasado mal teniéndote lejos. Te he echado de menos.

—Y yo a ti... —susurraba besándolo en la boca necesítándolo y perdiéndose en ella deliberadamente—, sobre todo hoy se me ha hecho interminable. Pero por fin estás aquí. En casa.

—Mmmm... que bien suena —contestó sobre sus labios entrando en el interior del apartamento y dejándola sobre el suelo para mirar todo lo que lo rodeaba de manera curiosa.

—Como verás mi apartamento es igual de grande que tú habitación...

—Es perfecto Alexia, me gusta.

—¿De veras?

—Sí. Me moría de ganas de estar en tu terreno por primera vez. La noche de la fiesta benéfica no sabes lo que hubiese deseado que me hubieses invitado a tomar una última copa aquí, en tu casa. —Y sin pretenderlo sus palabras sonaron a reproche. Recordando lo cabreado que estuvo cuando nuevamente salió huyendo sin dejarle dar un paso adelante.

—No estaba preparada —fue todo cuanto dijo.

—¿Y ahora sí?

Alexia lo miró de forma provocativa haciéndole ver que así era.

¡Estaba preparada para él, ahora y siempre!

—Déjame demostrártelo —acabó diciendo, dándose la vuelta hasta el aparato de música y encendiéndolo, comenzando a escucharse un cd de baladas románticas. Muy propicias para la ocasión.

—¿Te gustan las canciones románticas?

—Me gusta todo lo que a ti te guste nena.

“Que bien sonaba”.

Y sonrió embelesada acercándose a él con un propósito fijo, desabrochándole la cremallera de la cazadora, y quitándosela para terminar tirándola sobre el sillón bajo la atenta mirada de un Robert encantado.

—¿Mejor? —le preguntó con una mirada que lo decía todo.

Él se limitó a asentir.

—Debes de estar cansado, ¿verdad?

—Depende para qué. —Y la cogió de la barbilla terminando apoderándose de sus labios nuevamente. Besándola de forma abrumadora y con una pasión contenida que los hizo enloquecer por unos adorados segundos, haciendo que por un momento ella estuviese a punto de sucumbir a todos y cada uno de sus encantos.

Pero consiguió reaccionar a tiempo y justo cuando las manos expertas de él maniobraban sobre los botones de su camiseta impidiéndoselo. Viéndole con la mirada herida tras presenciar cómo ella no le permitía lo que tanto ansiaba, pareciendo un niño desvalido después de quitarle su chuche preferida.

—Recuerda que estás en mi terreno.

—¿Y eso quiere decir...?

—Ya lo deberías saber, ¡yo mando!

Robert cerró los ojos extasiado ante lo que aquello significaba, mirándola de forma lastimosa para que se apiadara de él y no le hiciera sufrir. Lo que a todas luces parecía buscar.

—Nena... —suplicó alargando otra vez las manos queriendo llegar a su camiseta.

—¡No!

Y nuevamente se volvió a apartar.

¡No sucumbiría a ninguna de sus tretas por mucho que le costara!

—Tendrás que atenerte a mis reglas y para que lo sepas la más importante es que no hay prisa.

—Eres mala... —susurró atravesándola con una mirada impaciente siendo consciente del bulto que tenía en la entrepierna simplemente por escucharla. Necesitándola urgentemente—. Y yo no sé si podré contenerme. No estoy acostumbrado a que me hagan esperar...

—¡Lo harás! —contestó con las riendas en la mano—. ¡Claro que lo harás! ¡Yo mando!

—Mmmm... —Que bien volvía a sonar.

—Siéntate por favor.

—¿Qué?

—¡He dicho que te sientes! —exclamó delante de un sorprendido Robert.

Y lo empujó haciendo que cayese sobre el sillón, mientras que de fondo se seguía escuchando la música que tan bien entonaba con la situación que se estaba produciendo dentro del pequeño apartamento.

—He estado de compras —le avanzó de manera insinuante y de forma provocativa.

—¿Ah sí?

—Y he comprado algo para ti.

De pronto Robert abrió los ojos como platos disfrutando de una desinhibida Alexia que se llevaba las manos a los botones y se los desabrochaba uno a uno. Dejándose llevar por una lentitud deliberada y sin quitarle los ojos de encima a pesar de tener las mejillas coloradas por el atrevimiento.

Robert entonces creyó que moriría de placer, sintiendo una satisfacción absoluta a medida que se recreaba la vista con el espectacular cuerpo que tenía delante y al alcance de la mano si él así lo pretendía. Sabiéndose en las manos de aquella mujer para lo que ella quisiera...

—¡Déjame ayudarte! —imploró de pronto tragando saliva en el instante en que comenzó a ver parte de un sugerente sujetador de color rojo. Observando, y sobre todo atormentándose por cómo una impasible Alexia ni le contestaba. Ignorándolo deliberadamente y provocando que sucumbiera ante ella, haciendo lo que nunca creyó que haría resultando algo impensable, antes de terminar suplicando—: Por favor...

—¡No! —volvió a exclamar con voz autoritaria.

Y continuó manejando el control absoluto de la situación, terminando de quitarse la camiseta por el cuello y dejando a la vista la parte de arriba de lo que parecía un bodi en color rojo y negro que realzaba sus pechos de una manera gloriosa.

Ante aquella maravillosa visión que se le ofrecía, un Robert excitado casi al límite, pensó única y exclusivamente en cubrirlos con la boca de una vez, haciendo que su miembro no tardase en reaccionar palpitando completamente descontrolado.

¡La erección que tenía estaba atormentándolo hasta la saciedad!

—Te quedarás ahí quietecito y me dejarás hacer a mí, —continuó Alexia de una forma calmada y que empezaba a resquebrajarse ante los ojos de él.

Unos ojos que le decían claramente lo que tanto ansiaban, ¡ya! Intuyendo que en cualquier momento de debilidad terminaría sucumbiendo a sus encantos, sintiéndose sumamente deseada por aquel hombre que hasta hacía bien poco parecía por completo inalcanzable a cualquier mujer, más si cabe a ella.

Y apartó a un lado la debilidad que aquellos ojos penetrantes la hacían sentir, bajando las manos decididamente y llegando hasta el pantalón vaquero, desabrochándolo todo lo despacio que pudo mientras que escuchaba el delicioso gemido que se escapó de su boca, sonriendo por el poder que tenía sobre él.

—¡Por Dios Alexia! No me pidas lo que no puedo soportar...

—Ni siquiera te he tocado todavía, podrás hacerlo.

La respiración de Robert quedó en el aire olvidándose de respirar y viéndola quitándose el pantalón. Quedando expuesta a él con aquella prenda lujuriosa de lencería y que le hizo luchar consigo mismo por no levantarse de una vez para cargarla sobre la espalda y llevarla a la habitación.

—Qué guapa estás. Ni en mis mejores sueños me podría haber imaginado la sorpresa que me tenías guardada.

—Sabía que te gustaría —dijo insinuante. Dio un paso hacia él, otro... otro... Torturándolo de lo despacio que lo hacía y disfrutando de poder hacerlo—, pero nunca pensé que tanto.

—¡Joder Alexia! —exclamó impaciente, y no pudo más, estirándose hasta conseguir tocarla y sujetándola por la cintura para que no se le escapara—. Te tengo. Y no pienso dejarte escapar muñeca —le decía con verdadera convicción— ¡Ya no! ¡Demasiado tarde!

Seguidamente, ante la sorpresa de ella, Robert abrió las piernas y tiró hasta situarla frente a sí. Alzando la mirada para contemplar a través de unos ojos lujuriosos la vista espectacular de aquel cuerpo que lo hacía enloquecer, excitándolo de una manera pecaminosa y hundiendo la nariz sobre la cintura en un intento de oler su aroma, antes de acariciar palmo a palmo cada parte del cuerpo de su preciosa chica. Desde las piernas bien definidas hasta el cuello... Parando de forma deliberada sobre unos pechos que no tardaron en reaccionar a las caricias que le daba, haciendo que los pezones se irguieran en un anhelo implorante por un poco más de atención. Una atención que él por supuesto estaba dispuesto a dar y las veces que hiciese falta además..., solo que la prenda que tanto le gustaba de pronto le pareció un incordio, no dándole acceso a las partes que deseaba y necesitaba a partes iguales. Llevando la mano a la parte de atrás de forma apresurada para quitarlo, y sin que encontrase ningún broche que le facilitara el trabajo, gruñendo impaciente:

—¿Cómo demonios se quita esto? —Y sin esperar a que le respondiera volvió a subir a los tirantes tirando primero de uno y después del otro con verdadero anhelo, consiguiendo que los pechos quedaran expuestos y liberados por fin dispuestos a él, empezando a besarlos con delicadeza primero alrededor del pezón para continuar sacando la lengua y así lamerlos, escuchándola extasiado cada vez que pasaba la lengua por ellos—. ¡Oh Alexia! Si supieras lo feliz que me haces entregándote a mí de esta manera... —decía de forma sincera antes de que su actitud cambiara sin poder soportar alargar aquella agonía que lo estaba consumiendo, exclamando atropelladamente—: ¡Voy a follarte preciosa! ¡Y necesito hacerlo ya!

Nada más escucharle logró acordarse de sus propósitos, consiguiendo apartarse lo suficiente para volver a subirse los tirantes. Mirándolo totalmente embriagada por cada uno de sus besos y caricias pero retomando el control. Sabiendo que aquello no era más que el principio..., pero con la diferencia de que ahora lo quería de manera diferente y así se lo haría saber.

—Robert —decía con los labios hinchados de los besos apasionados de hace unos instantes.

—¿Por qué te alejas? —preguntó poniéndose de pié nuevamente, volviendo al acecho.

Ella contraatacó.

—Antes te he dicho que la primera regla de esta noche era ir despacio, ¿acaso no la quieres cumplir?

—Vamos nena...

—Y hay otra regla —continuó para no dejarse llevar a su terreno, desoyendo lo que su propio cuerpo le pedía a gritos después de las caricias dadas—. Y estoy dispuesta a llevarla a cabo hasta el final.

La miró notando el bulto que tenía el pantalón y que estaba a punto de estallar debido a la erección que no entendía de reglas.

—¿Acaso estás jugando conmigo?

—No. Solamente estoy diciéndote que hoy va a ser diferente. Las reglas las pongo yo, y aparte de lo de ir despacio has de saber que hay otra todavía más importante.

Robert entonces creyó saber exactamente a qué se estaba refiriendo, acordándose del momento en que se había apartado y después de decirle que la iba a follar. Mirándola largamente.

—¿No te gusta las veces que hemos follado? Porque me parece que si es lo que estás insinuando no vas a engañarme... —susurró con voz ronca atravesándola intencionadamente con una mirada que la terminó sofocando del todo.

Afortunadamente Alexia supo lo que tenía que decir.

—No me gusta esa palabra Robert. Tú follas pero yo en cambio hago el amor, y hoy es lo que haremos. No soy un ligue al que estés acostumbrado y por ello te pido que me hagas el amor.

—Yo nunca he hecho el amor Alexia. —Terminó confesando de modo confuso.

—Siempre hay una primera vez, ¿no es lo que me dijiste en la discoteca de Aspen? ¡Demuéstrame que de veras te importo!

—¡¿Qué?! —preguntó confuso, mirándola largamente—. Claro que me importas, ¿a qué viene todo esto ahora?

—Las veces que lo hemos hecho siempre ha sido como tú lo has querido, y aunque he de reconocer que me has hecho ver una parte auténticamente loca, lujuriosa y desconocida en la que disfruto de manera plena, he de decirte que no me basta.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho. No solo quiero sexo. Quiero que me demuestres que soy especial para ti. Y la mejor forma de hacerlo es haciéndome el amor.

Robert la miró entregándole el alma ante lo que aquello parecía querer significar y le terminó diciendo:

—Cariño, tú ya eras especial aquel primer día en que te conocí.

¡Alexia cerró los ojos deseando quedarse con aquella frase el resto de sus días...!

—Quiero que sepas que estoy dispuesto a todo lo que tú me pidas nena, —continuó sincerándose del todo—. Además, quizás sea una buena ocasión para hacerlo por primera vez. Así podremos decidir qué es lo que nos gusta más, ¿no crees?

Y armándose de una paciencia que creyó no tener dio un paso decidido. Lo suficiente hasta pasarle la mano suavemente por el cuello y acercarla hasta unos labios que la esperaban bien dispuestos. Saboreándola sin prisas. Besando todo lo despacio que podía y terminando haciéndolo con verdadera pasión, a medida que sus respiraciones se iban acelerando sintiendo un calambre de placer que les atravesaba por dentro. Disfrutando del beso tan íntimo que terminó convirtiéndose en pecaminoso entrelazando sus lenguas de una forma muy, muy desesperada.

¡Aquel intenso y cálido beso hizo que a la chica se le erizara el pelo de la nuca!

—Eres tan sexy muñeca... —le dijo antes de continuar sacando la lengua húmeda y lamer sus labios. Primero el de abajo para seguir con el de arriba.

Y cuando terminó de hacerlo ya estaba la de ella entrelazándose nuevamente entre la suya en un intento desesperado de hacerle ver lo mucho que le gustaba el beso tan húmedo y caliente que la hacía derretirse, deseándolo intensamente sin poder obviar lo que realmente necesitaba. Contradiciéndose a sí misma y reconociendo, que por supuesto, era tenerlo dentro de ella.

—¡Robert! ¡Me vuelves loca!

—Si de veras quieres que te haga el amor no hemos empezado. Aunque no va a ser nada fácil —la avisó angustiada.

—Inténtalo. Siempre podemos echarnos atrás.

Robert sonrió y cogió una de sus manos para llevársela a la boca. Una vez allí, y sin avisar de lo que iba a hacer, se metió uno de los dedos dentro y hasta el fondo observando la cara de placer que ponía. Escuchando extasiado el gemido que salía de su garganta.

—¿Qué pasa nena?

—Estoy loca por todo lo que me haces. Me voy a arrepentir de mis estúpidas reglas.

Uno a uno, y en lo que terminó convirtiéndose en un deseo irrefrenable, se fue metiendo los dedos en la boca despacio. Arrancando varios gemidos incontrolados y provocándola hasta la extenuación. Chupándolos provocativamente una vez que los sacaba produciendo un placer infinito.

—Schsssss... ¿Acaso quieres que te escuchen todos los vecinos? —le preguntaba burlón comiéndosela con la mirada debido a los gemidos que no podía controlar. Escuchándola extasiado.

—No me importa. Nada importa.

—¿Estás segura?

—Si sigues con tus atenciones... ¡Completamente!

—Niña mala, ¡te vas a enterar de lo que es bueno! Ven conmigo.

Alexia no puso ningún impedimento.

Se cogió a su mano y se dejó llevar a la habitación ansiosa por lo que él estaba tan dispuesto a mostrarle.

—¡Túmbate y cierra los ojos! —ordenó al mismo tiempo que él se quitaba el jersey y el pantalón. Quedándose únicamente en calzoncillos.

Alexia los cerró dejándose llevar por una fe ciega, impaciente por lo que viniese a continuación. Entregándose y descubriéndose cada vez más y más húmeda.

Robert aprovechó y se arrodilló sobre la cama a horcajadas sobre el cuerpo que lo tenía completamente descolocado, además de descontrolado. Llevó la mano a los tirantes y con una lentitud que la hizo enloquecer comenzó a tirar de ellos, bajando el bodi a través de toda ella hasta conseguir sacarlo por los tobillos. Liberándola por completo y dejándola completamente desnuda y expuesta a él.

¡Y le gustaba! ¡Vaya si le gustaba!

—¡Oh muñeca! Estás enloqueciéndome por momentos... —gruñó bajando la cabeza hasta sus pechos y metiéndose uno en la boca, pasándole primero la lengua y después succionando con descaro arrancando un grito de una sorprendida Alexia que no pudo evitar abrir los ojos excitándose sin remedio, y no solo por lo que le estaba haciendo, admitiendo que lo que realmente la excitaba era poder verle lamiéndola de manera tan salvaje. Desbaratando todos sus planes en cuanto a las estúpidas reglas que marcó creyendo que no podría soportar aquella deliciosa tortura, a la vez que despertaba en su interior a la mujer lujuriosa que llevaba dentro y que aquel hombre en concreto había sido capaz de sacar a flote.

“¿En qué clase de mujer la había convertido?”

—Robert, Robert —decía implorando su atención al mismo tiempo que un calor abrasador la consumía—. ¡Hazme tuya! por favor!

—De eso nada. Querías que te hiciera el amor y es lo que voy a hacer —confesó envuelto en una sonrisa burlona sobre la cara, encantado de cambiar el rol del juego para su deleite. Volviendo nuevamente hacia unos pechos dulces como peras, succionando uno de los pezones que le pertenecían.

—Por favor... —seguía suplicando incapaz de soportar aquella tortura que la hacía vulnerable a todo su ser. Siendo consciente de la dependencia que tenía hacia él, muriéndose de ganas porque apagara el fuego que la quemaba por dentro y antes de terminar pidiendo con exigencias—: ¡Quiero sentirte!

A lo que Robert se limitó a volver a sonreír, haciéndola ver que no había hecho más que comenzar sin que pareciera haberla escuchado. Continuando con lo que ella le había pedido...

El asombro y la sorpresa en Alexia no tardaron en aparecer, de manera escandalosa, al ver que ahora la cogía de las rodillas con la intención de separarlas. Abriendo las piernas de una chica a la que le costaba respirar y que por encima de todas las cosas seguía arrepintiéndose de todo lo que había dicho acerca de hacer el amor. Terminando implorando y suplicando sin que le sirviese de absolutamente nada.

—Te necesito Robert, ¡te necesito ahora!

—Dijiste sin prisas y es lo que estoy haciendo, —dijo suavemente y lleno de contención, bajando peligrosamente hacia sus muslos para a continuación meter las manos por debajo de su trasero todo lo despacio que pudo, atormentándola deliberadamente— Además, lo que yo necesito ahora es perderme dentro de ti pero no como tú esperas.

—¿Qué es lo...?

Las palabras se las llevó el viento en el preciso instante en el que alzó las nalgas llevándola a su boca, colocándose entre las piernas y sin que ella tardara en sentir aquel fuego abrasador incrementándose hasta la saciedad y que la quemaba por dentro. Agarrándose fuertemente a las sábanas sintiendo la lengua sobre su sexo igual que aquella primera vez en la que soñó con él en casa de su amiga Sofía, escuchando exactamente lo mismo que en el sueño.

—Que bien sabes Alexia... —susurró recreándose en cada nueva pasada mientras que el cuerpo de ella temblaba y palpitaba a la vez, exigiendo que lo liberaran.

En aquel delicioso momento supo que a su amado Robert debía de gustarle besarla ahí ya que se recreaba una y otra vez, obligándola a que terminase gritando sintiendo los espasmos cercanos del orgasmo.

—Por favor... Por favor...

Robert alzó la mirada.

—¿Sí Alexia? ¿Qué te ocurre?

Y la examinó de manera fulminante bebiéndose la súplica que llevaba en la mirada.

—Quiero correrme contigo, —terminó suplicando nuevamente con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor Robert..., si sigues no me podré aguantar y te necesito.

—¿Qué es lo que necesitas exactamente? —preguntó volviendo a jugar con ella deliberadamente otra vez.

A lo que Alexia no tuvo ningún reparo en contestar, segura de lo que quería:

—¡Que me folles! —terminó exclamando exigiendo su respuesta.

Una nueva sonrisa mezclada con una mirada arrebatadoramente sexy e impaciente cruzó la cara del hombre.

—Antes contéstame a una pregunta.

“¡Joder! ¿Cómo podía ser posible que estuviese tan tranquilo? Ella no podía más”.

—¿Qué pregunta? —terminó diciendo demasiado alto y por completo alterada.

—¿Quién es el que manda?

Ni que decir tiene que no tardó nada en contestar.

—¡Tú! ¡Siempre tú!

Entonces fue, cuando un Robert al límite de sus fuerzas, no pudo continuar silenciando lo que deseaba fervientemente, sucumbiendo a todo lo demás. La agarró de la cintura todo

lo fuerte que pudo y la obligó a darse la vuelta para que quedara de espaldas a la vez que empujaba a un lado una de sus piernas, dejándola lista. Implorando poder hacerla suya después de un tiempo que terminó resultando dolorosamente interminable. Marcando en todo momento lo que se moría de ganas de hacer con aquel cuerpo adorado, quitándose los calzoncillos de un tirón para a continuación tumbarse encima de ella guiando su pene erecto hasta el interior. Empujando suavemente y comprobando lo dispuesta que estaba para él.

—¿Es esto lo que quieres? —le susurró cerca del oído antes de avanzar deliberadamente y con una delicadeza extrema que a ella en un principio la volvió loca, haciéndose a la idea de lo mucho que le debía de estar costando controlarse—. Dijiste que te hiciera el amor y es lo que estoy haciendo.

Y salió del interior para acabar nuevamente entrando en ella armándose de una contención terrible pero sin querer llegar hasta el fondo. Comprobando lo poco que tardaba su querida Alexia en mover las caderas en su busca exigiendo y pidiendo intensidad. Leyéndole el pensamiento.

—¿Tratas de decirme algo pequeña?

Alexia contestó con un nuevo y rápido movimiento de cadera, volviendo en su busca presa de una frustración enorme, tras negarle lo que ella estaba buscando.

—Por lo que más quieras Robert...

—¿Sí?

—¡Quiero más!

—Ya te lo estoy dando. —Y disimuló a la perfección el ansia que lo consumía por poseerla, notándola moverse contra su cuerpo buscando lo que no llegaba—, sigo haciéndote el amor cielo.

Alexia quiso girarse pero no se lo permitió.

—¿No era lo que querías? —gruñó volviendo a penetrarla con una lentitud pasmosa, comprendiendo que ni él mismo sabía cuánto sería capaz de seguir conteniéndose dentro de ella.

—Ya no... —gruñó deseándolo tanto que dolía.

Robert supo que allí se acababa la poca lucidez que le quedaba, entonces, dándose por vencido, la embistió de una sola vez llegando todo lo dentro que pudo de lo húmeda que estaba.

—¿Prefieres así niña mala? —gruñó enloquecido siendo recibido entre un jadeo y un grito que se escapó de su boca debido a la sorpresa, encantada de que le diera lo que buscaba.

—Sí, sí... —gritó mordiendo la almohada para silenciar los gritos que escapaban de su garganta incontrolablemente y en cada nueva sacudida. Fuerte, salvaje...

Y según la hacía suya, la necesidad imperiosa de sentirse amado lo engulló de tal manera que hizo que soltara de repente:

—Di que me quieres nena —pidió entrando nuevamente en su interior deslizándose con una facilidad inmensa de lo húmeda que seguía estando, deleitándose de placer al saber que era suya. ¡Solo suya!— ¡Dilo! —terminó exigiendo de pronto.

Alexia levantó la cara de la almohada y gritó bien fuerte para que la oyera:

—Te quiero. Te quiero tanto...

—¡Oh pequeña! —susurró soltando un gruñido que fue acompañado por la tensión en cada uno de sus músculos, liberándose y corriéndose dentro de su amada. Deleitándose de gusto y sintiendo cómo lo hacían a la vez.

¡Siendo incapaz de apartarse de aquella mujer que le había robado el alma!

Unos minutos después se hizo a un lado, apretándola tiernamente contra su pecho saboreando la intensidad del orgasmo, y bastándole el hecho de tenerla una vez que había hecho el amor con la primera mujer a la que amaba de verdad, y a la que no estaba dispuesto a dejar marchar...

¡Vaya que no!

E igual que la de él, la cara de Alexia lo decía todo. Maravillándose de lo plenamente feliz que era y comenzando a verse envuelta por el cansancio que empezaba a hacer mella, notando cómo los párpados se le empezaban a cerrar. Disfrutando de lo que acababan de compartir y admitiendo lo que hasta ahora era un secreto a voces. Teniendo el convencimiento absoluto de que amaba a ese hombre por encima de todo.

“Sofía iba a alucinar cuando se lo contara, ¿cómo había llegado a ese punto en un tiempo tan considerablemente corto? —siendo optimista y consciente del favor que le había dado la vida.”

Y si pensaba que ahí quedaba la cosa se equivocó considerablemente, puesto que ella nunca podría haber imaginado, ni en sus mejores sueños, lo que sucedería a continuación. Antes de que definitivamente se le cerraran los ojos dejando que el sueño se apoderara de ella. Logrando escuchar una frase que la elevaría hasta el mismo cielo.

Una frase que salió de la boca de un Robert convencido y feliz, sabiendo a la perfección lo que hacía, y teniendo la necesidad de expresar lo que ahora llevaba dentro. Comprobando, para su alegría, que no le costaba absolutamente nada sincerarse de lo seguro que estaba.

Y entonces dijo:

—Yo también te quiero, amor —terminó confesando en voz alta lo que era ya un hecho, cerrando los ojos después.

Y aquel gesto por su parte la elevó a una felicidad infinita, provocando que lo agarrase con fuerza haciéndole ver que ella estaría a su lado siempre. Envolviéndola en una paz y en una sonrisa que la delataba tras escuchar aquella confesión de amor. Terminando quedándose dormida entre unos brazos que lo eran todo.

CAPÍTULO 16

Lo primero que sintió nada más despertarse fue el abrazo protector que ejercía sobre ella. Sonriendo llena de paz y comprobando lo fuerte que la tenía abrazada aun estando dormido. Dejando bien claro que no la quería dejar escapar. ¡Y ese simple hecho la hizo sentirse plena! Decidiendo no despertarle después de la noche maratónica de sexo que habían compartido. Apartando cariñosamente el brazo que la sujetaba y levantándose con mucho cuidado para que descansara.

Entró en el cuarto de baño e hizo pis, y después de lavarse las manos y los dientes, fue a la cocina comenzando a preparar un rico desayuno que gustosamente le llevaría en una bandeja. ¡Se lo había ganado gracias a la paciencia que demostró haciéndole el amor por primera vez, como él decía! Recordando emocionada las palabras que le dijo antes de dormirse.

¡¿De veras era posible que la quisiera?!

Pero esta vez, antes de que las dudas la hiciesen perder la cabeza, dejó de hacerse preguntas tontas y simplemente se dejó llevar por la situación.

¡Pues claro que la quería! Finalmente habían terminado cayendo los dos. Enamorándose perdidamente el uno del otro.

Puso la cafetera en el fuego y encendió la tostadora de un excelente humor, comenzando a partir el pan en rebanadas y tarareando su canción favorita mientras lo hacía, viéndose inoportunamente interrumpida al escuchar el sonido del telefonillo. Llegando incluso a desconcertarla por un momento.

¿Quién sería un sábado por la mañana?

El desconcierto no tardó en transformarse en sorpresa en el momento en que escuchó una voz que procedía de abajo informándola que tenía un paquete para Alexia Jammes. Pulsando el botón de entrada con una gran curiosidad puesto que no tenía una mínima idea de qué se podría tratar.

Y en cuanto escuchó el ascensor, antes de que llamasen a la puerta para que no le despertase, la abrió envuelta en una bata que se acababa de poner sobre su cuerpo desnudo.

—¿Alexia Jammes?

—Sí, soy yo.

—Me han pedido que le entregue esto.

El joven dejó un sobre alargado sobre una de sus manos y se marchó por donde había venido, mientras que Alexia se internaba en el interior de su apartamento mirando aquel sobre que no tenía remitente ni destinatario. Nada. Completamente en blanco. ¿De quién sería?

La curiosidad hizo que lo abriera, divisando en el interior un cd y un sobre cerrado con, ahora sí, su nombre. Quedando más desconcertada todavía y sin tener que pensar mucho

en lo que haría en primer lugar. Dejando a un lado las rebanadas de pan que estaban en la tostadora...

Y con el sobre aquel en la mano fue hasta el sillón y se sentó. Lo miró nuevamente y a continuación lo abrió, descubriendo que en el interior había un folio escrito.

“¿Quizás una carta?”

Su cara cambió de expresión, transformándose en una verdadera máscara de hielo, en el instante en que fue consciente de quién era la persona que firmaba dicho papel dirigido exclusivamente a ella. ¡Pamela!

“—¿Qué diablos querrá? —se preguntó una Alexia desconfiada, comenzando a leer la nota un tanto extraña:”

Querida Alexia:

Te envío un regalo que seguro te va a gustar. Pon el cd y observa bien. Te encantará. Son escenas de esta misma semana y que se han añadido a la ya grabada... Por cierto, ¿te ha dicho Robert que la próxima semana empezamos a rodar la segunda parte de la película?

P.D. ¡Mira y disfruta!

Un dolor en el pecho la sacudió a continuación, quedándose completamente paralizada.

“¿Qué significaba que empezaban a rodar la semana que vine? ¡No, no podía ser! Si de verdad le importaba no podría hacerle algo así”.

Y las manos le empezaron a temblar en el instante en que cogió aquel cd, permaneciendo indecisa y sin saber muy bien qué hacer.

“¿Qué podría contener? Si lo enviaba ella desde luego que nada bueno, —sopesaba fríamente y tardando bastante en decidirse hasta, finalmente, y en un acto de valentía terminar metiéndolo en el aparato del DVD, pulsando el botón antes de que se arrepintiera”.

¡¡En el mismo instante en que lo hizo cometió el error más grande de su vida!!

La pantalla se encendió de inmediato y comenzó a emitir las primeras imágenes, y al hacerlo las piernas de Alexia no tuvieron las suficientes fuerzas para sostenerla. Mirando horrorizada la pantalla y cayendo sobre el sillón viendo en la primera escena a ambos haciendo sexo explícito. Descubriendo completamente horrorizada que lo que acababa de mandarle no era ni más ni menos que la película que habían rodado juntos. ¡La que estaban promocionando por todo el país!

—¡Oh Dios mío!

¡¡¡Con las escenas nuevas que acababan de grabar!!!

Una arcada le cruzó entonces la garganta viendo la escena, pero sobre todo la cara de Robert. Una cara que lo delataba y que ella conocía demasiado bien recordando que esa

misma cara la puso anoche mientras le hacía el amor. Viéndole ahora en la pantalla disfrutando y follándose a Pamela unos días atrás, cuando permanecieron alejados por cuestiones de trabajo, escuchando a su corazón rompiéndose en mil pedazos...

El mundo se paralizó para ella en aquel momento. Haciéndose un daño irreparable ya que era incapaz de dejar de mirar la pantalla.

Y así fue como Robert se la encontró...

—Buenos días amor. ¿Qué haces? —Alexia ni siquiera lo escuchó, limitándose a permanecer sentada y con la vista herida frente a la televisión.

Un olor a quemado hizo que Robert mirara hacia la cocina extrañado, percatándose de la situación, y al ver las tostadas negras como el carbón corrió hacia allí para apagar la tostadora.

—Alexia, las tostadas se están quemando. ¿No lo hueles? —Pero ella continuaba muda. Mirándola extrañado y acercándose a ella una vez que hubo desenchufado la tostadora.

—¿Alexia?

Nada.

“¿Qué es lo que le estaba pasando para que no le escuchase? Porque era lo que parecía —se preguntó preocupado”.

Los jadeos de la película porno en una nueva escena hicieron que éste mirase la televisión, haciéndose a la idea de lo que estaba pasando.

—Pero, ¿qué haces? ¿Por qué lo estás viendo?

Nada. Ella seguía igual.

—¡Joder Alexia! ¿Me puedes explicar de dónde demonios la has sacado? —Y como no daba señales de ningún tipo se interpuso entre ella y la televisión para tratar de que no continuase viendo aquellas escenas que no le harían ningún bien. Siendo consciente de que ni lo veía. Sintiéndose terriblemente culpable por cada una de las lágrimas tan amargas que derramaba—. Alexia...

Nada.

—Alexia por favor, ¡mírame!

Pero Alexia era incapaz de hacer otra cosa que no fuera ver la cara de hasta ahora su novio disfrutando con otra. Porque era lo que ella veía claramente y sin que pudiera pestañear debido al trance en el que se encontraba.

—¡Joder! ¡Me cago en la hostia! —exclamó Robert pasándose la mano por el pelo nervioso y angustiado.

Y en un arrebato logró arrancarle el mando a distancia de la mano para terminar con aquella caótica locura.

Una vez que apagó el DVD vio la nota que había encima de la mesa. Leyéndola mientras que la sangre le comenzaba a hervir siendo consciente del daño que quería hacer a toda costa.

¡¡¡Sería hija de puta...!!!

—Alexia cariño. La película que te ha mandado es la que rodamos el año pasado. No es cierto que haya escenas nuevas, nunca podría hacerlo después de estar contigo. ¿Lo entiendes?, y por supuesto no voy a rodar ninguna película más, ¿me oyes? Jamás te haría pasar por algo así. Alexia...

Nada. Ella seguía sin pestañear manteniendo la vista en la televisión ahora apagada y llorando con una pena infinita.

—Amor mío, ¿me estás escuchando? —intentaba explicarse una y otra vez sin el menor resultado—. Lo eres todo para mí. Nunca te haría ese daño irreparable. ¡Nunca!

La impotencia de verla en aquel estado lo tenía roto de dolor, dándose cuenta de que seguía incapaz de reaccionar de la manera que fuese, pensando únicamente en la manera de arreglar aquel puto malentendido.

Entonces buscó en la agenda del teléfono todo lo rápido que pudo el número de Sofía, creyendo que podría ayudarla. Marcó rápidamente y esperó. Nada más descolgar fue claro y preciso.

—Hola Sofía, soy Robert. Necesito que no hagas preguntas y que vengas a casa de Alexia lo antes posible. Por favor date prisa.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo explicaré después. Por lo que más quieras, ¡corre!

Y colgó.

Al siguiente número que llamó fue a Dan, su representante. Contestando a la octava señal.

—¿Qué pasa Robert?

—¡¡¡Dime que tú no tienes nada que ver!!!

—¿Qué?

—¡Juro por Dios que si es así te mataré!

—Robert, ¿de qué coño me estás hablando? —le preguntó extrañado puesto que no entendía lo que podría estar sucediendo para que tuviese aquel tono descontrolado.

—¿Has ideado con Pamela mandarle a Alexia la película?

—¡¿Qué?! ¿Es que te has vuelto loco? Jamás se me ocurriría hacer ese disparate, y menos sabiendo lo que Alexia significa para ti.

Las palabras de su amigo parecieron convencerle, colgando nuevamente y dejándole con la palabra en la boca, a medida que seguía viéndola en aquel estado catatónico nada dispuesta a reaccionar de ninguna de las maneras.

—¡Joder! —gritó fuera de sí tirando el móvil contra el suelo estrellándolo y permaneciendo completamente impotente.

El grito que pegó, junto con el golpe seco del teléfono contra el suelo, logró lo que

parecía imposible, haciendo que Alexia pestañeara de nuevo despertando del letargo al mismo tiempo que el dolor se iba profundizando por todo su cuerpo, comprendiendo el engaño a la que la habían sometido.

—Alexia, amor mío, ¿estás bien? —preguntaba lleno de preocupación tratando de acercarse.

Pero al intentar tocarla ella se apartó a una velocidad de vértigo. Dejando bien claro que ya no confiaba en él.

—¡No me toques! —dijo asqueada recordando una y otra vez las escenas de sexo que le habían quedado grabadas en la retina, teniendo claro que le habían vuelto a poner los cuernos. Reconociendo además que ahora habría una gran diferencia con respecto a la vez anterior.

¡La noticia saldría en todas las revistas y estaría en boca de todo el país! Y ni siquiera sabía si tendría las fuerzas suficientes para sobrellevar un nuevo descalabro amoroso. Estaba tan cansada...

“—Bonita manera de pasar desapercibida, ¿no?”

Y la reacción de una Alexia completamente superada y derrotada no se hizo esperar, tomando la determinación de saber actuar a tiempo y por mucho que doliera. Enfrentándose a la situación tan sumamente irreal en la que se encontraba, aprovechando para incorporarse y ponerse de pié, avanzando en dirección a la puerta de salida. Una vez allí la abrió de par en par y se limitó a esperar en lo que se acababa de convertir en una firme invitación a que el hombre sin escrúpulos, y al que de repente parecía no conocer, se marchase de su casa y de su vida para siempre.

—¿Qué haces? —preguntó con el rostro desencajado—. ¿Acaso no has escuchado nada de lo que te he dicho? —el tono desesperado era realmente evidente ya que las experiencias vividas le hacían saber que no le dejaría explicarse una vez más.

¡Y era algo que no lograba entender! Doliéndole profundamente.

—Vete —fue lo único que ella pudo decir.

—No lo voy a hacer —respondió enfadado y comprobando que no se había equivocado, ¿qué más tenía que demostrarle para que se diera cuenta de que volvía a cometer un error?—. No te dejaré sola creyendo lo que has leído y has visto. Debes escucharme Alexia... —imploraba incrédulo por lo que volvía a hacer.

—Si no te vas ahora mismo llamaré a la policía.

La voz firme y segura no daba lugar a ningún tipo de equívoco.

—Esto no puede estar sucediendo... —decía un Robert a punto de echarse a llorar debido a lo que aquello significaba.

Y Alexia no tuvo ningún tipo de piedad.

—Hemos terminado Robert.

—No. Alexia...

—¡Fuera!

La determinación en cada palabra dicha le hizo saber que no había vuelta atrás y que, por lo tanto, no le dejaría ni explicarse.

¡Por Dios bendito! ¡Otra vez no!

—Está bien... —cedió estupefacto comprobando que efectivamente hablaba en serio y cogía el teléfono para avisar a la policía—, pero no sabes lo que te estás equivocando.

Y entendiendo que allí acababa la relación tan intensa que habían vivido sin que tuviese una mínima oportunidad de que entrase en razón, supo que debería marcharse con la certeza de que ella no daría su brazo a torcer.

Tenía razón. Alexia se mantuvo todo lo segura y firme que podía por la delicada situación, permaneciendo decidida a llamar a la policía. ¡Obligándole a que se marchara! ¿Para qué le iba a escuchar? Siendo incapaz de encontrar ninguna opción que no fuese marcharse de aquel lugar obligándole a dejarla en contra de su voluntad. Provocando en su interior un vacío enorme porque él seguía dispuesto a lo que fuera por ella, doliéndole enormemente el que lo terminara echando así. ¡A patadas!

—Estás cometiendo un grave error Alexia —le dijo en un tono contenido dejando que su cara le dijera lo que pensaba—, y lo peor de todo es que lo estás volviendo a hacer. Si me dejaras decirte que...

—¡He dicho que te largues de mi casa! —gritó fuera de control odiándolo por lo que le había hecho.

—Está bien. Tú ganas. —Cruzó la puerta con gesto derrotado y antes de marcharse dijo —: Aquí se acaba todo.

Y sin volverse atrás se marchó.

Entonces una Alexia completamente desconsolada, tras todos los acontecimientos, cerró la puerta llorando y corrió para refugiarse en el interior de su dormitorio, dejándose caer sobre la cama en la que hacía unas horas lo habían pasado tan bien.

CAPÍTULO 17

Después de lo acontecido no volvieron a verse. Ni siquiera la llamó en todo el fin de semana, lo que a todas claras significaba que lo había conseguido.

¡Se había librado de Robert para siempre!

“Debería estar contenta, ¿no? —se decía a si misma obligándose a ver que había hecho lo correcto”.

Pero algo no iba bien... Todavía estaba reciente la traición de Jack y sabía en primera persona lo que era sentirse traicionada, pero entonces, ¿por qué ahora era completamente distinta? Entendiendo la gran diferencia con respecto a la vez anterior por el simple hecho de que ahora si sabía lo que era estar locamente enamorada. Admitiendo que no tendría nada que ver.

El vacío en su interior era tan grande que ni comía ni dormía. De una manera brusca se había convertido en un alma en pena que no hacía otra cosa que machacarse a sí misma por permitir tal locura, regañándose una y otra vez porque si tenía claro que los cuentos no existían, ¿por qué había terminado saliendo con la persona menos indicada? Las consecuencias estaban resultando tan amargas y desesperadas que hasta en cierta ocasión se le pasó por la cabeza tomarse una tableta entera de pastillas para lograr dormir, y con un poco de suerte, no volver a despertarse. Solamente así sería capaz de aliviar el dolor que la estaba matando por dentro ante la seguridad de que no conseguiría levantar la cabeza nunca más.

“No después de que el hombre de su vida se hubiese marchado de la peor forma posible”.

¡Y en su nuevo revés ni siquiera permitió a Sofía que la consolara! No había suficiente consuelo para hacerse a la idea de que no lo volvería a ver.

No comía... no bebía... no dormía... y no hablaba con nadie. El fin de semana se lo pasó entero recluida en su apartamento, sintiendo cómo de nuevo estaba al borde del precipicio sin que pareciera ser consciente de ello.

Robert, en cambio, actuó de una manera completamente inusual en él, volviendo a casa de sus padres con el objetivo de querer aclarar el caos en el que se había convertido su vida desde aquel fatídico día en el que se empezó a derrumbar completamente.

La venganza de Pamela le había afectado mucho más de lo que nunca llegó a imaginar siquiera, sin poder creerse que sus celos la hubiesen hecho llegar tan lejos... Siendo realista y reconociendo que para lo que desde luego no estaba preparado, era para la reacción de Alexia. Viendo, una vez más, que no le dejaba explicarse sacando sus propias conclusiones. Aunque para ello le dejara a la altura del suelo.

¿Cómo podía haber dado por sentado que aquellas escenas las había rodado cuando ya eran pareja? ¿Tan poco lo conocía después de abrirse a ella como nunca jamás lo había hecho con ninguna otra?

La rabia y la tristeza que lo invadía, provocó, que por primera vez en muchos años, necesitase estar arropado. Olvidando cualquier tipo de rencor o reproche hacia su padre, y volviendo a la tranquilidad de la casa familiar. Una tranquilidad que ni siquiera su padre rompió considerando completamente inoportuno hacer ningún tipo de comentario. Aceptando que su hijo no pasaba por sus mejores momentos y apoyándole en todo lo que fuese necesario, dejando a un lado el tema tabú entre ellos. Un detalle que por supuesto Robert agradeció hasta límites insospechados, sintiéndose aliviado ahora que sabía que los necesitaba a ambos para intentar recomponer una vida que se le volvía a antojar demasiado peligrosa, además de superficial.

E igual que ella volvía a estar delante del precipicio, siendo sincero consigo mismo y reconociendo que no quería vivir sin la que se había convertido en la mujer de su vida. La única que le había hecho valorarse igual que una persona normal y no como un objeto al que todos, y todas, querían agarrarse. Intuyendo que de volver hacia atrás lo terminaría hundiendo en el fango. Justo en el otro lado de la fama y en el lugar en el que quedaban casi todos al final.

Dan, y Sofía (convertidos en damnificados), quedaron en verse una mañana en una céntrica cafetería. Encontrándose a la hora acordada saludándose con un beso distante, envueltos en una situación triste en la que también se habían visto involucrados. Tratándose de dos personas demasiado queridas para ambos.

Pidieron dos cafés, y una vez servidos empezaron a hablar, siendo consecuentes de que quizás ellos eran las únicas personas que podrían ayudarles. Teniendo la seguridad de que harían lo que fuese necesario por ellos. Compartiendo confidencias de lo que sabían cada uno por separado con el único fin de desear que se arreglaran, teniendo la certeza de que si no lo hacían se arrepentirían el resto de sus vidas después de saber lo mucho que significaban el uno para el otro.

Y así fue cómo, después de que se tomasen el café, y después de mucho debatirlo, Sofía se levantó dirigiéndose a la cabina de teléfono tras haberse quedado sin batería en el móvil. Seguidamente marcó el número del apartamento de su amiga y esperó a que el tono llegase. Limitándose a esperar con una sola idea en mente pensando en que quizás sí que podría funcionar lo que habían estado hablando.

El contestador no tardó en saltar.

“Hola no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiiiiiiiiiiiiii...”.

—Hola Alex, soy yo. Llevo dos días queriendo hablar contigo y nada. No creo que te esté pidiendo tanto. Solamente necesito saber si estás bien.

Alexia estaba tirada sobre el sofá cuando comenzó a escuchar de fondo la voz de su amiga Sofía.

—Vamos cariño habla conmigo, tengo algo importantísimo que decirte. Algo relacionado con él que deberías saber.

Fue nombrarle y coger la manta que tenía a su lado para taparse, queriendo protegerse.

—¡Joder Alex! Qué cabezota puedes llegar a ser —terminó exclamando perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. ¡Está bien! ¡Se lo diré a ese horrible contestador automático que tienes y después haz lo que tengas que hacer...! —Cogió aire y lo soltó bruscamente antes de terminar alzando un poco la voz—: ¡Mira Alex! Acabo de hablar con Dan y me ha dicho que Robert debe de estar tocado de verdad por atreverte a echarle de tu casa como lo hiciste, ¿y sabes qué más? Me ha dicho que está recluido en la casa familiar consintiendo dejar a un lado los problemas que tiene con su padre, dejándome bien claro que desde luego que ese detalle era algo impensable hacía unos días, y antes de que pasara lo que ha pasado entre vosotros.

“Bueno, ahora que acababa de soltar parte de la información quizás tuviese el valor de cogerle el teléfono, ¿no? —pensaba una equivocada Sofía esperando una respuesta que no llegaba.

Y al darse cuenta de ello resopló a través de la línea malhumorada sin poderse creer lo cabezota que podía llegar a ser.

—¿Es que no tienes sangre en las venas? ¡Coge el puto teléfono de una vez! —terminó gritando con impotencia, y obviamente con el mismo resultado, imaginando a una Alexia ajena a todo y que seguía tan impasible.

A menos era lo que parecía, sin que nadie pudiese ver que tenía la cara anegada en lágrimas.

Sofía después de decirle todo aquello no se podía creer que no le cogiera el teléfono. Soltando todo tipo de improperios y volviendo a la carga.

—¿Quieres hacer el favor de dar la cara de una jodida vez? ¿O acaso vas a consentir que esa hija de puta consiga lo que verdaderamente quiere? Debes de estar ciega para no darte cuenta de lo que está pasando Alex, y yo me siento con el deber de por lo menos intentar abrirte los ojos. La hija de puta de Pamela se lo ha inventado todo, ¿cómo has podido creerte toda esa sarta de mentiras? Y para que lo sepas precisamente es lo que más le ha dolido a Robert, el que nuevamente hayas salido huyendo en vez de dejar que él mismo y en primera persona te explicase que eres la mujer de su vida, y que por lo tanto nunca sería capaz de rodar ninguna película estando contigo. Y para que lo sepas lo de echarle a patadas lo tiene cabreadísimo, así que... ¡Tú misma! ¡Si quieres joderte la vida hazlo, ya eres lo suficientemente mayorcita para saber lo que quieres y lo que no!

Y con un enfado además de una frustración de mil demonios terminó colgando el puto teléfono hecha una auténtica furia. Después volvió a la mesa en la que Dan la estaba esperando.

—Ni me ha contestado, ¿te lo puedes creer?

—Has hecho lo que has podido —dijo metiéndose la mano en el bolsillo y sacando varias monedas—. Anda vámonos de aquí. Todo lo que podíamos hacer ya lo hemos hecho. Ahora depende de ella.

¡Tenía toda la razón! La parte en la que podía ayudarla había finalizado, agotando todas las posibilidades en un intento de que fuese capaz de reaccionar. Ahora sólo podían esperar a ver cuál podría ser su reacción... Si es que la había.

Y la hubo, pero desde luego no fue la esperada. Dejándolos a todos a la mañana siguiente completamente atónitos.

El lunes por la mañana, a primera hora, envió a través de un correo electrónico dirigido al Señor Scot su carta de despido voluntario. Dejando de prestar servicio en tan prestigiosa empresa de manera fulminante. Cortando por lo sano cualquier tipo de relación con él, o cercana a él

¡Dejando bien clara su postura!

Lo siguiente que hizo fue bajar a hablar con el casero y anunciarle que dejaba el apartamento. Solicitando su ayuda para que le diese cajas de cartón vacías con el objetivo de empezar a empaquetar sus pertenencias. Estando convencida de que daría un giro a su vida de 180 grados para seguir sobreviviendo. Algo que no podría en un sitio en el que lo estaría recordando constantemente y aunque para llevarlo a cabo tuviese que sucumbir a vivir en casa de su madre.

Ese mismo día empezó a empaquetar sus pertenencias, admitiendo que lo que le dijo Sofía a través del contestador no se le iba de la cabeza. Sintiendo cada vez peor ante lo que aquello parecía significar, a medida que era consecuente de sus actos. Comprendiendo que lo había vuelto a hacer creyendo a alguien que sabía que la odiaba antes que a su novio. Imaginándose lo sumamente duro que debió de ser para él. Tanto que hasta estuvo a punto de llamarle para pedirle perdón aunque, ¿de qué serviría? Probablemente el que no querría ahora hablar con ella sería precisamente él. Yendo más allá y teniendo claro que después de ver aquellas imágenes era ella la que sobraba en aquel escenario.

“¿Cómo había sido tan imprudente no pensándolo antes? —se preguntaba torturándose ella misma”.

Jamás iba a pedirle que dejara su trabajo. No era quién para hacerlo, y por lo tanto no tenía ningún futuro junto a él. Jamás podría adaptarse a un trabajo tan peculiar.

Y Se sorbió la nariz por milésima vez dejando que las lágrimas cayeran sobre sus mejillas una vez más.

¡No había consuelo para una chica que debería salir huyendo!

CAPÍTULO 18

Robert afrontó la conversación que mantuvo con su padre lo mejor que pudo, cuando le informó de la carta de despido que le había llegado a su ordenador, y fue consciente de que el adiós era definitivo. Haciéndose a la idea de que quería cortar a toda costa los lazos que podrían llegar a mantenerlo cerca de ella en el caso de que quisiera. Algo que como muy bien acababa de comprobar, no estaba dispuesta a consentir. Dándose cuenta de que la mujer de su vida se le escapaba de las manos sin que pudiese hacer nada al respecto.

¿O sí?

Y una idea descabellada pasó por su cabeza en décimas de segundo... Aunque si lo pensaba bien, de descabellada no tenía nada. Era el momento propicio para ello, y resultase bien o no lo llevaría a cabo.

¡Era ahora o nunca!

Se llevó la mano hasta el bolsillo del pantalón vaquero y sacó el móvil. Después llamó a Dan.

La rueda de prensa no tardó prácticamente nada en estar preparada, actuando todos siguiendo las directrices de un Robert seguro de lo que se traía entre manos, y contando con la ayuda inestimable de su querido amigo Dan...

Y una vez que todo estuvo listo, ambos miraron el reloj de forma impaciente, comprobando que en quince minutos debería de comenzar a emitirse aquella rueda de prensa excepcional. Entonces Robert, hecho un manojo de nervios por lo que ocurriría en aquel lugar, y sobre todo por las consecuencias que habría a continuación, bebió un trago de agua para aclararse la garganta mientras que veía el numeroso grupo de periodistas del corazón allí congregados.

¡Estaba dispuesto a jugar su última baza de cartas, y es lo que haría!

La expectación en la sala era máxima, gracias a la urgencia y a la sorpresa inicial que se había levantado después de saber que se produciría aquella rueda de prensa. Permaneciendo expectantes debido a lo que tuviese que decir o anunciar.

Palpando una gran exclusiva en el ambiente.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntaba Dan igual de nervioso que él.

—Nunca lo estuve tanto.

Detrás de los informativos, y en casi todas las televisiones de New York encendidas, se pudo ver el encabezado en el que se explicaba lo que ocurriría a continuación. Acaparando la atención de un sinfín de neoyorkinos.

Y de forma sorprendente las líneas estuvieron a punto de bloquearse porque todo el mundo quería llamar al resto para que no se perdieran lo que debía de ser una noticia importante en la vida del famoso Robert Brown. Propiciando a que antes de entrar en directo los niveles de audiencia subieran como la espuma. Nadie se lo quería perder.

—3, 2, 1, ¡dentro! —gritó uno de los muchos cámaras que había congregados, dando paso a un primer plano.

Alexia estaba rendida y no había hecho más que empezar a empaquetar. Dejó la caja en la que acababa de guardar la vajilla que heredó de su abuela abierta, y arrastrando los pies, se dirigió hasta el sofá dejándose caer. Cogió el mando de la tele y en el último momento se lo pensó mejor, volviendo a dejarlo sobre la mesa sin encenderla. ¡Necesitando serenarse consigo misma! No lo consiguió pues no tardó en escuchar el sonido del teléfono que otra vez empezaba a sonar, levantándose cabreada y con la intención de desenchufarlo para que la dejaran en paz...

Antes de poder hacerlo el contestador automático comenzó a hablar.

“—Hola no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiiiiii...”

Alexia se apresuró porque ni siquiera quería saber quién era el que la llamaba. ¡Deseando tomarse el descanso que bien se merecía! Y cogió el enchufe decidida con la convicción de tirar del cable cuanto antes para desconectarlo de la luz, implorando un poco de tranquilidad.

—¡Alexia!

Iba a dar el tirón cuando escuchó a Sofía llamarla por su nombre completo. Extrañándose de que lo hiciera, y sobre todo extrañándose del tono exaltado que tenía.

¿Habría sucedido algo?

Aun así no cogió el teléfono.

—¡Alexia! —gritó nuevamente histérica y de manera insistente—. Pon la televisión en el canal 23. ¡Inmediatamente!

“—¿Qué? ¿Que ponga la televisión? ¿Es que se ha vuelto loca?”

—¡Alexia! ¿Me estás oyendo? —continuaba gritando exaltada peleándose con el contestador automático.

“Como para no hacerlo... —y se dirigió a la mesa con desgana”.

Seguidamente alargó la mano, cogió el mando a distancia, y pulsó el botón de encendido haciendo caso a su amiga. Siendo capaz de no quedarse completamente ajena a lo que podría ser tan importante, y sintiendo una gran curiosidad acerca de qué sería eso tan importante que quería que viese, y que a ella, la estaba exaltando tanto...

¡¡¡Y terminó abriendo los ojos como platos!!! Quedándose helada viendo la cara de Robert en directo rodeado de un montón de micrófonos de todas las cadenas a su alrededor.

—Alexia —Su amiga seguía hablando y hablando, escuchándose la voz histérica de fondo y antes de que terminara chillando—: ¿Me estás oyendo? ¡¡¡Te juro que si no lo ves te vas a arrepentir el resto de tu vida!!!

Alexia por supuesto que no la estaba escuchando. Lo único que ella podía hacer ahora

no era otra cosa más que mirar con perplejidad a la persona que salía en la televisión, y que parecía mirarla sólo a ella. Y mientras lo hacía el corazón se le encogió, percatándose de la tristeza que transmitían aquellos ojos azules tan bonitos, intentando imaginar el motivo... ¿Quizás ella?

Rápidamente apartó esa idea descabellada de su cabeza ante lo absurdo de la situación, permaneciendo atenta a todo lo que estuviese a punto de ocurrir en aquellos estudios, y sobre todo a lo que tuviese que decir en directo. Dejándose caer sobre el sillón sin apartar los ojos de la pantalla hecha un mar de dudas, pero dispuesta a escucharle.

—Buenas tardes a todos. Siento no haberos avisado con más antelación pero me ha resultado totalmente imposible. Os tengo que comunicar una decisión que he tomado esta misma mañana, y que ha sido la causante de que no haya habido mucho tiempo para la preparación de la rueda de prensa.

Bebió un poco de agua y siguió:

—Bien, como algunos ya sabéis, la segunda parte de la película que se acaba de estrenar hace poco se iba a empezar a rodar en breve. Creo que es justo que sea yo quien anuncie que no seré el protagonista de la nueva película...

La cara de asombro de los allí congregados no pudo ser mayor. Levantándose un gran revuelo en toda la sala comenzando a formular preguntas como locos. Hablando unos por encima de los otros queriendo tener las respuestas a sus preguntas.

Robert no entendía a ninguno de ellos y se dispuso a calmar a los reporteros que parecían incansables.

—Por favor —dijo alzando la voz para apoderarse nuevamente del control—, después de decirlo lo que quiero habrá un turno de preguntas. No os preocupéis. Responderé a todas y cada una de las que me hagáis, ¿entendido?

Y como escucharon lo que todos querían, se callaron a la vez. Dejándolo continuar.

—Como os iba diciendo, yo no seré el protagonista de la nueva película debido a una razón de considerable peso. —Y deliberadamente dejó de prestar atención a los periodistas allí congregados dirigiéndose a la cámara. Mirándola a través de aquellos espectaculares ojos con la clara intención de dirigirse a ella. Únicamente a ella si es que lo estaba viendo, y fue cuando anunció—: ...El motivo por el que no rodaré la película es porque...

Un silencio absoluto invadía toda la sala. Permaneciendo todos expectantes antes de que escucharan por su boca:

—¡Dejo la profesión!

—¿Qué? —preguntaron todos otra vez al mismo tiempo haciendo que el caos apareciera nuevamente. Levantándose un gran revuelo.

Y Alexia mientras no daba crédito a lo que estaba sucediendo, ¿de verdad era cierto lo que acababa de escuchar? Siendo por primera vez consciente de que el mensaje iba dirigido única y exclusivamente a ella. Llevándose las manos a la cara con una expresión incrédula por lo que todavía no era capaz de asimilar.

“¿Que dejaba qué...?”

—¡Oh Dios mío! ¡No puede ser! —habló en voz alta haciéndose a la verdadera idea de lo que aquello significaba.

El teléfono de casa y el móvil no tardaron en empezar a sonar de manera incansable. Limitándose a dar más volumen centrada en lo que estaba viendo y escuchando. Sobre todo escuchando sin percatarse de lo que realmente estaba sucediendo en directo.

—Chicos, por favor, todavía no he acabado y debo daros otra noticia antes de dar paso al turno de las preguntas —decía un Robert paciente para reconducir la rueda de prensa.

“¿Que había algo más...?”

A esas alturas Alexia pensó que todo era posible, digiriendo todavía la impactante noticia y volviendo a oír su voz.

—A partir de mañana tomo la dirección de Scot Consulting... —asumió tranquilamente y con una entereza única, dejando a un lado lo que conllevaba dicha responsabilidad.

¡Dejando a más de uno con la boca abierta!

Y Alexia, de haber permanecido de pié, se habría caído de la impresión. Abriendo los ojos de manera desorbitada, y permaneciendo completamente incrédula creyendo que estaba soñando... ¡Oh Dios! De verdad estaba renunciando a todo por... ¡¿Ella?! Empezando a entenderlo todo.

Aquella rueda de prensa se había convertido de repente en una tapadera. Una tapadera urdida y planeada únicamente con el objetivo de hacer llegar un mensaje a la persona más cabezota e insegura del planeta.

¡¿Ella!!

Y supo exactamente lo que haría a continuación.

Pegó un salto dirigiéndose apresuradamente a su habitación. Una vez allí abrió el armario y cogió lo primero que pilló, no había ni un minuto que perder. Aquello era una declaración de amor en toda regla, y ella no iba a quedarse allí plantada. Iría en su busca por primera vez y dejaría las huidas para siempre. Era lo menos que podía hacer por él después de todo lo que estaba haciendo.

¡Amándolo más que a su propia vida!

Una vez que estuvo lista salió del edificio a toda prisa y casi fue atropellada por un taxi. Dándole el alto sobre el carril sin ningún miramiento y con el imperioso deseo de llegar a la sala de prensa en la que se estaba desarrollando el principio de su vida... Y debía hacerlo, ¡ya!

Le dio las señas que Dan le acababa de dar por teléfono, y el hombre, reconociéndola al saber lo que estaba ocurriendo (después de que su mujer se lo acabara de decir por el móvil), aceleró a toda prisa dispuesto a ayudar a la pareja que últimamente salía siempre en las revistas, aportando su granito de arena.

El taxista frenó en seco en cuanto llegó a su destino, y no se molestó ni en aparcar para

no perder tiempo.

—¿Cuánto le debo?

—Nada encanto. Cortesía de la casa. ¡Suerte!

—Gracias.

—De nada preciosa.

Salió a toda prisa y se internó a la carrera dentro de las instalaciones de televisión, donde un vigilante le dio el alto siguiendo las indicaciones de que nadie sin acreditación podía pasar... hasta que la reconoció. Haciendo la vista gorda y abriendo el torno para que pasara.

—Llegas a tiempo. La segunda puerta a la izquierda.

Alexia contestó:

—Gracias.

Y le sonrió comenzando nuevamente a correr, llegando a la puerta que le había indicado. Abriéndola sin más.

Nadie se percató de que ella estaba allí, aprovechando la oportunidad que se le daba, y quedándose apoyada contra la pared un rato para recuperar el control y dejar que la respiración volviese a su ritmo normal. Y mientras fijó la vista en el hombre que se había convertido en todo para ella, observando cómo contestaba a las preguntas de los periodistas congregados cerca de él.

—Esta decisión supongo que no ha sido fácil. ¿Podrías decirme Robert si es debida a alguna persona en particular? —preguntaba en ese instante un reportero.

Alexia esperó la contestación creyendo que le daría un infarto.

—Te equivocas en una cosa. La decisión ha sido mucho más fácil de lo que yo pensaba... Y sí. Por supuesto que es por una persona en particular.

—¿Quién? ¿Puedes decir el nombre?

—Por supuesto. La decisión que he tomado no ha sido por otro motivo que por la señorita Alexia Jammes Stuart.

“Oh Dios mío”

Los flashes de las cámaras parecieron enloquecer junto con el resto de los allí presentes. Teniendo el privilegio de escuchar declaración de amor tan inusual, y volviendo a preguntar uno de ellos:

—¿Y dónde está la chica afortunada de la que hablas? ¿Sabía lo de tú decisión?

—No, no lo sabía. Y espero que lo esté viendo por la televisión.

—Pero entonces... ¿se está enterando ahora mismo? —preguntó otro reportero sorprendido de la suerte que estaban teniendo.

—Quiero creer que sí. Como ya sabéis esta es una profesión complicada para tener una relación estable, más si cabe si lo que grabas son escenas porno. Por ello he decidido lo

que quiero y lo que me compensa. Y puedo aseguraros que lo único que deseo ahora es estar al lado de la única mujer que ha conseguido sacar lo mejor de mí y sin la que no puedo vivir.

La multitud de personas congregadas en torno a la televisión lloraba a moco tendido debido a tan bonita declaración de amor. Desde pequeños a mayores... desde hombres a mujeres...

—¿Me disculpas? —intervino una Alexia emocionada después de digerir aquellas palabras y ante la creencia de que ya había escuchado bastante. Teniendo claro que desde luego no se iba a quedar allí parada.

¡Muriéndose de ganas de poder ver su cara cuando se diera cuenta de dónde estaba!

Uno de los reporteros se hizo a un lado de mala gana dejándola pasar, y entonces la reconoció. Sonriendo con alegría y descubriendo que aquello iba a terminar de la mejor de las maneras, dando un codazo a otro reportero que tenía delante para que a su vez se apartara. Y así sucesivamente.

¡Permaneciendo todos entusiasmados ante la magnitud de la inesperada visita!

Robert en cambio permaneció ajeno a todo lo que estaba sucediendo delante de él, limitándose a contestar pregunta tras pregunta, y sin que tuviese una mínima idea de lo que realmente estaba pasando... Hasta que escuchó una voz de fondo que conocía demasiado bien. Una voz que sonó nerviosa a la vez que esperanzada y que decía así:

—Yo tengo una pregunta —habló por primera vez en voz alta y lo suficientemente claro para que se la escuchara en toda la sala. Dispuesta a dar lo que no había hecho hasta ahora. Obviando el hecho de que posiblemente se estuviese equivocando y por lo tanto él le pudiese dar una negativa.

Pero... ¿Y qué más daba?

¡Se lo debía después de todo por lo que le había hecho pasar!

Y Robert, nada más escuchar aquella voz que llevaba tan dentro, pensó esperanzado:

“No. No puede ser...—se decía levantando la mirada de los micrófonos allí congregados y alzándola hacia el lugar exacto en el que creía haberla escuchado.

¡Encontrándosela a escasos metros de él...!

El tiempo pareció detenerse, y una Alexia histérica por el posible acontecimiento de aquella escena que parecía sacada de una película romántica, se limitó a observarle con los nervios a flor de piel intentando disculparse a través de una mirada que le decía lo mucho que lo quería. Deseando sentirse abrazada por aquellos brazos que tanto le habían dado, pero sin tener una mínima idea de cuál podría ser su reacción. Viéndose rápidamente recompensada, quitándose un gran peso de encima, en cuanto se percató de la sonrisa de placer de un Robert que lo decía todo con aquellos espectaculares ojazos azules y aquella sonrisa que le cruzaba la cara. Dejando ver lo feliz que estaba y queriendo que todos fueran testigos de la sorpresa tan grata que se acababa de llevar.

—¿Puedo hacerla? —insistió logrando llegar a su deseado objetivo. Poniéndose de puntillas y alzándose para besarle en los labios.

Robert cerró los ojos sintiéndose en casa, y mientras lo hacía disfrutaba del verdadero placer que se le otorgaba, pasándole las manos por la cintura para estrecharla contra su cuerpo sin que le importara el hecho de que estuvieran en directo.

¡La dicha de tenerla era tan grande que absolutamente nada importaba!

Segundos después Alexia se separó un poco de él con la clara idea de hacer la pregunta que tenía en mente, y que por encima de cualquier otra cosa necesitaba que le respondiera, eso sí, en ningún momento dejó de abrazarlo. No después del sufrimiento que habían pasado en aquellos largos y agónicos días en los que pensaron que todo se había acabado. Mirándolo intensamente.

—No se os oye, por favor coge el micrófono —le decía un chico ansioso alargando el suyo.

Alexia no se lo pensó. Cogió el micrófono ante la atenta mirada de su chico y esperó obediente a que le diese permiso, y mientras esperaba se miraron mutuamente diciéndose lo mucho que se amaban a través de sus ojos.

—Dispara —le susurró en tono travieso convencido de que no la dejaría alejarse de él nunca más.

Seguidamente una Alexia con los nervios a flor de piel, y a la que le empezó a costar respirar con normalidad al darse cuenta de la magnitud de todo, se acercó el micrófono a la boca y se concentró en lo que a buen seguro sería la pregunta más importante que nadie le había hecho hasta el día de hoy... y menos en directo. Sosteniéndole la mirada como buenamente podía, transmitiéndole todo lo que sentía por él, a medida que eran envueltos entre un silencio atronador ante la evidencia de que nadie hacía el menor ruido para no perderse lo que suponían algo verdaderamente importante.

¡Lo que con toda probabilidad sucedería! Siguiendo en directo con la retransmisión tan poco inusual que estaba batiendo todos los records de audiencia y que tenía a todos los espectadores en vilo. Escuchando finalmente la pregunta que le quería hacer, atreviéndose a pronunciarla en voz alta.

—Robert, hace un tiempo me dijiste algo que nunca olvidaré, y es justo que también te diga que por supuesto yo también te quiero en mi vida. La pregunta es... ¿Quieres casarte conmigo?

FIN

NOTA DE LA AUTORA: Si te ha gustado esta novela próximamente un nuevo título te estará esperando...